

JOHN DICKSON CARR

de

La muerte acude
al Teatro



Lectulandia

No es la primera vez que la muerte visita el teatro de La Máscara. Años atrás también irrumpió en aquel escenario para cumplir una de sus macabras misiones. Entonces, como ahora, la obra era «Romeo y Julieta». Esta vez, la muerte ha sido más audaz. El asesinato se perpetra ante la compañía en pleno, durante un ensayo. El homicida, sin embargo, ha cometido un error: no contar con que, además de los actores, también está allí el doctor Gideon Fell, especialista en resolver misterios criminales.

Lectulandia

Carter Dickson

La muerte acude al teatro

Gideon Fell - 26

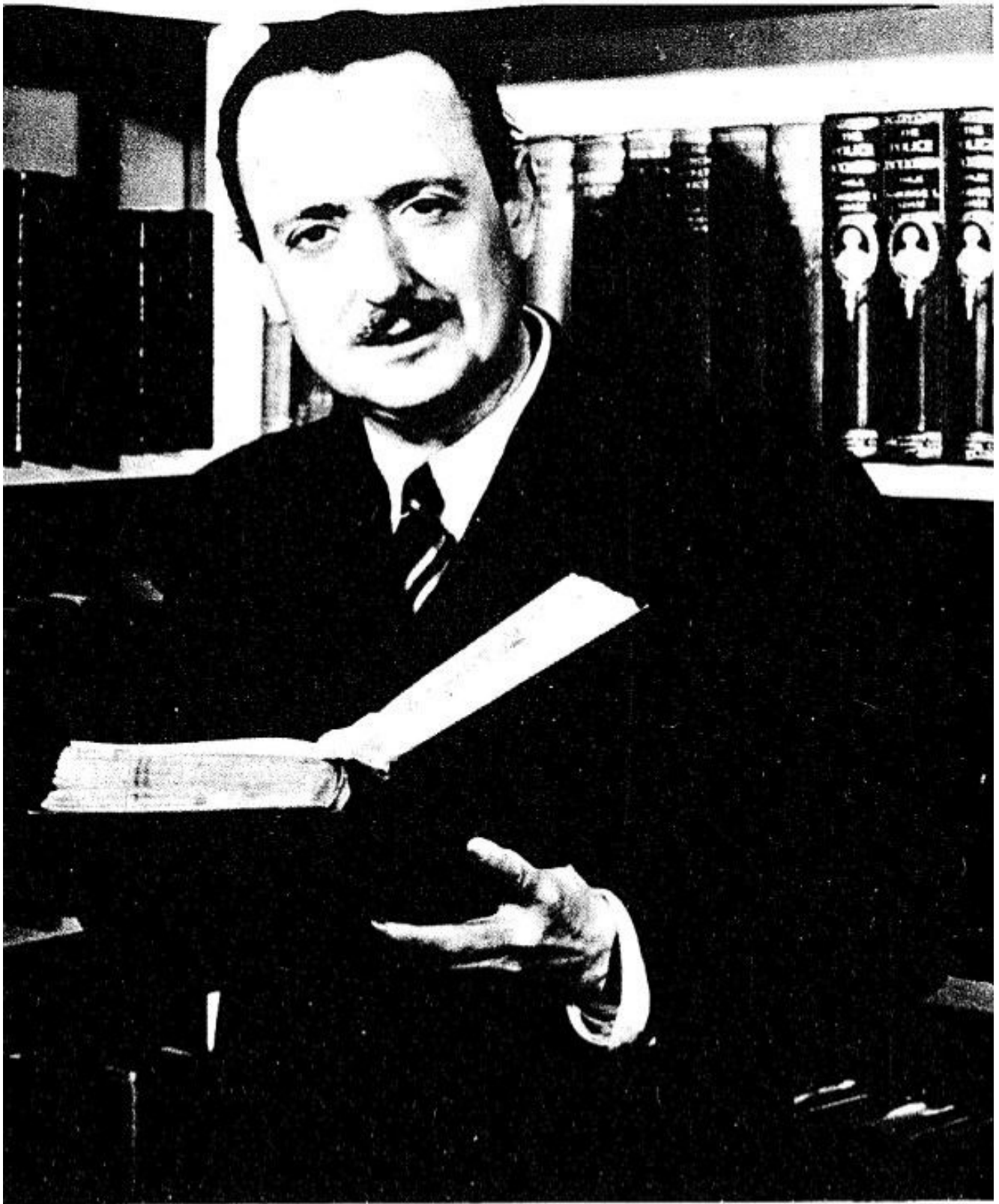
ePub r1.0

Titivillus 03.12.2017

Título original: *Panic in Box C*
Carter Dickson, 1966
Traducción: Miguel Saurina

Editor digital: Titivillus
Retoque de portada: Piolin
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



John Dickson Carr
CARTER DICKSON

PRÓLOGO^[1]

CARTER DICKSON

Entre los escritores más destacados de la novelística policíaca se halla John Dickson Carr, que utilizó para sus novelas los seudónimos de Carter Dickson y de Carr Dickson.

Aunque se le cataloga como escritor inglés, la realidad es que nació en los Estados Unidos de América el año 1905.

Su ciudad natal fue Uniontown, del Estado de Pennsylvania.

Sus padres fueron Waoda Nicholas Carr y Julia Carr, el primero de los cuales ocupó durante mucho tiempo el cargo de administrador de Correos de Uniontown y temporalmente, de 1913 a 1915, fué miembro del Congreso de los Estados Unidos.

A los ocho años, John Dickson Carr fué llevado a Washington. Mientras su padre «tronaba en el Congreso», el pequeño John, en pie sobre una mesa de la antecámara, recitaba el monólogo de Hamlet a algunos caballeros, entre los cuales se encontraban Thomas Heflin, Pat Harrison y Claude Kitchin.

Sentado sobre las rodillas de «tío Joe», Cannon escuchó relatos de fantasmas.

Sherlock Holmes, D'Ártagnan y el Mago de Oz fueron los héroes de su juventud, a los que dedicaba todas las horas que podía.

A los catorce años empezó a escribir en un periódico cuyo hombre se desconoce. Escribía Sobre deporte, haciendo también la crónica de los Tribunales de justicia.

Tan desconocidos como el nombre del periódico en que hiciera sus primeras armas como escritor son los colegios en que estuvo, a excepción de la High School, que, según confesión propia, estaba orgulloso de él porque fué el único instituto en que aprendió sin cansarse.

Pudo haber estudiado la carrera de leyes en la Universidad de Pennsylvania, pero su dificultad con los libros frustró los designios de la familia, y se hizo periodista.

Otro de los grandes tropiezos de su carrera escolar fueron las matemáticas.

En 1920 fué al extranjero, viajando y viviendo en Inglaterra y en el continente europeo. Por esa época escribió una novela histórica, que no tuvo ningún éxito.

En 1930 escribió It walks by Night. Tenía entonces veinticinco años, y fué una obra que atrajo poderosamente la atención de los lectores.

Según el Daily News Standard, de Uniontown, de fecha 31 de agosto de 1939, John Dickson Carr visitó su ciudad natal en compañía de su esposa, oriunda de Bristol, Inglaterra. Como su hija Julia era aún muy pequeña, la dejaron en Bristol

con su abuela materna.

John Dickson Carr escribió la mayor parte de sus treinta libros de misterio en la década que pasó en Gran Bretaña, donde en 1936 fué honrado con la inclusión en el Detective Club.

Fueron sus padrinos en tal solemnidad Dorothy Sayers y Anthony Berkeley. Y hasta G. K. Chesterton le honró con su asistencia al acto.

Durante los ataques aéreos a Londres, de 1940 a 1941, fué varias veces bombardeado, perdiendo casa y fortuna; pero no se movió de la capital.

J. B. Priestley dijo que Carr tenía un sentido tal de lo macabro, que lo elevaba por encima de los escritores de relatos detectivescos. Otros han afirmado que sus novelas son verdaderas obras de arte por su estilo, sus argumentos y el dinamismo de su acción.

Los relatos que ha escrito para la radio han tenido un magnífico éxito.

Las primeras novelas que escribió tenían como fondo París, y su protagonista era Bencolin, de la Policía parisiense. Pero la popularidad del autor no llegó a su máximo hasta que creó al doctor Gideon Fell. Con el seudónimo de Carter Dickson inventó su sir Henry Merrivale, más conocido como «H. M.» o «El Anciano».

La técnica de Carter Dickson es muy semejante a la de Ellery Queen. Su fuerte ha sido y es los problemas criminales mezclados con lo sobrenatural. La maravillosa forma de explicar sus problemas representa, tal vez, la causa de sus éxitos.

John Dickson Carr es un hombre moreno, con bigote, fumador de pipa, cuyos escasos cabellos le dan aspecto de hombre más viejo de lo que es en realidad.

SALVADOR BORDOY LUQUE

Para Holly y Arthur Magill

1

La noche estaba llena de clamores y rumores. La llovizna arreciaba contra las cubiertas al aire libre y azotaba los cristales de las que estaban protegidas, en tanto el *Illyria*, con rumbo a Nueva York, combatía la marejada del Atlántico, en el mes de enero. Sin embargo, el tiempo no era demasiado inclemente, y el transatlántico estaba provisto de buenos estabilizadores. El *Illyria*, buque hermano del *Sylvania* y exactamente como éste, salvo que su puerto de matrícula era Southampton en vez de Liverpool, hendía las revueltas aguas, aunque apenas cabeceaba.

En el salón de fumar de primera clase, situado en la parte delantera de la cubierta de paseo, se oía un zumbido persistente a través de las mamparas adornadas con escudos que representaban las insignias de los distintos regimientos del Ejército inglés. Era la hora inmediatamente posterior a la cena. En el salón general, separado del saloncito de fumadores por el descansillo de la principal escalera del barco, acababa de dar comienzo la sesión de bingo bajo la supervisión del sobrecargo ayudante; la sesión iría seguida de un baile poco animado, a cargo de «Jimmy X y sus Muchachos».

El saloncito de fumar, con sus butacones de piel marrón y sus mesitas coloradas, no resultaba demasiado alegre. Nat, el camarero de pelo blanco y cejas negras de siniestro aspecto, estaba apoyado negligentemente detrás del mostrador. Georgie, el otro camarero que atendía a las mesas, estaba a su lado, algo adormilado. A aquella hora, sólo dos pasajeros se hallaban presentes, consumiendo sendas bebidas.

Philip Knox, con el vaso en la mano, se paseaba lentamente entre su mesita y la puerta que daba al descansillo, situada a mano izquierda del salón, asegurando sus piernas contra los balanceos del buque, reflexionando sobre la misión que le llevaba a América. Delgado, de aspecto distinguido, de buen carácter, era un historiador de cierto renombre. Philip Knox tenía ya cincuenta años, mas conservaba toda su cabellera, su cintura desprovista de grasa superflua, su sentido del humor y su interés por la vida; no solía desear ser más joven. En cuanto a su misión en América, tampoco le preocupaba; poseía una voz clara y fácil, que utilizaba con desparpajo y fluidez.

—Vaya, vaya... —exclamó, sin añadir nada más.

Entronizado en el mayor butacón del saloncito, riendo y bufando, con toda la enorme mole de su corpachón, permanecía sentado el doctor Gideon Fell, amigo de Knox.

El doctor Fell llevaba sus gafas, atadas con una cinta negra, encajadas en lo alto de su prominente nariz, relucientes contra su colorado rostro. Su bigote de bandolero estaba formado por una especie de cerdas benévolas. Sus risitas animaban sus diversas papadas, moviendo los bordes de su chaleco. Ataviado de modo bastante desaliñado, con su bastón-muleta al lado, se hallaba hundido en el butacón como una imagen de Papá Noel o del viejo King Cole, con un cigarro encendido en una mano y

un vaso alto en la otra.

—¡Eh! —gritó—. ¡Je, je, je! Acaba de ocurrírseme...

—¿De veras? —le interrumpió Knox, un poco sobresaltado, y contemplando el vaso de su compañero—. Perdone, doctor Fell, pero, ¿qué está bebiendo? ¿Le ha hecho ya traición a la cerveza inglesa?

El doctor Fell arrugó la nariz.

—Por el contrario, mi querido amigo —repuso—. Digamos más bien, que ella me ha traicionado a mí; nos ha traicionado a todos. La cerveza estilo americano —añadió, levantando su vaso—, es mucho mejor. En estos días tan degenerados, en que la cerveza tipo inglés es tan débil y floja, sin más contenido alcohólico que el sifón helado, yo prefiero una caña de «Heidelberg» o «Milwaukee Pride». *Trinc Heil*, según el antiguo brindis sajón. *Nunc bibendum est!* ¡Y barro en los ojos!

Knox, que también bebía «Milwaukee Pride», tomó otro sorbo y dejó el vaso.

—Ya ha quedado establecido —gruñó el doctor Fell, como si subrayase una proposición muy justa—, que usted y yo nos hallamos unidos dentro del mismo cometido: una gira invernal de conferencias para el Departamento Boylston del 666 de la Quinta Avenida. Naturalmente, con base en Nueva York, pero abarcando una vasta región de Estados Unidos. Me imagino que su gira también durará diez semanas.

—Aproximadamente. Empiezo en Cincinnati el dieciocho de enero, y finalizo en Lancaster, el último de marzo.

—Un programa bastante parecido al mío —asintió el doctor Fell—. Yo doy principio a mi pesado trabajo en Albany, y lo termino en un lugar llamado... bien, no importa. Dígame: ¿es la primera vez que se dedica a conferenciante?

—Profesionalmente, sí. Claro que no me importa viajar, y me encanta conocer gente nueva. La verdad es que considero esta experiencia muy interesante.

—En tal caso —rezongó el doctor Fell—, probablemente se divertirá. Sin embargo, permita que un viejo zorro en esa clase de campañas, que casi todos los años sucumbe a la tentación de exhibirse en una tribuna pública, le advierta de ciertas cosas que pueden suceder.

—¿Y bien...?

—Y bien. A pesar del itinerario cuidadosamente preparado por el departamento de conferencias, hallará usted que algunos aviones habrán de ser abordados a horas desusadas de la madrugada. Por favor, acepte el hecho de que ningún avión comercial despegue a tiempo, aunque éste sea bueno. Cuando es malo, y uno se ve obligado a utilizar el tren o el autobús, las costumbres suelen ser las mismas respecto a la falta de puntualidad. Viaje con el menor equipaje posible, se lo aconsejo. De lo contrario, si lleva una maleta muy pesada, se encontrará de improviso en una terminal sin que pueda encontrar un taxi que le conduzca al hotel. En febrero, que es probable que nos encontremos en el Oeste Medio, un tornado paralizará la población donde usted vaya a dar su conferencia. Con todos los aviones en tierra, y los trenes atestados y saliendo

de Chicago con unas ocho horas de retraso, llegará a Nueva York, si es que llega, hacia las cuatro de la madrugada. ¡Oh, las niñas de mis ojos! Bien, no quiero atormentarle más, puesto que usted parece no creer en mis palabras...

—Sinceramente, procuro no darles crédito.

—Sí, sólo grabaré en usted —continuó el doctor Fell— una idea un poco trastornadora. Como visitante de otro país, ¿está usted seguro de que entenderán su forma de hablar?

Philip Knox, muy asombrado, miró fijamente a su interlocutor.

—¿Entender mi forma de hablar? Por si acaso se le ha borrado de la memoria, doctor Fell, yo soy americano. Nací y me crié en White Plains, Nueva York.

El doctor Fell, aturdido por tal revelación, se limitó a mirar bizcamente y a parecer un poco atontado.

—Naturalmente... —blandió elegantemente el cigarro—. ¡Por los arcontes de Atenas, naturalmente! Y yo lo sabía. Es lo mismo: ¿cuánto tiempo lleva residiendo en Inglaterra?

—Un poco más de treinta años; treinta y dos, para ser exacto.

—¡Ah! ¡Oh, estaba seguro! Y también lo sabía. Su acento sigue siendo el de un norteamericano del este. Mas en el transcurso de los años, nos hemos acostumbrado tanto a su modo de hablar, que oímos en usted el acento que esperamos oír, y nos imaginamos que habla usted precisamente igual que nosotros. A propósito, ¿sobre qué tema versarán sus conferencias?

—*Misterios del pasado*, o sea sobre ciertos enigmas clásicos de la Historia, si esto no le parece demasiado pomposo —sonrió Knox—. ¿Cuál es su tema?

—*Los asesinatos en que he intervenido* —proclamó el doctor Fell.

El saloncito de fumar no era la encrucijada de varias corrientes de aire, aunque pareciese serlo por algún motivo. El doctor Fell, por ejemplo, parecía creerlo, y estaba muy grave y hasta un poco intranquilo, reclinado en su butacón, asido a sus brazos.

Bajo sus pies, la cubierta se elevaba rítmicamente, para descender de nuevo. El mar azotaba los flancos del *Illyria* como con un grueso puño. Knox se tambaleó ligeramente, agarrándose al respaldo de una butaca, cuando el barco volvió a su posición primitiva. Entonces pidió al camarero que llenara los vasos del doctor Fell y de sí mismo. Cuando esto estuvo ejecutado, y el camarero regresó al fondo de la estancia flotante, Knox se instaló al lado de una mesita, de cara a su compañero.

—Doctor Fell —inquirió—, ¿qué le ocurre?

—¿A mí?

—Tiene una idea en su mente, ¿verdad? Le veo aquí sentado y exhalando el humo de su cigarro, como el Espíritu de Vulcano, y con una inquietud que no puede deberse en modo alguno a la inclemencia del tiempo. ¿Qué le preocupa?

—Oh, nada, nada en realidad. O al menos, nada que yo pueda aislar o fijar. Y no obstante... ¿dijo White Plains? Es la población del condado de Westchester,

¿verdad?; lo que los norteamericanos llaman la sede del condado. Sí, ya he estado en White Plains; claro que no me importa volver a visitarla. Cuando haya terminado mi gira de conferencias, estoy invitado por el señor Herman Gulick, que es el fiscal del condado de Westchester, para una estancia de un mes, hasta la inauguración de la Exposición Universal, anunciada para finales de abril. ¿Conoce usted al señor Herman Gulick de White Plains?

—¡Dios mío, no! No he estado allí desde hace muchísimos años. Y por tanto, es muy improbable que conozca a ningún fiscal de aquella región.

—Muy cerca de allí, hay un lugar llamado Richbell, ¿no es cierto?

—En efecto. A unos veinte kilómetros de White Plains.

—Perdone, pero no estoy dando tiros al azar. ¿Qué es exactamente Richbell?

—La población o villorrio de Richbell, llamado así por un tal capitán John Richbell, que fundó la población contigua de Mamaroneck en 1661, es una de las paradas de la línea de cercanías de Haven Railroad, desde la Grand Central Station de Nueva York, que pasa por Wetschester hacia Stamford, en Connecticut. Richbell es la parada siguiente a Mamaroneck y anterior a Harrison —Knox volvió a sonreír, como recordando—. En el distante y borroso pasado, ahora que pienso en ello, conocí a una joven que vivía allí. En plena adolescencia, allá por los años mil novecientos veinte, solía coger el coche de mi padre y salir con ella de paseo. Oh, es una población muy bonita... o al menos lo era.

El doctor Fell se concentró con una mirada atravesada muy extática.

—Oh... ah... Y, hablando de este asunto...

—¿De qué asunto?

—De mujeres —tronó el doctor Fell, con rotundo énfasis como para rechazar un *non-sequitur*—. ¡Maldición! —gritó, aspirando el aire con un ruido hueco como el del viento al silbar en una caverna—. Usted lleva viviendo en Inglaterra treinta y dos años; hace, al menos, dieciséis que nos conocemos, y sin embargo, jamás nos hemos referido a asuntos personales. Por ejemplo, ¿es usted casado?

—¡No! Sí. Es decir...

—¿Es decir... qué?

—Estuve casado. Pero todo pasó y se difuminó. Ya es agua pasada. Nos separamos hace unos veinte años —suspiró Knox—, unos meses antes del final de la guerra; desde entonces, no hemos vuelto a vernos ni a estar en comunicación. Mas como nadie me ha presentado una demanda de divorcio, supongo que aún continúo casado.

—¿Era norteamericana su esposa? Tal vez aquel encanto de Richbell, ¿eh?

—No, en absoluto. La chica de Richbell se llamaba Constance, aunque ni por salvar mi vida podría recordar su apellido. Judy, mi mujer, es inglesa. Luego, cuando decidimos separarnos, se marchó a América.

—La dama es inglesa, pero al decidir separarse se marchó a América, ¿eh?

—Sí; en realidad, no es muy complicado —Knox estaba también casi gruñendo

—. Judy tenía dinero, y se sintió muy orgullosa de no aceptar ni un penique mío. Además, su tío favorito se hallaba en San Francisco donde había labrado una fortuna. Cuando convinimos en seguir caminos distintos, ella se enteró de que su tío había fallecido, dejándole todo su capital. Judy zarpó para Nueva York, trasladándose después a San Francisco para reclamar la herencia. Esto fue en octubre del cuarenta y cinco, y estamos en febrero del sesenta y cinco. Fin de la historia. Y por otra parte, su nombre no es Judy, ya que éste es sólo una contracción. De todos modos, yo siempre la llamé Judy y ella a mí *Punch*^[2].

—¿Supongo que no por las mismas tempestuosas razones?

—No, al principio no. Judy tiene diez años menos que yo. Nos casamos en Londres en el treinta y ocho, y durante algún tiempo ella fue mi gran pasión. Luego, ella me acusó de algo, yo la acusé de lo mismo, y acabamos en una riña terrible. Nada más.

—Bien, supongo sinceramente —masculló el doctor Fell, con una voz gargantuesca— que no estaré abriendo antiguas heridas. ¿No siente usted todavía...?

Bien, ¿qué era lo que sentía?

Sentado en frente del doctor, mientras encendía un cigarrillo y tras dejar el vaso que acababa de apurar casi de un sorbo, Philip Knox trató de juzgar el pasado con toda honradez. ¿Quién tuvo razón? ¿Quién estuvo equivocado? No lo sabía, no podía adivinarlo, y además, ¿qué importaba? Era absurdo y hasta grotesco que la imagen de Judy, con su aspecto de entonces, que tal vez, hasta cierto punto, conservara en la actualidad, tuviera todavía el poder de conmoverle. No, no poseía ya tal poder; después de los primeros meses de separación dejó de tenerlo; salvo en algunas ocasiones, o cuando él había bebido demasiado. Ciertos recuerdos, esto era cierto, todavía seguían agitándose en su cerebro y su corazón. Y sin embargo... ¿al cabo de veinte años? No, era preferible olvidar aquel asunto. Estaba enterrado, concluido, olvidado.

—No, no siento nada —replicó Knox—. Es ya una historia antigua y así ha de continuar. En mi vida han habido ya otras mujeres, y ciertamente otros hombres en la suya. Además, ahora que ya soy viejo...

—He de confesar que usted no aparenta ser viejo en absoluto.

—Por lo general, no me siento, ni me comporto, como tal. Pero pregúnteselo a las generaciones más jóvenes y ellas se lo dirán.

—Hablando de las jóvenes generaciones, perdone, acaso... ¿tuvieron hijos?

—No, no tuvimos hijos; ni Judy ni yo los queríamos. Oiga, doctor Fell —explotó Knox—, ¿cómo se ha presentado este tema entre nosotros? Judy se marchó a San Francisco, como ya dije; no sé quién me contó hace tiempo que aún seguía allí. Por tanto, resulta sumamente improbable que volvámos a encontrarnos.

- aunque así fuese, no seríamos más que dos desconocidos, el uno para el otro, que es, en realidad, lo que siempre fuimos. Fin de la historia. Escuche, ¿por qué

diablos estamos hablando de mujeres?

—Porque usted insistió en saber qué era lo que me preocupaba.

—¿Y bien...?

—¡Y bien! —el doctor Fell ejecutó un amplio gesto, algo torpe—. Hace tres días que zarpamos de Southampton, y tardaremos otros tres o cuatro en desembarcar. ¿Acaso me vuelvo psíquico a mi edad? ¿Lo soy, por el trueno de Júpiter? Y sin embargo (¡Oh, arcontes de Atenas!), ¿cómo explicar la atmósfera de este transatlántico, que a veces parece una mansión encantada, excepto por el ambiente que rodea a cierta dama que se halla aquí en calidad de pasajera?

Knox se irguió en su asiento.

—¿Se refiere por casualidad a lady Severn?

—Sí, me refiero a lady Severn. Pero definamos nuestros términos, por favor.

—¿Definir nuestros términos?

—Esa dama es lady Severn —insistió el doctor Fell, que era muy escrupuloso—. Es lady Severn de Somerset y de Cannes, en la Costa Azul. Lord Severn, según creo, falleció hace varios años. Y el nombre que ella utiliza en la actualidad, o sea su nombre verdadero, el nombre de nacimiento y el que ostentaba siendo actriz, según aparece en la lista de pasajeros, es el de señorita Margaret Vane. Con este nombre nació hace cincuenta y cuatro años en Montclair, Nueva Jersey, hija de un próspero médico. Y su amiga de juventud e infancia, y también su seguidora, si puedo expresarme así, de la misma edad o muy poco mayor, era una chica llamada Elizabeth Harkness.

»Y ahora, mi querido Knox —prosiguió el doctor Fell—, quisiera sondear más en sus recuerdos. ¡Paciencia, y sopórteme! No, no volveremos al tema de su esposa. Pero sí volveremos a la ciudad de Richbell. Puesto que usted conoció esa población perfectamente bien en sus años adolescentes, ¿significa algo para usted el nombre de Adam Cayley?

En el fondo del cerebro de Knox se agitaron recuerdos dormidos y enterrados.

—¡Adam Cayley! —exclamó—. Adam Cayley y los Comediantes de Westchester, la compañía de representaciones continuas que iba a darle el nombre al nuevo teatro «Máscara» de Richbell. Creo que era por el año mil novecientos veintiocho. Intentaban inaugurar el teatro en primavera. Por aquel entonces, yo estaba en la universidad y no conozco toda la historia, pero oí decir que...

—Por lo visto, oyó decir correctamente —le interrumpió el doctor Fell—. Todavía tratamos con materiales biográficos, por lo que le suplico que me deje aportarle nombres y fechas.

»El ya difunto Adam Cayley, a quien conocí ligeramente en mis tiempos, era hijo de unos padres ingleses, bastante acaudalados, que vivían en Dublin hacia mil ochocientos sesenta y siete. Jamás estuvo asociado con los Comediantes Abbey ni con ningún movimiento irlandés, manteniéndose constantemente en una actitud

agresiva y pintoresca. Mas como actor obtuvo su primer gran éxito en el teatro «Gaiety» de Dublin, que en los primeros años de este siglo estaba aproximadamente igual que en nuestros días; después pasó a Londres, en donde consiguió mayores triunfos antes y durante la Primera Guerra Mundial. Adam Cayley se especializó en Shakespeare, y en papeles románticos. Incluso en aquella época en que la esgrima era esencial para un buen actor, él era un excelente espadachín; en realidad, representaba el mejor Cyrano de Bergerac que yo he visto.

»Al término de la Primera Guerra Mundial, y en busca de nuevos horizontes, se trasladó a Nueva York y conquistó a Broadway. Hacia mil novecientos veinticinco poseía ya una verdadera fortuna, pues supo invertir sabiamente el dinero, evitando toda especulación de Bolsa. Compró una casa cerca de Richbell y se dedicó a coleccionar armas antiguas. Ya no era joven por entonces, si bien no pensaba en retirarse de la escena. Y hubiese podido continuar en Broadway toda su vida, a no ser por su hermoso sueño... Supongo que usted ya sabe cuál era.

—Sí —asintió Knox—. En aquella época, para la gente de Richbell era una molestia, cuando no un tormento, tener que trasladarse a la cercana Nueva York para ir al teatro, con el fastidio de tener que adquirir las entradas por anticipado, y luego cenar en la ciudad y regresar... En fin, tales diversiones no podían menudear, ya que eran algo así como emprender una campaña militar de tipo menor. Mucha gente pensaba que una compañía teatral afincada en el condado de Westchester, actuando todo el año y no solamente en verano, llenaría constantemente el teatro.

El cigarro del doctor Fell estaba ya apagado, aunque seguía haciendo floreos con él.

—Pues bien —continuó—, éste fue el gran sueño de Adam Cayley. Deseaba fundar una compañía de representaciones constantes, a la que pondría el nombre de Comediantes de Westchester, siendo él el director y el principal intérprete. En la avenida Richbell, que es la calle principal de la población, existía un teatro pintiparado para tal empresa.

—¡El «Bijou»! —exclamó Knox—. Lo recuerdo. Pero...

—Pero era sólo un teatro común para lo distritos rurales, sólo utilizado ocasionalmente por compañías de tránsito, con cómicos de la lengua. Además, tenía una mala reputación. Años antes, mientras se estaba representando un melodrama, una actriz perdió la razón y apuñaló a otra en escena. Adam Cayley no quería saber nada con el «Bijou». En cambio...

Knox conocía ya esta parte de la historia.

En 1927 demolieron completamente el «Bijou». Y en sus cimientos, a finales de año, empezaron a levantar un nuevo local de piedra, al que Adam Cayley denominó «La Máscara», el cual estaba dotado de todos los mejores adelantos técnicos de la época. Mas una parte del pasado parecía revolotear por el local, es decir, por la única parte que veía el público. En conjunto, el local, con sus adornos en rojo y dorado, su anfiteatro y platea en semicírculo, y sus cuatro palcos, muy recargados, se asemejaba

muchísimo al teatro «Gaiety» de Dublin. Se terminaron las obras en 1928.

—Mientras tanto —prosiguió el doctor Fell—, nuestro actor-director no había estado ocioso. Adam Cayley era un artista consciente. Siempre se rodeaba de cómicos excepcionales, sin temor a la competencia, no constituyendo jamás una compañía cuya única *vedette* fuese él. Por esto, para su nuevo teatro eligió un elenco de primera clase. Y tuvo que escoger una primera actriz de calidad. La dama que eligió en contra de todo consejo, una jovencita que aún no contaba dieciocho años, era una novata que estaba representando papeles de poca importancia en algunos *bolos*^[3].

»«Yo la dirigiré —les aseguró Cayley a quienes le aconsejaban que no la contratara—. Y ya veréis”.

»Oh, sí, la dirigió y la enseñó. ¡Por Jove si la enseñó! —añadió el doctor Fell—. La pulió y durante meses instiló en ella el arte escénico; al cabo de seis meses, a principios de mil novecientos veintiocho, se casó con ella.

»Adam Cayley estaba verdaderamente enamorado y no hay duda de que su esposa obtuvo un gran ascendiente sobre él. Aunque, como Cayley era un auténtico profesional, ella no lo consiguió todo. Hubo un actor joven al que ella comenzó a odiar, no sé por qué motivo, y apremió a su marido para que le despidiera. Cayley se negó a ello, la damita se enfureció... pero el joven galán continuó en la compañía. Bueno, continuó hasta que...

»Todos los augurios parecían favorables. Gran cantidad de gente amante del teatro se abonó para la temporada. Cayley, como he dicho, poseía una fortuna que le respaldaba, y también un representante muy astuto cuyo nombre he olvidado. Bien, para inaugurar el teatro escogió *Romeo y Julieta*. Sí, a los sesenta y un años se dispuso a interpretar a Romeo, el amante de Julieta y a saltar y brincar por el escenario como había hecho siempre. Adam Cayley padecía de una afección cardíaca, de la que un médico ya le había prevenido. Sin embargo, el gran actor, que creía que se trataba de una mera tontería, se lo ocultó a todo el mundo. Él era Adam Cayley, el actor que jamás había faltado a una representación; era de acero, indestructible.

»La brillante inauguración quedó dispuesta para el veinticinco de abril. La asistencia al ensayo general, el día anterior, quedó limitada a los amigos íntimos, y sólo por rigurosa invitación. Por tanto, muy pocas personas iban a contemplar aquella noche una producción tan soberbia, como Cayley era capaz de montar. Oh, sí, resultó una fecha memorable. Las enseñanzas del actor a su joven discípula dieron el resultado apetecido, tal como sabemos hoy. Margery Vane empezó brillantemente como Julieta, aunque no estuviera en el escenario en la monumental escena del duelo con Teobaldo, en la primera escena del acto tercero. Cayley, según me contaron, se superó a sí mismo. Al verso de Benvolio: “De nuevo vuelve Teobaldo enfurecido”, replicó de manera mayestática: “Vivo y en triunfo, y Mercucio asesinado”.

»Bueno, la escena continuó. No necesito repetirla de memoria. Teobaldo pronunció su desafío y se abalanzó contra su rival. Romeo replicó debidamente. La

espada le voló de la mano; él se tambaleó, agitó los brazos en el aire y cayó pesadamente. Margery Vane, sin poder dominarse, salió corriendo de entre bastidores. Pero el final ya se había producido; cuando levantaron a Adam Cayley estaba muerto.

El doctor Fell infló sus mejillas y dejó escapar un suspiro odioso.

—¿Cuál fue el resultado final? —preguntó él mismo.

—Fue su corazón, ¿verdad? —quiso saber Knox.

—Sí, fue su corazón, lo cual quedó demostrado inmediatamente. Mas, dejando aparte el golpe, la consternación y los comentarios, ¿cuál fue el resultado final? Cuando, a fines de aquel verano, quedó resuelta la cuestión de la testamentaria, la joven actriz de Nueva Jersey era una viuda riquísima, con sólo dieciocho años.

»Sin embargo, en aquel espacio de tiempo se habían producido otros resultados.

»Para los Comediantes de Westchester, la muerte de Cayley podía significar la ruina, pero Margery Vane prometió que no estaban derrotados. Richbell tendría su teatro. Su primer movimiento fue despedir al joven galán que le disgustaba, y después ella y William Estabrook, un buen negociante, trataron de salvar la temporada. Como homenaje a la memoria del difunto, pospusieron la inauguración quince días. Entonces, probaron con *Romeo y Julieta*, con un nuevo protagonista de campanillas, y fracasaron. También fracasaron con la reposición de la obra de Bernard Shaw, *El discípulo del diablo*, y cuando volvieron a fracasar con *El círculo*, el público aflojó y acabó por negar su asistencia. Lo cierto era que les faltaba Adam Cayley, o un digno sucesor. Tal vez no necesitaban un gran nombre, pero sí a alguien con personalidad y prestancia, cosa que no consiguieron.

»Margery Vane devolvió el dinero del abono restante, pagó las nóminas hasta el final de los contratos y, con gran pesar por su parte, disolvió la compañía. Como las películas sonoras ya habían invadido el mundo entero, el futuro del templo de Adam Cayley quedó decidido.

—¿Vendió el local?

El doctor Fell miró a su interlocutor. Su cigarro seguía apagado.

—No vendió el local, ni entonces ni nunca. Rechazó todas las ofertas. Lo alquiló por un largo arrendamiento a la Huskisson Company, la cual dotó al teatro del equipo sonoro, y se convirtió en el «Cinema Máscara».

»En cuanto a Margery Vane, como una buena hija, volvió al seno de sus padres en Montclair. Allí estuvo tres años, hasta cumplir los veintiuno. Luego, en calidad de viuda opulenta, se trasladó a Europa. En aquellos días, Europa significaba París y la Riviera. Para aquella joven dama, un año más tarde, en el treinta y dos, también significó Londres. Aún decidida y ambiciosa, se juntó al ya viejo pero influyente Sir James Maple, del teatro «Henry Irving». No tuvo que casarse con él, y éste le dio la ocasión que ella necesitaba.

»Casi todos los lectores de periódicos saben lo que ocurrió. Margery interpretó a Julieta; era una artista excelente y lo demostró. Asimismo, demostró que Julieta no

era su único papel, ya que en los años sucesivos cautivó a todos los públicos y críticos con papeles tan variados y diferentes como la Lady Teazle de *La escuela del escándalo*, la Nora de *Casa de muñecas*, y Román Vedia, de una obra melodramática titulada *Las cosas que son del César*.

El doctor Fell resumió rápidamente los años siguientes. En la vida de Margery Vane se introdujo el joven Jimmy Ransome, octavo lord Severn, que durante los años treinta heredó muchas tierras y veinte mil libras anuales. Y se casó con él. Abandonó el teatro, después de una despedida triunfal, y se convirtió en la mascota de los patriotas británicos cuando las nubes bélicas amenazaron descargar su tormenta.

—¡Y véala ahora! —terminó el doctor Fell—. Sir James Maple ha muerto. Lord Severn también. En Londres, en Somerset y en el sur de Francia, es una famosa anfitriona de la mejor sociedad, y si no de la mejor, al menos de personalidades muy notables. En la cumbre de su carrera se transformó en una completa *grande dame* inglesa... o en una fiel imitación.

»Sí, véala ahora —repitió el doctor Fell—. Extraordinariamente bien conservada, todavía guapa y ciertamente deseable. Bien, me ha dicho usted que nunca le ha sido presentada. No obstante, la ha saludado al pasar. Y la ha visto entronizada como una rema en la mesa del capitán. La ha contemplado recorriendo la cubierta con su fiel amiga y compañera, la señorita Elizabeth Harkness, y con su «secretario», el joven Larry Porter, el último de la serie de jóvenes que ella ha tenido a su lado en estos tiempos.

—Sin embargo...

—Vamos, usted me preguntó qué me preocupaba, ¿verdad? —atajó el doctor Fell con rapidez—. Pues bien, en respuesta yo pregunto: puesto que ella es lady Severn, sin problemas en su existencia, ¿qué la atormenta? ¿Por qué lleva consigo un ambiente... de miedo o de odio, que provoca el frío por dondequiera que va? De una cosa estoy seguro. Lo que atormenta su mente no está inspirado por ninguno de sus dos acompañantes; se lo puedo jurar. Entonces, ¿de dónde procede? ¿De dónde... o de quién? ¿Qué piensa en realidad esa mujer?

—De acuerdo. De todos modos, ¿no podría tratarse de un humor pasajero? —arguyó Knox—. Aparte del ambiente de que usted habla, ¿existe algún hecho real que acredite su malestar?

—Pues sí —asintió el doctor Fell—. No me gusta afirmar que el tiempo se venga. Sin embargo... Tal como antaño el cine sonoro mató al género frívolo y amenazó seriamente al teatro, ese monstruo hambriento que es hoy día la televisión, amenaza al cine. El teatro «Máscara» está libre. Los Comediantes de Westchester han revivido. Bajo la dirección de un conocido actor irlandés llamado Barry Plunkett, y una primera actriz menos célebre, llamada Anne Winfield, inaugurarán la temporada en aquel teatro, la noche del lunes, diecinueve de abril, con *Romeo y Julieta*. Y todavía me encuentro preocupado por este asunto, a no ser que usted pueda darme amablemente alguna idea.

Una gran convulsión de crujidos y chirridos animó los mamparos del salón de fumar. La espuma se aplastaba contra los costados del *Illyria*, a medida que el buque hendía la superficie del mar con un rumor sordo, aunque audible desde aquel salón. Pese a ello, el transatlántico se balanceaba menos y no era ya preciso asirse a una mesa para conservar el equilibrio.

Por el momento, al menos, Philip Knox se había olvidado de cuanto le rodeaba. Casi se había olvidado de Judy, el antiguo amor de su vida, que estaba en algún lugar ignorado. El relato del doctor Fell había sido tan vivido que el muerto e indomable Adam Cayley, y la viva y no menos indomable Margery Vane parecían respirar y moverse ante él.

—Oiga, doctor Fell —exclamó, encendiendo un cuarto cigarrillo—. Nunca supe el nombre de la primera dama de Adam Cayley, o al menos lo olvidé si llegué a oírlo. Ciertamente, nunca lo relacioné con la Margery Vane, que tan gran éxito alcanzó en Londres hace unos treinta años. Yo estuve por primera vez en la capital inglesa por el año mil novecientos treinta y tres, cuando ella interpretaba a Lady Teazle. Y, a propósito, ¿de dónde ha sacado tanta información?

—En su mayor parte de la propia dama. Tan pronto como subimos a bordo se me acercó a pedirme consejo. La anécdota relativa al joven galán, al que detestaba y al que despidió, no me la contó ella, sino, hace ya tiempo, un tal Harvey Baskerville, llamado *Heavy*, que interpretaba el Fray Lorenzo de *Romeo y Julieta* con los Comediantes de Westchester primitivos. Harvey tiene casi ochenta años y vive con su nieta en Bath. Está casi tan gordo como yo, y tullido por la artritis, pero no cesa de hablar de teatro. Como todos los actores viejos. Según él...

—¿Cuál era el actor al que Margery Vane detestaba? ¿Qué fue de él?

—Harvey no lo sabía. Se llamaba John Fosdick. Interpretaba el personaje de Teobaldo la noche en que Adam murió, y éste opinaba que tenía ante sí un buen porvenir. Aparentemente, esta esperanza no se realizó, ya que nadie parece saber qué fue del actor.

—¿Es correcto pensar —preguntó Knox— que lady Severn posee en Cannes una villa llamada *des Agnes*? Ah, sí, doctor Fell, yo también poseo mis informes.

Uno de los amigos de Knox era Miles Hammond, otro historiador. Veinte años antes, Hammond estuvo mezclado en un sensacional asesinato, junto con el doctor Fell, al que se había dado el nombre de *El que susurra*. Asimismo, estuvo complicado en el mismo caso Fay Seton, la joven con la que Miles Hammond se casó después. Los Hammond vivían en la actualidad en Niza, en un ambiente muy agradable, y estaban enterados de la existencia de *Villa des Agnes*, situada en la colina que domina a Cannes.

«Margery Vane —hábiale contado Fay Hammond a Knox— tiene más de cincuenta años, aunque aparenta cuarenta. Es un verdadero *ménage*. Para demostrar

sus principios democráticos no tiene doncella personal, aunque sí chófer, cocinera y dos criados. Larry Porter, el joven americano que, supuestamente, es su amante, y que lo es sin duda cuando ella está de buen talante. ¿Bess Harkness? Hay quien asegura, aunque quienes lo dicen son personas falaces a las que odio, que la devoción de la Harkness hacia Margery Fane es anormal y siempre lo fue. Bah, esto es absolutamente falso, créame. Bess está mucho más interesada por los hombres que la misma Vane. Y lo habría demostrado hace mucho tiempo si algún hombre se hubiera tomado la molestia de investigarlo. No es mal parecida, cuando se la examina detenidamente. Bien, sea como sea, es la sombra fiel de la Vane porque jamás tuvo la oportunidad de ser otra cosa.

»En cuanto a la Vane —continuó Fay—, las opiniones se hallan profundamente divididas. Algunos afirman que es esencialmente generosa y de buen corazón, lo cual es cierto a veces. Otros juran que es una zorra, lo que en ocasiones también es cierto. Supongo que comparte ambos aspectos, como casi todo el mundo».

Knox no comentó esos hechos o suposiciones.

—Una última pregunta, doctor Fell, y dejaré de molestarle. ¿Por qué me ha contado todo esto?

—Porque la señorita Vane me lo pidió y no tardará en ampliar personalmente su historia. Está ansiosa por conocerle, ya que es una gran admiradora suya.

Knox quedóse estupefacto.

—¿Es... qué?

—Vamos... esa dama tiene pretensiones de cultura y ha leído todos sus buenos libros.

—Caramba, es halagador... pero, ¡Dios mío! Decir que tiene pretensiones de cultura por haber leído mis obras es como afirmar que las tiene por haber leído a Will Durant o a Arthur Bryant. Admiro a ambos escritores, y no obstante...

—¡Chist! —le cortó el doctor Fell—. No sea tan modesto. Usted escribe en idioma inglés, sea cual sea su pronunciación. Su mejor trabajo, particularmente *Quinquireme de Nínive* y *La ruta inglesa ondulante*, está muy bien estudiado y presentado. Tal vez no siempre estemos los lectores de acuerdo con usted, pero seguimos leyendo sus obras.

—De todos modos...

—Y hay otro punto, mi querido amigo —le interrumpió el doctor Fell con suavidad—. ¿Cuál es su cumpleaños?

—El catorce de julio, el día de la toma de la Bastilla. ¿Por qué?

—También es el de ella. El mismo día, el mismo y el mismo año; tienen ustedes exactamente la misma edad. No sé cómo, ella lo averiguó, y la impresionó en gran manera. Piensa que las estrellas comunes afectan grandemente a los destinos gemelos. ¿Qué opina usted de la influencia astral?

—La influencia astral me recuerda a... Bien, no importa. Lo que necesitamos ahora es otra cerveza.

—Exacto. Otra cerveza —afirmó el doctor Fell—. Está definidamente indicada. Y esta vez invito yo e insisto en...

Poniéndose de pie, inmenso en su estatura, así como en su anchura, se apoyó pesadamente en su bastón-muleta. No tuvo tiempo de terminar la frase, ni siquiera de llamar al camarero, ya que una corriente de aire helado se lo impidió.

Acababa de abrirse la puerta que daba al salón de descanso. Sosteniendo la hoja de madera se hallaba un joven alto y de cuerpo armonioso, con el cabello muy corto y un *smoking* de corte excelente. Fue entonces cuando Margery Vane efectuó su entrada.

No sería justo afirmar que entró corriendo ni que parecía alterada o falta de respiración. Con gesto teatral, y envuelta con una capa de visón, resistía con facilidad los movimientos del buque. Aunque no rebasaba la estatura media, quizás algo menos, convencía a la gente, por medio de su postura y apostura, de que era estatuaria. Por debajo de esta apariencia había, no obstante, algo felino. Su cabellera, de un negro reluciente y brillante, no estaba alborotada en absoluto, a pesar del viento reinante en cubierta. Su famoso rostro, con unos ojos negros muy separados, que contrastaban por su tamaño con la breve nariz y la ancha boca sobre el fondo de su tez clara, tenía un leve maquillaje que ninguna palidez hubiera hecho visible.

Detrás suyo marchaba una mujer intensamente femenina, que llevaba un colgador para abrigos. La señorita Elizabeth Harkness —cuyo nombre completo y con el que firmaba era Bess Tolliver Harkness^[4]—, llevaba un abrigo de pieles menos ostentoso. Su cabello negroide se veía encerrado dentro de un sombrero. A pesar de sus gafas de montura de concha no era mal parecida, tal como había asegurado Fay Hammond, aunque pocas personas se fijaban en ella.

—Verdaderamente, Margery... —la oyeron murmurar.

Todos los ojos, como de costumbre, estaban fijos en aquella nueva Circe^[5].

Dejando resbalar su abrigo de visón, Margery Vane exhibió los hombros y brazos de una joven, casi la figura juvenil también, embutida dentro de un vestido verde esmeralda, tan severo y escueto como de moda y costoso. Le entregó el abrigo a su compañera, la cual lo colocó en el colgador. Luego, la señorita Vane avanzó con gracia y encanto, dirigiéndole al doctor Fell una sonrisa deslumbradora.

—Perdóneme, perdóneme, por favor —le rogó con su magnífica voz, tan bien modulada—. Aunque creo que tengo algún buen motivo para mostrarme un poco *distraite*. Acabo... acabo de ver un fantasma.

El doctor Fell no mostró la menor sorpresa.

—¿De veras, señora? ¿Quién era el fantasma?

—Oh, no tiene importancia. Créame, nada de la Tierra tiene la menor importancia. Y sé que no ha sido más que un sueño. Bien —añadió, mirando a Knox—, supongo que este caballero es...

Con cierto floreo, el doctor Fell presentó a Knox a la señorita Vane, a la señorita Harkness y al señor Lawrence Porter.

Fue éste, de aspecto ingenuo y con un rostro bastante sonrosado, el que avanzó con un aroma general de amistad y coñac en su aliento. Respetuosamente, extendió la mano.

—¿Usted es Philip Knox, caballero? Oh, debo declarar que, por regla general, no me gusta mucho la lectura. Pero he leído su *Ruta inglesa ondulante*, y lo encontré muy *bueno*. Sí, señor, he venido a decirle que es estupendo. ¿Cómo es el principio? Oh, no he podido olvidarlo.

Y completamente olvidado de todo y de todos, comenzó a declamar. Su voz dominó la de la tormenta exterior:

*Antes de que el romano llegara a Rye o pisara Severn,
el borrachín inglés tambaleante construyó la ruta inglesa ondulante.
Una ruta sinuosa, una ruta ondulada, que rodea el condado,
por la que el pastor corrió, igual que el sacristán y el caballero.
Una alegre ruta, una ruta enmarañada, que todos pisoteamos
la noche en que fuimos a Birmingham por Beachy Head.
Yo no conocí los males de Bonaparte, y muchos caballeros...
...
Y no sentía deseos de pelear contra los franceses.
Pero me lancé contra sus bayonetas.*

La mirada de Margery Vane se alteró súbitamente, al mismo tiempo que levantaba una imperiosa mano.

—¡Larry, por favor!

—¿Eh?

—Creo que ya está bien. Dedícate al tenis o a otros deportes y abandona la declamación. Oh, pareces arañar las consonantes. No tienes maña. Vaya, ya está bien.

—De acuerdo. Sólo que...

—Sí, querido, estoy segura de que el señor Knox sabe apreciar el cumplido. Pero él no escribió estos versos, ¿entiendes?, sólo los cita en su obra, y tampoco hay que tomárselos en serio. Bien, señor Knox —agregó la dama, cambiando de tono—, supongo que el doctor Fell le habrá contado...

En el aire planeaba una infección de dramatismo que Knox captó al instante.

—Es un honor y un placer haber sido presentado a usted, señorita Vane. Sí, el doctor Fell me ha contado, al menos en parte, que la nueva compañía Los Comediantes de Westchester piensa reinaugurar el teatro «Máscara» de Richbell a finales de abril. Con *Romeo y Julieta*, ¿verdad? Supongo que usted estará allí aquella noche.

—¿En Richbell? ¡Oh, cielos, no!

—¿No?

—No, estaré visitando a unos amigos de Florida. No quiero ni me gustaría estar

cerca de Richbell ni del teatro «Máscara». Sufrí una experiencia traumática cuando trabajé en aquel escenario. Además, en aquella época yo me hallaba en una fase de la juventud sumamente impresionable. De todos modos tampoco tendría por qué ir allí más de tres meses antes de la inauguración, ¿verdad?

—Claro, perdone.

—De nada. ¿Cómo podía saber usted...?

—Si quieres mi opinión, Margery... —intervino Lawrence Porter.

—No la quiero, Larry. Señor Knox, yo me tomo interés por esa querida gente que desea tan ardientemente triunfar donde el pobre Adam falló. Y existe cierta información que usted debe de conocer a fin de poder aconsejarme debidamente. ¿Quieren ustedes dos, naturalmente con Bess y Larry, formar conmigo una reunión de carácter informal? Oh, no en este bar. Un bar resulta tan poco congeniable... Iremos al salón de deportes de arriba. Bueno —la mujer giró en redondo hacia el camarero —, si consienten en servirnos algo allí.

Georgie, el camarero del salón de fumar, se puso rígido al momento.

—¿En el salón de deportes, señora?

—Sí. ¿Podrían servirnos allí?

—No hay nadie de servicio por la noche, señora. Aunque tratándose de usted, yo mismo les serviré con mucho gusto.

—¡Oh, qué amable! ¡Qué amable! Champán es lo más apropiado en tales ocasiones, a pesar de que para un buen paladar resulta demasiado recargado. ¿No lo cree así, señor Knox?

—Francamente, señorita Vane, me gustaría.

—Vaya, vaya —murmuró Bess Harkness.

—Bueno, puesto que insiste, supongo que tendré que complacerle. Entonces, que sea champán. *Pas trop sec*, como tanto les gusta advertir a los franceses. Un «Mumn» o un «Perrier-Jouet» servirán para el caso. Y muchas gracias. Su brazo, señor Knox. Su brazo, doctor Fell. Por aquí, por favor.

Lawrence Porter volvió a sujetar la puerta. Los tres, Margery Vane, con Knox a su izquierda y el doctor Fell a su derecha, ascendieron los dos peldaños que conducían al saloncito de la cubierta de paseo. Porter y la señorita Harkness les siguieron dócilmente. Desde el salón principal surgía una voz áspera que iba cantando los números del bingo a través de un altavoz. El ascensor les condujo a la cubierta de deportes.

El salón deportivo, a aquella hora de la noche, estaba pobremente iluminado, casi en la penumbra. Si el gusto de la anfitriona hubiese preferido el lujo del salón principal, de color rosa, blanco, dorado y cristal, sus confidencias no habrían estado en carácter en medio de la sesión de bingo.

A cada lado del salón deportivo había una plataforma baja, con mesitas coloradas, a babor y a estribor, junto a un mamparo alto, con ventanillas sin cortinas. Al extremo de cada plataforma se abría una pesada puerta con un panel de cristal a la altura de la

cabeza, que conducía a la cubierta de deportes, en la dirección de los camarotes de la clase turística. Entre ambas plataformas había un piano. Formando el centro del mamparo delantero, en la dirección por la que habían entrado, un inmenso mapa en color y relieve mostraba las Islas Británicas y el continente norteamericano, con las señales marcadas por flechitas rojas respecto a las distancias que cubría diariamente el *Illyria*. Todas las plataformas rodeaban un amplio espacio donde se veía una mesa de *ping-pong*.

Allí, Margery Vane parecía estar en su casa. Tras elegir una mesita situada en la plataforma del lado de babor, reunió en torno suyo a todos sus compañeros. Se abrió una botella de champán y se llenaron las copas. Margery firmó la nota y se puso de pie.

—¡Por los amigos ausentes! —brindó, levantando la copa. El brindis fue contestado al unísono—. Oh, Larry, Larry, creo que me he dejado el bolso. Por favor, ve a la *suite* M-51, y tráemelo. Está encima del tocador.

La señorita Harkness se interpuso.

—Iré yo, Margery. Es la cosa más sencilla que...

—No, no, Bess, ya has trabajado bastante. A Larry le encanta servirme. ¿Verdad, Larry? Vamos, sé buen chico y no vuelvas hasta que lo hayas encontrado.

Fuera soplaba el viento y llovía. Pero la cubierta no ofrecía peligro si se andaba con cuidado. El joven Porter se marchó. Margery Vane volvió a sentarse.

—Como estaba diciendo —prosiguió, irradiando su encanto sobre Knox—, ésta es la primera vez que visito mi tierra natal en veinte años justos. Mi último viaje (puedo incluso citar la fecha) fue en el *Queen Elizabeth*, el diez de octubre de mil novecientos cuarenta y cinco. Todavía se hallaba al servicio de las tropas, y transportaba no sé cuantos soldados canadienses a Halifax, Nueva Escocia —por una vez su fina voz se alteró—. ¿Qué le pasa, señor Knox?

—¿Pasarme?

—Por un momento, su expresión ha sido muy rara. ¿Estaba también usted en aquel viaje?

—No, señorita Vane. Mas conozco a una persona que iba en el mismo barco.

Sí, Knox supuso que su expresión fue de extrañeza. ¡De qué forma se cruzan y entrecruzan los destinos! Con el *Queen Elizabeth*, que zarpó de Southampton el 10 de octubre de 1945, Judy había salido de su vida.

Margery Vane le miraba con insistencia.

—En aquella época se necesitaba un permiso especial para viajar. Como yo tenía intereses de negocios en Nueva York, obtuve el permiso. Bess fue conmigo, claro. En los negocios me resulta una gran ayuda, aunque al verla nadie lo diría, porque sabe manejar los asuntos. Yo puedo ser muy dura en caso de necesidad, mas no siempre sé trazarme un plan. Bess, sin embargo, sí sabe hacer planes, aunque no puede mostrarse dura. Bien, entre ambas solucionamos el asunto de Nueva York. ¡Pero qué viaje! ¡Oh, cielo, qué viaje! Fue una pesadilla, ¿no es cierto, Bess?

La señorita Harkness aceptó un cigarrillo y una cerilla. Después de tomar otro sorbo de champán se retrepó en su asiento, con el abrigo de su amiga en la falda y el cigarrillo inmóvil en el aire.

—No fue agradable —confesó.

—¿Agradable? ¡Espantoso!

—Oh, Margery...

—Los pasajeros de pago estaban en grupos de seis y ocho por camarote, ¡y a veces diez! No había sitio donde sentarse en el salón principal, y un terrible altavoz daba órdenes cada minuto como si todos fuésemos unos chiquillos mal criados o delincuentes juveniles. Luego, al llegar a Halifax... ¿No existe una vieja plegaria, doctor Fell, que le pide a Dios que nos libre de «el infierno, Hull y Halifax»?

El doctor Fell contestó tras encender pausadamente otro cigarro.

—El Halifax en cuestión, señorita Vane, se refiere al de Yorkshire, de Inglaterra, y no al de Nueva Escocia. En ese Halifax, en el siglo XVI, cortaban la cabeza de los condenados con una especie de guillotina tosca y primitiva, que era muy temida y aborrecida en todo el país.

—Bien, pues el Halifax de Nueva Escocia tampoco resultó un paraíso. Como si aquel horrible crucero no fuera bastante, los reglamentos más ridículos nos persiguieron desde Montreal a Nueva York. Según las leyes norteamericanas del tiempo de guerra, no se permitía viajar en coche-cama a menos que se tratase de un recorrido de quinientas millas. Pero a Bess se le ocurrió una treta, ¿verdad, Bess? Adquirimos los billetes en Washington y viajamos hasta Nueva York. Oh, en fin, temo que estoy divagando.

El humo del tabaco revoloteaba en espirales bajo las luces amortiguadas, que se reflejaban en los cristales de los ojos de buey contra la noche negra y el revuelto mar. Margery Vane, aunque desdeñaba los cigarrillos, se puso de pie en medio del humo y volvió a levantar la copa.

—¡Por los Comediantes de Westchester —brindó—, que muy pronto tendrán un nombre diferente! Y ahora, con su permiso, me referiré al asunto de esta noche.

Hizo una pausa y continuó:

—La nueva compañía está encabezada por Barry Plunkett. Se trata de un hombre todavía joven, ya que no cuenta más de treinta y cinco años. Su reputación es excelente, habiendo actuado con gran aplauso en Dublin, en Londres y Broadway. No le conozco personalmente, a pesar de que hemos sostenido bastante correspondencia. Debo confesar que sus ideas me gustan. Y he oído hablar mucho de él. A veces, se muestra un poco versátil, como todos los irlandeses, pero en general es bastante concreto, como dicen los americanos, cuando las cosas van mal.

»La compañía —añadió— parece buena. Respecto a la joven Winfield, que interpretará los protagonistas femeninos, no sé nada en absoluto. Creo que será preferible no hablar de ella.

»Por lo demás —prosiguió—, ¿a qué cavilar demasiado? Su consejero técnico

para las obras de Shakespeare es el juez Cunningham. El administrador (que actúa por afición) es un bolsista retirado llamado Judson Lafarge. Su esposa, la señora Constance Lafarge, preside la sociedad en calidad de *amica curiae*, y tengo entendido que es una mujer muy influyente en Westchester.

A la mente de Philip Knox aflúan muchos recuerdos ya olvidados.

—¡Connie! —exclamó—. ¿Cuál era el nombre de soltera de esa dama? ¿Constance Westerby, de la avenida de Fenimore Cooper, de Richbell? ¿Y se refiere usted acaso al juez Graham Cunningham, del Tribunal Supremo del Estado de Nueva York? Dicen que se retiró...

—Mi querido amigo —preguntó Margery Vane—, ¿cree que soy una adivina, una lectora de bolas de cristal o una hechicera, que puedo decir el nombre de soltera de una persona de la que no había oído hablar hasta hace unos meses? Oh, sí, el caballero en cuestión es el propio juez Cunningham. Es un profesor especializado en Shakespeare y coleccionista de armas antiguas. Compró la vieja residencia de Adam Cayley, y antes de dejar América en mil novecientos treinta y uno, le vendí la colección de armas de Adam. El juez Cunningham, según Barry Plunkett, ha efectuado unas sugerencias muy atinadas referentes al vestuario de *Romeo y Julieta*.

El doctor Fell dejó escapar varios gruñidos y bufidos.

—Señora...

—¿Sí, doctor Fell?

—Supongo que todos nosotros somos personas civilizadas, lo mismo que los Comediantes de Westchester. Sin embargo, dejando aparte toda superstición y sin hacer caso de las coincidencias, ¿creen ustedes prudente inaugurar la temporada con esa obra?

Margery Vane le miró atentamente.

—A ellos les parece bien —observó—. ¿Y por qué no? ¿Por qué no?

—De acuerdo, el sentido común no aduce ninguna razón válida en contra.

—¿Cree usted —interrogó Margery— que el público, que es el que paga, recuerda las tragedias antiguas? ¡Seguro que no! Cuando esos queridos Comediantes triunfen, como triunfarán si toman mi nombre, a nadie le importará saber cómo ni por qué. Además, ¿tenemos necesidad de compartir las supersticiones de los cómicos vulgares?

Margery Vane volvió a hacer una pausa y con acento teatral continuó:

—Durante la existencia del maldito teatro «Bijou», una actriz psicópata se volvió loca y apuñaló a otra en escena. ¿Y qué? La vida del pobre Adam se perdió debido a su vanidad y su obstinación, al ignorar los consejos de su médico. ¿Y qué? Es improbable que la compañía de Barry Plunkett cuente con algún maniático homicida, y los reconocimientos médicos podrán asegurar que nadie se muera en escena. De todas formas, por mi parte creo que no podría estar cerca de aquel teatro ni en el ensayo general ni en el debut. Pero esto es algo particular, algo personal; algo, si quieren, emocional.

De repente, Margery giró a un lado y se dirigió hacia la pesada puerta de la plataforma del lado de babor, que conducía a una cubierta abierta. No era bastante alta para atisbar por el panel encristalado de la parte superior, y no lo intentó. En cambio, situada debajo de otra luz amortiguada, volvió a girar sobre sí misma. El rostro, la voz y el gesto eran hipnóticos cuando levantó el brazo para proseguir su perorata.

—Y no obstante, me he sentido tentada; confieso que me he sentido tentada. Me encanta la buena esgrima, y Barry Plunkett me ha asegurado que en la obra se verán buenos duelos.

»¿Recuerdan aquel tiempo de la guerra con la compañía del Old Vic^[6] de Londres, bajo la dirección del gran Olivier y de Richardson, en el nuevo teatro de la ronda de Charing Cross? Cuando el entonces Lawrence Olivier interpretaba *Ricardo III*, con Ralph Richardson en el papel de Enrique de Lancaster (esto debió de ser por el año mil novecientos cuarenta y cuatro), la obra terminaba en un duelo tan espectacular que yo estuve a punto de caerme del palco.

»Sí —agregó la actriz—, confieso que me he sentido tentada a asistir al ensayo general. Hubiera querido presenciarlo, tratándose como se trata de *Romeo y Julieta*, representada sólo para mí y un par de amigos. Incluso me sentí tentada (que Dios me perdone) a dejar de lado a esa chica Winfield e interpretar yo misma el papel de Julieta, tal como ha de interpretarse. Oh, no lo haré..., nada de eso. ¡Está fuera de toda cuestión! Sería tosco, vulgar y poco digno de mí. Y, en cualquier caso, no deseo forzarme.

»Ni tampoco molestar a mis queridos amigos, con una tragedia ocurrida hace casi cuarenta años. De todos modos...

Regresó a la mesa, una obra de arte envuelta en un vestido verde esmeralda, por entre el humo que rodeaba a los demás. Todas las copas estaban vacías excepto la del ausente Larry Porter. Margery cogió la botella y trató de llenarlas. Pero manejar una botella de champán no es cosa fácil entre los cabeceos de un buque, y fue Knox quien le cogió la botella e hizo los honores.

—¿Qué estaba diciendo, señorita Vane?

—Otro brindis, por favor. Un brindis en honor de los Comediantes de Westchester que muy pronto, eso espero, se convertirán en los Comediantes de Margery Vane. ¡Permitan que una vieja actriz quede a un lado en bien de ellos! ¡Ojalá que la fortuna proteja a esos cómicos osados! Ojalá que esos queridos muchachos... —se interrumpió, y su voz subió de tono—. Dios mío, Larry, ¿ya estás aquí?

En efecto, el joven Porter se hallaba en el umbral. Llevaba un bolso de terciopelo negro con cierre de diamante; tenía la cara más sonrosada, con las venillas azules de las sienas congestionadas. Subiendo a la plataforma, se dirigió hacia ellos con una especie de cautela asesina.

—¡Fuego del infierno! —tronó.

—Oh, Larry, mi bolso...

Larry Porter la miró fijamente.

—Aquí tienes tu maldito bolso —gritó, dejándolo de un manotazo encima de la mesa—. Y no estaba en el tocador, tal como me imaginé. Estaba debajo de la almohada de nuestro... de tu camarote... ¡Oh, Dios mío!

Hubo una ligera pausa.

—¡Larry, Larry! Aunque hayas olvidado los buenos modales que poseías, no tienes por qué haberte olvidado de la decencia más elemental.

La sonrosada cara se puso escarlata. El joven Porter gesticuló ampliamente con los brazos.

—Margery, lo siento... No quise decir... Oh, no pensé...

—No, nunca piensas. En fin, me olvidaré de esta *gaucherie*, puesto que el mal ya está hecho. Pero ya has dicho bastante por esta noche.

—Vamos, Larry, siéntate y calla —intervino Bess Harkness—. Además, Margery nos proponía un brindis.

—En efecto —afirmó la actriz—, y una vez más por los Comediantes de Westchester. Ya conocen mis condiciones, de las que no me desviaré. Si adoptan el nombre de Comediantes de Margery Vane, y cuelgan en el vestíbulo del teatro el cuadro que me pintó Augustus John, representando a Julieta, les cederé el teatro libre de alquiler. Su mantenimiento es barato, y los impuestos mínimos. Una generosa oferta, ¿verdad? Estoy casi segura de que la aceptarán.

El doctor Fell le dedicó una larga mirada.

—Una oferta generosa que no rechazarán —concedió—. ¿Hay otros planes, aparte de un nombre y una reposición? Usted no está acostumbrada a apoyar a los perdedores.

—Si dan muestras de fracasar, de lo cual me enteraré en Florida, yo ingresaré en la compañía interpretando las protagonistas. ¡Y entonces, le aseguro que no fracasarán!

Comenzó a pasearse por detrás de la mesa, fijas sus azules pupilas en un punto de la pared de enfrente.

—Y sin embargo, aunque niego la fatalidad o la mala suerte en relación con ese teatro, a veces dudo. Adam, por ejemplo..., ¡el pobre Adam! ¡Tan bien dotado! ¡Tan bien parecido! ¡Y no obstante, tan lleno de vanidad!

—En mis años mozos, señora, llegué a conocer ligeramente a Adam Cayley. Sí, era un hombre muy engreído. Pero jamás me pareció indebidamente vanidoso.

—Oh, doctor, jamás mostraba en público su vanidad. Yo le conocí en privado, cuando no necesitaba aparentar una falsa modestia. Yo era su esposa, le amaba y le admiraba, pero... ¿Era siempre acertado su criterio?

—¿Su criterio?

—Adam aseguraba, por ejemplo, que algunos viejos melodramas podían obtener grandes éxitos interpretándolos debidamente, sin retorcimientos ni exageraciones. Obtuve del difunto William Gillette, que entonces aún vivía, los derechos de una

pieza que el propio Gillette hizo famosa hacia los años mil ochocientos noventa. «Un actor verdaderamente bueno, Margery —decía Adam—, podría recitar la tabla de multiplicar y obtener un éxito». ¡Ay, no vivió para demostrármelo!

—Señorita Vane, ¿no sería esa obra, por casualidad, el *Sherlock Holmes*, de Gillette?

—No, doctor Fell. Adam afirmaba que *Sherlock Holmes* era una obra muy pobre para tener ningún interés, aparte de su asociación con el famoso detective o con el mismo Gillette. No, la comedia elegida era *Servicio Secreto*, que no tiene nada que ver con el moderno 007, James Bond. Su acción transcurre principalmente en una oficina de telégrafos durante la guerra civil americana.

»¿Era bueno el criterio de Adam?, vuelvo a preguntar —continuó la actriz—. ¿Fue bueno, incluso para los actores que eligió para su compañía? De todos aquellos cómicos, de hace ya treinta y siete años, ¿cuántos viven aún y cuántos lo hacen en forma próspera?

—¿Cuántos? —quiso saber el doctor Fell, sumamente interesado.

—Aunque parezca extraño, una actriz del antiguo elenco volverá a actuar con la nueva compañía. Se trata de Kate Hamilton. Cuando la conocí era una *ingénue* de carita dulce, ideal para interpretar la María de *La escuela del escándalo*, y la compañera de la protagonista de casi todo el repertorio. Actualmente, sé que pesa ochenta kilos y su cara ya no es dulce, pero dicen que interpreta muy bien las damas de carácter. Lo que en argot teatral se llama una «característica». Kate podría contratarse con cualquier compañía que ella deseara. En cuanto al resto...

—¿Sí? Continúe, por favor.

—En cuanto al resto..., ¿dónde están? El pobre Will Estabrook, nuestro asociado capitalista, se dio a la bebida y no tardó en ser enterrado. Harvey Baskerville está muy viejo y tullido, y depende de la caridad inglesa. Sam Andrews, un joven tan simpático...

Larry Porter, que había tomado varios sorbos de champán, saltó de su silla.

—Ya que estamos metidos en este asunto, Margery, ¿qué fue de aquel pobre diablo de Fosdick?

Margery Vane le miró como si no hubiese oído la pregunta.

—¿Quién? ¿Quién has dicho?

—John Fosdick, o un nombre parecido. Aquel que odiabas tanto, y al que despediste de la compañía. Yo no le conozco, ya que esto fue mucho antes de mi época, pero Sandy Mactavish, el otro día, hablaba de él.

—No me acuerdo de ese individuo. O, si existió, sólo consiguió lo que se merecía y seguirá mereciéndose. Y ahora, ¿quieres mantenerte al margen de este asunto, o prefieres seguir llamándome zorra?

De nuevo reinó un silencio de estupefacción.

—¡Oh, Margery, nadie te ha llamado zorra! Nadie. Yo sólo dije...

—Que me usas a tu conveniencia, ¿verdad? Bien, pues voy a despedirte a ti,

maese Lawrence Porter, y por horrible que te parezca la perspectiva, tendrás que volver a trabajar. De modo que siéntate y enmudece. Si alguien más desea hacerme alguna pregunta, me encantará contestar.

—Con su permiso, sí hay una pregunta —intervino el doctor Fell.

—¿Sí?

—¿Qué fantasma vio usted esta noche?

—Oh, doctor Fell...

—Podemos jugar a la esgrima tal como a usted le gusta, señorita Vane, pero ¿es necesario? Usted ha pedido consejo, y tal vez lo necesite más de lo que imagine. Como viejo zorro, y con mucha experiencia en esos asuntos, vuelvo a preguntarle con toda pasión y humildad: ¿qué fantasma vio esta noche?

Margery Vane estaba de pie, algo apartada de la mesa, como una estatua dominante, la copa en su mano.

—Creí ver a Adam. ¡En la cubierta! —indicó la pesada puerta con el panel de cristal—. Creí verle en la cubierta de botes, con el mismo gorro de costumbre, y que extendía la mano como si fuese a tocarme. Claro, me *pareció* verle; ya sé que sólo fue una ilusión.

—¿Está segura, señorita Vane? —observó el doctor Fell.

—No, no; precisamente es lo que estoy diciendo: sólo fue una ilusión, un sueño.

—No fue ésta mi pregunta, señorita Vane.

—Pero sí es, definitivamente, mi respuesta, doctor Fell. Yo he pedido consejo, y, sin embargo, en mi ánimo sé perfectamente lo que hay que hacer. ¡Y también los Comediantes de Westchester! Adoptarán el nombre de Margery Vane si saben lo que les conviene. Que intenten cualquier truco, por pequeño que sea, y esa chica, Anne Winfield, oirá lo que se merece. Y también a él le daré su merecido; esta vez se lo daré sin remilgos. Los Comediantes de Westchester, ¿eh? Si vuelvo a pronunciar una sola palabra en este mundo...

En aquel instante, cuando el *Illyria* se balanceaba como empujado por el vendaval, resonó un estruendo en el salón. Y los cinco saltaron ante aquella explosión.

Al otro lado de la puerta, junto al panel de cristal, alguien había disparado un revólver o una automática, dejando en el vidrio un agujero del que partían diversas líneas en zigzag allí donde se había roto el cristal. La bala, que había errado al grupo por varios metros, se hundió en el mapa en relieve, dejando una marca nueva al lado de la banderita roja que indicaba la posición del buque.

Lawrence Porter lanzó una maldición y se puso de pie, rompiendo la copa contra el borde de la mesa. Philip Knox se puso instantáneamente de pie. Bess Harkness se asió a los brazos de su asiento. Margery Vane, alta la barbilla y sin asustarse, giró en redondo como desafiando el peligro. El último en moverse fue el doctor Fell, el cual se apoyó cansinamente en su bastón.

—¿También ha soñado esto, señora? —preguntó.

—¿Qué ocurrió entonces? —inquirió Judy.

Knox reflexionó que la gira de conferencias ya había concluido hacía casi un mes. Los árboles de Gramercy Park verdeaban, espesándose día a día con el aliento del verano. La primavera ardía en la sangre de Philip Knox. Placía el anochecer del domingo, 18 de abril, estaba sentado en el vestíbulo de su hotel, el «Gramercy House», pequeño y anticuado, frente al parque, en la esquina de la calle Vigésimo Segunda, contemplando a la mujer que se sentaba ante él.

Sí, ya había concluido. Knox acababa de recorrer Nueva Inglaterra, el Oeste Medio, y el Profundo Sur. Todas las profecías del doctor Fell se habían cumplido, incluyendo las horas interminables en los aeropuertos cuando los aviones no podían despegar, y la cellisca del Oeste Medio que durante cuarenta y ocho horas lo tuvo prisionero en Detroit. Había conocido a personas inteligentes, se había divertido mucho y había disfrutado más.

«Y sin embargo —pensaba ahora— no me importaría otras cuatro semanas de gira, encima de esos días».

Su último compromiso, a finales de marzo, fue dar una conferencia en el Club Femenino de Farleigh, Connecticut, una población contigua a Greenwich, en el ferrocarril de New Haven. Y era este ferrocarril el que, a pesar de su servicio imprevisible, le había conducido a Richbell en menos de una hora. Ya en Richbell, donde el tren cruzaba un puente por encima de la avenida Richbell, trató de identificar los lugares conocidos. A la distancia, reconoció la forma esquelética de un lanchón costero contra el cielo que amenazaba nieve, y no logró recordar si había habido por allí un parque de atracciones. Más cerca, en la avenida Richbell, la inconfundible mole del teatro «Máscara» dejaba ver en su marquesina el anuncio de *Comediantes de Margery Vane*, en un letrero eléctrico, no iluminado todavía.

Cuando saltó del tren en Farleigh, una mujer ya con algunas carnes y muy vivaracha, con el cabello teñido de azul, se puso a su lado, presentándose como Constance Lafarge, antaño Constance Westerby, de Richbell.

—Te habría reconocido en cualquier parte, Phil —declaró ella—, incluso sin haber visto tu foto en la prensa tan a menudo. No tienes que dar la conferencia hasta las dos. Ven, vamos a almorzar juntos.

Ella le llevó en su «Cadillac» al club Country de Farleigh. Marzo, comportándose como un caballere te enfurruñado, azotaba con sus quejas las ventanas. La misma Connie también se mostraba propicia a acongojarse. Habló mucho de su marido, Judson Lafarge. De un matrimonio anterior tenía dos hijos, uno de ellos en el instituto y el otro en el sexto grado de la misma escuela preparatoria a la que había asistido Knox; discutieron algún tiempo esos asuntos, y ella no le preguntó nada personal hasta el postre.

—Oye, Phil, Jud me dijo que conociste a Margery Vane en el barco, cuando

venías a América.

Connie no mencionó aquella terrible velada en la que alguien disparó una bala del 45. Evidentemente, Jud no se lo había contado a Connie, o Margery Vane no se lo había dicho a Jud. Knox también pasó por alto el incidente.

—Sí, la conocí allí. ¿La conoces tú, Connie?

—Sólo por referencias. Es lady Severn, ¿verdad? Barry Plunkett la vio en Nueva York antes de que ella volase hacia Miami, donde parece haberse quedado.

—¿Qué tal la aventura teatral? Ha rebautizado a los Comediantes con su nombre, ¿eh?

—Ha hecho mucho más, Phil. Ha puesto mucho dinero en el negocio, según Jud. Tal vez lo necesitaremos. Oh, Jud tiene muchas cosas en la cabeza, pobrecita, con el personal del escenario y los músicos, que cuestan un ojo de la cara. Yo no veía la razón de contratar a unos músicos, ni tampoco Jud. Pero Barry Plunkett insistió en ello.

—¿Oh...?

—Al parecer, hemos de tener una orquesta de la casa porque hay una en el teatro «Abbey» de Dublin. ¿Llega a tal grado de refinamiento aquel teatro, Phil?

—No, claro que no. Además, hablando estrictamente, no existe el teatro «Abbey». Se incendió en 1951, y la compañía de allí pasó al teatro «Reina», de la calle Pearse. Claro que en realidad es lo mismo.

—Sí, eso dijo Barry. En fin, consiguió su orquesta de la casa, una orquesta titular. Claro que no se trata del irlandés testarudo y tosco tan conocido... ni mucho menos.

—Naturalmente, Connie. El irlandés testarudo y tosco sólo existe en los escenarios de Nueva York y Londres.

—Barry se licenció en la Universidad Trinity, y habla igual que un inglés, si puedes imaginarte tal cosa. Sí, es un poco obstinado, pero todos le queremos. Y a ti, Phil.

—¿A mí?

—A veces pienso... —la voz de Connie se tiñó con cierta nota voluntariosa—, a veces pienso, siendo como eres ya un hombre famoso y todo eso... Oh, esta gira de conferencias no durará mucho, ¿verdad? ¿Qué harás luego? ¿Volver a Londres?

—Sí, mas no inmediatamente. Creo que me quedaré aquí algunos meses; o, al menos, hasta que haga un calor excesivo. Con la biblioteca Pública casi al pie del hotel, y el Museo Metropolitano en la calle Ciento Cuatro, podré realizar algunas investigaciones en la historia de América, como un pequeño cambio. El doctor Gideon Fell también está aquí, según habrás ya oído comentar. Y el hotel en que paro...

En realidad, fue el doctor Fell quien sugirió el «Gramercy House». Desaparecido el viejo hotel «Murray Hill», Knox no creía que pudiese existir otro igual o semejante. A pesar de sus espaciosas habitaciones, el edificio no era grande; mas estaba hábilmente dirigido, con una comida excelente. Los viejos camareros llevaban

sus bandejas por los pasillos de vigas labradas y candelabros, como en un castillo encantado. En el bar reinaba el silencio. De noche, con el alboroto callejero enmudecido, hubiese podido servir para el Nueva York de O. Henry y Richard Harding Davis.

Y los días fueron transcurriendo. Knox no trabajaba en realidad, aunque fingía hacerlo, llegando a creérselo en algunas ocasiones. Acudía a la biblioteca Pública, al Museo Metropolitano, a las librerías de lance de la Cuarta Avenida, por debajo de la Union Square. En el teatro «Broadway» asistió a una representación de *Calle Baker*, que esperaba fuese un tostón y que, no obstante, le divirtió extraordinariamente por su buen humorismo. Como era miembro de los clubs Garrick y Tespis, de Londres, lo mismo que el doctor Fell, también como éste tenía una tarjeta de admisión para el club Comediantes, situado al otro lado del Gramercy Park.

«Nueva York está muy bien —decíase a sí mismo—. Todo el mundo lo maldice y nadie lo comprende. Pero a todos les gusta, a pesar suyo».

Connie Lafarge le llamó varias veces, sugiriendo que comiese con ella y su marido. Al no conseguir una fecha, no le presionó. Sin embargo, siguió insistiendo, tratando de convencerle para que asistiera al ensayo general o al estreno de la reposición de *Romeo y Julieta*, ofrecimiento que fue aceptado por parte de Knox.

En resumen, el historiador se limitaba a descansar y soñar, apartado del ajetreo de la vida cotidiana. Y hacía menos de una semana que...

Eran más de las ocho de un martes lluvioso; el lugar, un restaurante, el «St. James'Grill», de la calle Cincuenta y Cuatro, no lejos de la C.B.S. Se hallaba haciendo los últimos honores al pastel de filete y riñón, especialidad de la casa, en tanto aguardaba el café, hojeando distraídamente el *World-Telegram*, cuyos columnistas suelen hacer las delicias de sus lectores, cuando al levantar la cabeza para ver si acudía el camarero, quedóse como hipnotizado. Judy, su exesposa, le estaba contemplando por debajo de la lámpara de pantalla rosa de la mesa contigua.

Judy...

Estaba muy poco cambiada, salvo algo más dura. Judy tenía unos ojos color ámbar con pestañas largas y oscuras. El mismo cabello castaño, casi hasta los hombros, que enmarcaba un rostro precioso, de una inocencia engañosa. Si a Margery Vane se la calificaba de Circe, para Knox era Judy la que poseía la figura de una Circe; y le habría afectado hallándose incluso en su lecho de muerte. Aquella noche, ella llevaba un traje sastre de mezclilla marrón, con un suéter colorado.

A menudo, se había preguntado qué sentiría si volvía a verla. Ahora ya lo sabía.

Durante medio segundo, el corazón dejó de latir, para reanudar sus palpitaciones a un brioso galope. En cuanto a los sentimientos de Judy, también los conoció. Estaba tan asombrada como él. Su expresión fue de temor, de temor mortal y de deseos de huir. Esto le molestó, pero así era la realidad. Judy se puso de pie, tratando de conservar la postura. Su mano se alargó en busca de la nota, que estaba al lado de su plato vacío.

Bien, estaba sola. Knox se puso de pie y se dirigió a la otra mesa.

—Buenas noches —saludó—. Creo que nos conocemos. Y en caso de que no te acuerdes de mí...

La voz inglesa, suave y susurrada, parecía incongruente entre las voces más ásperas del fondo. Sin embargo, ella no le miró, y su tono, aunque tenso, apenas fue audible.

—Me acuerdo de ti...

—En tal caso, ¿por qué no me acompañas a tomar café y coñac?

—No. ¿Existe algún motivo que me obligue a ello?

—¿Existe algún motivo que te lo impida? Nunca fuimos enemigos, Judy, ni cuando nos separamos.

—Con que no, ¿eh? ¡Te odiaba! ¡Y te odio aún!

—¿Y me odias, Judy? ¿Al cabo de más de diecinueve años?

—Bien, tal vez no te «odie». Pero no puedo hacer retroceder el reloj.

Knox indicó la ventana, donde se veía llover a cántaros.

—Querida señora, eso es una flagrante mentira. Cada año, en este bendito mes de abril, adelantamos el reloj una hora en una noche, en que la mayoría lo olvidan. En octubre, terminada nuestra labor, volvemos a retroceder el reloj una hora. En el sentido literal, podemos atrasar el reloj porque siempre lo hacemos. En el sentido metafórico, si es esto lo que has querido decir, la pregunta es si deseamos atrasarlo.

—Yo no, ciertamente. ¡Y no cojas esta nota, por favor! Dámela, la pagaré yo.

—Con tu permiso, querida, la pagaré yo. Y no has aprendido todavía a hablar correctamente, Judy; porque se dice cuenta y no nota. En Londres, dicen ahora nota. No hace mucho me corrigió una camarera a la que le pedí la cuenta. Y comemos patatas fritas a la francesa, no simplemente patatas fritas, ni tampoco, como en los restaurantes más lujosos, *pommes frites*. Aunque tú y yo fuésemos los peores enemigos del mundo, ¿no podrías sentarte unos instantes conmigo? Al fin y al cabo, no voy a hacerte daño...

—Bue... no...

Así empezó una nueva relación, llena de rodeos e incertidumbres, que ahora tenía ya cinco días de antigüedad. Judy era editora asociada de *Her Ladyship*, una revista femenina de tipo popular, y tenía un apartamento en una de las calles Treinta Este. Él insistió en verla a diario, ya para almorzar o para cenar. En todas las ocasiones, ella pretextaba una cita anterior, a pesar de que usualmente cedía, aunque no siempre. Incluso en plena conversación, permanecía tan elusiva como un fantasma. Y Knox no la molestaba con preguntas. Pero tenía que suceder, y a cada encuentro iba saliendo algo nuevo, como por ejemplo, en el almuerzo del miércoles.

—¿Has estado siempre en Nueva York?

—¡No, bondad divina!

—¿Bien...?

—Cuando salí de Inglaterra...

—El diez de octubre de mil novecientos cuarenta y cinco en el *Queen Elizabeth*.
¿Te acuerdas?

—Sí, y es raro que tú lo recuerdes.

—Judy, ¿en el viaje conociste acaso a una tal Margery Vane?

—¿Lady Severn, la actriz? ¿Por qué? ¿Se trata de otra de tus amiguitas?

—¡Diantre, no! Sólo te pregunto: ¿conociste entonces a Margery Vane?

—No... no estoy segura. Creo que sí. Hace tanto tiempo... No... no me agradó mucho, ni siquiera cuando se fijó en mí. ¿Importa algo?

Había cierta tensión en las ambarinas pupilas y Knox se preguntó por qué.

—Según tengo entendido, Judy, fuiste a San Francisco a reclamar la herencia de tu tío.

—«La herencia» de tío Jim no era más que una ilusión. En Nueva York, a cargo de la agencia Cook, había una carta de su abogado. Tío Jim no había dejado más que deudas. Ahora ya no importa, pero entonces me sentí aplastada. Sin mi propio dinero, no sé qué habría hecho.

—Maldita sea, Judy, ¿por qué no me escribiste y...?

—¡No digas tal cosa! ¿Podía aceptar algo de ti?

—No sé por qué no. Bien, no importa. ¿Qué ocurrió?

Judy se estudió sus manos desprovistas de anillos.

—Pues... envié una solicitud —repuso— para un empleo de secretaria en la revista donde sigo todavía. No sé por qué motivo, les encantó tener una secretaria inglesa. Tuve suerte y conseguí realizar varios trabajos editoriales; seguí progresando y me aumentaron el sueldo. En el cincuenta y dos inauguraron una sucursal en el Oeste... ¡en San Francisco! Precisamente, el mismo sitio donde pretendí ir al llegar aquí... y me pusieron a mí al frente. Oh, aquello es maravilloso... te gustaría... No, supongo que a ti no te gustaría. No hay tantas mujeres en San Francisco como en Los Angeles. Sí —continuó—, he estado en San Francisco, y allí me tropecé una vez con nuestro mutuo amigo, Bobby Drake. A finales del año pasado, sin dar ninguna razón, la dirección de mi revista decidió clausurar la sucursal. ¡Fue espantoso! Mas a pesar de ello, no tuve otro remedio que regresar aquí. No me quedaba otra elección, ¿comprendes?

—No lo comprendo exactamente. Explica, por favor, eso de «a pesar de ello». ¿Qué le pasa a Nueva York?

—Nada, absolutamente nada —los ojos ambarinos le miraban con dureza—. ¿No podríamos dejar este tema? Hoy casi has estado amable conmigo, Phil; por favor, no vuelvas a convertirme en un grosero. No me gusta que me interroguen. ¡No quiero sufrir un tercer grado! Si comienzas a zaherirme la primera vez que hablamos en veinte años, te dejo plantado ahora mismo.

Y Knox tuvo que contentarse con tan poco.

Naturalmente, no podía tratarse simplemente del malhumor de Judy; detrás de aquello había más, algo que ocultaba, aunque él no se lo podía imaginar. No tenía

más remedio que dar tiempo al tiempo y, si era posible, ahuyentar de sí el diablo.

En los días siguientes, Knox se enfrentó con verdaderos trastornos. Se estaba enamorando de nuevo de su mujer, si es que alguna vez había dejado de estarlo. Lo comprendió por el regreso de sus celos.

¿Enamorándose de nuevo, a su edad? ¡Tonterías! Claro que tampoco era tan viejo ni estaba desecado. Y Judy era... ¿qué? En noviembre cumpliría cuarenta y cuatro años, aunque apenas aparentase la mitad. Al menos, no se trataba de seducir a una menor.

Sin embargo... ¿y los antiguos recuerdos?

A pesar de la idea fija que alimentaba Judy, él no era un Don Juan ni un Casanova; si bien, considerando la multitud de damas complacientes que abundaban en Londres, había tenido diversos asuntos amorosos de diverso grado de seriedad. A Judy debía de haberle ocurrido lo mismo, aunque en mayor medida, claro está; de sobras conocía él su temperamento apasionado y sensual. Naturalmente, no tenía derecho a enojarse por ello.

Y no obstante...

Forjó sus planes con cuidado. Puesto que esperaba una llamada de Connie Lafarge, le hizo prometer a Judy que cenarían juntos el domingo por la noche, pasando luego el resto de la velada en algún espectáculo. Ella puso objeciones rápidamente, alegando una gran cantidad de trabajo atrasado, si bien al final dio su consentimiento.

Connie llamó al hotel el sábado por la tarde.

—Oye, Phil. El ensayo general está fijado para mañana por la noche. Ya lo tenemos todo arreglado con la Brigada de Incendios.

—¿La Brigada de Incendios?

—Durante la temporada, se permitirá fumar en el anfiteatro. La mayoría de teatros modernos carecen de anfiteatro, ¿verdad? Bien, el «Máscara» sí tiene uno. Mañana por la noche, según Barry, la gente podrá fumar en todas partes. Oye, Phil.

—¿Sí?

—Hoy han ensayado todo el día; lo mismo que harán mañana. El ensayo general, el «general» como lo llama Barry, será a las nueve, aunque Barry asegura que un ensayo general nunca empieza ni termina a una hora prefijada. Todo el mundo llevará ya la ropa de escena, estará la orquesta y se representará la obra sin ningún descanso. Estarás allí, ¿verdad?

—Con el mayor placer, Connie. ¿Puedo llevar a una amiga?

—Oh, claro, nos encantará. Oye, Phil, ¿por qué no la traes a Farleigh, y cenáis con Jud y conmigo? Luego, iremos al teatro.

—Lo siento, Connie. Eres muy amable, pero ya hemos concertado nuestra propia cena.

En realidad, deseaba a Judy para él solo.

—Oh, bueno, si es tan fascinante... Hay un tren que sale de Grand Central a las

siete y cincuenta y cinco. Recuerda que los sábados y domingos, el Stamford local pasa por el carril superior, no por el inferior. Judson y yo estaremos en Richbell esperando el tren. Hasta entonces, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, Connie, y muchas gracias. Adiós.

Aquella tarde, hacia el anochecer, estuvo en el club de los Comediantes. En el bar encontró al doctor Gideon Fell y a Herman Gulick, el fiscal de distrito del condado de Westchester, de quien era huésped el doctor Fell en White Plains. El doctor Fell y Gulick, un individuo de rostro hundido y complexión robusta, con modales afables aunque ostentosos, también le proporcionó cierta información referente al día siguiente por la noche.

Todo iba bien... y en realidad, ¿qué podía ir mal?

Y así, el domingo por la noche, Philip Knox cenó con Judy en el «Gramercy House». Después, a la hora en que el crepúsculo ponía ya sus sombras entre el verdor del parque, sentóse con ella en el saloncito de la planta baja. Los cupidos y las diosas de yeso exhibían su coquetería por el techo. Los muebles eran dorados, con tapizado verdoso. El ambiente parecía momificado, polvoriento; casi podía esperarse que ante la puerta se detuviera una berlina.

Judy, con un vestido azul, con apliques blancos, que adelgazaba su figura, estaba de nuevo malhumorada. Tenía fruncidos sus labios rojos y sus pupilas parecían avizorar todos los rincones del salón. Continuamente, lo motejaba todo de «ridículo».

—Por favor, Phil, ¿de qué se trata? ¿A qué tanto misterio?

—Judy, ¿sabes qué fecha es hoy?

—El dieciocho de abril. ¿Qué ocurre?

—En tu calidad de mujer inglesa, tal vez no lo encuentres significativo.

De pronto, su voz adquirió una inusitada resonancia.

*El dieciocho de abril, del setenta y cinco,
apenas vive nadie hogaño
que recuerde tan famosos día y año.*

—¿No te sugiere nada? —añadió con voz normal.

—Se trata de aquel fastidioso Paul Revere, ¿verdad? Trepó al campanario de la iglesia Old North...

—Paul Revere, querida Judy, no trepó a aquel campanario ni a ningún otro. No le confundas con Bessie Cómo-se-llame, de la *Curfew Shall Not Ring Tonight* (*Esta noche no habrá toque de queda*). Paul Revere divisó una luz en la torre, y cabalgó veinticinco kilómetros para avisar a todo el mundo de la llegada de los ingleses.

—Temo no estar muy familiarizada con tu ridícula historia de América. En la escuela no nos enseñaron mucha.

—Evidentemente, te enseñaron algo de la *Cabalgada de Paul Revere*. Y no sólo por medio de Longfellow. Por mi parte, puedo atestiguar que te enseñaron *Barbara*

Frietchie.

—¡No sé de qué estás hablando!

—Contente, querida. ¿Tendré que recordarte cierta fiesta de Navidad del cuarenta y tres, en el piso de Bobby Dracke? Te tomaste seis copas y te pusiste por las nubes. Con gestos elocuentes y un tono ampuloso declamaste *Barbara Frietchie*, y entusiasmaste al auditorio. Aún te veo llevándote una mano a los ojos, en forma de visera, e imitando a Jackson «Muro de Piedra», al ver la vieja bandera.

—¿Por qué has de volver a retraerme aquella fiesta?

—No lo hago en absoluto. Oh, no estés tan seria, chiquilla. Aunque tú ahora lo llares a todo ridículo, entonces no viste nada ridículo en todo lo que dijiste.

—Bien, ¿qué era ridículo?

—Permite que te lo vuelva a recordar.

*Viene la rebelde gente
con Jackson «Muro de Piedra» al frente.
Por debajo del sombrero
a izquierda y derecha mira;
ve la bandera, suspira,
y con gesto altivo y fiero,
«¡alto!» ordena, y todos paran.
«¡Fuego!». Los rifles disparan.
Tras la ventana forzada,
la bandera cae rasgada;
dama Bárbara al instante,
coge la enseña adorada
y la ondea triunfante.*

«Oh, Judy —prosiguió Knox, tras recuperar el aliento, ¿dónde estaba Bárbara cuando recogió la bandera? ¿Cómo es posible que el tiroteo no le volara la cabeza o la enviara rodando por entre los muebles? En cuanto a Jackson «Muro de Piedra»...

—Grosero Knox, hay ocasiones en que te mataría... No tienes ni una onza de sentimientos ni de romance en tu naturaleza, ¡ni una onza! Lo único que siempre te interesó es... Bueno, hablemos de otra cosa.

—Está bien, ¿qué hay de malo en ello? Debo añadir, no obstante, que en aquellas ocasiones jamás mostraste la menor renuencia.

—Está bien, está bien. Si tuvieses un adarme de decencia no me lo recordarías. Además, aquella época pasó y se olvidó para siempre.

—Naturalmente...

—En cuanto a tu ridícula fiesta de Navidad —prosiguió Judy—, yo tenía que hacer algo. Tú empezaste a insinuarle a aquella espantosa Dolores, la *strip-teaser* del «Molino de Viento», y ella se te insinuaba también...

—Dolores Datchett, Judy, no era ninguna *strip-teaser* del «Molino de Viento». Como dato académico, era instructora de natación de Penzance.

—Sea como sea, se quitaba la ropa, ¿no? Sí, allí estabas tú, medio borracho, insinuándote a ella...

—Mientras que tú, querida mía, hacías algo más que insinuarte con Joe Hathaway, mi estimado colega de la B.B.C. en tiempo de guerra.

—¡Bestia! ¡Bruto! Yo no hice nada parecido, y bien lo sabes.

—No lo sé, Judy. Lo que sí sé...

—¡Ojalá no hubiera vuelto a verte! ¡Ojalá no me hubieses saludado en aquel horrible restaurante, ni me hubieras invitado a tomar café! —Judy extendió los brazos —. Oh, Phil, ¿no puedes dejar de hablar de Jackson «Muro de Piedra», y decirme adónde iremos esta noche?

El salón estaba caldeado. A lo lejos, en la Lexington Avenue, un taxi dejó oír el claxon. Knox trató de contenerse.

—Sí, lo siento, lo había olvidado. Vamos al teatro.

—¿Al teatro? ¿En una noche de domingo?^[7]

—Sí. Se trata de presenciar el ensayo general de *Romeo y Julieta*, con Barry Plunkett y Anne Winfield en los protagonistas. Ya te lo explicaré. Anoche, una amiga llamada Connie Lafarge me llamó desde Westchester...

—¿Una antigua novia, verdad?

—¡Oh, por favor...!

—Bueno, ¿no es así?

Knox contó hasta diez.

—La última vez que vi a Connie Westerby (su nombre de soltera), antes de ahora, yo tenía diecisiete años y ella poco más de quince. Y jamás hubo entre nosotros nada serio. Pero, ¿dónde diablos has oído el nombre de Connie?

—Lo mencionaste una vez que estabas borracho —la voz de Judy volvió a subir de tono—. El amor de toda tu vida. Claro que esto me importa un bledo, aunque no me gusta ser humillada. Ni me gusta que insinúes que me he acostado con todos nuestros amigos... ¡No permitiré que vuelvas a degradarme como solías hacer antes!

—Eh... calma, Judy. Calma, mi tentadora y seductora amiga. Conservemos el sentido exacto de la proporción, ¿quieres? No te excites; procura no ser como Margery Vane cuando...

—¿Cuando qué? ¿Cuando te insinúas a ella?

—No, cuando su joven amiguito dijo algo indiscreto. Si puedes despojarte de la ilusión de que soy una especie de Donjuán, que inspira a las mujeres los mismos sentimientos líricos que nos enseñan en los anuncios de televisión para un nuevo detergente o un pulverizador para el cabello, te contaré toda la historia.

Y eso fue lo que hizo.

Empezando por el salón de fumar del *Illyria*, relató la entrada en el mismo de Margery Vane, de Bess Harkness, y del joven Lawrence Porter. Luego, todo lo

ocurrido en el otro salón de cubierta. Describió los diversos estados mentales de la actriz, citó las conversaciones lo mejor que pudo, y pudo bastante ya que poseía una memoria fotográfica casi tan excelente como la del doctor Fell.

Judy estuvo callada. A pesar de que al principio se sintió inclinada a sugerir que si Phil no se había insinuado a Margery Vane fue por falta de oportunidades, acabó por callar e interesarse en la narración. Mantuvo una actitud curiosa respecto a Margery Vane, una especie de despego, difícil de analizar. Estaba claramente fascinada con la historia.

Knox la contó reposadamente, animándose, sin embargo, a medida que avanzaba en el relato, viviéndolo de nuevo. Para él, el salón ochocentista del «Gramercy House», excepto por la presencia de Judy tan cerca, se había desvanecido. Knox volvía a oír el mar azotando los costados del *Illyria*; escuchaba los crujidos de los mamparos y el chillar del viento, que luego se calmaba hasta casi morir. Veía a la gente con toda claridad, lo cual se traslucía en sus palabras. Cinco personas se hallaban reunidas en torno a una mesa de la parte de estribor del salón de deportes; Margery Vane, saliéndose por la tangente, en lo referente a ciertas amenazas; la explosión del disparo con su palpable efecto; el doctor Fell poniéndose de pie para preguntar si la actriz también había soñado aquella detonación.

Judy se irguió, muy interesada, en su butaca.

—¿Qué ocurrió entonces? —preguntó.

—Lo que ocurrió, querida, fue que el infierno se desató. El segundo oficial de a bordo se hallaba en cubierta, entrando de servicio, o algo por el estilo. Cuando dispararon a través del cristal de la puerta, entrevió fugazmente al tipo que hizo el disparo. Mas no consiguió verle con claridad. El desconocido dio media vuelta y huyó hacia popa, donde el oficial, que le perseguía, le perdió. Luego, vino al salón de deportes para ver si había algún herido, tras lo cual dio cuenta del incidente. Fue entonces cuando se desató el infierno. Hubo una investigación que puso término a todas las investigaciones.

—¿El capitán tomó a su cargo el caso?

—Obviamente, no. En alta mar, Judy, el capitán es como un dios que tiene los hilos de todo en su mano. En realidad, fue el sobrecargo el que se ocupó del asunto. ¡Y de qué manera! Supongo que quería mostrarse diplomático, pero resultó peor que un detective privado de cualquier novela. No podíamos estar seguros de que el disparo fuese dirigido contra Margery Vane, aunque era la única que estaba de pie y, por tanto, la que ofrecía el mejor blanco. Existía la sensación de que el tiro iba contra ella, aunque hubiese podido acertar a cualquiera; el sobrecargo lo presumió así, y también los demás.

Knox tomó aliento antes de continuar.

—¿Conocía la actriz a algún pasajero que quisiera perjudicarla? No, en absoluto, repuso ella con gran énfasis. Aseguró haber visto a todos los pasajeros de primera clase, y excepto el doctor Fell y a dos compañeros más de viaje, no había reconocido a nadie. Bien, continuó el sobrecargo. ¿Y en la clase turística? El desconocido había corrido hacia popa, o sea hacia dicha clase; lo único que tenía que hacer una vez allí era trepar por una escalerilla. Al día siguiente, llevaron a Margery (es decir, por si podíamos contribuir con algo), y a todos nosotros, al comedor de la clase de turismo, cuando todos los pasajeros estaban presentes. Allí hay unos grandes ventanales a cuyo través se distingue toda la estancia. Margery estudió todos los rostros, juró que todos le eran completamente desconocidos y...

—¿Y qué? —le instó Judy.

Knox estaba paseándose por el salón del «Gramercy House», fumando cigarrillo tras cigarrillo.

—Yo la creí —afirmó—. Creo que dijo la verdad, lo mismo que al referirse a los pasajeros de primera clase. En realidad, estoy seguro de ello.

—Oh, Phil, ¿cómo puedes estar seguro? Esa mujer es, o era, una actriz famosa y...

—De acuerdo, es actriz. Puede fingir, y fingir de una manera estupenda... pero sólo hasta que se inmiscuyan los sentimientos personales. Entonces, la máscara se cae y revela su verdadera personalidad, como otras veces he tratado de explicar. Puede controlar sus sentimientos tan poco como... como...

—Como yo puedo controlar los míos, ibas a decir, ¿verdad?

—No iba a decir tal tontería.

Judy se puso de pie.

—¡Esto es ridículo! —exclamó—. ¡Alguien efectuó el disparo! ¿Y un oficial del buque? Un camarero, un miembro de la tripulación... alguien así. He oído casos...

—También yo. Y por lo visto, también el sobrecargo. Aunque no nos lo contó hasta más adelante, sé que investigaron a todas las personas que estaban a bordo. O no creyeron que un empleado de la *Cunard Line* pudiera ser tan loco, o tuvieron buenas razones para no proseguir por aquel lado; lo cierto es que el sobrecargo nos aseguró que entre la tripulación no existía la menor sospecha.

Knox encendió otro cigarrillo.

—Te contaré algo más que se hizo. Sacaron la bala del mamparo donde se incrustó, que alguien identificó como perteneciente a una cuarenta y cinco. Se trata de un arma pesada, querida. En secreto, registraron todos los camarotes, con los equipajes. Ningún empleado de la compañía llevaba un arma de fuego semejante, y ningún pasajero la tenía de ninguna clase.

Judy continuaba interesada.

—En cambio, si no era ningún miembro de la tripulación... ¿no pudo haber un pasajero disfrazado?

—No. No es posible disfrazarse y pasar inadvertido ante un escrutinio atento. Margery Vane nos lo aseguró.

—Entonces, todo el caso resulta imposible.

—Sí, y el doctor Fell ya se ha encontrado con tales imposibilidades en otras ocasiones.

—Ah, sí, ¿qué opinó el doctor Fell? Cuando nosotros vivíamos juntos, y tú te dedicabas a perseguir a todas las mujeres que se ponían a tu alcance, aún no le conocías. Yo, claro está, he oído hablar de él. ¿Qué dijo?

—Nada importante ni de interés. Dijo: «Existen algunas pistas que resultan muy claras, incluso para un cerebro torpe como el mío». Cuando le pregunté si podía darnos alguna sugerencia, respondió: «He observado que la atmósfera que rodea a Margery Vane es de miedo o de odio. De todos modos, no creo que sea de miedo, ya que cuando fue atacada, Margery no se alteró; por tanto, es de odio. Hay que empezar por aquí, y continuar».

—¿Continuar... hacia dónde?

—Eso mismo le pregunté. Y dijo que era mejor dejar las cosas como estaban por el momento.

—Bien, ya que te has dignado darme tantas explicaciones, deseo hacerte una pregunta. Se trata de Margery Vane y su amigo Larry Porter.

—No irás a sospechar de ese tipo, ¿verdad? Él no disparó el revólver, ya que estaba sentado con todos nosotros.

—¡No, no! Se trata de algo personal, de algo psicológico, que probablemente

hallarás tonto. Margery dijo que iba a despedirle, a echarle fuera de su cama, quiso dar a entender. ¿Lo hizo?

—No. O no es tan dura como cree, o él la convenció. A la mañana siguiente estaban a partir un piñón. Ella seguía siendo la gran dama que acaricia a su esclavo. El sol brillaba, las aves trinaban y todo estaba alegre. Cuando llegamos a Nueva York, el trío envió el equipaje por expreso, y se marcharon en avión a Miami. Y fin de la película, querida. Ahora será mejor que te cuente lo referente al ensayo general, ya que tenemos que marchar hacia allí muy pronto.

A continuación, Phil Knox le explicó todo lo referente al teatro «Máscara». Judy arrugó el ceño.

—Claro que no es importante, mas, ¿y si Margery Vane decide, después de todo, asistir al ensayo?

—No iré, como ya he tratado de explicarte. En realidad, olvidé decirte que ayer por la tarde me encontré con el doctor Fell y Herman Gulick, el fiscal de distrito de quien es huésped. Margery Vane telefoneó al doctor Fell desde Miami, para preguntarle si tenía alguna nueva idea respecto al disparo. Telefoneó ayer por la tarde, y aseguró que no pensaba acudir al ensayo general.

—¿Estará presente el doctor Fell?

—Más tarde, tal vez, pero no al principio. Por lo visto, el juez Cunningham, que es el asesor de la compañía en lo tocante al texto, el vestuario y el armamento, se halla muy ansioso porque asista el maestro. Sin embargo, existe también un club de abogados, del que Gulick es presidente; en su mayoría, se trata de gente joven. Los domingos suelen reunirse para cenar en el hotel «J. Pershing», de White Plains, y el doctor Fell ha prometido darles una conferencia gratuita sobre *Los asesinatos en que he intervenido*. Después, él y Gulick se dejarán caer por el teatro.

Las sombras se arremolinaban ya en el salón. Knox lanzó un profundo suspiro y consultó su reloj.

—Habrà poca gente. Me gusta que vengas conmigo, Judy, y me siento más feliz de lo que puedo expresar con palabras. Saldremos de la Grand Central a las siete y cincuenta y cinco, por lo que es mejor que vayamos ya hacia allá. Ah, una cosa: ¿qué nombre empleas?

—¿Qué nombre empleo?

Judy le miró un poco pàlida.

—Sí. Veo que no llevas el anillo; también has dicho que quieres tener conmigo el menor trato posible. No obstante, si tengo que presentarte a ciertas personas, ¿con qué nombre lo hago?

—¡Oh! —Judy había recuperado el color—. Soy la señora Knox, amiguito. No puedo ser otra cosa. Siempre existe la cuestión del pasaporte.

—¿Del pasaporte?

—Según la ley americana, yo no asumí tu nacionalidad al casarnos. Sin embargo, según nuestras leyes, las inglesas, como sabes bien, toda mujer lo bastante tonta

como para casarse con un yanqui puede pedir un pasaporte británico a su nombre de casada. Mi pasaporte decía, y todavía dice, «Christine Dorothy Knox, esposa de un ciudadano americano». Necesitaba entrar en este país, necesitaba tener permiso de residencia... oh, sí, lo necesitaba. Por tanto, todavía soy tu esposa... aunque sólo de nombre.

—Ojalá no fuese así, Judy.

—¿Ojalá no estuviésemos casados? Vaya, hombre... Si tanto deseabas el divorcio, ¿por qué no lo dijiste? Nada me habría gustado más que complacerte y...

—No quise decir eso. Quise decir...

—¿Qué?

—Bien, no importa. ¿Estás lista?

—Sí, estoy lista.

Hallaron un taxi en la Lexington Avenue. Cosa rara, el taxista no se mostró muy locuaz, por lo que casi había terminado de contarle a Knox la historia de su vida cuando llegaron a la Grand Central.

Con el calor de la noche primaveral, repleto de ecos, el andén superior mostraba sus anuncios comerciales por encima de su suelo marmóreo. Knox adquirió los billetes. Al recordar lo que habían dicho por teléfono, condujo a Judy a través de una arcada y luego por una escalera hacia el andén donde se hallaba formado el Stamford local.

Y Judy, a pesar de algunas casuales observaciones irónicas, se comportó mucho mejor que desde el martes anterior.

—Phil, tú naciste y te criaste ahí donde vamos, ¿verdad? ¿Pasaremos por tu ciudad natal?

—Sí, nací por allí, pero no pasaremos. White Plains se halla a sólo veinte kilómetros de Richbell, mas para ir allí tendríamos que tomar otro tren.

—He leído los nombres de las poblaciones en el indicador. ¿Por qué en Nueva York se consideraba estupendo vivir en sitios tales como Rye o Cos Cob?

—No lo sé, aunque es un hecho. Rye no es nada divertido, Mamaroneck lo es un poco más, y la mera mención de Nueva Rochela hace que la gente se ponga histérica. ¿Por qué, en Londres, se considera divertido vivir en Chislehurst o en Clapham Junction? ¡Un momento!

Habían llegado al pie de la escalera. La luz procedente de los vagones del tren se esparcía difuminadamente por el andén. Con su aire acondicionado, y sus adornos plateados, el tren era uno de los más modernos de New Haven. Al menos, dejaba anticuado al tren más corriente, del 1903, que traquetea como una barca en un mar alborotado, y puede romperle la columna vertebral a un viajero descuidado.

Knox miró por encima del hombro. A sus espaldas descendía por la escalinata un hombre ya mayor, de espalda recta y bien ataviado, que llevaba un sombrero blando, de tono oscuro. Debía de tener más de setenta años, y tenía el pelo y el bigote blancos. A pesar de su edad, en sus mejillas relucía una buena salud, y su mirada era

aguda. Su paso era vigoroso, sus modales corteses.

El recién llegado se quitó el sombrero.

—Perdonen —dijo con voz tan vigorosa como su marcha—, usted debe de ser Philip Knox, hijo del difunto Hobart Knox, ¿verdad?

—Exacto, caballero. Y usted es el juez Cunningham, ¿no es así?

—Ya me pareció que no podía equivocarme. Constance Lafarge tiene un retrato de usted. Yo conocí a su padre; era un gran abogado. Me han contado que estuvo muy bien en su conferencia en el Club Femenino de Farleigh, aunque opino que jamás podrá ser tan buen orador como era su padre.

—Ni tan buen hombre, caballero. Le presento a mi esposa.

Judy, con expresión angelical, extendió la mano.

—¿Qué tal, juez Cunningham? ¿Todavía lleva la señora Lafarge la foto de mi marido? ¡Oh, cuánta devoción!

—Temo haberme expresado mal. La fotografía está en un folleto de propaganda, en el Departamento de Conferencias de Boylston. Joven, le felicito. ¿Me permite decirle que su esposa es encantadora, muy encantadora? Supongo que van ustedes al ensayo general.

—Naturalmente. ¿Podemos ir juntos, juez Cunningham? —inquirió Judy.

—Me sentiré muy honrado, señora Knox, si no le importa ir con un fumador.

—Oh, no. Los dos preferimos ir con usted.

Con cierta ceremonia, el juez les condujo a su vagón, el último, menos lleno que los demás. Knox empujó hacia atrás el respaldo de un asiento para tres a fin de tener más sitio. Judy y el juez Cunningham se sentaron de cara adelante, y Knox frente a ellos.

Los pasajeros rezagados se apresuraron a subir al convoy. Unos minutos más tarde, el tren rodaba ya al aire libre. La noche primaveral había pasado del gris al negro. Junto al tren pasaban filas de ventanas iluminadas. Un revisor recorría el pasillo, pregonando el nombre de cada estación y mencionando la siguiente.

—¡Calle Ciento Uno y Veinticinco! ¡Próxima parada Mount Vernon!

Los tres pasajeros que iban a Richbell estaban un poco apretujados. Knox ofreció cigarrillos, que tanto Judy como el juez aceptaron. Fumaron en silencio, escuchando el ruido de las ruedas.

—¿Va todo bien por el teatro? —preguntó Knox—. ¿Qué tal los actores?

—Un poco de nervios, como es de esperar antes del estreno. Sin embargo, estoy seguro de que la noche del debut todo irá como una seda.

—Tengo entendido que ha puesto usted su imaginación al servicio de la obra.

El juez Cunningham consideró esta observación, acariciándose su bigote.

—Sin vanidad —repuso—, creo que puedo decir que esto es exacto. Los duelos han sido bien ensayados, y la muerte de Mercucio sale perfectamente. Y aunque los acompañantes de los Capuleto y los Montesco no pelean, también llevan dagas y espadas, y algunos ballestas.

—¿Ballestas?

—¿Le sorprende esto? Sí, se trata de una pequeña sugerencia mía, a la que presta apoyo la autoridad histórica. ¿Sabe usted algo de armas antiguas, Phil?

—No mucho. Naturalmente, sé algo de ballestas, un arma muy antigua y temible. Sin embargo, era de uso general en Europa, y lo estuvo hasta bien pasada la mitad del siglo dieciséis.

—Exactamente. Una ballesta de hueso de ballena iba montada a través de un soporte de madera, y los cuernos del arco eran tan resistentes que se requería un eje en el soporte para retrasar la cuerda. Se disparaba apretando un resorte. Aunque lenta para cargar y de poco alcance en comparación con un arco mayor, la ballesta era inmensamente poderosa. Disparaba un dardo de hierro, con la cabeza cuadrada y cuatro púas. A una distancia media, podía atravesar una armadura. Un arma muy antigua, como usted ha dicho, un arma terrible. En el mil ciento treinta y nueve, la Iglesia, la Iglesia papista, no la presbiteriana a la que pertenecía su padre, prohibió su uso (excepto contra los infieles, claro está), como «cosa odiosa a Dios y poco benéfica para los cristianos». Una cláusula de la Carta Magna de mil doscientos quince prohibió el empleo de ballesteros extranjeros en Inglaterra.

—Pero...

—Naturalmente, me refiero a la ballesta de guerra. Había otros tipos más ligeros (por ejemplo, los que se utilizaban para la caza), que proyectaban dardos con cabeza de hierro y mango de madera. Sólo la ballesta de guerra disparaba el terrible dardo de cuatro puntas llamado *quarrel*. En Italia, los ballesteros eran gente muy temida, hasta que las nuevas armas de fuego dejaron arrumbadas a las ballestas. Esta noche, en *Romeo y Julieta*, verán ustedes ballestas de guerra auténticas del siglo dieciséis. No son de guardarropía. Son verdaderas.

—¡Parada próxima, Columbus Avenue!

—¿Les parezco muy sediento de sangre? Pues no lo estoy. Repasemos la obra.

El juez Cunningham dejó caer el cigarrillo al suelo y lo pisó. Luego, se dirigió a Knox aunque mirando a Judy.

—Shakespeare, según parece probable, escribió *Romeo y Julieta* en mil quinientos noventa y cinco. Dos años más tarde, la obra se imprimió en una versión corrompida. Shakespeare tomó la anécdota principal de Mateo Bandello, conocido novelista italiano, cuya historia se publicó en Inglaterra en mil quinientos setenta y siete. Si aceptamos que la acción de la comedia transcurre a mediados del siglo dieciséis, ¿qué tenemos?

—¿Respecto a las armas?

—Respecto a las armas, sí.

—¿Qué tenemos, juez?

—En aquella época —prosiguió el aludido—, el arma que hoy día conocemos como mosquetón, significando con ello sólo un cañón, se había desarrollado en varios estilos y bajo diferentes nombres, como arcabuz, según el país. Pero era un arma muy

primitiva —añadió, mirando directamente a Judy—, muy pesada, y tenía que apoyarse en un soporte; dispararla incluso requería (para no decir nada de cargarla), que el arcabucero llevase una mecha encendida sujeta al brazo. ¿Me siguen?

—Entiendo —afirmó Knox—. Los Capuletos y los Montescos tenían hombres armados a su servicio, que en cualquier momento podían enzarzarse en una contienda. De haber tenido sentido común, habrían preferido luchar con armas a distancia, en lugar de hacerlo con dagas y espadas. Por tanto, debieron elegir las ballestas o los arcabuces. ¿Es así?

—Entre las ballestas y los arcabuces —declaró el juez—, yo me inclino a favor de las primeras.

—¡Próxima parada, Pelham!

—Mi tesis es discutible, lo sé —asintió el juez Cunningham, cuando el tren volvió a adquirir velocidad—. De todos modos, podríamos sostener una discusión referente a todas las armas posibles, desde la primera hacha de piedra hasta la bomba de hidrógeno. ¿Todavía cree que soy un hombre sediento de sangre, señora Knox?

—Temo que sí —manifestó Judy, que en aquel momento, debido a su excitación, estaba muy bonita—. ¡Pese a ello, resulta todo tan estupendo!

—Oh, sí, lo es. Aunque no muy divertido —interpuso Knox—, si se prueban las ballestas. ¿Pueden ser disparadas las de la obra?

—Naturalmente.

—Ya.

—Han sido, además, equipadas con cuerdas modernas, y tenemos muchos dardos. Claro que no son necesarios en la comedia, y yo personalmente le he ordenado a Barry Plunkett que no permita que los actores jueguen con ellos. El que me causa más aprensión (*o tempora! o mores!*) es el mismo Barry.

—Ah, juez Cunningham, usted congeniará mucho con el doctor Fell.

—Lo creo sinceramente. Y ahora, queridos amigos, dejemos las armas y pasemos a los protagonistas.

—¿Y bien...?

—*Romeo y Julieta* tiene lugar en Verona. ¿Dónde está Verona y qué podemos deducir de ello?

—¡Un momento! —intervino Judy, mirando hacia la ventanilla un momento y volviendo a concentrar su mirada en el juez—. ¡Ya lo tengo!

—¿De veras, señora Knox?

—Verona se halla al norte de Italia, donde la gente es rubia y alta. No todos los italianos son napolitanos, tal como se imagina la gente. A Julieta suelen interpretarla morena. ¿Quiere decir que esta vez es rubia?

—Sí, puede ser interpretada como rubia. Tal vez debiera ser siempre así, por temperamento. Ha quedado establecido asimismo que ninguna actriz interprete a Julieta hasta ser ya demasiado vieja para el papel. Bien, no estoy de acuerdo. Yo hallo que Julieta no es tan complicada. Thomas Bailey Aldrich, dijo de Julieta: «Hay que

dominar sus instintos; su corazón palpita demasiadas veces por minuto». Bien, con respecto a los Comediantes de Margery Vane, queridos, los instintos de Anne Winfield corresponden a los de la protagonista.

—¿Cómo?

—Cierto que la joven, aunque de procedencia anglosajona, tiene el cabello de un negro profundo y ojos también oscuros, casi celtas. En cambio, el joven Anthony Ferrara, que interpreta el Romeo, pertenece a una segunda generación italiana y...

—¿Que interpreta el Romeo? —interrumpió Knox—. ¿Y Barry Plunkett? ¿Qué hace, pues, la estrella?

El juez Cunningham levantó una mano.

—Lo quiso así el propio Barry. No quiere interpretar el papel de Romeo, del que dice que es muy ingrato, demasiado remilgado. El interpreta el Mercucio, papel que le gusta mucho más. A propósito, ¿recuerdan ustedes la soberbia interpretación del Mercucio en la versión cinematográfica de Leslie Howard y Norma Shearer? El Mercucio era John Barrymore. ¡Qué maravilla de interpretación! Pues bien, Barry... Plunkett desea seguir sus huellas. La señorita Winfield y el joven Ferrara...

El juez Cunningham siguió desarrollando este tema a medida que las poblaciones de Pelham, New Rochelle y Larchmont venían al encuentro del tren y se alejaban prestamente.

—El joven Ferrara, perteneciente a una generación de italianos, es alto y rubio. Los dos protagonistas son personas serias, aunque pertenecientes a la juventud moderna. No me gusta la palabra «devoto», que más bien debe aplicarse a la burocracia y no al teatro. Claro que ustedes pueden usarla si quieren, en este caso. Anne Winfield es muy joven, o al menos lo aparenta. Si examinamos sus caracteres a la luz de Romeo y Julieta, nos sentiremos atraídos irresistiblemente a...

—¡Mamaroneck!

—A la conclusión —siguió el juez— de que ambos pueden interpretar maravillosamente los papeles creados por Shakespeare. Si no tuviésemos más preocupaciones...

—¿Hay preocupaciones graves? —quiso saber Knox.

—Por parte de Judson Lafarge, sí. Lafarge, que es el otro asesor de la compañía, también sin sueldo, actúa como administrador. ¿Conocen a Judson?

—Phil conoce a su mujer —intercaló Judy—. Oh, sí, conoce muy bien a la señora Lafarge. Los dos nos esperarán en la estación.

—Ah, entonces estarán en buenas manos. Sí, temo que yo tendré que dejarlos por el momento. He estado todo el día en el club Lotus, y tengo que ir a casa para recibir una importante llamada telefónica antes del ensayo. Claro que luego correré hacia el teatro.

El juez hizo una leve pausa.

—Oh, sí, el pobre Lafarge está preocupado. ¡Por culpa de los tramoyistas! ¡Ah, los tramoyistas! ¡Además, están los músicos...!, ¡y los tramperos!

—¿Los tramperos?

—Cuando nos quedamos con el teatro, era en invierno. Descubrimos que los *tramperos*, los vagabundos y otros indeseables, solían dormir allí. El escenario está lleno de trampillas, y hasta algunas trampas para las obras de magia. Lafarge opina que hay una entrada secreta al escenario, ya que no hallamos ninguna señal de asalto. En realidad, había, y aún hay, un vagabundo fijo, un tal Weary Willie... Eh... señora Knox, ¿es usted inglesa?

—Sí.

—Querida, en América, el nombre de Weary Willy es el que suele aplicarse a los vagabundos. Aunque ese tipo parece llamarse verdaderamente Willie. Creo que es sólo un borrachín, un pordiosero y no un auténtico *trampero*.

—Ya.

—Regularmente, ingiere grandes cantidades de «Sneaky Pete», que es un vino barato, y duerme en el «Máscara». ¿Cómo entra allí? Nadie lo sabe. Ha estado repetidas veces detenido, aunque no sirve de nada; siempre vuelve al teatro. La Policía de Richbell no es muy severa, y se limitan a encerrarle por la noche y a soltarle por la mañana. Willie no ha causado ningún perjuicio, hay que reconocerlo. Pero la cosa no es graciosa, en absoluto. ¿Y dónde nos lleva esto?

—¡Richbell! —pregonó el revisor.

El tren hizo alto en un puente que dominaba a la población. En el andén soplaba una suave brisa. Debajo, brillaban las luces de la avenida Richbell, una ancha calle que trazaba una curva de un kilómetro hasta unirse con la carretera de Boston Post, hacia Mamaroneck.

En el andén se hallaba Connie Lafarge, aún bella, delgada y suave, con su cabellera de azul oscuro, un cuerpo agradable y bien curvado, y a su lado estaba un hombre de cara redonda, que se quitó el sombrero y dejó al descubierto una reluciente calva.

Tras una docena de frases corteses, el juez Cunningham se marchó. Connie corrió hacia Knox, arrojó sus brazos en torno al cuello del esposo de Judy y le besó en ambas mejillas. Luego, él la presentó a su mujer, y tanto Connie como su marido demostraron su enorme sorpresa.

Cuando las manecillas del reloj de la estación señalaban las ocho y cuarto, los dos recién llegados fueron conducidos a un «Cadillac». Judson Lafarge condujo el coche fuera del patio de la estación, a lo largo de la ya desierta avenida Richbell, iluminada por altas farolas, y con los escaparates de las tiendas ya a oscuras, camino del centro.

A unos doscientos metros más allá se elevaba el teatro «Máscara», edificio cuadrado y macizo, y a la izquierda de la avenida. Después se veía una cafetería, dos tiendas, ya cerradas, y en la intersección con la calle Olmo, un edificio semiiluminado, cuyo letrero anunciaba con letras coloradas y verdes, la «Taberna del Árbol Solitario».

—Es un local muy respetable —les informó Connie, indicando el café.

En el teatro, todavía no estaba iluminada la marquesina ni las letras que anunciaban a los Comediantes de Margery Vane, en negro contra un fondo blanco. Sin embargo, dentro del local había signos de vida. Judson Lafarge condujo la pequeña procesión por un vestíbulo no muy amplio, donde había una taquilla y en la misma una joven de unos diecinueve años.

—Es Nancy Trimble, que nos ayuda —explicó Connie.

Luego, penetraron en el salón de descanso, que a su vez daba paso a la platea.

De haber estado iluminado el salón, le habría recordado a Knox el del *Illyria*. Estaba decorado de rosa, blanco y oro, con unas alfombras muy blandas; no obstante, la iluminación era tan escasa que los tres compañeros del historiador apenas eran más que sombras borrosas.

Pese a ello, no dejó de admirar un cuadro de cuerpo entero que representaba a Margery Vane como Julieta. Encima del marco brillaba una luz amarillenta, destacando los bellos ojos y la ancha boca de la actriz, y su figura virginal ataviada de blanco. En el muro fronterizo, verticalmente, colgaba una ballesta pulimentada con un soporte de madera labrado de marfil. A cada lado había un dardo de hierro.

Judson Lafarge se plantó en el centro del salón, abanicándose con el sombrero y adoptó una postura oratoria.

—Oigan —exclamó—. De haber sabido por Navidades lo que ahora sé, jamás me hubiese metido en esta empresa. No, en mis días. Claro, soy un hombre retirado y necesito una distracción. ¿Dije distracción? Hubiese sido preferible saltar desde lo alto del Empire State Building y acabar de una vez.

—Vamos, Jud —le aplacó Connie—. No te servirá de nada excitarte de este modo.

—¿Excitado? ¡Claro que estoy excitado! ¡Todos lo estamos, por Cristo! Estamos destrozados. Y esa maldita mujer...

Con el índice señaló el cuadro. Knox dio un paso al frente.

—Veo que han colgado aquí el cuadro de que habló ella en el *Illyria*.

Connie ejecutó un paso de danza.

—¿Su cuadro? ¡Dios bondadoso! ¡Si sólo fuese su cuadro! ¿No comprendes lo que pasa, Phil? ¿No lo comprendes? ¡Margery está aquí!

—¿Aquí? Pero si tú me dijiste...

—Sí, lo sé —gimió Connie—, sé lo que te dije por teléfono, sé lo que creíamos. Hasta esta tarde, ya a última hora. Fue entonces cuando llegó al aeropuerto de Newark, y telefoneó a todo el mundo. No sé si se trata de un impulso súbito; o si ya lo tenía todo bien planeado. ¡Lo cierto es que está aquí!

—¿Y qué quiere, Connie? ¿Interpretar a Julieta?

—¡No, gracias a Dios! Desea asistir al ensayo general. Sola en un palco, por favor, porque no tolera la compañía de nadie cuando contempla algo que le entusiasma. Salvo la gente relacionada con todo esto, sólo habrá cinco personas invitadas, aprobadas por ella misma. Y no puede empezar el ensayo hasta que ella llegue al teatro.

—Al decir que está aquí, ¿no te referías a que está ya en el teatro, Connie?

—No, por el momento. Ella y Bess Harkness, junto con ese Larry Porter, están tomando un bocado en la «Taberna del Árbol Solitario». Jud, querido, ¿no sería mejor que...?

Judson Lafarge asintió. Sin dejar de abanicarse con el sombrero, fue hacia Knox.

—Oiga, usted es un extraño aquí —empezó a decir—; aunque no del todo. Connie me ha hablado mucho de usted, respecto a su infancia, a la temporada en que fueron novios...

Knox miró a Judy, la cual estaba mirando a otra parte.

—... bien, creo que podemos considerarle a usted casi como de la familia. Entonces, ¿puedo contarle algo?

—Naturalmente.

—De acuerdo —el sudor comenzó a resbalar por la frente de Judson Lafarge—. Si hay que mover dieciséis sillas, un tramoyista puede hacerlo. Si hay que mover diecisiete, necesita que otro le ayude. En el cuadro de electricidad hay un joven. Le pagamos veinticinco dólares por hora con la garantía de cuatro horas diarias. Además, tenemos a los músicos. ¡Si tuviese que contarle todo lo que esos malditos músicos...!

Knox comprendió que Lafarge no era una mala persona, sino una buena persona con muchas preocupaciones.

—Oh, amigo Judson...

—Bueno, creo que podemos tutearnos.

—De acuerdo, Judson. Sí, simpatizo contigo en todo esto, ya que no soy más que un tipo conservador, del siglo dieciocho. Pero, ¿qué tiene todo ello que ver con Margery Vane? No es ella la que ha hecho las reglas sindicales, ¿no es cierto?

—No, se trata de otro asunto. ¿Se lo cuento, Connie?

—Sí, querido.

De nuevo, un índice señaló el cuadro.

—No me la imagino, no señor, no me la imagino. En enero pasado me entregó un cheque por valor de cincuenta mil pavos. ¡Y sin pestañear! Cualquiera, por tanto, pensaría que ahora para en Nueva York, en el «Carlyle», o en el «Plaza». ¡Oh, no! Ella y sus dos compinches están en White Plains, en el hotel «J. Pershing», porque todos los hoteles de la ciudad son «demasiado caros». Ya sé que los precios actuales son elevadísimos, mas en el «Pershing» tampoco encontrará el servicio de aquellos hoteles de lujo. Y le costará bastante. ¡Esa maldita mujer...!

—Jud, sé justo —le suplicó Connie, con tono aplacador—. Margery quiere estar cerca del teatro. El «Pershing» es un buen hotel. Y, al fin y al cabo, ella es una gran dama, pese a todo.

—No para mí —replicó su marido—. Para mí es una especie de india, lo reconozco. Bien, todo tiene un fin y esto también. No, no me quejo con exceso ni por afán de quejarme. Ella ha puesto mucha pasta en este negocio y tiene derecho a todas las consideraciones. Si desea algo, lo obtiene en seguida. Si quiere que no contratemos a alguien, no lo contratamos. El dinero manda, como siempre. Sin embargo, me gustaría que no se comportase como una diosa, dando órdenes a diestro y siniestro. Aún no hace una hora estuvo aquí y nos dio una conferencia respecto al arte teatral. Pensé que Anne Winfield se desmayaba.

—Jud..., cálmate, querido —le interrumpió Connie.

—Creo que no chillo en absoluto. Mira, Phil. ¿Margery quiere un palco para ella sola? Está bien, puede elegir entre los cuatro del teatro; cada uno con su cerradura, por si quiere encerrarse por dentro. Nunca he sabido por qué Adam Cayley puso esas cerraduras en los palcos, así como un sofá, a no ser para ofrecer facilidades a los clientes, si deseaban tener una compañía femenina...

—¡Jud! —se horrorizó Connie.

—Está bien, cariño, no emplearé ninguna palabrota. Margery quiere que el ensayo no empiece hasta que ella y sus dos acompañantes lleguen..., ¡santo y bueno! Tenemos que obedecer a Su Alteza Real y aquí estamos todos, mientras Barry Plunkett trata de tranquilizar a los actores y a los músicos. Finalmente, queda lo de la lista de invitados.

—¿La lista de invitados? —repitió Knox.

—Ya oíste qué dijo Connie. Cinco invitados.

Judson Lafarge se pasó un pañuelo por la frente. Luego, se llevó una mano al bolsillo interior de la chaqueta, sacó un cuadernito y lo abrió.

—Lo leeré tal como ella lo dictó —anunció el pomposo administrador—, y más o menos tal como yo lo escribí. Personas invitadas por el juez Cunningham y aprobadas por Margery Vane. El doctor Gideon Fell, el fiscal de distrito Herman Gulick. Teniente Cario Spinelli, de la Policía de White Plains.

—¿Quién es el teniente Cario Spinelli?

—Ya lo has oído, Phil. Sólo sé de él lo que me contó Gulick por teléfono. «Uno de nuestros policías más educados; de Nueva York, del cuarenta y uno. No se

entrometerá en nuestro camino, aunque él siempre piensa que yo me entrometo en el suyo». Bien, continúo: personas invitadas por Connie Lafarge y aprobadas por Margery Vane: Philip Knox y su amiga.

Lafarge volvió a secarse el sudor.

—Bien, eso es todo. Nosotros habíamos invitado a varias amistades y tuvimos que cancelar la invitación. Oh, sí, Margery Vane te aprecia mucho, Phil. Accedió a tu nombre sin un gruñido. Yo anoté «y amiga», porque Connie me dijo que venías acompañado y creíamos... bueno, que se trataba de una conquista. No sabíamos que era tu esposa.

Connie corrió hacia Knox.

—Phil, maldito bribón, ¡ni siquiera sabíamos que estabas casado! Desde que llegaste a Norteamérica no me dijiste nada. Oh, tu esposa es un amor y nos encanta haberla conocido, pero, con toda franqueza...

—¿Se refiere a si estamos verdaderamente casados? —la atajó Judy.

—No, querida, claro que no. Hay muchas mujeres casadas que no llevan el anillo. Sin embargo..., ¿cuánto tiempo lleváis de casados?

—Algo menos de veintisiete años.

—¿Veintisiete años? —Connie hizo rodar sus ojos—. ¿Has dicho veintisiete años? Bromas aparte, será un error, claro.

—No es ningún error, señora Lafarge. ¿Por qué tendría que serlo?

—Llámame Connie y tutéame, querida. Tú eres Judy, ¿verdad? ¿Por qué un error? Pues por una cosa, querida. Phil hubiese debido contarme lo bonita que eres. Además, si me lo permites, no pareces tan mayor como para... para...

—¿Para qué? —inquirió Knox—. Si te refieres a lo que yo creo, Connie, te llevarás una gran sorpresa.

—Oh, señor Lafarge —intervino Judy—, Phil es demasiado correcto para emplear ante su esposa un lenguaje vulgar. ¿No cree que usted podría seguir su ejemplo?

—¿Quién emplea un lenguaje vulgar? Yo sólo dije...

—Todos oímos lo que dijiste y sabemos a qué te referías.

Judson Lafarge volvió a abanicarse con el sombrero.

—Por Jesucristo, ¿es que todo el mundo quiere armar camorra, como Su Alteza Real? Sin ofensas, Judy, porque yo sé conocer el tono de una mujer. Y, hablando de Su Alteza Real, ¿no sería mejor que los dos echaseis una ojeada al teatro antes de que ella venga? Si tú, Judy, bajas con Connie por el pasillo de la derecha, y Phil y yo vamos por el de la izquierda...

—No sólo no te nombró en absoluto, querida —siguió la señora Lafarge, dirigiéndose a Judy—, sino que no nos contó nada de lo ocurrido a bordo del buque, cuando un camarero loco disparó contra lady Severn. Fue ella quien nos lo explicó todo, tan pronto llegó.

—¡Por favor, Connie! —gruñó su marido—. ¿No has oído lo que intento decirte?

—Sí, querido, que no arme bulla. Bien, por la puerta de la derecha, y espero que todo salga bien. Por aquí.

Llevando a Knox hacia la puerta de la izquierda, que estaba tapizada de piel marrón, Judson Lafarge la abrió y dejó que se balancease a sus espaldas, al entrar en la platea.

Había muy pocas luces encendidas, aunque la platea estaba más iluminada que el salón de descanso. Si éste era una penumbra rosa, blanca y dorada, la platea parecía una caverna mayor, con el color carmesí y oro viejo. Por todo el local se respiraba un perfume de vetustez y ranciedad. Y de nuevo, la amenaza pareció materializarse ante Philip Knox.

En el centro del pasillo, teniendo los asientos tapizados de rojo a un lado, se hallaba un individuo con ropa de la época de la comedia y el rostro maquillado. Era un poco más alto de la talla normal, a pesar de que la delgadez del talle y la anchura de los hombros le hacían parecer más alto. Con el cabello color caoba, muy rizado, y un traje de tonelete con adornos plateados, lucía al costado una espada pesada, con empuñadura de cazoleta. En la cadera derecha llevaba ceñida una daga, una *main-gauche*, de empuñadura curvada.

Los recién llegados apenas tuvieron una mirada para la espada o la daga. Contra el hombro derecho, el actor presionaba el soporte de la ballesta, apuntaba hacia ellos, con los cuernos atrasados por la cuerda, y un dardo de cuatro púas en el disparador. Su mano izquierda sujetaba el soporte, y el índice de la derecha estaba en el resorte.

Su voz les obligó a detenerse.

—¡Alto! ¡Alto digo, y no bromeo!

Judson Lafarge envió el sombrero rodando por encima de varias butacas.

—Oh, Barry, ¿estás loco? Cuidado con la ballesta, por favor. Deja de apuntarnos ya. El juez Cunningham ya te aconsejó...

—¡Quietos! —prosiguió la máscara—. ¡Que nadie se mueva, o no respondo del efecto! ¡Atención!

Hubo un crujido. La cuerda perdió la tensión. Algo voló por el aire, a sólo unos centímetros de la oreja izquierda de Knox, y fue a empotrarse en la pared. Luego, la máscara giró en redondo. El dardo de hierro, de un palmo de longitud, se había hundido hasta la mitad en la pared, al lado de un cartel enmarcado.

—¿Lo ven? —preguntó el trago con voz normal—. No quería que se interpusieran en la línea de tiro. Bien, adelante.

—¿Adelante? —barbotó Judson Lafarge—. Oye, Guillermo Tell de pacotilla...

—Tiene razón, Judson —rió el duende—, tiene razón, enfádense conmigo. Aunque creo que será mejor que se ponga una manzana en la cabeza, y verá cómo la atravieso. Oh, llevo algún tiempo practicando con esto. Puedo tocar a una cucaracha en la pared. Y, hablando de eso, a pesar de la limpieza que han llevado a cabo, todavía quedan bastantes en el teatro.

Barry Plunkett, director y primer actor de los Comediantes de Margery Vane, se

irguió en toda su estatura. Sujetando la ballesta por la correa, indicada para colgársela al hombro, avanzó hacia Phil y Judson.

Tendría unos treinta y cinco años. De buen humor, enérgico, casi inspirado por el diablo, llevaba un maquillaje de color rosa que relucía como una máscara.

—De modo que estuviste practicando, ¿eh? —se sulfuró Judson Lafarge.

—Sí, como he dicho...

—¡Estupendo! ¡Formidable! Escucha, Robin de los Bosques, y escucha con atención. En esta obra, sólo tres de vosotros sostenéis un duelo...

—Sí, Romeo, Teobaldo y Mercucio. Respectivamente, Tony Ferrara, Lee Huxley y este obediente servidor de usía. ¿Cree que no lo sé?

—Un momento... Hay otro actor, el amigo del protagonista, que apenas interviene en los duelos. Pero sí lo hace al empezar la obra, cuando unos rufianes de los Capuletos y los Montescos andan peleándose. Entonces, levanta la espada y les obliga a huir. Ese muchacho...

—Sí —asintió Barry Plunkett—, Benvolio, interpretado por Ben Radford. Todos opinan que es muy gracioso que Ben Radford interprete el Benvolio, aunque ignoro por qué. ¡De acuerdo! El juez Cunningham trajo espadas y dagas auténticas de su colección. Pues bien, yo le sirvo y le complazco. Lo mismo que Tony, Lee y Ben. ¿Qué le pasa, maese Jud? Protestando como siempre, ¿eh?

—No. ¿Quién soy yo para protestar? Mi intervención se limita a cuidar del dinero y a procurar que no vayamos a la ruina. ¡Mas ten esto bien entendido, Barry: vosotros cuatro no tenéis que llevar ballestas, lo mismo que el viejo Capuleto y el viejo Montesco! ¿Qué diablos, entonces, haces con ésta?

—Se la pedí a Jake Harpenden, que interpreta el Sampson en la primera escena. Y es formidable. Fíjense.

Con la ballesta sobre el brazo izquierdo, Barry Plunkett se dirigió al pasillo que transcurría por detrás de la última fila de asientos y la pared posterior. Allí señaló el dardo medio enterrado en el muro, junto a un cartel.

—Observen que ahí hay pintada una roseta de color dorado, y que le di en el centro.

Con un poderoso tirón de la mano derecha arrancó el dardo de la pared, lo que provocó una llovizna de yeso.

—Muy bien, ahora quieres hundir el teatro, ¿eh? —gimió el administrador—. ¿Qué dirá la compañía de seguros?

—¿Es que hemos de reclamarles algo? No se ha causado el menor desperfecto. Que pongan un poco de yeso en este agujero, que lo pinten, y asunto concluido.

—¡Estás loco, chiflado perdido! —rezongó Judson Lafarge—. Si empiezas a agujerear el local nos costará una fortuna repintarlo. ¿Por qué no te dedicas a taladrar sólo los carteles?

—¿Los carteles? ¡Dios santo! En esos trajes antiguos no hay bolsillos, por lo cual no puedo llevar ni cerillas ni encendedor. Pero supongo que podrán verlos bien.

¡Fíjense! «Teatro Gaiety, Dublin, 6 de marzo de 1901. Adam Cayley en *Cyrano de Bergerac*, de Edmundo Rostand». Ah, sí, con aquello tan conocido de: «Y al finalizar, te hiero» —recitó el actor—. Y miren este otro: «Teatro Royal, Drury Lane. A beneficio de la señorita Kelly. El próximo miércoles, 23 de mayo de 1827...».

Con la ballesta en una mano y el dardo en la otra, volvió con sus acompañantes al centro del teatro.

—Cuando esto era cine, guardaron esos carteles en la casona de Adam Cayley. Y usted quiere que yo agujeree estas reliquias, ¿eh? ¿Me toma por un vándalo, viejo filisteo?

Judson Lafarge pareció despertar de un sueño.

—Creo que estaba distraído. Barry, quiero que estreches la mano de Philip Knox, el historiador. ¿Has oído hablar de él?

—¿Oír hablar de él? —replicó el actor, contemplando a Knox—. La biografía que usted escribió sobre Enrique de Navarra es lo que hace que me sienta orgulloso de estrechar su mano, amigo.

Para el apretón de manos dejó en el suelo la ballesta y el dardo. Luego, su bella voz llenó el teatro.

¡Gloria al Señor de los Ejércitos, en quien todas las glorias están!

¡Y gloria a nuestro soberano, el rey Enrique de Navarra!

Sin cambiar de expresión, miró a su alrededor y añadió:

—¡Oh, nobles damas! Su fiel caballero las saluda.

Los tres volvieron la cabeza. En el otro pasillo, al cabo de varias filas de asientos rojos, Connie y Judy estaban contemplando ensimismadas toda la escena. Primero Judy, luego Connie, comenzaron a abrirse paso por entre dos filas de butacas en dirección a los hombres.

—Dije que no me gustaban las ballestas y siguen sin gustarme —opinó Connie—. Oh, no me gustan en absoluto.

—A mí no me importan —dijo Judy—. Lo que me asusta son las dagas y las espadas.

—Nunca dijiste una mayor verdad, querida Judy. Los hombres carecen de sentido común.

—Aquí hay un hombre —expresó Judson Lafarge ahuecando la voz—, que tiene sentido común para todos. Bien, no es hora de vanidades, como bien dice un amigo mío. Barry, te presento a la señora Knox. Judy, éste es nuestro primer actor, Barry Plunkett.

—¿Esa joven es la señora Knox? Oh, querida, tengo un inmenso placer. Precisamente, estaba hablando con su esposo respecto a Enrique de Navarra.

—¿El que dijo que París bien valía una misa? Sí, le he oído recitar un fragmento. A Phil le encanta introducir en sus biografías fragmentos de otros autores. Por el

momento, se halla ocupado en la guerra civil.

—¿Qué guerra civil, querida? —inquirió el actor, hablando deliberadamente con el acento de Dublin—. ¿La guerra civil de la sangrienta Inglaterra, de mil seiscientos cuarenta y uno al cuarenta y cuatro, o la norteamericana, mucho más reciente?

—La norteamericana. Está completamente obsesionado por Jackson «Muro de Piedra».

—Ah, bien..., podría ser peor. Oh, sí, su marido es un gran personaje. Connie nos ha contado a todos de qué manera solían pasear de jóvenes bajo la luz de la luna.

—Vaya —intervino Connie, molesta—. ¿A qué viene sacar a relucir eso ahora? Esto concluyó hace muchos años, y ambos lo hemos olvidado.

—Seguro que él no —replicó Judy—. Oh, Connie, no permitas que te acorrale en un rincón, suceda lo que suceda. Ese marido mío es un caso psiquiátrico.

Barry Plunkett miró a Knox.

—¿Rencillas con la mujer? —preguntó con simpatía—. No permita que esto le atosigue; todos las tenemos con ellas. Y ahora, con su permiso, tengo que levantar la moral de mis camaradas. A propósito —añadió, volviendo hacia atrás—, supongo, amigo Phil, que como buen historiador tendrá ciertas nociones de esgrima.

—Sí, un poco. Claro que sólo de las armas modernas. En realidad, sé muy poco de la esgrima con espada y daga.

—Ah, es algo estupendo.

—Creo que es una esgrima que se remonta al siglo dieciséis —aventuró Knox—. Y que la única finta permitida con la espada era el corte. Lo cual entrañaba dos movimientos, el brazo atrás y algo levantado... así —ilustró lo que decía—, dejando al luchador al descubierto.

—Exacto, ¡oh, sapientísimo!

—Podía emplearse cualquier clase de corte; por ejemplo: el *coup de Jarnac*. Pero no había que arrojarse a fondo más que con la daga, de lo contrario los espectadores habrían apaleado a los contendientes. De acuerdo, imaginemos que tengo una espada en la mano derecha y una daga en la izquierda. Usted se halla frente a mí, igualmente armado.

—¡Fantástico! ¡Adelante!

—Usted me lanza un mandoble salvaje con una hoja de doble filo. Yo paro con mi daga; mi muñeca y mis dedos están protegidos por la empuñadura curvada de la misma —una extraña excitación se había apoderado de Knox—. Claro que un mandoble podría paralizar mi mano o mi muñeca. Y en caso de que la espada fuese muy afilada, incluso podría atravesar el acero de la daga. De todas maneras, resulta bastante fácil parar un golpe de daga con una espada. Mas, ¿cómo es posible detener una espada con una daga? ¿Hay alguna respuesta a esto?

La excitación también se leía en los ojos de Barry Plunkett.

—Sí, hay una respuesta —exclamó—, y yo sé quién la escribió.

—¿De veras?

—El libro que usted necesita es de Castle^[8], el único tratado completo que existe sobre esta materia. No es fácil de encontrar, aunque hay un ejemplar en la biblioteca del juez Cunningham. Oh, al diablo ese libro. Puedo hacer algo mejor, se lo puedo demostrar. Espere un instante, no se mueva, y ahora mismo se lo enseñaré.

—¡Barry, estás majareta perdido! —gritó Judson Lafarge—. ¿Qué vas a hacer ahora?

Los demás no le dieron mucha importancia.

Cogiendo la ballesta y el dardo, Barry corrió pasillo adelante, para torcer hacia el escenario. Todas las miradas le siguieron. Girando a la izquierda, al llegar frente al foso de la orquesta, pasó por la puertecilla que conducía al escenario, oculto a la vista de los demás por el telón de color escarlata. Plunkett iba a introducirse por la puerta, cuando ésta se abrió ante él.

Bajo su umbral apareció una joven, ataviada de blanco, con su cabellera negra dentro de una redecilla plateada. Su maquillaje resplandecía, a pesar de la escasa luz. Tenía un semblante muy espiritual; podía haberlo pintado el propio Burne-Jones. Knox, que no podía divisarla muy bien, tuvo la extraña impresión de haberla visto antes. Todos pudieron oír claramente lo que dijo.

—Barry...

—Quítate del paso, muñeca. ¡Voy a un asunto muy grave!

—Barry, son ya las nueve y cinco. ¿Cuándo empezamos?

Barry Plunkett, pese a tener prisa, no era un hombre descortés.

—Tan pronto como la Gran Famosa salga de la taberna. No creo que tarde, a menos que se trague toda la comida del condado de Westchester. Anda, vuelve a tu juego de dados, muñeca; todo va bien.

—¡Estoy tan nerviosa!

—Sería mala señal que no lo estuvieras. Vuelve al juego de dados, y mantén tranquilas tus bragas.

Asiéndola por la muñeca, la arrastró hacia dentro y cerró la puerta.

Knox miró en torno suyo.

—¿Era la señorita Winfield?

—Sí, es nuestra Anne. Parece muy refinada también —ironizó Connie—. Pero, ¿adónde ha ido Barry?

Judy levantó un hombro y se apartó del grupo. No dijo nada, como si estuviese decidida a callar ya para siempre.

No estuvieron largo tiempo en la duda. Apenas un minuto más tarde, volvió a abrirse la puertecilla del escenario, y apareció Barry Plunkett, quien efectuó el camino a la inversa. Además de la espada y la daga de antes, llevaba otras similares a las suyas. Todas las armas habían sido debidamente pulimentadas con un paño y las hojas relucían en la penumbra.

Knox avanzó hacia el actor y ambos se encontraron en la mitad del pasillo. Judson Lafarge lanzó una sorda exclamación.

—Ya me temía algo por el estilo —rugió—. Oye, Jarnac...

—Supongo que no irán a pelearse ahora, ¿eh? —se asustó Connie—. Sí, los bordes no están afilados, pero podrían hacerse mucho daño. ¡Oh, Jud, es espantoso!

El actor ejecutó una profunda reverencia.

—¡Acepte mis seguridades, gran dama! Lo haremos todo con movimientos lentos, y nadie quedará herido ni tendido en el suelo y bañado en sangre. ¿Qué dice usted, serenísimo magistrado?

—¡A su servicio! —replicó Knox.

—¿En guardia?

—¡En guardia!

—¡Vamos!

—¡Vamos!

Barry Plunkett arrojó una daga hacia su oponente.

Knox la cogió al vuelo y la pasó a su mano izquierda. Después, cogió la espada, más pesada pero bien equilibrada.

Barry exhibió su daga y su espada.

—Maestro —dijo—, tiene usted razón. ¡Tiene absolutamente razón! En el siglo dieciséis, antes de que las acometidas se tornasen legales a principios del siglo diecisiete, la esgrima era un asunto de acrobacia. Jamás trataban de parar una estocada con la daga. Saltaban hacia atrás y volvían a atacar. Por ejemplo, lárgueme una estocada a la cabeza o al hombro, claro que lentamente, no se vaya a desmayar Connie, y verá lo que hago. ¿Listo?

—¡Listo!

Los dos contrincantes tenían que estar frente a frente, debido a la estrechez del pasillo, y no de lado, como en la esgrima moderna. Sin embargo, por instinto, Knox avanzó el pie derecho. Su brazo derecho se movió hacia atrás y arriba, y la estocada fue dada con calculada lentitud. De todos modos, la espada jamás habría tocado al otro. Barry Plunkett saltó hacia atrás como un gato, y al instante estuvo de nuevo hacia delante, con la daga a punto.

—Así es como lo haremos esta noche. Claro que al público le gusta más que choquen los aceros, de modo que pararemos varias estocadas con las dagas. Será fácil, a menos que alguien se adelante. ¿Hacemos un par de fintas para asustar a esas damas? Claro que con toda gentileza; como un entrenador con guantes...

—Sí, ya conozco lo que les pasa a los entrenadores con guantes —refunfuñó Judson Lafarge—. El boxeador pega un poco más fuerte, sin querer; el entrenador replica de igual forma, y al cabo de un instante, los dos se vapulean de lo lindo...

—¡Jud, no les dejes continuar! —gritó Connie—. ¿No tienes autoridad?

—Los dos están como dos chivos. Aunque resulta interesante...

—¿Interesante? Los hombres no tienen sentido común.

—Vaya, historiador —rió Barry Plunkett—. Yo soy Mercucio, y usted es Teobaldo; este pasillo es la «plaza pública»^[9] del texto. Vamos allá: «Teobaldo,

cazador de ratas, ¿quieres bailar un poco?»^[10].

—«¿Qué quieres de mí?» —continuó Knox, recitando el papel de Teobaldo.

—«Buen rey de los gatos, nada más que una de tus nueve vidas, con la que tengo la intención de tomarme ciertas libertades, y según el trato que me des luego, me reservo el derecho de apalizar a las otras ocho». Y voy hacia usted.

Lo de «voy hacia usted» no estaba en el texto, claro está. Judy seguía sin despegar los labios. Barry Plunkett saltó hacia delante, apuntando una estocada a la cabeza de Knox. Éste la paró en alto, sintiendo un choque, aunque no violento, y efectuó una finta hacia el hombro izquierdo de su contrario, que fue parada de igual forma.

La daga del actor destelló, y fue desviada a un lado por un floreo de la espada. Knox exhibió su daga en respuesta, y Plunkett también la detuvo y desvió a un lado.

Los rostros de ambos contendientes estaban ya encendidos en sangre. Knox divisó el brillo de la espada de su adversario de nuevo encima de su cabeza, y esquivó la hoja en lugar de pararla. Usando su daga, trató de efectuar una puñalada fulminante, mas, perdiendo completamente la cabeza, falló y el arma pasó a varios centímetros del pecho del actor. Barry saltó rápidamente hacia atrás.

Luego, los dos permanecieron inmóviles, respirando pesadamente.

El polvo procedente de la alfombra comenzó a envolverles a los dos.

De repente, por la platea resonó una voz clara, de bello timbre.

—¡Bravo, caballeros, bravo! ¡Otra finta! ¡Otra más aún! ¡Ah, perfecto, perfecto!

A la entrada de la platea estaba Margery Vane.

—Aunque creo que ya está bien —añadió Margery Vane.

Estaba en lo alto del pasillo, sola, sin la inevitable compañía de Bess Harkness y Lawrence Porter. Llevaba un vestido de noche, bastante corto, con adornos plateados, que permitía la exhibición de sus bellos hombros. Si no era completamente apropiado para la hora ni la ocasión, su personalidad lo hacía aparecer como tal. Su hermoso rostro se hallaba un poco encendido, por la excitación del encuentro de esgrima o por el anhelo de contemplar el ensayo general. Llevaba una estola colgada del brazo izquierdo y un bolso de terciopelo negro con un cierre de diamantes. En aquel momento se dio cuenta de que permanecía sola.

—¡Bess! —gritó mirando hacia atrás—. Bess, ¿dónde estás?

No hubo respuesta.

—Su más humilde servidor, lady Severn —dijo Barry Plunkett.

Al mismo tiempo enfundó la espada y la *main-gauche*. Cogiendo las armas que Knox aún tenía en la mano, se las encajó bajo el brazo izquierdo. Luego, se dirigió a Knox con obvia familiaridad, mas en el tono bajo y ampuloso que a veces emplean los comediantes de manera innecesaria.

—¡Un buen ejercicio! —exclamó—. En el último asalto nos hemos excedido un poco, ¿eh?

—Sí, lo siento.

—No, soy yo quien lo siente. Casi he perdido la cabeza y esperaba que usted no lo notase. Confidencialmente y entre nosotros, ¿qué edad tiene usted?

—La misma que esta dama aquí presente. Cincuenta y cuatro años, y cumpliré los cincuenta y cinco en julio.

—¿De veras? Pues si no había jugado nunca a esgrima, habría que ver lo que podría hacer con un poco de práctica.

—No soy muy buen atleta.

—Amigo, es usted muy rápido de piernas, condenadamente rápido. Y su vista también es excelente.

Barry Plunkett se enderezó y se dirigió a todos en general.

—Me gusta este tipo —proclamó, palmeando a Knox en el hombro—. Me encanta su estilo. Cuando le he retado con espadas y dagas de verdad, no ha tenido miedo de ser herido, ni ha preguntado nada referente al seguro de vida. No, se ha limitado a coger las armas y a atacarme. Éste es el espíritu que debería reinar en el mundo. Repito que me gusta este tipo.

—Nos es simpático a todos —aseveró Margery Vane. Comenzó a avanzar graciosamente por el pasillo—. ¡Philip! —añadió—. ¡Querido Philip!

Se aproximó a Knox, levantándose de puntillas, le rodeó con ambos brazos y le besó en los labios con cierta intimidad.

«¡Diantre!», pensó para sí Barry Plunkett.

Judy no dijo nada.

—Si nos disculpan —intervino Judson Lafarge—, será mejor que les diga algo a los del escenario. Ven conmigo, Connie.

Tocando el brazo de su mujer, la condujo por el pasillo hacia la puerta del escenario.

—Quiere interrumpir la partida de dados —murmuró Barry—. ¿Algunas instrucciones finales, lady Severn?

—Creo que no, Barry. Pueden empezar cuando yo dé la señal. Sin embargo, mientras tanto... ¡Ah, ya estás aquí, Bess! Estas noches de abril son muy frías cuando una menos se lo espera. ¿Has traído mi capa?

La respuesta era innecesaria. Bess Harkness llevaba la capa de visón de Margery en un colgador, como siempre hacía a bordo. Bess acababa de aparecer, procedente del vestíbulo. La escasa luz de la platea se reflejaba en sus gafas y en su rostro, bastante agraciado. Llevaba un abrigo oscuro y un sombrero muy ceñido.

Con la entrada de Margery Vane la atmósfera parecía haber cambiado.

—Como decía, mientras tanto... —repitió la actriz. De pronto calló. Su mirada se posó en Judy, la cual se puso rígida al punto—. ¿No nos hemos visto antes?

—No..., no creo, lady Severn. Yo...

—¡Oh, sí, estoy segura! ¿Qué dices tú, Bess?

—Que en realidad, no tienes muy buena memoria para las caras, Margery —repuso la preguntada—. Aquel recorte que alguien te envió desde Richbell...

—¡Oh, aquel recorte de prensa...!

—No reconociste allí al mismo tipo del *Illyria*. Y yo no te lo dije. No podía.

—Sin embargo, creo que recuerdo a esta señorita... o señora. Claro... ¡ya lo tengo! —miró fijamente a Judy—. Usted se llama Dorothy, ¿verdad?

—No, señora. Es decir, mi segundo nombre sí es Dorothy. Mas, como es de suponer, nadie me llama así, ni yo tampoco.

—¿De veras, querida? Bien, bien, ya hablaremos de esto más tarde. ¿Puedo preguntarle, por favor, cuál es su apellido?

—Me llamo Knox.

—¿Su hermana, acaso? —interrogó Margery al historiador, que parecía muy desconcertado.

—Mi esposa.

—¿*Su esposa*? —hubo una leve pausa—. Bien, como decía, ya hablaremos de este asunto. Mientras tanto, he de escoger el palco desde el que presenciaré la representación.

Se hallaban todos de pie bajo el saliente formado por el anfiteatro. Barry Plunkett agitó una mano hacia el escenario. Como en respuesta a su gesto, se encendieron más luces.

Todos pudieron ver claramente el gran arco del proscenio, rodeado por un friso de figuras doradas, coronado por las dos máscaras de la tragedia y la comedia. El telón

carmesí tembló un poco. A la izquierda del arco del proscenio había dos palcos; uno inferior a la altura del anfiteatro, y otro encima. Otros dos palcos idénticos, a la derecha del proscenio, también mostraban unos arabescos en sus curvas.

—¡Lady Severn!

—Le escucho, Barry.

—Bien, fíjese. Como le dije ya antes nuestro gran padre Jud, hay cuatro palcos donde elegir. A su izquierda —Barry hizo un gesto indicador— se hallan los palcos A y B; el A es el de abajo. A la derecha —otro gesto a la inversa—, los palcos C y D. ¡Escoja usted, señora, y que la suerte de la elección le sea propicia!

—Bueno, como es natural, me interesa uno de los palcos inferiores. Sin embargo... —Margery Vane efectuó un amplio gesto con el brazo hacia la derecha—. Bien, me decidiré cuando los haya inspeccionado.

—Margery... —dijo Bess Harkness.

—No, Bess, quédate aquí. Y siéntate donde gustes, con tal que ni tú ni nadie se siente a mi lado. ¿Entiende usted mi temperamento, amigo Barry?

—Perfectamente bien, lady Severn.

—Oh, este teatro se parece al antiguo «Gaiety» de Dublin, aunque, por desgracia, con menos palcos. Por favor, ¿cómo se va hacia los palcos?

—Por la parte posterior del salón de descanso —le indicó Barry Plunkett—. Allí hay una escalinata a cada lado. Puede utilizar cualquiera de ambas. Para los palcos A y C, hay que dar la vuelta por detrás del anfiteatro y abrir una puerta. Para los palcos superiores, tendría usted que llegar hasta el nivel de la general, cuya entrada se efectúa por el callejón lateral del teatro.

—Oh, no, no escogeré un palco superior. Me gusta ver algo más que la coronilla de los artistas. Pero en este caso...

Vaciló, mirando a Judy. Por un instante, sus miradas se encontraron. Ambas mujeres formaban un gran contraste; Judy, de apariencia casual, usualmente retraída, con su cabello castaño y sus ojos ambarinos, en contra de la estatuaria y soberana Margery, más morena y ataviada lujosamente con su vestido de gala. Entre ambas pareció destellar algo tan palpable como una chispa incendiaria. Al cabo de un instante, sin embargo, todo había pasado. Margery Vane abrió la marcha, dirigiéndose al salón de descanso. Barry Plunkett, con expresión preocupada y complacida a la par, palmeó un brazo de Knox.

—Oiga, amigo. Esas dos mujeres están celosas por usted, ¿no le parece?

—Lo crea o no —replicó el historiador—, yo soy un tipo malvado. Pero la única mujer que me interesa es mi propia esposa.

—Si habla en serio, le daré un consejo. Tenga cuidado con Anne Winfield. Bueno, no le diría nada de esto, a no ser por lo que acaba de contarme, porque la muchacha es muy conocida en todas las ciudades del Este. No permita que le atrinchere contra una esquina, porque se quitará la ropa interior antes de que usted se dé cuenta de lo que sucede. A mí me gusta el juego del amor; me gusta muchísimo...

pero no lo soporto a todas las horas del día y de la noche. Anne sí. Es infatigable.

Terminó su consejo en el mismo instante en que Judson Lafarge, con aspecto de sentir una intensa ira reprimida, y seguido de Connie, salía del escenario y subía por el pasillo lateral.

—En lo tocante a Anne —continuó Barry Plunkett—, creo que incluso he observado una chispa sospechosa en los ojos del juez Cunningham. Ah, padre Jud, ¿qué pasa?

—¡Esos malditos músicos! —tronó el aludido, como un explorador disponiéndose a dar la noticia de un ataque indio—. Ya están a punto. Estarán en el foso de la orquesta dentro de medio minuto.

Knox consultó su reloj. Eran las nueve y veinticinco minutos.

—Saben que no pueden iniciar la obertura hasta que esa maldita mujer toque el silbato; supongo que obedecerán esta consigna. Ah, Barry, será mejor que vaya a calmar a los actores. Dígales que ha llegado Margery y...

—Calma, padre Jud; sin prisas. Y, por otra parte, esa dama no es tan mala si uno sabe cómo manejarla.

—En realidad —intervino Judy, esquivando la mirada de su esposo—, ¿no sería preferible que fuese Phil quien se ocupase de ella? Por lo visto, sabe cómo manejarla y podría conseguir buenos resultados. O podría ir a tranquilizar a Anne Winfield. Lo cual nos depararía un espectáculo más nauseabundo que el que ya hemos presenciado. Y el señor Plunkett se divertiría mucho.

El actor se acercó más a Philip Knox.

—Oiga, amigo, ¿tiene problemas con su mujer?

Knox no estaba de muy buen humor.

—Un poco, ya lo ve.

—Entonces, acepte el consejo de alguien que conoce a las mujeres, y no soporte tonterías. Si una mujer no sabe comportarse como es debido, el hombre tiene que obligarla. Haga que se trague sus sarcasmos por las buenas o por las malas.

—¿De este modo? —inquirió Knox, agitando una mano en el aire como propinando un bofetón.

No tenía la menor intención de tocar a Judy, pero ésta, con la mirada llameante, se volvió hacia él.

—¡Te has atrevido! —gritó ella—. ¡Te has atrevido! Ya habrás pegado a otras mujeres, claro, a esas bribonas americanas, ¡pero hasta ahora jamás me habías pegado a mí!

—Oh, vamos...

—¿Qué has dicho?

—He dicho «¡Oh, vamos!». Con tus modales de santita. No pretendas que siempre has sido así. Ni que lo eres hoy día. Jamás perdiste la calma, ni exhalaste algo más que un gritito ahogado, ni siquiera aquella vez en que te palmeé en el Metro de Piccadilly Circus.

Con la mano abierta, Judy le atizó una bofetada tan fuerte que al historiador le zumbaron los oídos. Luego, con la cabeza gacha, corrió pasillo arriba y salió al vestíbulo por la puerta giratoria.

—¡Caracoles! —fue la poco diplomática exclamación que exhaló Connie Lafarge.

Barry Plunkett hundió el índice en las costillas de Knox.

—Vaya tras ella, amigo. ¡Quiere que usted le persiga! Pero no le pegue en medio de la avenida Richbell. A los polizones no les importaría porque por estas latitudes son muy comprensivos y bonachones, mas no creo que ella esté de humor para aceptar golpes ni caricias. ¡Fuego del infierno! ¿Es que no va tras ella?

Knox echó a correr.

Tal vez la situación resultase grotesca, poco edificante, pero ¿a quién le importaba? En el mundo sólo había una Judy.

Corrió a través del salón de descanso en penumbra, hacia el vestíbulo. En una pared había un reloj. Y en la taquilla se asomaba la misma jovencita de antes (¿Nancy Trimble?). Parecía ligeramente agitada. Knox no encontró ni vio a nadie más.

La avenida Richbell se hallaba casi desierta bajo sus farolas. Junto a la acera estaba estacionado el «Cadillac» de Judson Lafarge. Un poco más allá, en dirección a la estación de ferrocarril, permanecía aparcada una limosina «Rolls-Royce», en ángulo casi recto con la acera.

Judy no estaba lejos. En la dirección contraria, o sea a la izquierda saliendo del teatro, Knox ya había observado una cafetería cerrada, dos tiendas también cerradas y, en la esquina de la calle Olmo, la «Taberna del Árbol Solitario».

La primera de ambas tiendas era una joyería. Judy, con su vestido azul marino y el bolso blanco bajo el brazo izquierdo, estaba inclinada hacia delante, como estudiando una pieza del escaparate. Aunque dentro no había luz, a través del cristal había el pálido reflejo de la luz de la calle.

El objeto de la atención de Judy era, al parecer, una bandeja llena de relojes de caballero, sobre un fondo de terciopelo. La temperatura emocional todavía estaba alta; los hombros de Judy eran muy elocuentes en su posición elevada. Knox no intentó tocarla ni consolarla y ella no se volvió.

—Bueno —murmuró él—, supongo que no querrás que hablemos de Jackson «Muro de Piedra», ¿verdad?

—¡Definitivamente no! Ya te dije que...

—De acuerdo, la cosa está clara. No estás muy familiarizada con la historia clásica norteamericana, ya lo sé. Lo estás mucho más con esa grotesca necedad, bastante común entre tus paisanas, de que Jackson «Muro de Piedra» y Andrew Jackson fueron el mismo personaje.

—«¡Mirad a Jackson allí de pie, como un muro de piedra!» —citó ella—. Claro que sé esto. Su nombre era Thomas J. Jackson. Pero le llamaban «Muro de Piedra», ¿no es así?

—No; esto era sólo un apodo oficial. Sus hombres le llamaban Viejo Jack.

—Está bien, ya que quieres corregirme. ¿Estaba casado Jackson «Muro de Piedra»?

—Sí.

—¿Y trataba a su esposa tan mal como tú a mí?

—¿Cómo demonios voy a saberlo?

—¿No? —ella siguió sin volverse, y su voz estaba teñida de sarcasmo—. Te llamas historiador, ¿y no conoces estos detalles?

—En realidad, Judy, creo que sus relaciones conyugales fueron amables y felices.

—No se parecía mucho a ti en esto, ¿eh?

—Oye —la interrumpió él, acordándose de Judson Lafarge—. ¿No hemos hablado ya bastante de Jackson «Muro de Piedra»? ¿No es ya hora de que declaremos una moratoria a Jackson «Muro de Piedra»? ¿No podríamos olvidarnos de Jackson «Muro de Piedra» y discutir, por ejemplo, el resto de la Guerra Civil?

—Esto es lo que te gustaría, ¿eh? Te gustaría seguir citando a tus absurdos poetas americanos. Sin embargo, me apuesto lo que quieras —añadió Judy, para quien la consistencia no era su fuerte—, me apuesto lo que quieras a que no puedes hacerlo. ¡Me apuesto lo que sea a que no eres capaz de recordar ningún otro ridículo fragmento poético relacionado con la Guerra Civil!

—Perderías la apuesta, querida Judy. Y no estoy enamorado de ese tema. Sin embargo, como tu pasión por la Guerra Civil no tiene límites al parecer, ahí va eso.

Adoptó una postura heroica, con una mano levantada.

*Llegó del Sur un nuevo amanecer,
hundiendo en la desdicha a Winchester.
El aire se agitó con fiero afán
ante la puerta de su capitán.
Y continuó el trueno del cañón
pregonando la lucha con tesón,
mientras lejos se hallaba aún Sheridan.*

—¿Qué es esto?

—Se llama *La carrera de Sheridan*.

—Sheridan y Paul Revere, ¿eh? Por lo visto eres incorregible y has de hacer siempre citas ajenas. ¿Qué era Sheridan?

—El general Philip H. Sheridan, querida mía, fue un comandante de caballería del Norte muy famoso. ¡Pero no me preguntes cómo trataba a su esposa! Lo único que sé de él es que una vez se bebió una pinta de *whisky* antes de ordenar una carga de su caballería.

—Siempre has admirado a los borrachos, ¿verdad? Especialmente a los que se llaman Philip... Yo creo que...

La frase terminó en un grito.

—Judy...

—¡Me has pegado! ¡Me has pegado deliberadamente!

—Lo siento, querida. No era mi intención..., pero no he podido resistir. Además, te lo has merecido, ¿no?

—¡Me has pegado! Me has cogido descuidada y me has pegado. Maldito villano, lo que me gustaría...

Por fin dio media vuelta. Estaba llorando y las lágrimas le resbalaban por las mejillas. Levantó ambos puños con intenciones no muy claras, y en el instante siguiente, no obstante, se hallaban uno en brazos del otro.

—Me has... humillado delante de tus amigos —sollozó ella—. Y te has peleado..., oh, sí, peleado positivamente, con espadas y puñales. Podías haberte herido. Pudiste incluso morir. ¡O haber matado a ese estúpido de Barry Plunkett, y te habrían condenado a la silla eléctrica!

—Creo que un buen abogado me habría evitado esa clase de asiento. Además, durante el asalto de esgrima ni siquiera abriste la boca para protestar.

—¿Crees que podía dar rienda suelta a mis sentimientos? ¡Nunca te perdonaré mientras viva! Y ahora mismo, estar aquí, de pie, delante de este escaparate, es ridículo.

—Plenamente ridículo, lo reconozco. Aunque muy agradable, ¿no te parece?

—No, no, en absoluto. Y, por favor..., ¡suéltame!

—Durante los últimos diez segundos no te he sujetado, querida. Tú me has sujetado a mí.

Judy dejó caer los brazos y retrocedió. Ya no lloraba. El bolso, sujeto durante todas esas vicisitudes por el asa, colgado de su muñeca, dejó ver, cuando ella lo abrió, un tubo de maquillaje con el que procedió a reparar en su rostro los estragos provocados por las lágrimas.

—Supongo que debemos volver a aquel horrible teatro. Bien, vamos. Sí, puedes rodearme la cintura con el brazo, si ese es tu gusto. Oh, caminemos despacio, por favor. Quiero explicarte lo mal que te has portado conmigo.

—Judy, estaba pensando...

—¿Qué?

—Que, al menos emocionalmente, aún no somos personas maduras. Si volviésemos a intentar de nuevo...

—¿Acaso deseas volver a pegarme?

—Oh, no, te lo aseguro. Estaba pensando en una aproximación bajo un ángulo diferente.

—¡Qué mente más baja la tuya! Además, sabes bien que no tendríamos el menor éxito. Lo único que sabías hacer en aquellos tiempos era censurarme, y también a Tommy Ellis, a Joe Hathaway y a...

—Y lo único que tú sabías hacer, si me es permitido decirlo, era censurarme, lo

mismo que a Nell Wentworth, a Dolores Datchett, a...

—No tendríamos éxito, repito. Aparte de que ¿cómo podrías amarme? Siempre pensaste que mi trasero es demasiado prominente...

—¡Nunca he pensado que tu trasero fuera demasiado prominente!

—Tú dijiste...

—Dije que el blanco era notable, no que fuese grande.

—Además —susurró Judy contra el oído de Knox—, también yo te he pegado algunas veces...

—Precisamente, no hace mucho —asintió Knox, llevándose una mano al carrillo aún colorado.

—¡Te estuvo merecido!

—¡No digas eso o...!

—¿O qué? ¡Dilo! ¡Vamos, termina! ¿O qué?

Judy llevaba la cabeza reclinada en un hombro de Knox cuando penetraron en el vestíbulo del teatro. Instantáneamente, ambos enderezaron la cabeza. Barry Plunkett, con el maquillaje de color terroso bajo la luz, les contemplaba con la expresión de un tío bonachón.

—Vaya, lo que esperaba... ¿No es mejor esto que andar pegándole a esa pobre chica, y provocando una serie de conflictos?

Su expresión cambió, y se tornó casi sombría.

—Escuchen ambos. Tengo que subir al escenario, ya que casi estamos a punto. Todo el teatro es suyo. Siéntense donde les plazca; paseen a su gusto. Si lo desean, pueden pasar al escenario. Si les agrada la idea de estar entre bastidores, no traten, sin embargo, de entablar una conversación con los actores, especialmente con aquellos que estén musitando algo a solas en un rincón. Todos estamos un poco nerviosos. Incluso yo, y no queremos que nadie nos moleste. Y ahora... que Dios les bendiga... y discúlpenme.

Girando en redondo, una figura impresionante con la espada y la daga golpeándole las caderas, se desvaneció entre las sombras de la platea. Judson Lafarge, con lo que parecía un montón de folletos en un bolsillo, salía en aquel momento del salón de espera.

—¡Un programa! —anunció, entregándole un folleto a Judy y otro a Knox—. Estarán debidamente impresos para mañana por la noche. Oh, serán un primor. Según Barry, en Inglaterra hay que pagar para obtener un programa. ¿Es verdad, Phil?

—Sí. Y no son demasiado informativos.

—Ojalá aquí pudiéramos hacer lo mismo. Nos ayudaría a cubrir gastos. Pero no podemos, ya lo sé. ¡Oh, Dios!, hundirían el teatro si cobrásemos cincuenta centavos o un dólar sólo por enterarse la gente del nombre de los actores.

—Podrían vender programas-recordatorios.

—Tal vez, y quizá lo hagamos si antes no damos con nuestros huesos en el juzgado por quiebra total. Ah, otra cosa —añadió, mirando a Judy—. Su Alteza Real,

que está en el palco C, o sea el inferior a mano derecha, quiere verla.

—¿A mí? ¿Cuándo?

—Ahora, y ya sabe cómo es esa maldita dama. Es mejor que vaya y termine cuanto antes.

—Judy, si no quieres ir a hablar con ella —la contuvo Knox—, mándala al infierno. O se lo diré yo mismo, si lo prefieres.

—¡No! —gritó Judy—. Iré a verla y acabaré cuanto antes, como ha dicho el señor Lafarge. Y no me acompañes, Phil. ¡Por favor, por favor... no me acompañes!

—Judy, ¿por qué te asusta Margery Vane?

—No me asusta ni la temo. ¿Quién lo ha dicho? ¿Por dónde, señor Lafarge?

—Yo la conduciré al anfiteatro —se ofreció el administrador teatral—. Tengo por allí el despacho, luego bajaré para asegurarme de que no entra en el teatro ninguna persona no autorizada. ¿Adónde va usted, Phil?

—Al anfiteatro también. Pero al lado opuesto, donde podré...

Se interrumpió y no añadió:

«... ver lo que pasa en el palco C, a fin de asegurarme de que todo marcha bien allí».

—Vamos, pues —conminóles el administrador—. Ese condenado director de orquesta está danzando como si fuese a padecer un ataque de nervios; si el ensayo se retrasa mucho, seguro que se volverá loco.

Y les condujo al salón de descanso, siempre sumido en la penumbra.

Knox no se había fijado antes en las dos escaleras, una a la derecha y la otra a la izquierda del fondo del salón, a pesar de que, con letras iluminadas, había un letrero que indicaba «ANFITEATRO», en lo alto de cada una. Desde abajo se divisaba una débil claridad allí arriba. Del foso de la orquesta llegaba el eco de los violines al ser afinados.

Judson Lafarge llevó a Judy por la escalera de la derecha. Knox, deteniéndose sólo el tiempo preciso para echar una ojeada al cuadro de Margery Vane, subió por la de la izquierda, a toda marcha.

Se hallaba a más de la mitad de la escalera, cuando en su cerebro se forjó una impresión con toda claridad; impresión sólo registrada a medias durante una mirada al cuadro.

Volvió a bajar apresuradamente, se acercó al cuadro de la actriz y escudriñó la pared atentamente.

Su primera semiimpresión había sido correcta.

La ballesta colgada bajo el cuadro había desaparecido.

La ballesta de hueso de ballena, metal y madera con incrustaciones de marfil, había desaparecido. Y también los dardos de hierro que la flanqueaban. Knox encendió una cerilla y sostuvo la llama junto a la pared, a fin de echar un segundo vistazo. En el paño de muro había una anillita de metal; al parecer, la ballesta tenía un gancho de donde colgaba. Unos pequeños tacos eran los soportes de las pesadas puntas de los dardos. Al revés que la que antes llevaba Barry Plunkett, según recordaba el historiador, esta ballesta no estaba provista de correa para ser colgada en bandolera.

Bien, ¿qué se hace cuando se efectúa un descubrimiento de tal clase?

¿Dar la alarma? ¿Llamar a la Policía?

Existían diversos cursos de acción, claro está. Sin embargo, Philip Knox, aunque temeroso, pensaba que antes había que investigar otros asuntos. Durante algún tiempo estuvo cavilando. Luego, corrió de nuevo escalera arriba hacia el anfiteatro.

Sobre su cabeza sólo tenía la balconada de la general. Todas las luces de candilejas estaban ya encendidas, reflejando un resplandor suave sobre las figuras en yeso del proscenio y el rojo telón. Los focos brillaban también sobre aquél, y las máscaras de la Tragedia y la Comedia ofrecían sus muecas sobre el arco de la boca del escenario. Los músicos de la orquesta —diez en total— se hallaban en sus respectivos asientos, tras haber hecho bastante ruido al instalarse ante los atriles. Los violines eran afinados; el xilofón dejaba oír unas notas sueltas de gran vibración; alguien propinaba golpes de percusión a un tambor. El director, un hombrecillo de aspecto iracundo, que llevaba peluca, daba vueltas a la batuta que empuñaba en su mano.

En el aire flotaba una especie de neblina formada por los polvos faciales de los artistas, aunque debía de tratarse de una ilusión. ¿Era posible que el aire también fuese frío?

Knox miró a su alrededor.

Salvo los pasillos de los extremos, por los que se entraba al palco A por donde estaba Knox, y al palco C en el lado opuesto, sólo un pasillo más conducía, por en medio del anfiteatro, a la primera fila de butacas. En lo alto del pasillo, con el cabello muy corto y la cabeza inclinada hacia delante en actitud de escuchar, se hallaba Lawrence Porter. Knox no sabía, ni le importaba, cuándo y cómo había llegado el joven allí. En la primera fila del anfiteatro, más hacia su lado que hacia el centro, Elizabeth Harkness estaba sentada fumando un cigarrillo.

Knox miró por toda la platea.

—¿Sí, eh? —murmuró.

Margery Vane se hallaba ya en el palco C. Lo mismo que Judy. Tras una mirada en aquella dirección, Knox lo olvidó todo. Y corrió por el pasillo hasta la entrada del palco A.

Este tenía forma de concha, pintada de blanco, y muy recargado con adornos de

yeso en color dorado. La puerta se abría en una especie de callejón sin salida donde no había más que una bombilla colorada y unos peldaños de hierro que conducían hacia la general.

La puerta del palco, de roble y pintada de blanco, se hallaba a la derecha. La abrió, observando automáticamente la aldaba del interior, y entró allí.

El palco olía a rancio y carecía de iluminación, salvo la que llegaba desde las candilejas y la de la única bombilla del pasillo de atrás. La barandilla o reborde, bastante bajo, estaba tapizado de paño rojo. Un gran sofá, también bajo, mostraba el mismo color. Había otras sillas, altas, colocadas hacia la parte delantera. Y una mesita sin nada encima. Pero el historiador prestó muy poca atención al mueblaje. Su mirada se hallaba concentrada en el palco C, en el otro lado del teatro.

Parecía un cuadro con su correspondiente marco.

Margery Vane, con su vestido de gala, se hallaba de espaldas. Tenía uno de sus hombros desnudos algo levantado y parecía hablar algo atropelladamente, aunque era imposible percibir las palabras. Frente a ella, de espaldas a la puerta del palco, se hallaba Judy. Y todo el ambiente, al menos por parte de Judy, era de claro pánico.

Judy tenía las manos cruzadas sobre el estómago. Y su bello rostro era un estudio de súplica y temor. Margery Vane seguía hablando, y el director de orquesta se impacientaba en el foso.

Knox casi gritó, si bien logró reprimirse. De pronto, Judy dio media vuelta, abrió la puerta, salió y desapareció.

De forma extraña, Margery Vane volvióse hacia el escenario. El director de orquesta miró hacia arriba. Lenta, definitivamente, Margery Vane movió la cabeza. Mientras el director de orquesta inclinaba también su cabeza empelucada, moviendo los labios audiblemente, la actriz fue hacia la puerta del palco, la cerró y pasó la aldaba con gesto firme.

Todo esto, no obstante, Knox sólo lo vio por el rabillo del ojo. Su atención estaba ocupada siguiendo a Judy.

Ésta, tras abandonar el palco C, surgió por el otro pasillo del anfiteatro. Allí, trató de recobrar su compostura. Mirando hacia la primera fila de butacas, divisó a Bess Harkness sentada con el cigarrillo en la mano, y efectuó lo que le pareció a Knox un gesto de muda súplica.

Bess Harkness, después de hacer una mueca de simpatía, la llamó con la mano. Judy, pasando por en medio de la fila de butacas, se fue abriendo paso hacia la parte izquierda, y acabó por sentarse en una butaca al lado de otra donde se hallaba ampliamente desplegada la capa de visón de Margery Vane, siempre en su colgador. Bess Harkness le indicó la otra butaca vacía de la derecha, y Judy fue hacia ella.

Knox estuvo a punto de ir en su busca, mas en aquel momento, Judy miró a su alrededor y le vio. Su mirada, así como su gesto, le dijeron plañideramente:

«¡No vengas! ¡No vengas! ¡No te acerques!».

Era claro: Judy estaba en uno de sus malos momentos.

Knox no se movió. Asimismo, una voz que oyó al otro lado del teatro le retuvo en su sitio. Margery Vane había adoptado una postura atenta, de cara al escenario y el telón tirado. Una vez más, su bella y clara voz resonaba por el ámbito teatral.

—Creo que todos me oyen. Sí, me dirijo a las damas y caballeros de los Comediantes de Margery Vane. No, no aplaudan, por favor. Limítense a escucharme. No les demoraré mucho, privándome del placer de verles actuar.

—Todo lo ha cambiado —musitó Knox—. Todo lo ha cambiado. Ella es ahora la actriz y los demás forman el público.

—Supongo asimismo que todos me conocen —continuó la voz—. Soy Margery Vane. Antaño gocé de cierta reputación en la profesión que todos ustedes han adoptado. Si mis pobres aplausos pudieran ser oídos por todos ustedes como resuenan en mi corazón, resultarían tan poderosos como los provocados por un desfile en Broadway. Si los buenos augurios que les deseo pudieran ser como piedras colocadas una encima de otra, creo que la torre llegaría hasta las alturas de Ilium. Bien, ¿por qué me dirijo a ustedes ahora?

No pedía una respuesta, aunque a Knox le pareció que el director de orquesta iba a dar una. Margery Vane no se fijó en esto. Su voz era serena y magnífica.

—Hace treinta y siete años, casi exactamente, ocurrió una tragedia en el escenario donde ustedes van a actuar. Adam Cayley, a la sazón mi esposo, cayó muerto durante el duelo con Teobaldo. Entonces erramos, y como erramos, fracasamos. Como tributo a la memoria de Adam, demoramos el estreno una quincena. Pero, ¿lo habría considerado Adam Cayley un tributo? Oh, no. De haber podido hablar su fantasma, sé que hubiese exclamado: «Adelante, os digo adelante. No permitáis que nada os detenga. El éxito es el premio. ¡No lo dejéis escapar!». Y lo que entonces él nos hubiese dicho, os digo yo ahora a vosotros. Todos ustedes, estoy segura, han sido reconocidos clínicamente, y declarados en buena forma física. Por tanto, esta noche no se producirá ninguna tragedia que vuelva a nublar la historia del teatro «Máscara». Mas si, por alguna remota casualidad o contingencia, ocurriese algo, que nada sirva para retrasar el debut de mañana. Aunque fuesen cincuenta los muertos, aunque el local apestase como las calles de Londres cuando los nazis la bombardeaban a diario, aún os diría a todos: «¡Adelante!». Si mi idea es acertada, todos vosotros os enfrentaríais con las fuerzas del rumor y seguiríais avanzando. Desde las tristes supersticiones, vosotros habéis ascendido hasta la escalinata del éxito... ¡que Dios os favorezca! Si mi idea es equivocada, mi consuelo será haber errado sólo con buena intención. Si algo puede consolarme en los años venideros, será haberos escogido a vosotros. Sois vosotros quienes, al menos, me exoneraréis y me consolaréis, «perdonada en el cielo, el primero por el trono».

Dejó caer un brazo de manera elocuente. Y alguien no pudo resistir la emoción, y detrás del telón resonaron unos tímidos aplausos que se convirtieron poco después en una ovación clamorosa que pareció estremecer el teatro.

De manera elocuente, Margery Vane volvió a mover el brazo. Suspiró

audiblemente, miró hacia abajo y le hizo una seña al director de orquesta.

—¡Adelante, pues! —gritó.

El director de orquesta perdió su temple y estuvo a punto de perder también su peluca. Rápidamente, se volvió hacia sus vasallos.

—Caballeros... ca-ba-lle-ros... —exclamó angustiadamente, como si cada uno de los músicos hubiese estado desafinando desafortadamente—. Caballeros... ca-ba-lle-ros...

El hombre acabó por dominarse y levantó la batuta. En el mismo instante, las luces de platea comenzaron a disminuir de intensidad y se desvanecieron. Alguien había buscado aquel efecto ambiental, incluyendo el usual oscurecimiento durante el preludio.

Tras echar una mirada tranquilizadora a Judy, que estaba susurrando apresuradamente al oído de Bess Harkness, Knox sacó de un bolsillo el programa que había olvidado. Se asomó al pasillo y lo hojeó, sosteniéndolo bajo la bombilla que allí había. Al momento saltaron ante sus ojos las palabras: «Director Barry Plunkett». Volvió su atención al escenario, cerrando la puerta del palco en el mismo instante en que finalizaba la introducción musical.

¿Era la obertura de *Romeo y Julieta* de Gounod, o el vals de la misma obra de Tchaikovsky? ¿O de otra ópera? ¿O se trataba de una composición musical compuesta para esta ocasión? Como Knox carecía de conocimientos musicales, lo ignoraba. Sin embargo, sus oídos intuyeron el poder y la vida de aquellas notas. Le susurraban cierta sugestión, lo mismo que Judy estaba todavía susurrando en las tinieblas del anfiteatro. La imagen de Judy se desvaneció. Y en la completa oscuridad, sólo matizada por las lucecitas de los atriles, la obertura llegó a su fin.

Knox esperaba que los músicos desapareciesen por la puertecita del foso, pero continuaron en sus asientos; salvo por el giro de las páginas de los pentagramas, nada se movió. Esto significaba que de vez en cuando volvería a tocar la orquesta, una música de fondo, la música que en otros países se denomina «ambiental». ¡No era extraño que Judson Lafarge se quejara del gasto!

En la oscuridad, una voz firme y hermosa, a Knox le pareció la de Barry Plunkett, comenzó a pronunciar el prólogo de la obra delante de un micrófono, sin el menor tropiezo ni balbuceo.

«Dos familias, ambas iguales en dignidades y alcurnia, vivían en la bella ciudad de Verona, donde se sitúa nuestra historia. Ciertas antiguas rencillas encendieron un día nuevos odios que mancharon de sangre las manos de sus conciudadanos. De las aciagas entrañas de estos dos enemigos nacieron dos amantes que cruzaron en este ambiente sus oscuros destinos...».

Mientras tanto, los violines iban desgranando una melopea acompañatoria. El prólogo terminó y el telón rojo se levantó, dejando al descubierto: «Verona, una plaza pública».

Al menos, no habían matado el diálogo con un decorado modernista o recargado.

El efecto era de mucha luz solar sobre unas paredes blancas, en contraste con los atavíos coloristas del siglo XVI.

Aparecieron dos servidores de los Capuleto, Sansón y Gregorio, con espadas, dagas y broqueles. El reto de Sansón a los dos hombres de armas de los Montesco atrajo a Benvolio, el cual trató de poner paz, viéndose por ello retado por Teobaldo, ataviado de negro. Su primer duelo se vio interrumpido por un oficial y tres airados ciudadanos, que llevaban alabardas; luego, por el furioso viejo Capuleto y el viejo Montesco, con sus respectivas esposas; y finalmente por el príncipe Escalo, que parecía más real de lo necesario, y más colérico que los otros.

—«So pena de tortura, arrojad al suelo vuestras armas ensangrentadas, esas armas indignas. Y obedeced la sentencia de vuestro irritado príncipe. Tres motines civiles, alimentados por palabras vanas, por ti, viejo Capuleto, y por ti, viejo Montesco, han turbado por tres veces la calma de nuestras calles, y por este motivo los antiguos ciudadanos de Verona dejaron los dignos atuendos que les correspondían, para empuñar con sus viejas manos las antiguas alabardas que la paz enmoheció, a fin de dirimir vuestro odio gangrenoso. Oíd lo que os digo: si de ahora en adelante lleváis el disturbio a nuestras calles, vuestras vidas pagarán esta alteración del orden y de la paz».

Se abrió la puerta del palco A, dejando entrar un resquicio de luz. Knox dio un salto en su asiento.

En el umbral se hallaba un individuo de recia construcción, no muy alto, con una nariz algo ganchuda y unos dientes muy blancos cuando sonreía. Por un momento, la luz se reflejó en su rostro; luego, entró cerrando la puerta.

—Buenas noches —susurró—. No he querido molestarle.

—No me molesta, exactamente. Yo soy...

—Sí, lo sé —el recién llegado lucía un traje que se fundía con la oscuridad reinante—. Usted es Philip Knox. Su padre era una ruedecilla legal de nuestro condado. Le conozco a usted, aunque usted no a mí. Soy policía. En realidad, teniente de Policía.

—¿Ah, es usted el teniente Spinelli?

—Exactamente, señor Knox. ¿En qué puedo servirle? El doctor Fell y el señor Gulick...

—¿Dónde están?

—Todavía en el hotel, que yo sepa. Con un grupo de abogados, discutiendo amigablemente. Claro que el doctor Fell nunca discute amigablemente. Cuando le conocí...

—Ah, ¿conocía ya al doctor?

—Place mucho tiempo, en Inglaterra, durante la guerra. Yo me hallaba en West Country, y les llevábamos comida al doctor y a su esposa a Londres. Según me han dicho, también ha estado usted allí muchos años. Bien, señor Knox, ¿en qué puedo servirle?

—Teniente Spinelli, ocurre algo que debe usted saber.

—¿Se refiere a la ballesta? ¿La que estaba colgada en el salón? ¿Con un par de dardos?

—¿Está ya enterado?

—Sí.

—Por lo visto, no le preocupa mucho.

—Pues... no. ¿Qué significa «preocupar»? —el teniente Spinelli hizo un gesto de tolerancia—. A ningún policía le gusta que rondan por ahí armas mortales. ¡Pero fíjese en el escenario! Ahí abajo hay suficientes para, de un modo u otro, llevar a cabo toda una guerra.

Romeo y Julieta se iba desarrollando brillantemente. Como muy inspirados, los actores llevaban la obra a un ritmo que prometía acortar la duración de la misma al menos en media hora. Romeo ya había entrado en escena, un joven alto con un tonelete color azafrán y adornos negros y, como los demás nobles, una capa corta. Peroró sobre su amor sin esperanzas por la bella Rosalinda, que no sale a escena, y a la que, lo mismo que Romeo, el público olvida al momento.

El teniente Spinelli estaba reflexionando.

—Sí, estoy enterado de lo de la ballesta. Sin embargo, no estoy *preocupado*, si se refiere a esto; creo que es una broma. Y hay dos motivos para que no me inquiete demasiado. ¿Quiere saber cuáles son?

—Naturalmente.

—Bien, no molestemos a los cómicos —añadió el teniente, indicando el escenario—, charlando aquí. Venga conmigo, ¿quiere?

Como un par de conspiradores, salieron de puntillas del palco hacia el pequeño pasillo iluminado por la bombilla roja. El teniente Spinelli cerró la puerta del palco. Luego, se acercó a la luz, haciendo tintinear en su bolsillo unas monedas.

—Ese Ferrara es un buen actor —comentó—. Y los demás no están mal, en conjunto. Claro que ninguno es moderno... quiero decir afeminado, como se estila hoy día, por desgracia. Sí, el teatro se halla en manos de esa gente, que se protege entre sí, y así salen las comedias, todas muy malas, y así son los actores, todos peores. Naturalmente, ese irlandés, Barry Plunkett, no toleraría afeminados en su compañía. Bien, señor Knox, tengo que decirle algo. Pero no le importa que antes le dirija un par de preguntas, ¿verdad?

—En absoluto. Vamos, dispere.

El teniente Spinelli era muy duro; aunque daba por supuesto que apenas necesitaba demostrarlo. Podía permitirse unos modales indolentes, que constituían parte de su verdadero carácter.

—Se trata de esto —continuó con expresión grave—. Esa dama del vestido azul, la que está sentada junto a la señorita no sé cuántos... ah, sí, Harkness. ¿Es su esposa, por casualidad?

—Sí, eso supongo.

—¿Eso supone?

—Sí, es mi esposa. No obstante, llevamos muchos años separados, a pesar de que no estemos divorciados.

—¿Es usted católico?

—No, presbiteriano. Y Judy se educó en la Iglesia de Inglaterra. ¿Qué tiene esto que ver?

—Nada, pura curiosidad. Bien —el teniente Spinelli volvió a meditar—, hay algo que me dijo el otro día el juez Cunningham...

—Con su permiso —intervino el juez, apareciendo por el pasillo—, con su permiso teniente, preferiría explicarlo yo.

Atildado, immaculado, con el sombrero blando en la mano, se acercó a la pareja. Parecía un poco agitado.

—La ballesta, Philip... oh, sí, teniente, conozco ya a nuestro amigo... ¿la examinó usted atentamente?

—Pues... sí.

—Creo que ya le conté que todas las ballestas de mi colección tenían aplicadas unas correas modernas, así como cuerdas nuevas, que funcionaban. Bien, habría debido aclarar «en su mayor parte». La ballesta de abajo (española, del 1560 aproximadamente), no ha sido modernizada. Y se halla en una condición que es muy difícil que pueda ser disparada en absoluto.

—Sí, ya vi que no tenía correa, como las demás. ¿Son modernas también las correas?

—Lo son, ya se lo he dicho —afirmó el juez con impaciencia—. Pero lo importante, Philip, es el mecanismo. La cuerda del siglo dieciséis, enmohecida y podrida, todavía se tensa al colocarla en posición de tiro. Mas, ¿y el disparador? No funcionó cuando lo probé una vez; la edad y la falta de uso lo han atascado por completo. Y hasta para un hábil mecánico sería difícil reparar... ¡Dios mío! —continuó el juez Cunningham, inexplicablemente conmovido—. Fíjense bien en que no afirmo que esa ballesta no pueda disparar en absoluto. En cuyo caso, ¿qué sucedería si, pese a todas las imposibilidades, el disparador soltase la cuerda? Pues bien, que la cuerda se rompería, el dardo volaría en una dirección equivocada, o bien no volaría. Sólo un loco intentaría utilizar esa ballesta con un propósito criminal. Y, con la posible excepción de Barry Plunkett, no hay ningún loco entre nosotros. ¿Alguna pregunta, Philip?

—Sí, juez. ¿Quién está enterado de esos detalles?

—Yo puedo asegurarle —intervino Spinelli—, que *todos* los conocen. Los actores, los tramoyistas, todo el personal. Y también lady Severn y sus acompañantes; sí, también están enterados. Cuando ella me llamó esta tarde por teléfono...

El juez Cunningham parpadeó.

—¿Lady Severn le llamó por teléfono?

—Me atrapó en la oficina en domingo por la noche; en realidad, no me necesitaba

a mí de modo particular, sino a un policía cualquiera. Mas por entonces, yo ya estaba enterado de todo lo concerniente a esa dama y sus asuntos.

—Bien, ¿me perdonan ahora? —pidió el juez—. Por haberme detenido en mi casa, llego con bastante retraso. Nancy Trimble, la taquillera, me ha contado lo de la ballesta extraviada, teniente, y que usted la había interrogado al respecto. También me informó que el ensayo había empezado exactamente a las nueve y cuarenta y cinco, o sea tres cuartos de hora más tarde de lo previsto.

El teniente Spinelli asintió.

—Y me explicó la razón del retraso —añadió el juez—. Al parecer, nos vemos muy honrados. Estoy ansioso de saber cómo, por lo que me sentaré en butaca de orquesta. Mi oído ya no es como antaño. ¿Me perdona?

—Claro, juez —exclamó el policía cordialmente—. Le están dando un buen trato a la obra. Como soy buen conocedor teatral, ya que me precio de serlo, puedo decirle que la representación marcha sobre ruedas. Adelante, juez. Nos veremos luego.

Cunningham desapareció hacia el anfiteatro.

—¿Bien, señor Knox?

—Teniente, dijo usted que había dos motivos para no estar inquieto indebidamente.

—Exacto, señor Knox, dos. Y el segundo, a mi modo de pensar, es aún mejor que el de una ballesta que no funciona. Pero si no le parece mal, dejaremos esto por el momento, y pasaremos a las dos preguntas que deseo formularle. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Como dijo el juez —continuó el teniente Spinelli—, yo hablé con Nancy Trimble. Luego, creí que sería una buena idea ir a charlar un instante con lady Severn respecto a otro tema. Sé que se trata de una persona bastante dura, mas cuando habló conmigo por teléfono se mostró muy simpática.

—Naturalmente, a veces es encantadora. En cambio, otras...

—Sí, también he descubierto esto.

—¿Y bien, teniente?

—Y bien, fui a verla. Ella acababa de dar los Consejos de Hamlet a los Comediantes. Y estaba sentada cómodamente. Las luces empezaron a disminuir y la orquesta atacó; yo llamé a la puerta del palco C, que estaba cerrada como ya suponía, pero lady Severn no abrió. Se limitó a decirme que me fuese a paseo, tal como suena, aunque con un lenguaje algo más pulido, y que no la molestase mientras se representase la obra.

El teniente hizo una breve pausa como tratando de aclarar sus recuerdos.

—De modo que dejé de molestarla. Pensé que esa señorita...

Harkness o Barness, o lo que sea, podría darme la información que deseaba. Fui hacia ella y me senté al lado de la señora Knox. Conseguí cierta información, aunque no me demoré mucho allí. Y ahora, una pregunta: ¿qué le ocurre a su esposa?

El rostro del teniente presentaba una expresión confidencial, al inclinarse él hacia

delante.

—¿Le pasa algo? No me he fijado.

—Tal vez los maridos nunca se fijan en esas cosas; yo no, por supuesto. No obstante yo se lo diré: si alguna vez he visto una mujer asustada, esa mujer era la señora Knox. Apenas pudo presentarse a sí misma, nada más. La otra dama la estaba consolando, al parecer, aunque la señora Knox estaba a punto de subirse por las paredes.

—¿No estará equivocado? El teatro está muy oscuro...

—Sí, muy oscuro, pero no me equivoqué. Si ocurriese algo esta noche, que Dios no lo quiera, ni yo espero, lo primero que desearía saber es qué le pasa a su esposa. Bien, ellas me dijeron que usted estaba en este palco, y aquí vine a verle.

El teniente Spinelli se metió el pulgar izquierdo en el cinturón y trazó con el índice derecho varios dibujos en el aire.

—Bien, amigo, los dos queremos ver esa representación; a propósito, Tony Ferrara es pariente mío. De todos modos, aún no puedo sentarme. Sólo un instante, pues deseo dar una vuelta por ahí.

—Igual que yo. Mientras tanto...

—Mientras tanto, señor Knox —le atajó el teniente de Policía—, le haré la segunda pregunta y dejaré de importunarle. ¿Conoce a un individuo llamado Larry Porter? Lady Severn me contó que usted y el doctor Fell lo conocieron en el barco.

—Sí, es cierto.

—¿Le ha visto aquí esta noche?

—Sí, en efecto. Cuando subí, estaba de pie al fondo del anfiteatro.

—También estaba allí cuando yo subí. Al menos, supongo que es Porter a juzgar por la descripción. ¿Qué ha sido de él? ¿Dónde se ha marchado?

—No tengo la menor idea, ya que apenas me he fijado en él —repuso Knox—. ¿Qué sucede, teniente? ¿Tan importante es Porter? ¿Por qué le interesa?

—Bueno... —vaciló Spinelli—, ésta es, en parte, la razón de mi presencia aquí. Ha habido bastante jaleo y... lady Severn, a decir verdad, quiere que lo arreste esta misma noche.

—¿Arrestarlo?

—Tal como le digo, señor Knox.

—¿Puede decirme algo más?

—Sí, ¿por qué no? Será mejor que le cuente lo de la llamada telefónica. ¿Qué es ese Porter, un *gigoló*, un *play boy*?

—No lo sé, tendrá que preguntárselo a ella.

—Esto traté de hacer cuando lady Severn me... me...

—¿Denunció a Porter?

—En efecto, sí; eso es lo que hizo. Bien, vayamos a la llamada telefónica.

El teniente Spinelli exhibió una libreta de notas, consultó unas hojas y volvió a guardársela.

—Fue antes de las siete de esta tarde, aproximadamente —continuó—. Yo no había ido a cenar a casa. Flo (Flo es mi esposa), y yo habíamos discutido por tonterías durante el almuerzo. De modo que me tomé un bocadillo para cenar y volví a la oficina. Sonó el teléfono y lo conectaron conmigo. Lady Severn estaba en el hotel «Pershing», como ya sabrá. Y durante los primeros instantes se mostró muy amable. Claro que, a pesar de sus remilgos, me pareció por su acento que es natural de Montclair, Nueva Jersey.

—¿Qué pasa con Montclair?

—No, nada en absoluto. No digo nada contra esa población, aunque las leyes contra el alcohol sean más benignas en el estado de Nueva York que en Jersey, y en Montclair se enfaden los padres porque sus hijos van a emborracharse a la gran capital. Bueno, lady Severn no quería hablar conmigo en particular, como ya le dije. Aseguró que sólo deseaba hablar con alguien con autoridad, por un asunto de gran importancia, y yo le contesté que era el teniente de servicio. Al pronunciar mi apellido, respondió: «Habla usted muy descuidadamente, agente (lo dijo como si yo fuese un policía de tráfico, y añadió), aunque su acento es de hombre educado. Si es usted el teniente Spinelli, a quien el juez Cunningham invitó al ensayo general de esta noche, yo ya aprobé la invitación, lo cual hace que podamos ser excelentes amigos, ¿verdad?». A partir de aquel momento, conversamos como dos viejas amistades.

El teniente Spinelli sonrió levemente antes de proseguir su relato:

—Señor Knox, yo sé mucho respecto a palabras de diez dólares;^[11] no las empleo mucho, ya que es preferible no hacerlo, pero las conozco. ¡Santa María! Lady Severn comenzó a emplearlas, y prácticamente me acoquinó. Habría tenido que oír a Flo al escucharlas... si las hubiese podido escuchar, claro está.

—¿Respecto a Porter?

—Exactamente. No sé si viven juntos, aunque sus habitaciones están contiguas en el hotel. Por lo visto, esa dama posee una colección de joyas muy valiosas que heredó

de su esposo; de su segundo esposo, lord Severn, claro. Son joyas de la época eduardiana, recuerdos de familia. Ella no quiere llevarlas, ya que son demasiado vulgares, según dijo, y además, afirmó que no le gustan las joyas.

—Pensándolo bien —intercaló Knox—, nunca la vi lucir joyas de ninguna clase, excepto una sarta de perlas en el barco, la última noche de la travesía. Claro que conozco muy poco a esa actriz, aparte de los cuatro días que conviví con ella en el transatlántico.

—Bueno, éste es un dato —concedió el teniente, volviendo a sacar la libreta—. No lleva joyas y las guarda en un joyero. Allí tiene, entre otras cosas, un collar de oro y esmeraldas, otro de esmeraldas y diamantes, y un brazalete de diamantes, con cada uno del tamaño de un garbanzo. Y ahora, oiga esto. Poco después de inscribirse en el hotel, y poco antes de llamarme, ella vio a ese Porter hurgando en el joyero. No, no se mostró avaricioso; sólo se llevó el collar de diamantes y esmeraldas y el brazalete. Se los metió en el bolsillo y se largó del dormitorio.

—Un momento, teniente. ¿Estaba Porter en el hotel cuando ella le llamó?

—En el hotel, pero no en la *suite*. Bajó a la cafetería a pedir un chocolate malteado. Bien, ella añadió: «Quiero que usted hable con mi mejor compañera, y amiga de toda la vida, Bess Harkness. Todo lo que yo sé, lo sabe ella». Yo dije: «¿También está enterada de este asunto, lady Severn?». Y ella respondió: «Aún no, pero tendrá que enterarse. Yo se lo contaré luego». De modo que fue a buscar a la Harkness, que estaba planchando unas bragas, o algo por el estilo en otra habitación. «Si alguna vez yo no estoy aquí, pregunte por Bess. Es bajita, tiene el cabello rubio y lleva gafas; no puede confundirla».

»Bien —agregó el teniente—, Harkness me saludó por teléfono, y no pudo decir nada más. *La Dame aux camélias* la apartó del aparato, cerró la puerta y continuó hablando muy alto, como un astronauta. Por lo visto, Larry Porter procede de una antigua familia del sur, aunque se educó en el norte, y jamás habla de sus padres. Ella lo tuvo de entrenador de tenis en la Riviera. Añadió que es un ingrato y un ladrón y... todo lo peor del mundo. Ya está harta de él, y quiere echarle de su lado. «He alquilado un coche», prosiguió esa dama, «y dentro de poco los tres estaremos en el teatro “Máscara” para asistir al ensayo general. Quiero que usted lo arreste allí. Pero no le diré nada a Larry. No quiero que sospeche nada hasta que usted le ponga las esposas». «¿Esposas? Yo no necesito esposas para atrapar a ese pillastre». Esto le contesté. ¡Vaya mujeres! Siempre desean ser espectaculares. Esperan horas, días tal vez, y de repente asestan el golpe donde más duele, a veces por una causa trivial. Bueno, ¿verdad o mentira, señor Knox? ¿Le ha ocurrido a usted alguna vez algo parecido?

—Sí —admitió Knox—, ya he visto esta actitud un par de veces.

—No es que yo defienda a Porter, ni diga una sola palabra contra lady Severn, claro. Pero... ¿habló en serio? ¿Estaría aún del mismo humor dos horas más tarde? Sí, me pareció muy vengativa, dos veces más que mi Flo. De todos modos, detener a

una persona es un acto muy definido, del que no es posible retractarse. Además, hay personajes prominentes relacionados con esa compañía, y no es deseable que desde el debut sucedan cosas tan desdichadas. Bueno, entonces contesté: «Señora, yo creo que quizá sería preferible que le fuesen devueltas las joyas sin armar tanto alboroto. ¿No sería mejor que yo aguardara a mantener una charla con usted en el teatro antes de arrestar a ese joven?». Repuso que no. Insistí, esperé. ¿Y qué conseguí? Que ella me mandase a paseo.

El teniente Spinelli calló, a fin de guardar la libreta nuevamente.

—No es esto todo, porque esta noche en el teatro he oído algo más. No diré que fuesen malas noticias, ya que en realidad, no creo que haya jaleos por culpa de las ballestas u otras armas, y sin embargo, su esposa me preocupa bastante. ¿Y qué decir de ese *play boy* que anda suelto por ahí?

—Calma, teniente. Por favor, tómeselo con calma.

—¿Debo apretar los dientes y arrestarle? ¿O esperar a que esa dama sepa que estoy aquí y quiero hablar con ella? Bueno, amigo, ahora eso no importa. Vamos a ver el ensayo.

El reloj le indicó a Knox que eran las diez y diez. Y entre aquella hora y las once y cuarto conoció una gran variedad de emociones.

Al salir a la oscuridad del anfiteatro, el teniente Spinelli ascendió por el pasillo, cruzó a la izquierda, y pasó por el pasillo central hacia el lugar donde había estado antes Larry Porter.

Guiado por la punta luminosa del eterno cigarrillo de Bess Harkness, Knox divisó instantáneamente el lugar donde Judy estaba sentada al lado de la otra. Mas Judy le miró de tal manera —«¡Te aseguro que no me pasa nada; prefiero que me dejes tranquila!»—, que Knox retrocedió, temiendo además atraer de nuevo a Spinelli para formularle más preguntas indiscretas. Bess Harkness encendió otro cigarrillo, y la luz de la cerilla se reflejó en sus gafas. Mirando hacia la platea, Knox percibió la silueta de Margery Vane, inmóvil y con los brazos cruzados sobre el antepecho, contemplando atentamente el escenario.

El teniente Spinelli no halló a Larry Porter, y volvía sobre sus pasos; como Knox no deseaba seguir conversando con él, descendió al salón de descanso. Judson Lafarge y Connie, paseando también, pasaron por su lado como un par de fantasmas. Empujó la puerta giratoria y descendió por el pasillo donde había luchado con Barry Plunkett.

Su vista iba acostumbrándose a la oscuridad. Claro que tampoco reinaban unas tinieblas absolutas. Como Adam Cayley había construido el teatro «Máscara» de acuerdo con el modelo de varios teatros de Dublin y Londres, los extremos inferiores de varias filas de butacas estaban provistos de lucecitas de orientación. Asimismo, también iluminaban mortecinamente la platea las luces de los atriles de la orquesta.

No vio al juez Cunningham por allí. Tras sentarse en una butaca lateral, en la cuarta fila de la izquierda, encendió un cigarrillo y concentró su atención en el

escenario.

A medida que una escena seguía a otra en el primer acto, los actores brillaban más en sus respectivos papeles, incluso con cierta febrilidad. El «Máscara» carecía de escenario giratorio, sin embargo, el decorado cambiaba de manera muy rápida, cubriendo los leves intermedios con música de fondo, lo que convertía a *Romeo y Julieta* en una semiópera, y daba buena cuenta de la locura del director de orquesta.

Julieta efectuó su aparición en la tercera escena. Ya en su primer verso:

—«Veamos, ¿quién me llama?» —resultó evidente que Anne Winfield ya no era ella. Era una centella, que no podía extinguirse.

—«La vigilia de San Pedro, al anochecer, cumpliré los catorce» —recitó la Nodriza.

En realidad, Anne Winfield apenas representaba más de catorce años, con la incandescencia que sólo una anglosajona puede mostrar. La belleza etérea y espiritual de Anne Winfield parecía desmentir por completo las palabras del cínico Barry Plunkett:

«... *la muchacha es muy conocida en todas las ciudades del este...*».

Anthony Ferrara, como Romeo, daba a entender su personaje, aunque siempre a la sombra de Mercucio. El Mercucio de Barry Plunkett era una mezcla de cinismo, simpatía, melancolía y mofa, aunque siempre amigo de Romeo. Mercucio era un ser tan vital que costaba incluso recordar que debía morir acuchillado poco después de empezar el tercer acto.

Mientras tanto, la música iba sonando; las parejas de baile en el salón de los Capuleto se movían por la escena, con máscaras de plástico o goma, que ocultaban toda la cabeza, sin impedir hablar.

—¡Bravo! —gritó Margery Vane.

Aplaudió vigorosamente al encenderse las luces al final del primer acto. En el fondo de la platea hubo otros aplausos. Knox no se volvió. Margery Vane se levantó, con el cabello cayéndole hasta los hombros. Se parecía un poco a la joven que interpretaba la Julieta. Sobre la redonda mesa del palco C había un vaso y una jarra de agua, que ya no estaba fría. Margery Vane se sirvió medio vaso, lo bebió, ejecutó un gesto de coquetería hacia la platea, donde no había público, y volvió a sentarse.

Knox no se movió tampoco durante el breve intervalo. Deseaba presenciar el segundo acto, ya que allí era donde Romeo y Julieta tenían su mejor intervención.

Mercucio y la Nodriza también intervienen en ese acto. Pero Romeo y Julieta se llevan la palma de triunfo. Los dos amantes interpretaron la celebrada escena del balcón con un éxtasis lírico, que al menos conmovió a un espectador.

Knox estaba pensativo. Tal vez, en Verona, en el siglo XVI o en cualquier otro sitio, los amantes no monologasen en los balcones o en los jardines de manera que pudieran oírse unos a otros. Y a pesar de esta falta de naturalidad, ante la belleza de los versos, ¿a quién le importaba, si aquello era teatro y teatro del más puro arte?

Ni a Romeo ni a Knox. Ni a nadie.

—«Con las alas ligeras del amor he saltado esos muros, porque el amor no puede dejarse encerrar por unas piedras. Y lo que amor gusta de hacer, amor se atreve a realizarlo. Además, no me he tropezado con tus parientes».

—«Si te vieses, te matarían» —se asustó Julieta.

—«¡Ay de mí! —gimió Romeo—. Hay más peligro en tus ojos que en veinte espadas. No has de hacer más que mirarme suavemente y soy inmune a su malquerencia».

Poco después, decía Julieta:

—«¡Oh, gentil Romeo! Si me amas, decláralo simple y sincero, o si crees que mi conquista ha sido para ti fácil y prematura, me voy a revelar mala y perversa y te diré que “no” para que debas de este modo cortejarme. Pero, en verdad, mi dulce Montesco, te amo en exceso y es por eso que puedes suponer que mi conducta peca por ligera. Pero créeme, gentilhombre, que me mostraré más fiel que aquellas que son más recatadas en guardar sus secretos».

¡Bravo por Julieta! ¡Bien por sus sentimientos! Si al menos otra mujer fuese...

Philip Knox estaba de un humor muy romántico.

El final del segundo acto, con su insinuación de tragedia, le halló tan inquieto como si hubiera sido hipnotizado.

Margery Vane volvió a aplaudir fuertemente. Y a espaldas de Knox sonó otra ovación. Miró a su alrededor y hacia arriba. Quien aplaudía era Bess Harkness y (¿era raro?) también Judy, inclinadas ambas sobre la barandilla del anfiteatro.

Knox tenía que moverse. Se puso de pie y dio una vuelta por el pasillo. ¿Debía pasar al escenario? ¿Por qué no?

«Venga por el escenario, si le gusta», le había invitado Barry Plunkett, con éstas o parecidas palabras.

Claro que también recordaba el resto de la advertencia.

La platea estaba completamente iluminada durante el intermedio. La orquesta interpretó otro prelude, a cargo de los violines. Knox se abrió paso hacia la puerta del escenario, a la izquierda del proscenio. Saludó a Judy, que correspondió en igual forma. Dos segundos más tarde, se hallaba en el escenario.

Para llegar hasta él había dos peldaños muy mal iluminados. Luego, uno estaba ya en el escenario; una caverna de alto techo, con su telar, sus decorados, y sus personajes.

Había voces amortiguadas por todas partes. El olor a pintura y maquillaje era allí mucho más penetrante, y varias personas ataviadas del siglo XVI se paseaban infatigablemente, solas o en grupos, en medio de un ambiente de apremio y nervios.

Knox se asomó por entre bastidores. Acababan de quitar la celda del padre Lorenzo y estaban montando la «plaza pública» de Verona. O sea, la escena primera del acto tercero. Los tramoyistas se movían con decisión y rapidez. Por entre bastidores divisó al juez Cunningham, que daba la impresión de no estar de humor para conversar con él.

Fuera de los bastidores, un corredor de cemento, con diversas puertas a un lado, corría hacia un lado. Tanteando el terreno para no tropezar, Knox avanzó por el corredor. Vio a Romeo murmurando para sí al lado de un extintor de incendios; a lady Capuleto, y a la Nodriz. Al final del corredor, unos peldaños llevaban al piso superior. Presumiblemente, las puertas pertenecían a otros tantos camerinos, y arriba había más. No entró en ninguno, aunque al parecer ninguno estaba ocupado entonces. Luego, al retroceder, observó una puerta señalada como «cuarto de escobas».

La abrió... y volvió a cerrarla rápidamente. Tal vez aquel cuartito sirviera para guardar las escobas y los cubos de las mujeres de la limpieza; no obstante, en aquel momento servía para algo más.

En el fondo de la habitación, de cara a él, se hallaba la virginal Julieta con su vestido blanco y su redecilla plateada en la cabeza. No le vio. La joven tenía un pie colocado sobre una aspiradora, y sus brazos estaban ceñidos en torno a un joven vestido de verde y oro, que la besaba con gran efusión.

Avergonzado de su acción, embarazado por haberse atrevido a importunar a la pareja, Knox corrió pasillo adelante. Se hallaba casi al final de los peldaños que conducían a la puerta del escenario cuando distinguió a Barry Plunkett, espada en mano, ejecutando estocadas en el aire, ante un rival imaginario. Se habría ido de allí sin hablar con nadie, a no ser porque se vio interpelado.

—Eh, amigo. ¿No quiere hablar con los amigos?

—Usted dijo...

—Dije que no molestase a los demás con tonterías. No dije que pasara por mi lado sin saludarme. Bien, ¿qué pasa?

—Usted debe de saberlo. Le felicito.

—¿Por qué? —preguntó el irlandés—. Todo va bien, ya lo sé. Aseguré que no habría el menor fallo, y así es. Aunque será mejor que Romeo se calce bien los zapatos en el tercer acto, para no hablar del cuarto y el quinto, o... —volvió a ejecutar una finta con la espada.

—¿Romeo? ¿Es una broma? Yo pensaba...

—Oh, no me haga caso. Romeo no es malo, y mejorará. Además, ese papel puede incluso con Lawrence Olivier. Nunca vi un papel tan tonto como el de Romeo, desde que Pequeño Rollo predicó la templanza en el pecado.

—¿Y Julieta? ¿Cree que su interpretación es mala?

—No, de ningún modo. Yo siento una gran debilidad por la pequeña Winfield, y si al menos se reprimiese de vez en cuando... —Barry Plunkett se contuvo—. Oh, sapientísimo historiador, leo otra interrogación en sus ojos. ¿De qué se trata?

—Durante los dos actos —explicó Knox pensativamente—, he gastado varias cerillas para leer el programa y asegurarme del reparto. Bien, hay un tipo que no logro situar, aunque sé que le he visto en el escenario. Lleva un vestido verde y dorado. ¿Quién es?

—Harry Delevan, que interpreta el conde Paris. Ya sabe, el que en el texto llaman

«condado», no sé por qué. Tal vez «condado» fuese como un diminutivo de «conde» en la época de Shakespeare.

—Lo ignoro.

—Es un papel ingrato, como ya sabe. El viejo Capuleto quiere casarle con su hija Julieta, que no puede verle ni en pintura. Lo único que tiene es su llegada a la tumba, y dejarse ensartar por Romeo de un solo «bocadillo»^[12]. ¿Lo pregunta por alguna razón especial?

—No, en absoluto. Como diría el teniente Spinelli, por pura curiosidad. A propósito, ¿sabe que tenemos aquí un detective de White Plains?

—Bueno, como dicen *en este* país, ¿y qué? Ya sabíamos que asistiría a la representación; al menos, yo sí lo sabía.

La música, amortiguada por el telón, estaba llegando ya al final del preludio. Los ojos de Barry Plunkett se estrecharon un poco.

—Oiga, amigo, ¿seguro que no lleva nada oculto en la manga?

Claro que llevaba muchas cosas escondidas en la manga, pero Knox no deseaba dar explicaciones. En cambio, se refirió a una observación que le preocupaba desde primeras horas de la noche.

—El juez Cunningham explicó que este escenario es perfecto y está lleno de trampas y trampillas.

—Cierto.

—Sí, ¿eh?

—Le doy mi palabra. ¡Fíjese! —Barry Plunkett hizo un gesto con la espada—. El proscenio es de cemento, no así el resto. Adam Cayley deseaba que este teatro fuese utilizado, cuando no actuase su propia compañía, para variedades. Y en aquella época, antes de que el teatro puro desapareciera bajo el empuje de las revistas, se utilizaban trampillas para las obras de magia. Mire, hay varias trampas, incluyendo una situada cerca de los bastidores de este lado, cerca asimismo de donde estamos, que es fácil de utilizar sin ayuda de nadie. Sólo hay que apretar un botón colocado bajo el escenario; uno se monta sobre la trampa, y ésta le conduce abajo. Hay que asegurarse, no obstante, de que nadie más que la persona indicada se sitúe encima de la plataforma. Lo cual no debe ocurrir jamás interpretando a Shakespeare, claro está. En fin —Barry Plunkett hizo un gesto indolente—, al diablo con las trampas y los trucos de la tramoya en general. ¿Ha oído las palabras que nos ha dedicado nuestra patrona antes de levantarse el telón?

De entre la penumbra surgió una mujer gordinflona, con el rostro enrojecido bajo el tocado de Nodriza de Julieta. Barry Plunkett dio media vuelta.

—Philip Knox, le presento a Kate Hamilton, que ya actuó con la primitiva compañía de los Comediantes de Westchester hace treinta y siete años. ¿Has oído a nuestra empresaria, Kate?

—¿Si la he oído? —sonrió la Nodriza—. Vaya si la he oído... ¡Vaya caradura! «Antaño gocé de cierta reputación en la profesión que todos ustedes han adoptado»

—imitó la vieja actriz genérica—. Como si yo la hubiese adoptado ahora. ¡Vaya caradura, repito!

—Es una zorra con talento —afirmó Barry-Mercucio, acentuando el adjetivo—. Y podremos darnos por contentos si no muere hoy nadie en escena. Un momento, Knox. Usted hablaba del juez Cunningham, ¿verdad? Pues aquí viene ahora, con no sé qué brillo en sus pupilas. ¿Qué diantres le ocurre? ¿Y quién le acompaña?

—El teniente Spinelli —repuso Knox—, lo cual significa más preguntas. Yo me largo.

—Y nosotros —asintió Barry—. O al menos, yo y algunos más. Y si Teobaldo se equivoca al herirme, o Romeo da un traspies al pretender protegerme, habrá aquí un verdadero asesinato, ya lo verá.

Philip Knox corrió hacia la platea. Trató de serenarse antes de abrir la puerta del escenario. Al llegar a la platea, las luces estaban apagadas. Tanteó por el pasillo, guiándose por los respaldos de las butacas.

Todavía estaba demasiado inquieto para sentarse. El tercer acto contenía casi todos los duelos de la obra, por lo que se representaría a un ritmo más veloz. Mercucio saldría del escenario, sostenido por Benvolio, para morir entre bastidores. Y Romeo mataría a Teobaldo. Ya había signos ominosos a la luz de la plaza de Verona.

—«Te ruego, buen Mercucio, que nos retiremos; hace calor y los Capuleto están fuera de casa y, si los encontrásemos, no podríamos evitar una querrela, porque estos días de bochorno la sangre encienden» —declamó Benvolio.

Knox miró por encima del hombro. El teniente Spinelli parecía seguirle.

Sí, el detective estaba andando por el pasillo, un poco más atrás. Varias formas ominosas, tal vez sin sentido, estaban conjugándose en la mente del historiador.

A la mitad del pasillo, giró hacia la izquierda, por entre dos filas de butacas, hacia el pasillo central. Llegó a él, se detuvo y concentró su atención en el escenario.

Benvolio y Mercucio se hallaban ya en escena, en plena acción. Por el lateral derecho, naturalmente, del público, salió Teobaldo seguido de dos hombres armados.

—«¡Por mi cabeza, que ahí vienen los Capuleto!» —exclamó Benvolio.

—«¡Por mis tobillos, que me importa un bledo!» —le imitó cómicamente Mercucio.

—«No os vayáis muy lejos —susurró Teobaldo, con ademán torvo de traidor teatral—, porque hablar quiero con esa gente. Señores, buenas tardes. ¿Puedo hablar una palabra con alguno de vosotros?».

Knox volvió a mirar hacia el teniente Spinelli. Éste, que también se había detenido un instante, se dirigía ya al pasillo central por entre dos filas de asientos.

Knox, como queriendo salir del local, subió por el pasillo hacia la puerta giratoria. El teniente Spinelli le siguió. ¿Es que aquel condenado policía iba a perseguirle por doquier? Claro que, bien mirado, ¿a qué huir? ¿Qué podía temer?

Mirando hacia el palco C, divisó a Margery Vane absorta en la acción teatral, con

los brazos cruzados sobre el antepecho. Knox prosiguió por el pasillo, llegando casi a la puerta giratoria. Una vez allí, se volvió lentamente y esperó.

El teniente Spinelli se situó a su lado. Mas si intentaba formular alguna pregunta, no lo hizo por el momento.

—Fíjese... Buena interpretación, ¿eh? —fue todo lo que dijo.

Ambos miraron hacia el escenario.

Mercucio, estaba azuzando a Teobaldo. Este, que sólo deseaba encontrar y matar a Romeo, se alegró cuando el joven apareció en la Plaza. Luego, le insultó. Romeo, determinado a no luchar con un pariente de Julieta, debido a su amor, buscó unas palabras suaves, que más bien sonaban como remilgadas, y con ello logró sólo que Mercucio pasara en su lugar a la ofensiva.

—«Teobaldo, caza ratones, ¿quieres danzar un poco?».

—«¿Qué quieres de mí?».

—«Buen rey de los gatos, nada más que una de tus nueve vidas...».

Mercucio continuó con su parlamento hasta la intervención de Romeo.

—«Gentil Mercucio, vuelve a su funda tu espada».

Pero Mercucio no se dejó convencer y se plantó delante de Teobaldo.

—«Adelante, señor; vuestro *pasado*»^[13].

Teobaldo, con insolencia, ya había desenvainado y se tiró contra Mercucio con espada y daga. Barry-Mercucio, paró la estocada y atacó a su vez. Los aceros chocaron una y otra vez, con fingida dureza, derivando ambos contendientes hacia la derecha, mientras Romeo parecía danzar a su lado.

—«Desenvaina, Benvolio —exclamó el joven Romeo, angustiado—, y separémoslos. Caballeros, por pudor, evitemos este ultraje. Teobaldo, Mercucio, el Príncipe ha prohibido expresamente los combates en las calles de Verona. ¡Detente, Teobaldo! ¡Por favor, buen Mercucio!».

Y el buen Romeo se interpuso entre los combatientes, como en todas las representaciones de la obra, en mal momento, ya que por debajo de su brazo extendido, Teobaldo, el traidor, alcanzó a Mercucio con la daga. Teobaldo y sus amigos se retiraron del escenario apresuradamente, mientras Mercucio, bañado en sangre, se sujetaba la herida mortal.

—«¡Malditos sean los rencores de vuestras casas!» —exclamó en su último parlamento, entre estertores de agonía.

Poco después, Benvolio se lo llevó por un lateral. Al cabo de siete versos, volvió comunicando la muerte del buen Mercucio.

Romeo estaba colérico por fin.

—«Aquí viene otra vez el furioso Teobaldo» —dijo Benvolio.

—«¡Vivo y triunfante quien a Mercucio asesinó, el villano que con su mirada encendida muestra la conducta que ha de seguir!» —rugió Romeo, transfigurado.

El diálogo terminó, la música creció de tono. Romeo asestó una estocada a Teobaldo, el cual cayó al suelo, también bañado en sangre.

La sangre creció de punto. Las espadas y las dagas de todos los contendientes, amigos de Capuletos y Montescos, chocaban entre sí furiosamente. Tanto el teniente Spinelli como Knox se habían adelantado por el pasillo, muy interesados por lo que ocurría en escena.

—¡Hay que ver a ese chico Ferrara! —susurró el teniente—. Parece como si la cosa fuese real, ¿eh? Todos parecen querer matarse unos a otros... Parece como si...

De pronto, calló. En el mismo instante en que Teobaldo caía por fin inerte sobre el escenario, ambos oyeron el ruido que resonó por encima del choque de las espadas y la música de fondo. Knox, que ya lo había oído anteriormente, comprendió de qué se trataba. Era el flojamiento de una cuerda tensa, despidiendo un dardo por los aires.

En el escenario no había ocurrido nada, aparte de caer muerto Teobaldo. La música cesó.

Philip Knox enderezó la cabeza. Desde donde estaban antes, casi al final del pasillo, sólo podían divisar el antepecho del palco C. Ahora, veían plenamente todo el palco. Margery Vane ya no estaba allí.

—¡Dios mío! —murmuró el teniente.

En el escenario, Benvolio apremiaba a Romeo para que huyese, ya que los ciudadanos iban a revolucionarse, y el Príncipe Escalo condenaría a muerte a Romeo si era apresado. Knox apenas oía el diálogo y dudaba de que su acompañante lo estuviese escuchando. El teniente estaba pasando por entre dos filas de butacas a fin de llegar al pasillo de la derecha. Knox se apresuró tras él.

Spinelli no se detuvo allí. Siguió avanzando, como para situarse bajo el palco C. Knox le siguió. Llegaron casi juntos al final del pasillo, junto al foso orquestal.

Sobre la alfombra roja del pasillo, debajo del palco C, brillaban dos pequeños objetos, iluminados por una de las lucecitas de orientación. Uno era un collar de esmeraldas y diamantes, y sujeto al collar, por medio del broche de oro, había un brazalete también de diamantes. Prendido entre ambas joyas, había un recorte de periódico... con una fotografía.

El teniente Spinelli echó la cabeza muy hacia atrás, e hizo trompeta con las manos.

—¡Lady Severn! ¡Lady Severn! —gritó.

La llamada no alteró a los actores. En escena, la muchedumbre escuchaba las palabras del Príncipe, condenando a Romeo al destierro.

Sin embargo, el teniente Spinelli estaba inquieto. Contempló las joyas, que relucían en la semioscuridad. Luego, murmuró un «¡chist!», y cogiendo a Knox por el brazo, lo llevó por el pasillo hacia el fondo de la platea; ambos pasaron por la puerta giratoria y ascendieron al anfiteatro.

Knox estaba a su lado cuando llegaron al palco C. Al final de aquel pasillo brillaba una bombilla idéntica a la del otro pasillo del palco A. El teniente Spinelli asió la manilla de la puerta.

—¡Cerrada con la aldaba! —murmuró—. Pues bien, tendré que...

—No iré a echar la puerta abajo, ¿verdad?

—No, ¿por qué? Quédese aquí.

—¿Dónde va?

—La barandilla del anfiteatro es muy ancha. Y se curva al pasar por delante de la primera fila, continuando luego en línea recta, al mismo nivel que los antepechos de los palcos. Subiré a la barandilla, saltaré desde su extremo al antepecho del palco C y estaré dentro. Es muy fácil.

—Por favor, tenga cuidado. La distancia es al menos de más de un metro desde el extremo de la barandilla hasta el palco. ¿Cómo logrará mantener el equilibrio?

—Por esos malditos adornos que sobresalen de las paredes y de la balaustrada. Tendré cuidado. Usted no se mueva de aquí.

Se marchó pasillo adelante, hacia el anfiteatro. A Knox le pareció que transcurría un tiempo interminable, en tanto escuchaba débilmente las palabras del Príncipe Escalo, desterrando a Romeo a Padua. Luego, oyó un ruido dentro del palco.

—Sí, está aquí —oyó la voz del teniente al otro lado de la puerta—. Un momento, voy a descorrer la aldaba.

Sí, estaba allí. Margery Vane yacía boca abajo sobre la alfombra, el cuerpo dirigido hacia la puerta, con los brazos extendidos.

El dardo de hierro la había herido por debajo del omóplato izquierdo, y sobresalía ominosamente erguido por encima del vestido de gala. La silla que había ocupado la víctima estaba volcada, lo mismo que la mesita con el vaso y la jarra de agua. Sin embargo, a pesar de que la alfombra estaba empapada, muy poca sangre manchaba el borde del vestido, resbalando lentamente por la espalda de la actriz.

El reloj de la Iglesia Metodista de Richbell tocó la una.

Su sonido penetró débilmente en el saloncillo del escenario del teatro «Máscara», que se hallaba a medio camino del corredor que salía del escenario hacia su parte derecha^[14].

Iluminado por una lámpara de estudio colocada sobre una mesa, en el centro de la estancia, el saloncillo estaba amueblado con sillas, divanes y mesas, todo colocado en torno a las paredes, que lucían carteles y fotografías teatrales enmarcados, de al menos cuarenta años de antigüedad.

Sobre los muebles se veían espadas y dagas, que habían dejado allí los miembros de la compañía, durante los interrogatorios. Y había al menos una docena de ballestas.

Mas sólo la que estaba colocada sobre la mesita central tenía cierto interés. Estaba incrustada de marfil, y tenía la cuerda rota.

En el saloncillo del escenario estaban tres personajes. El teniente Cario Spinelli, bajo visible tensión, se golpeaba la barbilla y estudiaba la ballesta. Philip Knox se paseaba. Al lado de otra mesa, en un rincón, como una mole montañosa, el doctor Gideon Fell jugueteaba con un par de dados rojos, con puntitos blancos.

—Está bien —proclamó el teniente—. Está bien, tómenselo con calma. Bien; veamos qué hemos conseguido y por dónde empezamos.

—Lo que yo quisiera preguntar... —vaciló Knox.

—Todo a su tiempo, todo a su tiempo. Un poco de calma, por favor.

—Sólo pensaba que...

—Está bien —repitió el teniente—. Hemos encontrado muerta a lady Severn, hacia las once y cuarto. Entonces, se ha suspendido el ensayo. O sea que sólo se ha llegado al final de la primera escena del tercer acto. Al mirar desde el palco, he visto al doctor Fell y al fiscal que acababan de llegar de la conferencia, cuando el mal ya estaba hecho. Oh, no, no es un reproche. Usted, doctor Fell, llevaba y lleva aún lo que me ha parecido exactamente la misma capa y el mismo sombrero que llevaba en Inglaterra hace veinte años.

—A decir verdad —observó el aludido—, son la misma buena capa y el mismo excelente sombrero, gracias. Mi esposa querría que ya los descartase, y no hace más que torturarme con sus insinuaciones en tal sentido. Persistencia que merecería una mejor causa. Hum...

—Hace casi dos horas —intervino Knox—, y el susto ya ha pasado. Sin embargo, cuando vi a la pobre mujer, con el dardo clavado en la espalda...

—Se mostró usted muy sereno.

—Serví en Londres durante los bombardeos nazis, como todo el mundo. Entonces, allí vimos cosas mucho peores. Además, el cadáver presentaba poca

hemorragia.

—Ya ha oído lo que dijo el forense. Probablemente, una herida directa al corazón. La muerte no fue instantánea; las muertes violentas nunca lo son, a pesar de lo que vemos por televisión. Tal vez vivió unos cuarenta o cincuenta segundos. Sí, padeció un intenso dolor; yo le levanté la cara y usted también lo vio. Un gran dolor; aunque su expresión era más de extrañeza, como si comprendiese lo ocurrido. El susto que usted mencionó, amigo Knox...

—Era por otra causa. Margery podía ser una mujer difícil...

—Iba usted a añadir, como todas las mujeres.

—No necesariamente; pero me gustaba. No podía impedirlo. Y su muerte me parece una tremenda perversidad.

—Ahora hemos descubierto que les gustaba a todos, ¿no se han fijado? —preguntó el teniente, entre nervioso y cínico—. Al principio, se sentían inclinados a reír y a ridiculizar todos los caprichos de esa dama. Luego, falleció prácticamente ante la vista de todo el mundo, y al momento comenzaron a pensar que era una mártir. Bien, si los dos dejasen de interrumpirme por unos instantes, ya que no les pregunto su opinión, trataré de resumir lo que sabemos. Por ejemplo: lo de este maldito trasto.

Levantó la ballesta de la cuerda rota.

—El juez Cunningham afirmó que era hartamente improbable que esto pudiera dispararse. ¡Perfectamente! Dijo que la cuerda se rompería, y se ha roto. También aseguró que el dardo saldría impelido en una dirección errónea, o no saldría en absoluto, y en esto se equivocó. El dardo fue a parar donde quiso el criminal. Y la ballesta funcionó. Aparte del hecho de haber oído el disparo, esta ballesta tiene la señal de una huella dactilar. No la huella, claro, porque limpiaron el arco con sumo cuidado. Ahora bien, ¿desde dónde fue disparado el dardo? ¿Eh, doctor Fell?

El doctor no contestó, a menos que pudiera interpretarse como respuesta una serie de gruñidos guturales. Arrojó los dados, que sumaron un seis doble, y los recogió apresuradamente.

—¿Dónde hallamos la ballesta? —continuó el teniente—. La encontramos casi inmediatamente, sobre la alfombra del pasillo, bajo el palco A, al otro lado de la platea.

Dejando la ballesta, el teniente Spinelli exhibió el collar y el brazalete, junto con el recorte de prensa, que había sido alisado a fin de poder ser leído. Lo dejó todo sobre la mesa y volvió a coger la ballesta.

—... la misma posición —prosiguió— que el collar y el brazalete con el recorte de periódico, encontrados bajo el palco C. ¿Me siguen?

—En sustancia —gruñó el doctor Fell—, lo entiendo todo perfectamente.

—De acuerdo. El dardo penetró en la espalda de la víctima en un ángulo ligeramente oblicuo. De haber estado de pie y vuelta de espaldas, única postura que pudo adoptar sin que nadie se interpusiera en la línea de fuego, mejor diría de dardo,

claro está, el asesino pudo disparar desde el lado opuesto de la platea, o bien desde el pasillo situado bajo el palco A, o desde el mismo palco. Lo cual daría una angularidad aproximadamente exacta a la antedicha. Pero, ¿qué dicen los testigos?

—Bien —refunfuñó el doctor Fell, ahuecando las mejillas—, ¿qué dicen?

—Se lo explicaré: ¡nada! Vaya, doctor Fell, usted estaba aquí.

—¿No le importaría efectuar una pequeña recapitulación de las declaraciones, por favor?

—En la sala había siete testigos —prosiguió el teniente—. La señora Knox y Bess Harkness, juntas en la primera fila del anfiteatro. El matrimonio Lafarge, sentado muy cerca de la puerta giratoria, al fondo del pasillo, junto a la parte derecha de la platea. El juez Cunningham. Éste me siguió a la sala, desde el escenario, al comenzar el tercer acto; sordo o no, se cansó un poco de estar tan cerca del escenario, y se marchó un poco más atrás, hacia la parte izquierda del pasillo central para contemplar los duelos. Finalmente, el señor Knox y yo.

El teniente Spinelli miró al historiador, como buscando su aprobación.

—Sin embargo, ¿vio alguien algo? ¡No, nadie! Ni siquiera Knox o yo. La última vez que sabemos que estaba con vida lady Severn, fue cuando nosotros dos la vimos sentada en el palco, muy atenta a la comedia, muy poco antes de empezar los asaltos de esgrima. Ésta es la última vez que nosotros la vimos. Y es también lo único que sabemos, y si esto les sorprende, a mí no. Ustedes mismos se darán cuenta del motivo. Con los dos duelos, tan maravillosamente fingidos en el escenario, hasta el punto de hacerlos reales, ¿quién podía mirar a otra parte que a escena? Lo cual nos conduce a un callejón sin salida. ¿Continúo?

—Sí, adelante.

—Bien, supongamos que el asesino disparó desde el palco A, o desde algún punto del otro lado del palco C. La ballesta no es grande ni pesada, y bajo el soporte hay un gancho afilado, por medio del cual es posible sujetarla con un solo dedo, fíjense. El asesino dispara y deja la ballesta en el suelo; con el ruido de los aceros en el escenario, ¿quién oiría caer la ballesta sobre la alfombra?

—Estoy de acuerdo, y ya lo había pensado —intercaló el doctor Fell—. Sin embargo...

—¿Cómo diablos —gritó el teniente— es posible que lady Severn *estuviese de pie, de espaldas al escenario*? Esto fue proyectado por anticipado, lo digo desde ahora, aunque no sepa todavía cómo. El asesino no pudo conseguir que la actriz se pusiera de pie y de espaldas, haciendo un gesto desde el otro lado de la sala. No pudo prever que ella se levantaría y se volvería de espaldas, estando como estaba tan absorta en el escenario. Sí, se me han ocurrido otras explicaciones.

—¿Otras?

—Sí. Supongamos que la ballesta no es más que una trepa, una trampa, una venda, y que el dardo no fue disparado desde el otro lado de la sala.

—¿Cómo?

—Fíjense. El asesino, supongamos, se arrastra en torno al palco C con el arma en la mano. La puerta del palco está cerrada. El señor Knox vio cómo la actriz corría la aldaba interior, y yo la encontré bien asegurada luego. En la puerta no hay cerradura, de modo que no hay forma de abrir con un hilo o un cordel... Mas, ¿y si el asesino halló un medio? Después de matar a la actriz y volver a pasar la aldaba, aún tuvo tiempo de salir y bajar en la oscuridad, antes de que Knox y yo llegásemos al palco. Pudo luego dejar caer la ballesta al otro lado de la sala, y asunto terminado. ¿Pudo ocurrir de este modo?

—Tal vez, aunque el acento del oráculo sea dudoso. ¿Cómo solucionó lo de la puerta?

—¡Dios Todopoderoso! —gritó el teniente—. Esto es lo que pregunto. En su época, maestro, usted logró desentrañar varios enigmas relativos a puertas y ventanas atrancadas. Pero aquí, esto no servirá de nada, ni siquiera con un buen truco, y les diré por qué.

Hizo una pausa y continuó:

—No mencionaré el hecho de que la ballesta es un arma mortal (como dijo hace unos días el juez Cunningham hablando conmigo), que podría atravesar una armadura. Disparada a corta distancia, detrás de la espalda de la víctima, habría provocado una herida mucho mayor y más sangrienta que la que hizo. Sin embargo, no me refiero a esto. Lo importante es que ¡la víctima tenía que estar de pie para recibir el dardo bajo el omóplato! O bien, la silla tenía que estar colocada al revés, de cara a la puerta del palco. Mas si por un motivo desconocido, Margery Vane debía levantarse de su asiento, ¿no habría ido hacia la puerta y no hacia el antepecho?

El teniente Spinelli pareció hundirse en hondas meditaciones, para acabar dejando la ballesta cuidadosamente al lado de las joyas.

—Estoy hecho un lío —confesó—. Voy a volverme loco. Mi mente se disuelve como la aspirina en el agua. Tendré que contenerme o acabaré chillando, para que el fiscal no se imagine, lo mismo que piensa mi esposa, que soy un salvaje. Bien; mientras cavilo una y otra vez cuál pudo ser el truco, preguntémonos: ¿quién pudo cometer el crimen?

—¿Quién?

—Bueno... —el teniente sacó la famosa libreta—. Según mis notas, casi todo el mundo podría ser sospechoso, tanto espectadores, como actores, tramoyistas o músicos... a no ser porque casi todo el mundo tiene que ser inocente a la fuerza. Maestro, aquí cuento con su ayuda. Este es el crimen más difícil que me ha tocado en suerte. Es uno de esos crímenes con los que usted disfruta tanto.

—Joven, yo nunca me divierto con un crimen. Precisamente opino que el crimen es la forma más repugnante de la reacción humana. Pero dejemos esto. Respecto a sus palabras, debo declarar que jamás escuché a nadie que necesitase tanto mi ayuda. Parece usted un pobre demente escapado de un asilo.

—Adelante.

Por un momento, el doctor Fell reflexionó, en tanto profería extrañas risitas que hacían subir y bajar su chaleco. Luego, tiró los dados.

—Cinco y tres —anunció, infantilmente entusiasmado—. ¡Diez pavos! —añadió, señalando un dinero imaginario de la mesa—. Dígame, querido Knox. ¿Ha construido usted alguna vez en latín el texto siguiente? «Ocho es mi tanteo, Ada del Decatur. Deme los diez pavos. ¿Quién me supera?».

Knox reflexionó.

—Supongo que el doctor Johnson no habría tenido ninguna dificultad en esa traducción. Boswell, según sus Diarios, era un gran jugador de cartas, y habría tirado constantemente los dados de haber estado ese juego de moda. Podríamos utilizar «número» por tanteo, ¿verdad? *Numerus octonus est*. Pero un noble romano pagando *diez pavos*, y el *superar*, ya es algo más difícil. En cuanto al *Decantar*, ¿qué hay que tomar, el genitivo o el hablativo?

—¡Vaya, por Dios santo! —tronó el teniente, mirando coléricamente a Knox—. Ya sabía que el maestro era amigo de esta clase de juegos, pero usted no tiene por qué animarle. Olvídense ambos de lo que Johnson le hubiese dicho a Boswell en una partida de dados, y volvamos a nuestro misterio. Mire, maestro, usted no estaba precisamente dormido cuando interrogué a los testigos, ni preocupado por aprender los principios de este juego de dados, según creo recordar.

—Cierto —concedió el doctor Fell—. Sin embargo, mis preguntas, si no recuerda usted mal, sirvieron sólo para reconstruir los sucesos de la noche, antes de empezar el ensayo.

—¿Es algo muy importante?

—Creo que sí.

—Entonces, sabe usted más que yo —confesó el teniente—. Lo que trato de decirle es que la mayoría de personas que podrían resultar sospechosas están fuera del cuadro, por tener coartadas. Y yo me fío de las coartadas, a menos que estén preparadas por un profesional del crimen. Incluso su esposa, amigo Knox, parece estar libre de sospechas.

—«Incluso» mi esposa —recalcó Knox, conteniéndose—. Como consuelo, teniente, no está mal.

—Ya oyeron también lo que declararon los Lafarge. Poco antes de que lady Severn dirigiese su discursito y empezase el ensayo, la actriz sostuvo un violento altercado con la señora Knox. O, al menos, le gritó varias cosas a la señora Knox, y ésta no replicó. Ahora quisiera saber de qué se trataba, y voy a saberlo. No creo que su esposa disparase la ballesta; apuesto diez contra cinco a que no fue ninguna mujer la que lo hizo...

—De acuerdo, sin disputas —concedió el doctor Fell.

—Mas tengo que hallar una solución a este problema; éste es mi oficio. Y hallaré la solución, tanto si me he de portar caballerosamente como si no.

—Está bien —asintió Knox—. Lo cual me recuerda lo que deseaba preguntarle.

Si lo que busca es la solución del misterio, y afirma que Judy está fuera de toda sospecha, tanto como su esposa Flo, por ejemplo: ¿por qué machaca en lo mismo, si es ya más de la una de la madrugada?

—¿Quién machaca en lo mismo? Yo sólo dije...

—No tengo nada contra usted personalmente, teniente.

Cario Spinelli se guardó la libreta en el bolsillo.

—Miren, ustedes dos estaban aquí —agregó—. Y vieron lo que ocurrió. Yo tomé las declaraciones de los testigos. Hacia el final, el fiscal Gulick, que estaba diciéndome lo que tenía que hacer, se puso de pie y acabó por increparme por haber permitido que tuviese lugar el crimen. ¿Me descuidé? De acuerdo, sufrí un descuido... aunque me gustaría saber de qué modo habría podido impedirlo el señor fiscal. Además, dijo que deseaba interrogar a la señora Knox en persona. Y se la llevó a ese cubículo que aquí llaman oficina, donde suele trabajar el señor Lafarge. De esto hace menos de media hora; no veo que fuese una gran imposición. Los demás testigos andan por ahí, sin causar grandes molestias, la verdad sea dicha. Por tanto, opino que lo mejor será que subamos al despacho y veamos qué ha sucedido. El maestro será el doctor Johnson, y yo Boswell. Seré el magistrado de Bow Street, aceptando el consejo de ustedes dos. Pero sepan una cosa. En mi profesión hay que tener en cuenta la política. Herman Gulick es el fiscal, es una ruedecita del condado, no lo olviden. Y se mantiene siempre en su propio lado de la valla, de espaldas a mí. ¿Vamos, maestro?

No tocó la ballesta. Metiéndose el collar y el brazalete en el bolsillo, guardó el recorte de prensa cuidadosamente en el bolsillo superior de la chaqueta, mientras Knox y el doctor Fell le contemplaban atentamente. Luego, salieron del saloncillo.

Cruzaron el escenario bajo una luz fantasmal. Pasaron por un corredor, por delante de las puertas de los camerinos, desde los que se oían retazos de conversaciones susurradas, y salieron a la platea. Mientras atravesaban el salón de descanso y subían por la escalera de la derecha hasta el anfiteatro, el teniente continuó hablando:

—No sirve de nada, no sirve de nada preguntar quién pudo coger esa ballesta del salón. La respuesta es: ¡cualquiera!

—¿Cualquiera? —preguntó el doctor Fell, enarcando las cejas y apoyándose pesadamente en su bastón-muleta.

—Cualquiera de entre los espectadores, o del escenario. En el saloncito de fumar, que muchos llaman de descanso, hay otra puerta casi invisible, a menos que estén encendidas todas las lámparas. Conduce al callejón de la parte oeste del teatro, por el mismo lado que la puerta del escenario.

—¿Y bien?

—El portero del escenario, que ha estado de servicio toda la noche, asegura que alguien «disfrazado», según sus propias palabras, ha estado fuera del escenario un par de minutos, regresando luego. No sabe quién fue, y...

—Pudo tratarse de una salida inocente.

—O tal vez no, esto es lo que ignoramos. No es posible esconder esa ballesta en el bolsillo ni debajo del abrigo, pero si alguien la hubiese dejado bajo una butaca, ¿quién lo habría observado? De todos modos, hay una cosa de la que sí podemos estar seguros.

Se acercaban a una puerta oscura y pulimentada, al nivel del anfiteatro. A cada lado de la misma se hallaba un guardia de uniforme.

—De una cosa podemos estar seguros —repitió el teniente Spinelli—, tanto por la declaración del portero del escenario como de Nancy Trimble, la taquillera. Ningún extraño ha penetrado esta noche en el teatro, a ninguna hora. O sea que el que cometió el crimen... —se interrumpió para empujar la puerta—. Perdone, señor, ¿podemos entrar?

Era un despacho de regulares dimensiones, con dos ventanas, un escritorio, un archivador de acero y varias sillas incómodas. A la mesa, de espaldas a los recién llegados, se sentaba el corpulento Herman Gulick, con sus modales ostentosos y su cabello denso y negro. En una silla de recto respaldo, ante él, estaba Judy, con una expresión que indicaba la proximidad del colapso. Muy cerca estaba Bess Harkness, también asustada. En un rincón, con los brazos cruzados, se veía al juez Cunningham.

—Ya acabamos —declaró el fiscal, dejando entrever un rostro cetrino al volver la cabeza—. Bien, señora Knox...

—Ya le he dicho... —repuso la aludida.

—Sí, gracias, lo he oído. Gracias, señora Knox. Creo que eso es todo por esta noche; puede irse a casa si gusta. No salga de Nueva York, sin embargo, por si acaso necesito volver a interrogarla. Bien; tal como he dicho, no hace falta molestarla más por el momento.

—¿De veras?

—He dicho por el momento. A menos, claro...

—¿A menos...?

—A menos que usted decida cambiar de idea y contarnos qué tenía contra usted la difunta lady Severn.

—¿Cambiar de idea? —exclamó Judy—. ¡Cambiar de idea!

Se puso de pie, cogió su bolso con fuerza y pasó por entre los recién llegados. Knox fue tras ella, a pesar de llamarle el teniente.

Judy corrió escalera abajo hasta el salón de descanso, que todavía estaba en una grata penumbra, debido a la luz que brillaba encima del retrato de Margery Vane; luego, fue hacia el cuadro, mirándolo, hasta parecer recordar de quién era, y se alejó del mismo, con la desesperación pintada en su semblante, y llevándose una mano a los ojos, como para detener las lágrimas. Knox, con una explosión de simpatía que no sabía expresar, se acercó a su mujer sin hablarle.

Fue ella la que le habló.

—Phil, tú perteneces a ese círculo encantado, ¿verdad? Quiero decir que no te

echan de una habitación cuando interrogan a alguien, ¿eh?

—No, claro que no. Si puedo ayudarte en algo...

—Oh, sí, sí. Vuelve allí ahora mismo y escucha atentamente todo lo que digan, especialmente lo que diga el juez Cunningham.

—¿El juez? ¿Qué tiene que ver con esto?

—Creo... que está de mi parte. El fiscal no se ha portado mal conmigo, cierto. Es justo, o intenta serlo. Pero me ha dirigido un par de preguntas bastante impertinentes. Entonces, el juez se ha puesto de pie y ha exclamado, como un emperador romano: «Cuidado, señor. Si esta señora necesita ayuda, aquí estoy yo para prestársela».

—Si necesitas ayuda, Judy, ¿por qué no recurras a mí? O al doctor Fell... Cuando empiece a actuar...

—Pues que actúe pronto. ¡Esto es espantoso! ¿Volverás allí? ¡Por favor, querido!

—¿Qué me has llamado?

—Querido. Estoy tan deshecha que no se me ocurre otra cosa. Te esperaré en el saloncillo del escenario. Ahora sube y presta atención a todo.

—De acuerdo. Y prometo ayudarte en lo que sea.

Knox se dirigió hacia la escalera.

—Creo que está de mi parte —repitió Judy, refiriéndose al juez.

Knox, mientras subía al anfiteatro, iba meditando en esas palabras de su esposa. ¿Por qué necesitaba tener a alguien de su parte? Bien, no importaba. Lo importante era que ella juzgaba necesario conseguir ayuda de alguien, y esto sí tenía una importancia capital.

Por su parte, no utilizaba muy bien su ingenio. Aunque fuese algo de vanidad, Philip Knox se ufanaba de tener bastante inteligencia y un cerebro despejado. Y debía de emplear ambas cualidades. Debía repasar todos los sucesos de aquella noche, clasificándolos acertadamente y con toda claridad; y tenía que ayudar a la pobre Judy, en lo que parecía uno de los peores momentos de su existencia.

Tras cuadrar los hombros y respirar profundamente, inclinó casualmente la cabeza para saludar a un guardia uniformado de los dos que se hallaban junto a la puerta del despachito.

Knox abrió la puerta, dispuesto a enterarse de los últimos acontecimientos.

—Bien, señora... —decía el fiscal.

Herman Gulick, con su espalda poderosa y su aspecto de reciedumbre, se hallaba de pie detrás del escritorio. Detrás suyo, como deseando pasar inadvertido, el doctor Gideon Fell se balanceaba como un elefante. Al lado del doctor, el teniente Spinelli tenía la expresión del hombre que en cualquier momento puede empezar a blandir el puño y a chillar.

Frente al fiscal, en una de las incómodas sillas, se sentaba Elizabeth Harkness, con los ojos enrojecidos detrás de sus gafas, y las manos cruzadas.

—Bien, señora... o señorita, ¿puedo fiarme de lo que ha declarado la señora Knox? Entre las nueve y cuarto, cuando empezó el ensayo, y las once y cuarto, en que el teniente Spinelli lo hizo suspender... ¿estuvo la señora Knox constantemente con usted?

—¡Oh, sí, no abandonó su butaca ni un segundo! —afirmó Bess Harkness, con sinceridad—. Y cualquier noción de que ella, o yo para el caso, disparásemos esa ridícula ballesta... es, más que absurda, grotesca.

—Ya —asintió el fiscal—. ¿Bien, teniente?

—Señor...

—Tal vez desee usted interrogar a esa señorita... En tal caso, yo me retiraré.

—¿Por qué, señor?

—En primer lugar, porque deseo decirles a los testigos que esperan abajo que ya pueden marcharse. Es usted, además, quien está a cargo de este caso. Y yo no quiero interferirme. Como ya sabe, mis atribuciones tienen cierto límite. ¿Tiene algo que objetar, teniente, en que despida a los testigos?

—Pues...

—De acuerdo, ya veo que no objeta a ello. Entonces, los despediré. Y después, en previsión del día tan atareado que me aguarda mañana, me largaré a casa.

—Gulick, mi querido amigo —intervino el doctor Fell—, yo soy su invitado. E inspirado por la topografía, un periódico local, con más candor que amabilidad, me describió recientemente como un invitado de honor. Bien, ¿debo coger el sombrero y acompañarle?

—¡Ni por todo lo del mundo! —exclamó el fiscal—. Deseo, por el contrario, que el teniente llegue a poner en claro este asunto con su valiosa ayuda. No, por el momento, no quiero inmiscuirme. Cuando haya usted terminado aquí, él le acompañará a casa en un coche de la Policía. Buenas noches a todos. Buena suerte, teniente. Creo que la necesitará. ¡Buenas noches!

La puerta se cerró a sus espaldas. Y nadie pudo acusar al teniente de falta de tacto.

—Bien —murmuró el policía cuando se hubo marchado el fiscal, dirigiéndose a Bess Harkness—, me gustaría formularle un par de preguntas. Para empezar, creo

señorita que usted conoció a bordo del *Illyria* al doctor Fell. Y supongo que se sentiría usted más tranquila si fuese él quien llevase la voz cantante en este interrogatorio y no yo. ¿De acuerdo?

—Sí, me sentiría más tranquila, de acuerdo —asintió la interrogada.

—Maestro, siéntese al escritorio.

El doctor Fell se trasladó de asiento, en tanto su enorme corpachón retemblaba y crujía apoyado en el bastón.

—Creo que esta noche, señorita, la difunta lady Severn le aseguró al teniente que usted se hallaba al corriente de todos sus asuntos. ¿Es esto cierto?

—Sí, hasta cierto punto. Mas no en todos. Había algunas cosas que Margery no me contaba, porque tal era su carácter. Y había algunas cosas que yo no le contaba a ella porque no me atrevía.

—Por ejemplo: ¿sabe usted por qué discutió con la señora Knox poco antes de comenzar el ensayo general?

—No, oh, no... Bueno...

—¿Sí?

—Fue casi hace veinte años. Se conocieron ambas durante una terrible travesía del *Queen Elizabeth*, cuando todavía se hallaban vigentes las regulaciones de guerra. Creo que usted ya está enterado de dicha travesía.

—Temo que no muy bien.

—Por aquel entonces, la señora Knox no lucía ningún anillo. Y se hacía llamar Dorothy Knox. Ahora sé, porque ella me lo ha contado esta noche, que acababa de separarse de su esposo y fingía ser soltera. En el buque no había entonces lista de pasajeros, y no tenía que mostrarle el pasaporte a nadie, aparte de las autoridades de inmigración americanas. No era muy terrible, ¿verdad?

—No...

—Bien, ella y Margery sostuvieron un altercado. Fue muy violento, aunque ignoro por qué motivo, ya que Margery se negó a decírmelo, y esta noche Doro... Judy Knox tampoco ha querido aclararme el asunto. Aunque no creo que se trate de ningún secreto espantoso. Bueno, quiero decir, que yo conocía los arrebatos de Margery... Hace... hacía más de cuarenta años que nos conocíamos.

—¿También es usted oriunda de Montclair?

—Soy de Nueva York; nací en la calle Veintitrés Oeste, en el viejo distrito de Chelsea. Mis padres eran grandes amigos de los de Margery... Ya han muerto... igual que la pobre Margery. De niña, siempre iba a verles, y Margery y yo acabamos por convertirnos en amigas inseparables. Conociendo como conocía sus arrebatos y sus cambios de humor...

Philip Knox, sintiéndose inspirado, avanzó un paso.

—¿Podría formular una pregunta?

Vaciló, al observar la sardónica sonrisa del juez Cunningham, sentado en un rincón; no obstante, se acordó del apuro de Judy y continuó:

—Perdonen que me entrometa.

—No, en absoluto, adelante —le animó el teniente con gesto tolerante—. Sepamos qué hay en su mente.

—Señorita Harkness —anunció Knox—, tendré que hacer varias preguntas antes de llegar a la importante. ¿Recuerda cuándo llegó al teatro después de cenar? La señorita Vane entró precisamente en el momento en que Barry Plunkett y yo nos hallábamos enzarzados en un asalto de esgrima, y usted estaba detrás de la difunta. ¿Lo recuerda?

—Sí, claro, ¿por qué?

—Se produjo una discusión respecto a si Judy la reconocía o no. Y usted le dijo a Margery Vane que no tenía muy buena memoria para los rostros. Y añadió algo relativo a un recorte de periódico que alguien de Richbell le había enviado, mientras ella se hallaba en Florida. ¿Se acuerda?

—Sí.

—Usted dijo algo así como: «no reconociste en él al mismo tipo del *Illyria*. Y yo no te lo dije, no podía». Bien, señorita Harkness: ¿aquel recorte era el mismo que tiene ahora en su poder el teniente Spinelli? Y ¿podríamos verlo?

Ligeramente extrañado, el aludido sacó el pedazo de papel del bolsillo de su chaqueta y se lo entregó al historiador, quien lo desdobló. Lo leyó en voz baja, y luego lo miró atentamente.

Por lo visto, era un artículo referente a un asunto algo oscuro. A su través, con lápiz y en letras mayúsculas, alguien había escrito: «*World-Telegram*, 13 de abril». La fotografía mostraba el semblante de un hombre ya viejo, de mejillas hundidas, de aspecto enfermizo, casi calvo, y el pie de la foto lo presentaba como *Luther McIlvey*.

El artículo relataba que un hombre no bien identificado, que había sido hallado la noche anterior en estado inconsciente, debido a una sobredosis de barbitúricos, en su habitación del hotel «Elsinore», de la calle Cuarenta y Tres Oeste, y había fallecido al día siguiente en el hospital sin haber recuperado el conocimiento, acababa de ser identificado, gracias a un pasaporte hallado entre sus pertenencias, como Luther McIlvey, de sesenta y un años, periodista desempleado.

«La Policía afirma que es casi seguro que la sobredosis de barbitúricos fue ingerida voluntariamente. Durante varias semanas, McIlvey dio muestras de desánimo y falta de energías, afirmando que estaba acabado, ya que era incapaz de encontrar empleo. Los sellos del pasaporte demostraban que en enero regresó a América, después de haber permanecido largo tiempo en diversos países europeos. La Policía se negó a comentar el hecho de haber hallado entre sus objetos personales una máscara de goma o plástico, con el aspecto de un joven».

Knox volvió a leer el artículo. Luego, lo dejó sobre el escritorio, en dirección a

Bess Harkness. Ésta lo leyó a su vez, bajo el potente resplandor de la lámpara, en tanto se resguardaba la vista con una mano.

—¿Y bien? —inquirió el teniente—. Ya ha oído lo que ha dicho el señor Knox. ¿Se trata del mismo recorte?

—¿Cómo puedo estar segura? Sí, parece el mismo; recuerdo esas palabras «World-Telegram» y la fecha. Normalmente, siempre compro los periódicos de Nueva York, esté donde esté, pero no compré éste. En realidad, el titular del artículo era muy pequeño. Bien, no me fijé, en todo caso, hasta que este recorte llegó a poder de Margery, como surgido de la nada.

—¿Cuándo?

—La semana pasada, el miércoles o jueves.

—¿Quién lo envió?

—Lo ignoro. Vino en un sobre, con estampillado aéreo, echado al correo en Richbell y dirigido correctamente a Margery, en Miami.

—¿Dirigido a lady Severn o a Margery Vane?

—A Margery Vane.

—¿Quién de Richbell conocía su dirección de Florida?

—Si me permite, teniente, que conteste yo a su pregunta —intervino el juez Cunningham, poniéndose de pie y asiendo las solapas de su chaqueta con ambas manos—, creo que todo el mundo la conocía. Margery Vane llegó de Inglaterra en enero, y paró en el hotel «Berkshire» de Nueva York. Barry Plunkett, que a la sazón vivía en aquella ciudad (ahora vive en Nueva Rochela), fue a visitarla, naturalmente. Luego, ella recibió también la visita de Judson Lafarge. Como Margery había invertido una suma considerable en la compañía, Lafarge sugirió que todos nosotros le enviásemos una nota dándole las gracias por su generosidad. Lafarge dijo que...

—¡Eh! —intercaló el propio Lafarge, que abría la puerta en aquel momento—. ¿Quién me nombra y por qué? Teniente, ¿puedo entrar?

—Naturalmente, pase. Éste es su despacho.

Coléricamente, y claramente fatigado pero enérgico, Judson Lafarge mantuvo la puerta abierta.

—Sólo puedo quedarme un segundo —declaró—. Tengo que irme a casa. Mi mujer está cansada y murmura contra mí. Herman Gulick acaba de despedir a los actores... ¿y saben qué dicen esos locos? Que la comedia se estrenará mañana por la noche, tal como está anunciado. Afirman que esa maldi... que esa desdichada mujer lo habría querido así.

—Todos lamentamos lo ocurrido —aseguró el teniente—, mas si no le importa, Lafarge, ahora tenemos un asunto más delicado entre manos. Señorita Harkness, referente a ese recorte... la señorita Vane no guardó el sobre, ¿verdad?

—Creo que sí, lo guardaba todo o casi todo. Por lo menos, guardó el recorte... si es el mismo. ¿Dónde lo encontraron?

—Bueno...

—¡Por favor! —suplicó Bess Harkness—. ¿Dónde lo encontraron?

—Es una historia algo larga. Digamos que a primera hora de la tarde, cierto individuo fue sorprendido robando dos joyas valiosas en la habitación de lady Severn del hotel de White Plain. Más tarde, ambas joyas fueron halladas en el pasillo que hay delante del palco C, una unida a la otra, con el recorte del periódico en medio. No sé cómo llegaron allí, y ahora las tengo en mi bolsillo —el teniente se palpó el costado de la americana como para asegurarse de sus palabras—. Por ahora, no obstante, preferiría no hablar de este asunto. Y en cuanto a no haber mencionado antes ese recorte, se debe a que no entiendo su relación con este caso.

—Entonces, no espere que yo lo entienda —replicó prestamente Bess Harkness—. El recorte llegó de manera anónima por correo aéreo el miércoles o jueves pasado. Pertenecía a un diario del martes. Margery no tenía la menor idea de cuál era su significado; y si pensó algo, se lo calló. Yo pude aclararle algo... pero no lo hice. No... no me atreví.

—Sí —asintió Philip Knox—. Bien, ¿puedo continuar con mi interrogatorio?

—¿Todavía no ha terminado, señor Knox?

—Todavía no he formulado mi verdadera pregunta. Las demás conducían a ésta. Por favor, ¿quiere dar a leer el recorte a las demás personas presentes?

Bess Harkness obedeció, con los ojos más enrojecidos que nunca.

—Perfecto —prosiguió Knox—. Observarán que el artículo describe a Luther McIlvey como de sesenta y un años, periodista desempleado. Sin embargo, «periodista» es una palabra que casi nunca emplean los norteamericanos, y probablemente fue tomada de su pasaporte —Knox dirigió su mirada a la testigo—. Luther McIlvey era un actor sin empleo, ¿verdad? ¿No se llamaba John Fosdick, en las tablas?

—Sí —asintió Bess Harkness.

Se produjo un silencio mortal en el despacho.

—¡Por mil bombardas! —gritó el doctor Fell, aporreando la mesa con el puño—. ¡Una buena deducción, mi querido amigo!

—Perdón —intervino el teniente Spinelli—, ¿pero de qué se trata, si puedo saberlo?

—Teniente, en mil novecientos veintiocho —explicó el doctor Fell—, John Fosdick era un prometedor galán de la primitiva compañía de los Comediantes de Westchester. Margery Vane concibió hacia él una violenta repugnancia, aunque desconozcamos los motivos. Después de la muerte de su marido, Adam Cayley, lo despidió de la compañía y desapareció. Nadie sabe qué fue de él a partir de aquel momento. Mas yo opino que ahora ya lo sabemos aproximadamente. El pobre diablo ya ha muerto, lo mismo que Margery. Sí, él la precedió en el último viaje, en cinco días; por lo cual es imposible considerarle como sospechoso. Margery no le reconoció cuando él viajaba en la clase de turismo del *Illyria*. Y cuando alguien de Richbell le envió a la actriz ese recorte de prensa con la foto, presumiblemente como

un recordatorio, en ese rostro avejentado y desfigurado, Margery tampoco supo reconocer al joven y guapo actor de antaño. En cuanto al disparo en el buque...

El doctor Fell recapituló brevemente lo ocurrido aquella noche a bordo.

—Esto es lo que sucedió, damas y caballeros. Y ahora, creo que ya sabemos claramente cómo se produjeron los hechos y quién fue el culpable del disparo.

—Francamente —replicó Knox—, todavía no lo veo tan claro. Usted quiere decir que Luther McIlvey, antes John Fosdick, disparó contra Margery, ¿verdad?

—No disparó contra nadie.

—¡Maldición, doctor Fell, una bala se incrustó en el mamparo!

—Cierto, ¿y qué significa esto? ¡Por los arcontes de Atenas! Medite un poco, hombre de Dios. Por ahora, con su permiso, amigos míos, dejemos de considerar este aspecto de la cuestión, para atender a otro. Dudo que John Fosdick llevara su rencor hasta tal punto. Sin embargo, Margery Vane sí alimentó su odio durante todos esos años. Se hallaba todavía encolerizada contra el hombre que una vez la ofendió. Dicho de otro modo... estaba emperrada en su odio. Ah, señor Lafarge...

Él aludido se hallaba junto a la puerta.

—Oiga, tengo que irme a casa —exclamó—. Estoy ya retrasado, y Connie...

—Señor Lafarge —intervino el teniente—, necesitamos un poco de colaboración, por favor. Si usted tiene conflictos matrimoniales, yo también podría contarle los míos.

—Oh, por Dios... Mi esposa afirma que yo animo a la gente a pelearse con palabras auténticas; que probablemente yo soy el culpable de este crimen, aunque ignore hasta el más mínimo detalle. Y desearía —añadió Lafarge—, sí, desearía saber qué les ocurre a ese maldito enjambre de actores, o al menos a Barry Plunkett y a Anne Winfield. Sí, él está loco por ella, aunque nadie lo sospecharía por la forma cómo la trata. Además, hay algo más. Si están lo bastante locos como para debutar mañana, no vendrá nadie al teatro y nos arruinaremos en menos que canta un gallo.

—O bien —replicó el doctor Fell—, habrá mucha más gente de lo previsto. Esta noche, discutiendo los sucesos ocurridos antes de la tragedia (yo no estaba aquí, pero me han informado debidamente), usted expresó la gratitud que sentía por el comportamiento de los Comediantes hacia la mujer cuyo nombre ostentaban, y dijo, poco más o menos: «Si ella quiere que hagamos algo, lo hacemos. Si no quiere que contratemos a un individuo, no lo contratamos». ¿Se expresó usted así?

—Claro, diantre... Margery nos había entregado un cheque de cincuenta mil pavos, y teníamos que ceder ante sus caprichos...

—Y creo estar acertado al suponer una cosa: que Margery Vane dejó bien sentado que, bajo ninguna circunstancia, contratarían ustedes a un actor llamado John Fosdick.

—¿Ese tipo de la foto? Sí... Pregúnteselo a Barry.

—¿Solicitó un puesto John Fosdick, o Luther McIlvey?

—Claro que lo solicitó. De todos modos, apenas podía sostenerse en pie ni hablar,

por lo que tampoco hubiésemos podido contratarle, aunque Barry, que tiene un corazón muy sensible, se sentía inclinado a darle un papel de bulto. Comparsa, creo que dijo. Entonces, hubiésemos perdido los cincuenta mil pavos. Y ahora, me largo, o Connie me cerrará la puerta de casa esta noche. Si los polizontes me necesitan, ya saben dónde encontrarme. Hasta la vista.

La puerta se cerró tras él. El doctor Fell volvió a retrepase en su silla, gruñendo como de costumbre.

—Hum... Me imagino, señorita Harkness, que la difunta no le contó que uno de sus objetivos al volver a este país era impedir que John Fosdick ingresara de nuevo en la compañía, si lo intentaba, ¿verdad?

—Ésta era una de esas cosas que Margery no le contaba jamás a nadie. No la defiendo, ni la acuso. En realidad, las simpatías o antipatías personales no pueden discutirse.

—Oh, yo sería el último en negar este aserto. Y ahora, dígame: ¿pudo Margery enterarse de algún modo que John Fosdick pensaba solicitar un puesto en la compañía?

—En Cannes vive un amigo nuestro, un tal Sandy Mactavish; creo que alguien lo mencionó a bordo. Sandy conocía a Fosdick, y en alguna ocasión se refirió a él. Se trata de una cuestión de nombres, ¿verdad?

—¿Nombres? —inquirió el teniente, sorprendido.

—Para un joven que aspiraba a convertirse en primera figura teatral —explicó Bess Harkness—, «Luther McIlvey» no resultaba muy eufónico ni cartelero. Un actor, o una actriz, necesitan nombres fáciles de pronunciar, que destaquen a la vista: Margery Vane, Barry Plunkett, Gregory Peck... Sí, ya sé que Plunkett no es muy eufónico, pero es el nombre de un santo irlandés, y es fácil de recordar —su tono cambió—. ¿Qué hubiese podido hacer yo con mi nombre? Y, por favor, ¿tardará aún mucho tiempo este interrogatorio?

—No mucho más. ¿Conoció usted bien a John Fosdick durante las representaciones de la otra compañía?

—Apenas me fijé en él. No era probable que tuviese muchas ocasiones, con el odio que por él albergaba Margery. Bueno, en realidad, mi amiga creía que John Fosdick era su verdadero nombre, como el de ella era Margery Vane; sin embargo, yo sabía la verdad porque Kate Hamilton me lo dijo.

Su tono cambió una vez más.

—Doctor Fell, usted ha dicho que no era necesario ya explicar qué ocurrió aquella noche a bordo del *Illyria*. Pues bien, antes de concluirse la travesía, yo supe que John Fosdick se hallaba a bordo, porque le vi en el comedor de la clase de turismo. Y comprendí que él debió ser el autor del disparo; el único que pudo efectuarlo. Sin embargo, no se lo dije a Margery, ni entonces ni más adelante, porque supuse que no había intentado matar a mi amiga, ni a nadie. El cristal de aquel mamparo estaba demasiado alto para que nadie, excepto un gigante, pudiera mirar a

su través. No, el tiro estaba destinado a asustar a un grupo de personas. Ignoro por qué disparó el pobre diablo, mas sí sé que no deseaba matar a nadie. Por tanto, y con el fin de no provocar más alborotos, me callé. Oh, no fue ésta mi verdadera equivocación. Mi gran error, el único grave, ocurrió esta noche. Al cabo de cuarenta años, le fallé a Margery, cuando más me necesitaba, y perdí mi única oportunidad de protegerla.

El doctor Fell, que acababa de coger un cigarro de su cigarrera, la dejó sobre la mesa, y el teniente se sobresaltó como conmocionado por una explosión.

—Bien, señorita Harkness —dijo Spinelli—, no tiene usted que acusarse de nada. Usted pensó que obraba bien y...

—¿Lo cree usted así? ¿Qué diría a esto un psiquiatra?

—Señorita Harkness —observó el doctor Fell—, lo que diría un psiquiatra me deja completamente indiferente. De todos modos, yo soy un gato viejo y no entiendo una cosa. ¿A qué última oportunidad para proteger a la difunta se refiere?

—¡Pregúnteselo al teniente! ¡O al señor Knox...! ¡O a mí!

—Eso estoy haciendo.

—Yo estaba sentada en el anfiteatro con la señora Knox, tratando de calmarla. Bien, se apagaron las luces para empezar el ensayo. El teniente Spinelli, que había ido al palco C para hablar con Margery, sin lograrlo, volvió y se sentó al lado de la señora Knox. Entonces, me contó todo lo referente a la ballesta extraviada y me preguntó si yo estaba enterada de algún peligro que amenazase a Margery.

—¿Y bien?

—¿No es verdad, teniente?

—Sí...

—Yo me eché a reír —continuó Bess Harkness—. Por grotesco e increíble que parezca, me eché a reír. Y le aseguré con toda solemnidad, sin especificar mis razones, que Margery no corría el menor peligro. Otras personas tal vez, pero no Margery. Y lo creía; lo creía en absoluto. John Fosdick había muerto. Estaba segura de que él no había tratado de matarla a bordo del *Illyria*; un hombre de un metro setenta no puede disparar a través de una ventana situada a un metro ochenta del suelo, si quiere acertar a una víctima. Bueno, aun en el caso de haber querido matar a Margery, él ya había fallecido.

—¿Lo entiende? —inquirió el teniente, dirigiéndose a Knox—. Ya le dije esta noche que había otra razón, aparte de que la ballesta no pudiese funcionar, por la que no debía sentirme excesivamente preocupado. Bess Harkness creía en sus palabras; lo vi claramente en su expresión, y ella era la amiga íntima de lady Severn. Pues bien, tal como diría el fiscal, fallé.

—¿Usted falló? —exclamó Bess Harkness—. ¿Y yo, qué? ¿Yo no fallé también, la amiga íntima de la pobre Margery? ¿Dónde estuvo el instinto de que tanto me ufano? Alguien quería quitar de en medio a Margery. Alguien de esta población le envió un recorte de prensa; y esto fue un aviso que ni ella ni yo comprendimos.

Alguien la siguió hasta aquí y la asesinó. Y mientras tanto ¡yo estaba sentada en el anfiteatro, gozando del espectáculo!

—Oh, por favor...

—Si me permiten —intervino el juez Cunningham, poniéndose de pie y cogiendo el sombrero, que estaba encima del archivador—, ya es tarde; no soy joven y necesito descansar. Doctor Fell, espero volver a verle antes de que se marche. Señorita Harkness, le aseguro mi más profunda simpatía. Phil, os deseo mucha felicidad a ti y a tu mujercita. Teniente Spinelli, suerte. Y ahora... buenas noches.

La puerta volvió a abrirse y cerrarse una vez más.

Bess Harkness estaba sentada, inmóvil, con las manos enlazadas. Las lágrimas, tanto tiempo retenidas, se deslizaban a raudales por sus mejillas.

—¿Por qué nadie quiere entenderme? —gritó—. Oh, nadie, ya lo veo... Nadie comprende que yo sentía una profunda amistad hacia Margery, sin desear nunca nada de ella. Sí, ya sé que no soy nadie, que nada valgo... En fin, a decir verdad, quizá tampoco Margery fuese una gran lumbrera... ¡pero era todo lo que yo tenía! ¡Y ahora... ha desaparecido! ¿Qué voy a hacer?

Durante unos instantes, nadie habló.

El doctor Fell estaba realmente conmovido. Con el rostro congestionado, y unos ruidos asmáticos en su garganta, se puso de pie con incertidumbre. Miró en torno suyo, contemplando sin ver las fotos de cine que llenaban las paredes, recordando los días del teatro «Máscara» como cine. Luego, se pasó una mano por su mata de pelo y se atusó su bigote de bandolero. Finalmente miró al teniente y exclamó:

—Paciencia, señorita Harkness. ¡Le aseguro que Margery Vane será vengada! ¿Verdad, teniente?

—Sígueme, por aquí —indicó el teniente Spinelli.

—Claro que no importa mucho —susurró el doctor Fell—, pero, ¿adónde vamos? Ya lo hemos hecho todo, menos andar de puntillas. ¿Dónde vamos?

—Sígueme y lo verá. Que el último en salir del despacho apague la luz.

Los tres investigadores volvían a estar solos. Escoltada por el chófer de un «Rolls Royce» de alquiler, que toda la noche se había estado refrescando con sendos tragos de cerveza en la «Taberna del Árbol Solitario», si bien continuaba sereno y competente, la señorita Harkness se dirigió hacia su habitación del hotel de White Plains. También habían sido despedidos los dos guardias de uniforme.

En fila india, como conspiradores de cine —primero el teniente, después el doctor Fell, y por último Philip Knox—, dejaron el despacho en el momento en que el reloj de la iglesia señalaba las dos de la madrugada. Exhibiendo un encendedor, el teniente lo accionó, iluminando de este modo la escalera que conducía al salón de descanso. Se detuvo luego, ya abajo, y alargó el encendedor hacia Knox.

—Un momento, por favor. Deseo repasar algo de mi libreta de notas. Sostenga esto, ¿quiere?

—¿Cómo no? —accedió Knox—. Pero, ¿no sería más sencillo encender las luces?

—No, no, tendríamos que volver a apagarlas en seguida. Le prometí al señor Lafarge no malgastar electricidad. Claro que de esto hace ya muchas horas y no estoy seguro de lo que prometí. ¡Eh, sostenga más alto el encendedor!

Knox obedeció.

—Respecto a la gente que esta noche se hallaba en el escenario —el teniente iba hojeando la libreta—, quiero leerles una lista de los que poseen una coartada perfecta, por lo que no pueden ser culpables de nada. Este reparto...

—Hablando de repartos —exclamó el doctor Fell—, ¿podría referirme a un punto que...?

—Diga, maestro.

—Hay una persona que debería mostrarse muy destacadamente en nuestro horizonte. En espíritu, se halla en todo este local. Y, sin embargo, jamás la más humilde violeta ha pasado más inadvertida. Naturalmente, me refiero a Larry Porter, el autor del robo de las joyas de la difunta, que usted lleva ahora en su bolsillo. Que yo sepa, ese joven todavía no ha sido interrogado. ¿Está detenido, acaso?

—¿Detenido? —repitió el teniente.

—¿O se ha marchado con los demás?

—No, doctor Fell. Se encerró... en un cuarto del sótano, y yo tengo la llave. Ya me las entenderé con ese *gigoló* después. Mas ahora quiero advertirles una cosa.

—¿Sí?

—No será posible acusarle de este asesinato. Tiene una coartada tan grande como

un palacio. Y mientras no la destruyamos, lo cual es imposible, jamás podremos siquiera acusarle del robo de las joyas. Además, el único testigo del robo ya ha muerto.

—¿No puede decirnos qué hizo ese joven esta noche? ¿O dónde estuvo?

—Está bien. Al comenzar el ensayo, le seguí, y vi que se colaba en el escenario. Durante todo el ensayo estuvo hablando con uno u otro de los actores, molestándoles, y siempre a la vista de todo el mundo. Al comenzar el tercer acto, se llevó a dos mujeres al saloncito...

—¿A qué mujeres? —preguntó Knox.

—No, no, no es lo que usted piensa, si es eso lo que piensa. Las dos mujeres eran la dama de carácter, Kate Hamilton, la que interpretaba la Nodriza, y la otra la que hacía de Madre Capuleto. No recuerdo ahora su nombre. Porter y ellas comenzaron a jugar a los dados. Según creo, las dos mujeres ya habían estado jugando antes. La Nodriza no vuelve a escena hasta la segunda escena del tercer acto... el mismo cuya primera escena es muy larga, con los duelos y la muerte de Mercucio, y la Madre Capuleto no aparece hasta el final de dicha escena. Los dados los tiraba la Capuleto, y todos se hallaban muy interesados en el juego. Esa dama les ganó a los otros más de veinte pavos. Antes del final de la escena tuvo que ceder los dados a los demás y corrió al escenario. Por entonces, Margery ya había muerto. Los dados pasaron a manos de la Nodriza, la cual acertó un siete en la primera tirada, y comenzó a ganarle más pasta a Porter. Todavía jugaban cuando fue interrumpida la representación al final de la primera escena del acto tercero. ¿Resultado para Porter? Una coartada que en los viejos tiempos habría librado de la cárcel al mismo Capone. Por tanto...

—Todo esto —exclamó el doctor Fell—, resulta muy grotesco. ¿Qué dice Porter? ¿Qué dijo respecto a las joyas?

—Que fue la propia lady Severn quien las cogió. Afirma que la sorprendió en el acto.

—¿Que lady Severn se robó sus propias joyas? Supongo que no...

—¿Cree, acaso, que podía tratarse de un tinglado para conseguir una propaganda gratuita o cobrar del seguro? No —denegó el teniente—, lo encuentro muy improbable. Oh, sí, maestro, este caso es muy difícil, muy oscuro, y a cada instante se vuelve más. Por ejemplo: ¿qué hacían el collar, el brazalete y el recorte de prensa en el pasillo, debajo mismo del palco C?

—Por el momento, carezco de una respuesta definitiva.

—No afirmo que Porter no sea culpable; al contrario, opino que lo es como el mismísimo diablo. Y, sin embargo, si él robó las joyas, ¿por qué las devolvió? O supongamos —continuó el teniente—, supongamos que lady Severn cogió las joyas. No podemos asegurar que las mismas estén completamente desconectadas del crimen. Sé que antes de recogerlas yo, alguien las había limpiado, para hacer desaparecer las posibles huellas digitales. Lady Severn tenía el recorte. ¿Y si hubiese tenido también las joyas encima, tratando de realizar un truco para llamar la

atención? ¿No cree, maestro, que era una mujer dispuesta a ejecutar tales cositas?

—Sí, le gustaba que todo el mundo se fijara en ella —asintió el aludido.

—¡Si al menos supiésemos cómo se cometió el crimen...! Bien, ahora veremos a Larry Porter; ahí es dónde vamos. Le daremos un vapuleo que no olvidará en su vida. Mientras tanto... ¿Ocurre algo, señor Knox?

—¿Aún debo continuar aquí, como la estatua de la Libertad?^[15]

—Sí, sostenga el encendedor un poco más, por favor. Aquí está la lista de actores, actrices... y demás elementos de la compañía... la lista de los que poseen una coartada irrefutable. Quedan eliminados, como sospechosos, todos los maquinistas, tramoyistas y músicos. Benny Meyer, el director de orquesta, se hallaba prácticamente muerto de hastío a las once y cuarto. Anthony Ferrara, Romeo. En escena en todos los momentos críticos. Coartada. Lee Huxley, Teobaldo. Igual que Romeo: coartada. A propósito, la fingida muerte de Teobaldo tuvo lugar en escena casi en el mismo instante en que Margery moría asesinada en el palco. Sigamos. Ben Radford, Benvolio. Sólo dejó el escenario un segundo para ayudar al herido Mercucio, y a los veinte segundos volvió a escena, después de estar siempre entre bastidores, según afirman todos los testigos. Resultado: coartada.

El teniente se aclaró la garganta.

—Anne Winfield, Julieta, y Harry Delevan, Paris. Julieta, igual que la Nodriza, no está en el escenario hasta la segunda escena del acto tercero, y Paris hasta mucho después. Veamos qué nos dice esto. Anne Winfield, Julieta, y Harry Delevan, Paris. Estaban juntos en el camerino de este último; camerino compartido por Teobaldo y Benvolio. Resultado: coartada. Lo ven claro, ¿verdad? Como ya hemos eliminado a la Nodriza, Kate Hamilton, y a lady Capuleto, que estaban jugando a los dados con Larry Porter, hemos exonerado ya a siete personas.

—Hay otro personaje que no abandona el escenario hasta que muere —observó Knox—. Mercucio, interpretado por Barry Plunkett. Supongo que también puede eliminarse.

—Bueno, amigo Knox... —replicó el teniente. Luego, se interrumpió—. Ah, señora Knox... creí que ya se habría marchado. ¿Espera a su marido?

Judy, muy pálida, acababa de salir de la platea. La vacilante llama del encendedor ponía unas sombras danzantes en la vastedad del salón.

—Sí, le esperaba, en realidad; le he esperado durante mucho tiempo... A mí me ha parecido un año. ¿No han terminado aún?

—No, señora Knox.

—Este sitio tiene una atmósfera horrible. ¿No podría quedarme con ustedes hasta que acaben?

—Temo, señora Knox, que no debe acompañarnos a donde vamos —contestó el teniente Spinelli—. Vamos a interrogar a un bribón que robó unas joyas, y estoy seguro de que a usted no le gustará ese espectáculo. Claro que antes me habría gustado hablar con algunos actores, especialmente con Barry Plunkett. Sin embargo,

puesto que todos se han ido...

—¡Oh, no! ¡No se han ido! Barry Plunkett todavía está ahí abajo, lo mismo que Anne Winfield, y algunos más. Yo estaba en el saloncillo, y cuando he salido para venir hacia aquí...

—¿Estaba usted en el saloncillo?

—Sí.

—¿Apagó las luces al salir?

—Oh, no... La atmósfera de este lugar es tan... Parece como si la estuviese persiguiendo a una...

—Bueno, teniente, tanta pasión por la economía... —objetó el doctor Fell—. ¡Olvídese de las luces!

—¿Qué hay de malo con la economía? —preguntó una voz desde el otro lado del salón de descanso.

Era la segunda interrupción. La llama del encendedor apenas dejó entrever la calvicie de Judson Lafarge. Acababa de aparecer por una puertecilla lateral, aunque más bien parecía haberse materializado del muro.

—¡Ya estoy aquí otra vez! —anunció sin necesidad.

—Ya lo vemos —repuso el teniente.

—He llevado a Connie a Farleigh —explicó el administrador del teatro—. Le he dado un par de pastillas somníferas, y me he escurrido fuera de casa. Me olvidé de contarles una cosa. No es que la tenga exactamente sobre mi conciencia; no es tan importante. Pero prefiero contarla ahora. Se trata de la general.

—¿La general? —repitió extrañado el doctor Fell.

—Sí, la general del teatro. Toda la noche he estado esperando la visita de Weary Willie, el vagabundo que duerme aquí cuando consigue entrar. El lugar favorito de Willie es la general. Dice que allí hay menos chinches, aunque no sé por qué tiene que haber ninguna con lo que pagué para que fumigaran todo el local. El vigilante nocturno, Hans Wagner... Sí, sin bromas, se llama Hans Wagner, aunque no es pariente del antiguo jugador de béisbol, que se llamaba igual, me prometió abrir bien los ojos. Y aparentemente, Willie no se ha presentado. Lo cual me recuerda —prosiguió Lafarge—, que a primera hora de esta noche, Barry Plunkett le dijo a lady Severn que la única forma de entrar en los palcos de arriba, los palcos B y D, era por la entrada exterior de la general.

—Sí —asintió Judy—, yo lo oí también.

—En tal caso, Barry tiene que aprender algo más respecto al teatro del que es director. Sí, seguro, es posible entrar en los palcos superiores por medio de la escalera de la general. Pero Adam Cayley, el viejo Adam, tal como se me ha dicho a menudo, pensó que la gente con dinero suficiente para comprar un palco no debía mezclarse con la muchedumbre de la general. Por tanto, los que adquieren un palco en taquilla, pueden pasar directamente por el anfiteatro.

—Señor Lafarge —le interrumpió Judy—, no me mire así, que yo no se lo niego.

—Lo siento, Judy; no la miraba con ninguna intención. Bien, en el pequeño corredor que hay fuera de cada palco inferior existe una pequeña escalerilla de hierro que conduce al pasillo correspondiente del piso superior. ¿Lo oyen? Y esto es lo que he venido a comunicarles. Aunque no es eso todo. ¿Qué clase de individuos son ustedes, que están aún danzando por aquí a las dos de la madrugada?

—Hombre... —rezongó el teniente Spinelli.

—Sí, señor. Esta vez he dejado mi coche en el callejón. No quiero que me impongan más multas, ni pagar más aparcamientos. Bueno —añadió Lafarge—, he visto también luces en algunos camerinos, o al menos en uno de arriba —su voz sonaba fatigada—. Se trata de esos condenados actores, ¿verdad? Lo que puede estar sucediendo en ese camerino es algo que estoy seguro no le gustaría a Connie saberlo... ni a mí tampoco.

—Tengo entendido, caballero —observó el doctor Fell—, que el teniente Spinelli desea sostener una ligera charla con esos actores. ¿Desea usted acompañarnos?

—No, gracias, regresaré a casa. Connie me arrancará la cabellera si los somníferos no le han hecho efecto. Si logran atrapar a Weary Willie, y tengo el presentimiento de que no anda lejos, comuníquenle que no tendré compasión y haré que lo encarcelen sin más contemplaciones. Bueno... hasta mañana.

Una vez más, salió del teatro.

—Vamos —rogó el teniente—. Ya puede apagar el mechero, Knox. Maestro, venga conmigo. Y usted, señora Knox, acompáñenos, si realmente se siente nerviosa. El interrogatorio de los actores será un mero formulismo.

El teniente Spinelli estaba equivocado.

De nuevo en fila india, aunque esta vez con el doctor Fell en vanguardia, con el policía detrás y Judy del brazo de su marido, bajaron por la platea, cuyas luces estaban casi todas apagadas. Antes de llegar a la puerta del escenario, el doctor Fell se detuvo unos instantes. Con una serie de gruñidos, musitó varias veces:

—¡Hans Wagner! ¡Hans Wagner! ¡Hans Wagner!

El teniente Spinelli mantuvo abierta la puerta. Siempre uno detrás de otro, primero Judy y después Knox, con el doctor Fell detrás, ascendieron todos los dos peldaños en dirección al pasillo donde se abrían las puertas de los camerinos a la izquierda. Había algunas luces encendidas. Al fondo del pasillo, una escalera de cemento con barandilla de hierro conducía a los restantes camerinos de arriba. Los recién llegados se hallaban bastante cerca de dicha escalera cuando todo el pasillo pareció sufrir un terremoto.

En realidad, se trataba sólo de la irrupción aparatosa de un individuo joven que llevaba un traje color carbón. Anteriormente, Knox lo había visto ataviado como conde Paris. Y el actor se tambaleó por el pasillo porque, asido por el cuello de la chaqueta y los fondillos del pantalón, fue arrojado por la escalerilla.

Aterrizó de pie, aunque trastabillando. Luego, cayó al suelo, desgarrándose la pernera izquierda de los pantalones, y arañándose las palmas de las manos. Volvió a

levantarse. Mas antes de que se volviese hacia la escalera, todos pudieron vislumbrar unas lágrimas de rabia en las mejillas de Harry Delevan.

Barry Plunkett bajó a toda prisa la escalera, todavía vestido como Mercucio, aunque sin el cinto ni el maquillaje. Se detuvo antes de llegar abajo, limpiándose el polvo de las manos.

—¿Me has oído? —gritó el director de la compañía—. ¡Fuera de aquí y no vuelvas! Si para mañana por la noche no encuentro otro Paris, lo interpretará el portero, o el segundo apunte... ¡y todos nos sentiremos muy orgullosos!

—¡Me las pagarás, Barry!

—Aquí me tienes. ¿Quieres algo?

—No soy tan tonto. El sindicato...

—Trata de perjudicarme, rata venenosa, y no vivirás para contarlo. Te juro que te atravesaré el corazón con mi espada, sin el menor remordimiento.

—Igual que hiciste con Margery Vane, ¿eh?

Barry Plunkett asumió una postura de orador.

—Oye, ignorante asno. Me encantaría en grado sumo que algunas personas de este maldito país, incluyendo a muchos oradores públicos y a todos los anuncios de la televisión, que dejasen de emplear el «igual» en calidad de conjunción^[16]. Esta práctica me revuelve tanto el estómago que vomitaría. «Tal como» yo hice con Margery Vane, condenado bastardo. ¡«Tal como» hice con Margery Vane, ignorante analfabeto!

El teniente Spinelli avanzó hacia el director.

—Bien, amigo Plunkett, no bromeemos. Y entre nosotros, ¿de qué modo asesinó a Margery Vane?

—¡Yo no la maté...! ¡Largo! —le gritó a Harry Delevan.

—Yo creo que...

—¡Fuera! —chilló Barry Plunkett.

El joven actor huyó discretamente.

El teniente Spinelli no prestó atención a aquella huida.

—Usted afirma que no mató a Margery Vane, Barry. Yo digo que pudo hacerlo. Veamos cómo.

—Veámoslo.

—Usted salió de escena sostenido por Benvolio, el cual le dejó entre bastidores, volviendo a salir ante candilejas. Durante los dos minutos siguientes, incluyendo el momento crítico en que fue disparada la ballesta, nadie podía hablar con usted. La pareja de los viejos Capuleto se hallaban en el otro lado del escenario para sus salidas, y lo mismo hay que decir del Príncipe Escalo y su acompañamiento. ¿Sabe qué opinaría un jurado? Que usted pudo disparar la ballesta desde bastidores, lo cual le daría el ángulo adecuado. Y, según tengo entendido, usted es un buen tirador. Pudo luego deslizarse por la puerta del escenario hacia la platea, y dejar caer la ballesta al suelo a fin de equivocarnos, regresando al escenario al amparo de la oscuridad. ¿Qué

hizo, pues?

—¡Ya se lo he dicho!

—¿Le importa repetirlo de nuevo?

—Fui a mi camerino —descendió hasta el escenario y lo señaló Luego, pasé al camerino contiguo para hablar dos palabritas con Annie Winfield. No estaba allí y yo... Vaya, ya se lo conté todo. ¡Y al diablo con todos ustedes!

El teniente Spinelli se mostró muy persuasivo.

—Cuando lo medite, amiguito, estoy seguro de que comprenderá la necesidad de colaborar en la investigación. Usted no querrá verse complicado en un conflicto, ¿verdad?, y menos aún, en su calidad de extranjero. Ya sabemos que no quiere ser un obstáculo. Sabemos también que es usted buen católico...

—¿Quién dijo que yo sea católico? —objetó Barry Plunkett—. Nací en Dublin, sí, y también Bernard Shaw. Pero mi padre todavía es el pastor de la iglesia presbiteriana de Merrion Square, y yo soy presbiteriano a mucha honra.

—¡Oiga, maldito cómico de la legua! —se enfadó el teniente—. ¡A mí no me chille o le hago detener!

—Entonces, ¿a qué espera?

El teniente agachó la cabeza.

—No lo hago porque trato de conducir esta investigación de acuerdo con las ordenanzas —replicó—, y descubrir la verdad sin intimidar a los testigos ni plantarles una patada en el trasero. El fiscal me acusa; Flo me acusa, y ahora usted me chilla... Por favor, un poco de caridad...

—Vaya, hombre —condescendió Barry Plunkett, reflexionando—. Es posible que haya perdido un poco los estribos. Sí, me eduqué entre católicos, y los conozco bien. Van a misa y todo eso, pero la mayoría no lo hace de corazón. En cambio, los presbiterianos... Oh, bien, dejemos esto.

—Sí, porque es un asunto que depende del punto de vista personal —opinó el teniente, que era católico—. Por mi parte, estoy seguro de que, como en todo, hay buenos y malos católicos y buenos y malos protestantes.

—Entonces, ¿chocamos la mano? —preguntó Barry Plunkett.

—¡Chocamos la mano! —repuso Cario Spinelli.

—*Pax vobiscum!* —canturreó el doctor Fell, levantando un brazo como dando la bendición—. Señora Knox, qué espectáculo tan bello, ¿eh? Bien, ahora que la amistad ha sido restaurada entre católicos y protestantes, creo mejor que volvamos a nuestra investigación.

—Es lo que trataba de hacer, maestro, si ese testarudo irlandés no se hubiera entrometido.

—¿Quién se ha entrometido, Benvenuto Cellini? ¿Insinúa todavía que apiolé a Margery Vane? Caramba, esto es... es ridículo. Hasta el pasado enero no había visto jamás a esa dama. Y ella me daba todo lo que necesitaba. ¿Por qué tenía que eliminarla? Sí, soy buen tirador con una ballesta, y podría acertar a una cucaracha en

la pared. Pero, aunque fuese lo bastante idiota para emplear una ballesta antigua y, perdóneseme la redundancia, desballestada, cosa que no soy, me refiero a ser idiota, ¿cómo habría conseguido que ella se volviese de espaldas a mí, antes de disparar?

—Concedo que éste es un tanto a su favor. De todas formas, ¿le molestaría contar ahora lo que antes se negó a repetir referente a sus movimientos?

—¡Oh, mis movimientos! Bueno, fui a ver a Anne, y no la encontré. ¿Cómo podía imaginarme que en medio de un ensayo general estaría encerrada en un camerino de arriba, asumiendo la acostumbrada postura horizontal con ese piojoso de Delevan?

—¡Esto es mentira! —chilló una voz que Knox recordaba muy bien—. ¡Esto es una vil mentira y tú lo sabes!

Julieta, aún vestida de blanco, pero sin la red de la cabeza y con las mejillas manchadas por las lágrimas, descendió por la escalera, como una jovencita tímida, aunque de cuerpo muy curvilíneo. El mejor tributo a Anne Winfield era que las lágrimas y las manchas de sus mejillas no menguaban en absoluto su aparatosa belleza.

—¿Por qué eres tan rencoroso conmigo? Sabes ser amable con los demás. Y, ¿por qué no conmigo? Jamás me ha gustado otro hombre más que tú, y lo sabes. Y nunca hice ninguna de esas... de esas cosas vergonzosas a que te refieres. Al menos, hasta que... —se interrumpió para añadir—: ¿No puedes ser algo amable conmigo?

—Muñeca, sabes que te adoro. Y, sin embargo, ¿cuántas veces me has animado a decírtelo, que no te haya sorprendido en brazos de otro hombre, entre la edad de quince a setenta años?

Anne Winfield se hallaba demasiado alterada para reparar en la presencia de personas ajenas a la conversación.

—¡No es verdad! —declaró ella, sin dirigirse a nadie en particular—. ¿Por qué todo el mundo ha de mostrarse tan malo conmigo? ¡Pobre Margery Vane! Oh, sí, era la diosa de mi idolatría, tal como dice Julieta de Romeo. Oí hablar mucho de ella, leí mucho sobre ella, y traté de actuar y comportarme como ella, ya desde que comencé a ser mayor. Cuando esta noche, llegó ella aquí, hacia las ocho, y nos habló a todos en el saloncillo, la vi por primera vez. Pues bien, por su tono de voz, pareció como si yo le acabara de inferir una injuria personal. ¿Por qué? ¿Por qué a mí? Hubiese querido arrojarme al suelo. Estuve segura de que no sabría recitar ni un solo verso de la obra. Y si tú te propones odiarme y maldecirme, Barry, te digo que no es justo. Creo que, en tal caso, será mejor que deje el teatro y me dedique a otra cosa... a ramera, por ejemplo.

Barry Plunkett levantó una mano.

—Vuelve a tu camerino, muñeca, y deja de decir tonterías. No hay duda, sí, que tienes alma de ramera. Y también todo lo demás. Sin embargo, y con toda honestidad, no te aconsejo que adoptes la profesión más antigua del mundo. Al menos, puedo afirmar una cosa en tu favor, y es que jamás te has entregado a nadie por dinero.

Anne Winfield abrió mucho los ojos y de sus lagrimales cayeron otras lagrimitas.

Por primera vez, entonces, se dio cuenta de la presencia del teniente y sus acompañantes... y ni siquiera se detuvo a gritar. Al instante siguiente, ya había cruzado el umbral de una puerta que ostentaba su nombre, cerrándola de un portazo. Todos oyeron cómo corría la aldaba. En un gesto de simpatía, Judy intentó seguirla, mas volvió a quedarse quieta.

—Bien —manifestó el teniente, guardándose su libreta—, esto dispone ya de un testigo, al menos. Por esta noche ya hemos terminado, Barry. Y también opino que debe usted marcharse, señora Knox. Ahora vamos a interrogar a ese bribón de Larry Porter. Está, como sabe, encerrado en el sótano...

—¿En el sótano? —repitió Barry Plunkett—. ¿En el almacén situado al lado del panel que contiene los botones que controlan las trampillas del escenario? ¿Es un tipo joven con el pelo corto? Tal vez sea un bribón, pero a mí no me lo pareció. Teniente, temo que esta noche no podrá interrogarle.

—¿No? ¿Por qué no?

—Porque ya no está encerrado en el sótano. Yo le dejé salir.

—¡Usted le dejó salir! Si yo tengo la llave y...

—Calma, amigo. No subestime mi talento para abrir cerrojos con un clavo doblado. Ese tipo promovía un verdadero alboroto, golpeando y pateando la puerta. Además, me contó una historia muy creíble. Si nadie le había encerrado allí, a no ser por broma, ¿por qué tenía que permanecer allí toda la noche? Le solté y se marchó.

—¡Maldita sea...! —gimió el teniente—. ¿Cuándo fue esto?

—Hace una hora, o algo más.

—¿Dónde está el teléfono más próximo?

—En la taquilla.

—¡Aguarden todos aquí! ¡Volveré dentro de un momento!

Todo el grupo se estremeció. El doctor Fell comenzó a gruñir como de costumbre. En realidad, el colérico teniente regresó mucho después del momento prometido.

—Ya ha abandonado el hotel «Pershing»; pero no iré muy lejos. Ya he alertado a los aeropuertos, las estaciones de ferrocarril y las terminales de autobús; todo está vigilado. Y si la Patrulla de Caminos es tan buena como pienso...

—Oiga, teniente —le atajó Barry—. Lamento sinceramente haberle estropeado la faena. Ese tipo me ha engañado, sin duda. Me pareció un joven honradísimo. Y aún sigo creyendo que está usted equivocado. Se llama Lawrence Porter IV...

—¡Sé como se llama, gracias!

—Procede de una antigua familia del sur, de un lugar llamado Fer-de-Lance, en Kentucky, cerca de Louisville... aunque su madre lo educó en el norte. No me habló mucho de su familia, de lo contrario yo habría entrado en sospechas. Su bisabuelo, el primer Lawrence Porter, fue delegado del primer Congreso Confederado, y mandó un regimiento de caballería, conocido popularmente como Los Centauros de Porter. ¿Sirve todo esto para convencerle?

—Sí, seguro que sí. Me convence de que Lawrence Porter IV (o el quinto, o el

sexto, por ejemplo), es un embustero mucho mayor de lo que yo creía.

—¿Está seguro, teniente Spinelli? —preguntó el doctor Fell con gravedad.

—Claro que estoy seguro, diantre. Kentucky es un estado fronterizo como Maryland, y no se secesionó de la Unión, como tampoco Maryland.

—Entonces... ¡hum...!, ¿será bastante amable para contestar a una pregunta? ¿Cuántos estados se secesionaron de la Unión para formar los estados de la Confederación del Sur? Ya veo que mueve la cabeza. ¿Puede contestarme, mi querido Knox?

—Once —repuso el aludido prontamente—. Carolina del Sur, Georgia, Alabama, Florida, Lousiana, Mississippi, Texas, Virginia, Carolina del Norte, Arkansas y Tennessee, once en total. Y si Judy se atreve a mencionar a Jackson «Muro de Piedra», habrá un debate en toda regla.

—¿Por qué habría de referirse la señora Knox a ese personaje histórico?

—Oh, es su obsesión.

—¡Es *tú* obsesión! —gritó Judy con los ojos llameantes—. Doctor Fell, ese monigote piensa que...

—Si no le importa, tengo que formularle otra pregunta a ese monigote. ¿Cuántas estrellas había en la bandera confederada?

Knox las contó con los dedos. Cerró los ojos, para ver en su mente la bandera de las barras azules y las estrellas blancas contra el fondo rojo.

—Trece —exclamó—, aunque no apostararía en ello. ¡Trece, sí!

—Correcto. Había trece estrellas, aunque sólo se separaron once estados. ¿Qué explicación tiene eso?

—No puedo dar ninguna, no lo sé.

—Pues yo sí lo sé —objetó el teniente Spinelli, con voz de trueno—. Caballeros, no pienso pasar aquí toda la noche discutiendo sobre los estados confederados de Norteamérica ni sobre Jackson «Muro de Piedra». En cambio, daría un año de paga, lo daría casi todo, para tener una sola idea, por pequeña que fuese, respecto a la forma en que se cometió el crimen. ¿Tiene usted esa idea, doctor Fell?

—Creo que sí —asintió modestamente el aludido—, y, en realidad, opino que mi idea ya no es tan pequeña, ni mucho menos.

—Está bien. Como conozco sus hábitos, maestro, no empezaré a tratar de sonsacarle. Ya sé que usted no abrirá la boca para explicar nada hasta que tenga en su mano todos los cabos sueltos. Entonces, seguramente nos ilustrará con una de sus magníficas conferencias. Sin embargo, hay una cosa que me atosiga de manera particular. ¿Por qué se cometió ese crimen de ese modo tan... tan especial?

—Porque —replicó el doctor Fell con su voz grandilocuente y sus ampulosos ademanes, moviendo todo su inmenso corpachón, y dejando surgir una serie de gruñidos inarticulados de lo más profundo de su garganta—, porque —repitió—, este crimen sólo pudo cometerse de una manera muy especial. Oh, sí, mis dilectos amigos, este crimen tuvo que ser cometido de una manera muy especial y —respiró

profundamente—, yo creo saber cómo se cometió.

Otro día y otra noche pasaron a la eternidad del pasado.

La noche del lunes, 19 de abril, la Luna se elevó por encima de Richbell en medio de un cielo completamente sereno. El tren de las 9,25 de la Gran Central llegó a las diez y cuarto. Philip Knox y su esposa fueron los únicos pasajeros que se apearon en aquella estación.

—Alguien me ha dicho —observó Judy— que no había habido tanta sensación periodística desde el asesinato de Dot King hacia los veinte. ¿Quién era Dot King?

—No conozco todos los detalles. Supongo que el fantasma de Margery Vane no podrá escucharnos. No le gustaría verse alistada entre las prostitutas de gran estilo.

—¿No hubo una prostituta llamada Lizzie Borden?^[17]

—No, el caso de Lizzie Borden fue diferente. La cuestión tan discutida entonces —continuó Knox, mientras descendían la escalinata de la estación—, fue si ella había o no empuñado el hacha. Aunque esto no importa ahora. Si al menos tenemos la suerte de encontrar un taxi... ¡Taxi!

En el bordillo se hallaba un «Pontiac» color crema, de la compañía *Summit Cabs*.

—Exactamente igual —comentó Judy— al que cogimos anoche en Nueva York. ¡Lástima haber gastado tanto dinero!

El conductor, sin chaqueta debido a la cálida noche, se asomó por la ventanilla.

—¿Adónde van?

—A casa del juez Cunningham, en Broadlawns, en la Ruta del Árbol Solitario. ¿Conoce el sitio?

—Cerca del parque de atracciones, ¿eh?

—Yo viví por allí una temporada, pero no recuerdo exactamente aquel paraje. ¿Hay un parque de atracciones?

—Seguro, se llama «Tierra de Ensueños». Este invierno estuvo cerrado y lo reinauguran mañana, un día antes que la Exposición Universal. ¿No querrán ir allí, verdad?

—No, sólo a casa del juez Cunningham. De paso, no obstante, pare un momento delante del teatro «Máscara».

—¿El teatro, eh? —repitió el chófer, a punto de arrancar—. ¡Vaya negocio el de esta noche! ¡Fabuloso!

—¿Ha ido alguien a ver el debut?

—¿Alguien? ¡Lleno hasta los topes! Jamás vi a tanta gente junta desde la llegada del general Eisenhower en el año cincuenta y dos. Y también muchos periodistas y fotógrafos. Como en la *première* de una película con ocho Oscars.

Lo cual se puso de manifiesto unos instantes más tarde. Por toda la avenida Richbell se destacaba el letrero que anunciaba el debut de la compañía.

LOS COMEDIANTES DE MARGERY VANE

presentan

a

BARRY PLUNKETT Y ANNE WINFIELD

en

ROMEO Y JULIETA

con la colaboración extraordinaria de

KATE HAMILTON

Mientras Judy entraba en la cafetería más cercana a tomarse un helado, pues afirmó necesitarlo, Knox penetró en el teatro. El vestíbulo se hallaba engalanado con las fotografías de Anne Winfield, Barry Plunkett y Kate Hamilton. Connie Lafarge, muy encendida de mejillas y elegante con su vestido negro de gala adornado con cequíes, estaba en el bien iluminado salón de descanso.

—Recibí tu recado telefónico, Phil. De modo que el juez Cunningham os ha invitado a cenar a ti y a Judy, ¿eh?

—Sí. Nos aseguró que no era capaz de resistir el debut. Judy y yo pensamos lo mismo. También ha invitado al doctor Fell y a Gulick; en cambio, el fiscal no ha podido aceptar. Llegué a temer que tampoco nosotros podríamos ir a casa del juez, ya que hubo una crisis de última hora en la oficina donde trabaja Judy, pero el juez insistió.

—¿Quieres decir que todavía no habéis tomado nada?

—Sí, unas ostras en la Grand Central. No, no tenemos hambre. Y aquí, por lo visto, todo marcha viento en popa, ¿verdad?

—Oh, Phil, será un gran éxito; un verdadero suceso, a pesar de todos esos periodistas que rondan por aquí al olor del asesinato. Judy casi se siente feliz, por primera vez en varios meses. Pobrecito, no creas que es un tipo gotoso; lo que le ocurre es que teme que la compañía se arruine rápidamente. Ya sabes lo que es el teatro... En fin...

—¿Bien...?

—El telón se levantó a las ocho y media en punto. El primer acto fue muy bien recibido, y el público encajó estupendamente el segundo, que está ya casi concluyendo. Esa chica Winfield es mejor de lo que cabía esperar, y Barry Plunkett como Romeo...

—¿Como qué?

—Como Romeo. ¿No lo sabes? Cambió de papel en el último segundo porque Anne Winfield le obligó a hacerlo. Sí, Barry habla de manera muy suelta, es perverso, todo lo que quieras, pero jamás soñarías con un Romeo mejor que el suyo.

—El joven Ferrara estará un poco resentido, ¿eh?

—Oh, esos chicos se saben tan de memoria todos los papeles que no les importa cambiarlos entre sí en cualquier momento. Y a Tony no le ha molestado en absoluto.

Además, tendrá su gran ocasión al interpretar dentro de poco el personaje de Dick Dudgeon. Sí, piensan representar *El discípulo del Diablo* y *El círculo...* y todas las obras que fracasaron con la compañía primitiva.

—¿No han ocurrido nuevos incidentes?

—Ninguno. El director de orquesta se desmayó diez minutos antes de empezar, pero Barry le arrojó encima un cubo de agua y está ya muy bien. Oh, sí, hay algo que...

—¿Sí?

—Bueno —Connie levantó una mano—, si todo marcha tan bien como parece (ya sabrás que tenemos aquí a todos los críticos teatrales de Nueva York), Barry Plunkett piensa celebrar una fiesta en la «Taberna del Árbol Solitario». Judy y tú podréis asistir, ¿verdad?

—Nos sentiremos muy honrados, Connie.

—Creo que todo irá bien. Jud es quien me preocupa; se siente demasiado contento, y esto no me gusta. Entiéndeme, Sam Jenkins, el alcalde de Richbell, se halla también aquí con dos compañeros suyos de Harvard, y... en esas fiestas nunca se sabe lo que puede ocurrir^[18].

—Oh, Connie, ¿qué es lo que te preocupa tanto?

—En realidad, una tontería. Anoche, cuando Judy afirmó que ella y tú llevabais casi veintisiete años de casados, ignoraba que hacía veinte que estabais separados. Y si dije algo inconveniente, lo siento muchísimo, y... ¿no podréis reanudar vuestra vida matrimonial?

—No lo sé, lo estoy intentando. Bien, por ahora, adiós, Connie; probablemente, nos veremos más tarde.

Por la puerta abierta del vestíbulo divisó a Judy que salía de la cafetería, metiéndose algo en el bolsillo. Knox salió a la calle, ambos subieron al taxi y el vehículo se puso en marcha por la avenida Richbell.

Apoyada en la ventanilla, Judy procedió a escuchar el relato de Knox, transcripción exacta de las informaciones suministradas por Connie.

—No hay duda de que el exquisito Barry Plunkett —observó Judy— se halla a la altura de su reputación como actor. Mas, ¿y en los otros aspectos? ¡Vaya egolatría la de interpretar siempre los mejores papeles, a pesar de lo que dice...!

—Bueno, él es la estrella. Y en realidad fue Anne Winfield la que le pidió que interpretase el Romeo.

—Sí, a esto me refería. Hay que ver todo lo que dijo contra esa pobre chica... No comprendo cómo todavía le aguanta. Sí, Barry es como tú; habla como tú, y es casi tan malvado como tú. ¡Con todo lo que has dicho de mí...!

—Luz de mi vida, poco a poco. Que yo recuerde, jamás he sabido ni he dicho que te acostaras con alguien que no fuese yo.

—¡Qué vulgar! ¡Qué terriblemente vulgar!

—Vaya, dejemos este tema. ¿Tienes un cigarrillo?

—No, claro que no. Sabes que no fumo.

—Sé que fumas. Y te gusta mucho, pero anoche, cuando veníamos en el tren hacia aquí, en compañía del juez Cunningham, fumaste un cigarrillo. Y ahora precisamente nos dirigimos a casa del juez. Y escucha, si el juez mencionase el tema tan temido...

—¡No sé de qué estás hablando!

—A las dos y media de esta madrugada pasada, cuando el doctor Fell se marchó a White Plains en un coche de la Policía, tú y yo nos metimos en un taxi, a fin de acompañarte adonde vives, a la calle Treinta y Seis Este. Entonces, te ofrecí casualmente un cigarrillo, y lo mismo hubiese podido ofrecerte hashish u opio. ¿Has ingresado en alguna sociedad de antifumadores? ¿O has leído algún folleto previniéndote contra el cáncer pulmonar?

—¡No pienso seguir soportando tantas necesidades ni un minuto más, Phil Knox!

—Muy bien, considera que no he dicho nada. El próximo cruce debe de ser la Ruta del Árbol Solitario, que va hacia el norte, o sea hacia la casa del juez.

La mansión del juez Cunningham, que antiguamente perteneció a Adam Cayley, era una residencia cuadrada de ladrillos rojos con columnas grises en la parte delantera, donde había un pequeño parque. La Luna se reflejaba en sus ventanas. Una doméstica de cierta edad les condujo a ambos a través de un vestíbulo de madera pulimentada y lleno de armaduras, hasta una biblioteca de roble, con estanterías de libros desde el suelo hasta el techo, y grandes ventanales que miraban hacia el parque de atracciones denominado «Tierra de Ensueños».

El juez Cunningham, immaculado en su atuendo, y el doctor Fell, muy lejos de estar immaculado con un traje de alpaca manchadísimo de ceniza de cigarro, ocupaban sendos butacones al lado de unas lámparas de soporte. El juez Cunningham se puso de pie al entrar sus visitantes.

—Entren, entren, por favor, y ayuden a alegrar la vida de un viejo solterón, a quien le sobra el tiempo. Le he enseñado al doctor Fell —continuó el juez, mostrando un libro que yacía sobre la mesa—, le he enseñado al doctor Fell mi auténtico segundo cuarto, mil quinientos noventa y nueve, que contiene el original más semejante al manuscrito originario de *Romeo y Julieta*. Sin embargo, confieso que ambos estamos impacientes de contarles la noticia.

—¿Una noticia, señor?

—Sí, Philip. Ante todo, debo explicar que el teniente Spinelli me ha hecho confidencias. Particularmente con respecto a ese joven Lawrence Porter, del que yo no sabía nada.

El doctor Fell no se puso de pie. Se limitó a agitar el cigarro a guisa de saludo.

—Y yo debo añadir —sonrió, moviendo a la vez sus diversas papadas— que ya me he disculpado por querer instruir a ciertas personas en historia norteamericana. Claro que es natural que yo, un completo extraño en este país, me tome más interés por su historia que sus mismos nativos. Sí, conozco a varios norteamericanos,

incluyendo a un tal Philip Knox, que pueden corregirme en algunos extremos de la historia inglesa, extremos que jamás he llegado a saber. En realidad, la historia del país de origen de cualquier individuo está demasiado cerca de uno para que se la estudie a fondo.

—De acuerdo —asintió Knox, sentándose en el brazo de la poltrona donde acababa de instalarse Judy—. Comprendo que se trata de ese asunto del número de estrellas en la bandera confederada. Si sólo se secesionaron once estados, ¿por qué había trece estrellas?

—¡Un momento, un momento! —gimió el juez—. No se gana nada con precipitaciones. Referente a Lawrence Porter...

—A propósito, ¿lo han cogido ya?

—Oh, sí. Lo apresaron esta mañana en el aeropuerto Kennedy, cuando aguardaba la salida del avión para Louisville.

—¿Está preso?

—Pues... no. Ese supuesto Lawrence Porter IV...

—¿Quién es?

—Esta es la noticia —replicó el juez—. En realidad, es Lawrence Porter IV. Es todo lo que afirmaba ser y mucho más que no dijo. Todos teníamos la impresión, incluyendo al doctor Fell, de que ese joven vivía a costa de la difunta Margery Vane, ¿verdad?

—Sí, ciertamente, eso creíamos todos.

—Pues nada se halla tan lejos de la verdad. Todo esto quedó bien establecido cuando su padre, que al parecer posee casi todo el estado de Kentucky, telefoneó al teniente Spinelli desde una población llamada Fer de Lance. Lawrence sólo tiene veintisiete años, o sea que es casi un niño. Hace años, su madre, después de pelearse con su marido (si un solterón puede hablar del matrimonio, ¿por qué hay tantos casados separados?) se llevó al chico a Filadelfia. Todos los meses, desde la muerte de su madre ocurrida hace seis años, Lawrence ha recibido una pensión tan grande que casi asusta. ¿Saben qué dijo su padre por teléfono?

—No, claro.

—«Si creen que el chico robó esas joyas —esto dijo—, díganme cuánto valen y les enviaré un cheque. Aunque no creo que las robe; es un maldito bastardo, pero un bastardo con buenas inclinaciones». Oh, sí, en ese asunto hay cosas muy extrañas. ¿Lo entiende ahora, Philip?

—Sí, juez.

—Al joven Lawrence Porter le gusta viajar; le gusta el sur de Francia; le gusta jugar al tenis. Particularmente, le gustaba la difunta Margery Vane, la encontraba... la encontraba...

—¿Atractiva en cama? Si esto no ha de enojar a Judy...

—Tu delicadeza es fantástica, querido.

—Sin embargo —prosiguió el juez—, la carrera de Margery Vane parece

demostrar que sus palabras son ajustadas a la verdad.

—Sí, pero, ¿qué pasa con el número de estrellas de la bandera confederada?

—Confieso que me quedé absorto con la respuesta a esta pregunta; a pesar de que tengo que dejar esto para mi estimado abogado defensor.

—Oh, cuánta palabrería, juez —exclamó el doctor Fell, levantándose y agitando furiosamente el cigarro—. La respuesta se halla en cualquier enciclopedia, si uno no es demasiado perezoso para consultarla. Durante la Guerra Civil hubo mucha simpatía hacia el Sur entre los estados que no se secesionaron. Otros dos estados, que no se separaron del Norte... ¿adivinan cuáles?

—¿Kentucky y Maryland?

—Kentucky y Missouri. Dos estados más, por tanto, enviaron delegados al primer Congreso Confederado. Por esto se pusieron otras dos estrellas en la bandera, que allí se quedaron. El regimiento de caballería conocido como Los Centauros de Porter, unidad no oficial mandada por el coronel Lawrence Porter, existió y juró obediencia a los estados confederados de América. ¿Están satisfechos?

—Tenemos que estarlo —asintió el juez— con la inocencia del actual Lawrence Porter. Ese joven no cometió el asesinato; no robó las joyas; por tanto, podemos olvidarnos de él. Creo que esta noche está en el teatro con el teniente. Como ya expliqué, yo no quise ir. Tal vez resulte indebidamente enojoso; tal vez sea que me hago viejo. Bien, queridos amigos, ¿qué puedo hacer para divertirles? Tal vez enseñarles mi colección de armas, aunque ha quedado tan desprovista por culpa de *Romeo y Julietta*, que apenas vale la pena. Claro que siempre queda el recurso de enseñarles mis libros.

Había algunos ejemplares de gran valor. Y el tiempo fue transcurriendo agradablemente. El juez, no obstante, hizo algo más que enseñar sus libros. Ofreció coñac y cigarros, todo lo cual fue aceptado jubilosamente. Judy tomó unos sorbos de licor pero denegó sonriente al ver unos cigarrillos.

Judy parecía de buen humor. De todos modos, el doctor Fell contribuyó un poco al estupor general cuando comenzó a murmurar ocasionalmente el nombre de Hans Wagner. El reloj daba las once y media cuando el anfitrión colocó en su estantería el último libro. Era la primera edición de *Alicia en el País de las Maravillas*, de 1865, protestada por su autor, que pagó la edición, porque no le gustaron las ilustraciones.

El juez se enfrentó con sus huéspedes.

—No existe ningún motivo para que el Reverendo Charles Lutwidge Dodgson, que escribió dos clásicos infantiles y cuya preocupación hacia las niñas pequeñas es objeto de estudio entre los psiquiatras modernos, me haya dado la idea que se me ha metido en la cabeza. Ningún jurista, ningún buen ciudadano, debería mencionar esto en absoluto. Se trata de un chismorreó, de un chismorreó vulgar y malvado, que yo no creo ni por un momento. Mas como ahora tenemos entre manos un crimen perverso, y existen diversas soluciones al mismo, esa idea ha vuelto a anidar en mi cerebro. Se refiere a la Margery Vane de hace muchos años.

—¿Oh, sí? —exclamó el doctor Fell.

—Margery Vane era una jovencita en mil novecientos veintiocho. Aunque era algo más que núbil. Estaba casada. Unos meses antes testimonió tener dieciocho años a fin de poder casarse con Adam Cayley. Esto era mentira. Bien; se casaron, y él falleció dejando a una viuda muy rica. Sin duda saben ustedes que, a raíz de la muerte de Cayley, ella regresó junto a sus padres, recluyéndose virtualmente hasta que se marchó al extranjero tres años más tarde.

—Oh, sí —asintió el doctor Fell.

—Se ha murmurado (Dios mío, ¿cómo empiezan los rumores?) que Margery Vane, a pesar de haberse casado con Adam Cayley, tenía un amante. ¿Quién era? Nadie lo sabe, ni siquiera puede afirmarse que existiera en realidad. Y el rumor asegura que la joven se recluyó en casa de sus padres, no para aguardar su mayoría de edad y tener pleno derecho a la herencia de su marido, sino para poder dar a luz un hijo y preparar su crianza. En realidad, aseguran que se trataba de una hija. En fin, ¿no recuerdan a nadie de por aquí que tenga cierta semejanza con Margery Vane?

—¿Se refiere a Anne Winfield? —gritó Judy.

—Sí, señora Knox.

—¡Un momento, juez! —protestó Knox—. Se trata de un rumor estupendo, sí, pero falso. Una niña nacida en 1928 tendría ahora treinta y siete años. Y esa joven que interpreta el papel de Julieta...

—¿También se ha dejado engañar por las apariencias, como otros? De no haber sabido la verdad, también yo me habría confundido. Anne Winfield tiene treinta y siete años, igual que Barry Plunkett. Lo sé porque conozco a los padres de él, que viven en Springfield, Massachusetts. Tiene razón, Philip, a pesar de todo, esa historia es demasiado fantástica. Margery Vane, al menos en aquella época, era demasiado cautelosa y astuta para arriesgarse a sostener un lío extraconyugal. Toda su carrera lo atestigua. Aunque da que pensar, ¿no es cierto?

—¡Oh... ah...! —exclamó el doctor Fell.

—Tras haberles contado lo que no creo —continuó el juez—, ¿puedo rogarles que me acompañen?

Cortésmente, les condujo por el vestíbulo a una estancia muy espaciosa, un salón de billar, donde unas luces con pantalla verde iluminaban una amplia mesa dedicada a aquel juego.

—Lo llamamos el salón de billar —explicó el juez—, porque contiene, como es costumbre, una mesa tapizada de verde. Bien, les he traído aquí porque estoy a punto de hacer algo poco hospitalario, imperdonable —el juez procedió a abrir una de las vidrieras que daban aun jardín posterior—. Tengo ciertas teorías respecto al asesinato que desearía demostrar ante el doctor Fell antes de hacerlas públicas. Con su permiso, me propongo llevarme al doctor al jardín y exponérselas. Supongo que esto no les molestará demasiado a ustedes, ¿verdad? Si alguna vez he visto una pareja más enamorada, ya lo olvidé. ¿Están ustedes enterados del reglamento del billar

americano? Prueben a jugar, por favor. Nosotros no nos detendremos largo tiempo. ¿Vamos, doctor Fell?

—Con el mayor gusto, juez —asintió el aludido.

Pasó de lado por la vidriera, seguido del juez. Judy y Knox contemplaron ambas figuras diluyéndose en el jardín, a la luz de la luna. De repente, el doctor Fell volvió a asomarse al salón de billar.

—¡Hans Wagner! —exclamó—. ¡Oh! ¡Ah...!

Cerró la vidriera y desapareció.

Las bolitas de billar, brillantemente coloreadas, se hallaban dispuestas sobre un triángulo de madera a un extremo de la mesa. Knox quitó el triángulo, cogió dos tacos de un soporte de la pared, los enyesó con tiza, le entregó uno a Judy y estudió la posición de las bolas desde el otro lado de la mesa.

—¿Quieres probar? —sugirió—. Claro que te ganaré, aunque hace tiempo que no lo practico. ¡Fíjate!

Hizo una tacada... y las bolas se separaron ampliamente.

—Adelante, Judy. No pegues tan fuerte, con suavidad... Claro que no podrás vencerme, pero... Ya sabes: seis bolas en el agujero final, siete bolas en el agujero lateral...

—Sé cómo es; jugué en San Francisco.

Frunciendo el entrecejo, Judy se inclinó sobre la mesa con el taco en posición. La luz se reflejaba en su cabello reluciente.

—¡Diez bolas en el agujero final! —gritó, enviando tres al agujero lateral, en tanto la bola blanca llegaba a su destino.

—¿Has oído al doctor Fell? Tiene tanta manía con Hans Wagner como tú con Jackson «Muro de Piedra». ¿Quién fue Hans Wagner?

—Un héroe del béisbol en sus tiempos gloriosos.

—Oh, el béisbol... Es un juego muy lento, ¿verdad?

—¿Una amante del *cricket* llama lento al béisbol?

—El *cricket* está muy bien. Y el béisbol no debería de ser tan lento, pero el bateador siempre tarda años en golpear la bola. Cuéntame algo más de Hans Wagner. ¿Qué hacía?

—En sus viejos tiempos, Judy, Hans o Honus Wagner jugaba como corto para los Piratas de Pittsburgh.

—¿Corto? —preguntó Judy.

—Corto. Es una posición dentro del campo, entre el segundo y el tercero... ¡y por favor, no me preguntes quiénes son el segundo y el tercero! Y le vi de pequeño; era un tipo más bien bajo, de piernas torcidas; era en la época en que los Piratas jugaban contra los Gigantes en los terrenos del Polo. En sus buenos tiempos, Hans fue un magnífico bateador.

—Los norteamericanos no sabéis ser muy honestos con el béisbol, ¿verdad?

—Calla, luz de mi vida. Esta observación la paso por alto. Judy...

—¿Sí?

—¿Te has fijado en lo que dijo el juez?

—No, ¿qué dijo?

—El juez es un pajarraco viejo. Dijo: «Si alguna vez he visto una pareja más enamorada...». Oh, Judy...

—¡Apártate! ¡Eres un animal y no puedo tolerar tu presencia!

—¿Es posible que una mujer tenga ese humor? ¿Hubo nunca una mujer de tan mal humor?

—No recuerdo este fragmento de *Romeo y Julieta*.

—No es de *Romeo y Julieta*, Judy, sino de *Ricardo III*.

—Phil, me defraudas, oh, sí, me defraudas. Puesto que no puedes olvidar la Guerra Civil, ¿no sabes más poesías sobre Jackson «Muro de Piedra»? ¿O del otro general que era tan borracho como tú?

—El general Sheridan, querida, no era un borracho. Y tus referencias hacia mí son inadecuadas.

—Entonces, ¿cómo denominarías a tu conducta, de cuando vivíamos juntos? Siempre estabas bebiendo y buscándome... y fastidiándome, ¡como sigues haciendo ahora!

—¿Crees que estaba borracho cuando te seguí hasta el escaparate de la joyería?

—El tono de esta conversación —objetó Judy— sobrepasa a todo lo creíble. Debería ser grabada en un magnetófono para ayuda de los matrimonios. Oh, eres imposible... Si necesitas una mujer para abofetearla y buscarla, todo al mismo tiempo... sería mejor que contrataras a...

—Le llaman al teléfono, señor —les interrumpió la criada, penetrando en la habitación con el aspecto apaciguador de un funcionario de las Naciones Unidas—. El aparato está en el vestíbulo.

—El juez está en el jardín. Iré a buscarle y...

—No es para el señor juez, sino para usted, señor. Es la señora Lafarge. Parece muy excitada y asegura que es muy importante.

En el vestíbulo, debajo de un cuadro que representaba a Adam Cayley en *Hamlet*, Knox cogió el teléfono.

—¿Eres tú, Connie? ¡No me digas que ha ocurrido otro asesinato en el teatro!

—No, no se trata de eso. ¿Me oyes bien?

—Demasiado, no hace falta que chillas.

—Bien, no es tan dramático. Hace una hora que terminó la obra. Oh, Phil, qué ovaciones... Dejé de contar las subidas del telón. Anne Winfield quedó prácticamente cubierta de flores.

—¿Dónde estás, Connie?

—En la «Taberna del Árbol Solitario». Y he de gritar. ¿No oyes el bullicio como una música de fondo?

—¿Son los actores que celebran el éxito?

—Todavía no han llegado; aún están recibiendo felicitaciones en los camerinos. No, no. Se trata de Jud y algunos amigos, desde Richbell a Mamaroneck, y también de Farleigh... de todo el condado.

—¿Qué hacen?

—Aún muy poco. Dentro de un momento empezarán a cantar las coplas de sus respectivas universidades. No, no hay ningún mal en ello, aunque resulta un poco tonto que canten tales coplas unos hombres maduros. Lo que temo es que de las canciones pasen a algo más. Phil —suplicó Connie—, ¿no podrías venir inmediatamente? Claro está, trae a Judy, al juez y al doctor Fell. La autoridad del juez Cunningham tal vez logre calmarlos. Oh, no sé qué ocurrirá si empiezan con sus cantos. ¿Vendrás, Phil?

—Lo intentaré.

Dejó el teléfono y dio media vuelta. En el centro del vestíbulo se hallaban Judy, con el juez Cunningham y el doctor Fell.

—Connie Lafarge —observó el juez— posee una voz muy penetrante; aunque dice cosas con gran sentido común. No me opongo a una fiestecita —se frotó las manos—, siempre que no se salga de ciertos límites. ¿Qué le parece, doctor Fell?

—De acuerdo. Después de los sucesos de anoche y las teorías que acaba usted de exponerme —expresó el doctor Fell—, mi espíritu necesita algún solaz.

—¿Qué dices tú, Judy? —quiso saber Knox.

—Pues...

Tal vez le odiase pero se apresuró a colgarse de su brazo.

—*Carpe diem* —entonó el doctor Fell, citando a un clásico latino.

—... *quan minimum credula postero* —concluyó el juez—. Tengo ahí mi sombrero, junto con los suyos, la capa y el bastón del doctor Fell. ¿Me siguen, por favor?

El venerable «Chrysler» del dueño de la casa se hallaba en un senderito lateral. El

juez condujo de prisa por la Ruta del Árbol Solitario, con Judy y Knox a su lado, y el doctor Fell llenando todo el asiento posterior.

—¿Está usted familiarizado con nuestras coplas universitarias, doctor Fell? —inquirió el juez en voz alta.

—Sí, con algunas, por desgracia.

—¿Por desgracia?

—Temo que en una ocasión me dejé arrastrar a ciertos abismos...

—¿Cómo fue eso?

—El incidente ocurrió hace varios años en una escuela preparatoria del Este, lo que se llama una escuela pública. Yo daba una conferencia en el Memorial Hall, una estancia magnífica, con un órgano y cuadros de la historia americana, pintados por un artista llamado Wyeth. Durante tres cuartos de hora entretuve a los chicos, o lo intenté, con diversas anécdotas. A modo de respuesta, alguien tocó el órgano, y me vi obsequiado con un concierto improvisado, a cargo de alumnos y maestros, todos a la vez, con todo el repertorio de canciones universitarias y escolares. En una de ellas se afirmaba que lord Jeffrey Amherst era un soldado del rey, que zarpaba por el mar... ar... ar... ar...

—Sí, la conozco.

—Que a los franceses y a los in-di-os (así, con tres sílabas) no les hacía nada, en las tierras áridas de este salvaje país... En fin, un relato completamente inexacto. Lo malo vino después en el Club de los Profesores. Cuando observé tímidamente que el general en cuestión fue llamado de nuevo a Inglaterra debido a su poca capacidad para derrotar a los indios, y que en ninguna circunstancia debía llamarse primer barón Amherst a lord Jeffrey Amherst, estalló la catarata sobre mi cabeza, acusándoseme de querer manchar la memoria del general y por ser demasiado recto respecto a los títulos. Bien, por parte del Departamento Inglés también me enteré de ciertas canciones no aptas para los oídos púdicos.

—Esperemos que no tenga oportunidad de escucharlas esta noche —replicó el juez—. Ya hemos llegado... Oh, esto parece bastante decente, ¿verdad?

—El juez detuvo el coche delante de la Taberna.

En efecto, se oía bastante alboroto en su interior, a través de los ventanales abiertos. La nota dominante eran unas voces acompañadas al piano, que poseían el fervor de un himno.

El alboroto creció de punto cuando Knox, llevando del brazo a Judy, atravesó la puerta. A la derecha de un pasillo central, dos comedores se alargaban hacia el fondo del local. A la izquierda, había dos mostradores. Cada comedor contenía un piano y un largo mostrador. Delante de cada uno se hallaba una multitud de caballeros con sus respetables esposas. Todos iban muy bien vestidos y acicalados, y todos parecían muy preocupados.

Knox divisó a Connie Lafarge, que al verle corrió a su lado como un galgo detrás de la liebre mecánica. El historiador no distinguió a ningún otro rostro familiar, en

tanto conducía a Judy hacia el fondo. Tras abrirse paso a codazos en un mostrador para pedir un *whisky* con soda para su mujer, un coñac para el juez Cunningham y cerveza para el doctor Fell y para sí mismo, lo llevó todo sobre una bandeja a la mesa que ya ocupaban sus acompañantes.

—¿Qué quieres, Connie?

—Nada, gracias. ¿Ves lo que sucede?

Knox lo vio. Un grupo de caballeros, de mediana edad y panza prominente, estaba reunido en torno al piano del segundo bar. Su jefe (Connie dijo el nombre del abogado, desconocido para Knox), estaba sentado en la banqueta, con las manos sobre las teclas del piano. Los demás inclinaban la cabeza hacia él, con una lucecita sentimental en sus pupilas. Ambas estancias permanecían en el más completo silencio, en tanto los cantores entonaban sus coplas, aunque en el otro comedor se oía el rumor de unos rápidos pasos en dirección al otro piano.

*Aunque Yale siempre ha favorecido el azul oscuro de la violeta.
Y los hijos de Harvard son fieles al rosa carmesí, nosotros
poseemos el lirio sutil, al que no le faltarán honores,
mientras el tigre es defensor del anaranjado y el negro.
Nosotros poseemos el lirio sutil*^[19].

En el último verso hubo un cambio de tono, aunque los cantantes no tuvieron oportunidad de dar el agudo final. Como un pistoletazo, los del otro comedor prorrumpieron en un canto. Las teclas del piano fueron vilmente aporreadas, y la copla resonó como una serie de martillazos.

*¡Bulldog, bulldog, ra, ra, ra!
¡Adelante, Yale!
Bulldog, bulldog, bulldog, ra, ra, ra...
Nuestro equipo nunca fallará.
Cuando los hijos de Yale crucen la línea,
será la señal de la llamada.
Bulldog, bulldog, ra, ra, ra...
¡Adelante, Yale!*

—¡Excelente! —aprobó el doctor Fell, en medio de los aplausos y el bullicio que siguió a la última canción. Luego, se tomó un largo sorbo de cerveza—. Me acuerdo de una copla, que podría describirse razonablemente como inspirada. ¡A su salud, caballeros... y nobles damas!

—Oh, juez —gritó Connie—, ¿no irá usted a cantar también, verdad?

—¿Cantar yo?

—Entonces, haga que se callen.

—¿Por qué, señora?

—Porque no sirve de nada suplicarle a Jud. Está cantando con los de Yale... y ¡él lleva la voz cantante!

—¿Por qué he de entrometerme yo, señora? —repitió el juez—. Sí, en cierto modo, tiene usted razón. Yo soy de Cornualles, en Norteamérica, y el espectáculo de unos ciudadanos sobrios, comportándose como unos críos, despierta en mí graves dudas. Sin embargo, no se extralimitan en modo alguno.

—Sí, juez, pero ¿y luego?

—Francamente, señora, ya lo he pensado. ¿Oye usted, doctor Fell?

—Estoy un poco excitado, sí.

—Mire hacia allá. El que toca el piano es San Jenkins, nuestro querido alcalde.

—¿Ese caballero que aporrea tan mal el piano es el alcalde de Richbell?

—Exactamente. Conozco su *alma mater*, y la del compadre que está a su lado. Si yo fuese un adivino, que no soy, aseguraría que la próxima canción será «Harvard ya era el viejo Harvard cuando el Bulldog era un cachorro».

El doctor Fell pareció alarmarse.

—También la conozco —explicó—, y carece de gracia. ¿No habrá riñas?

—No, a menos que Yale rete a Harvard o viceversa.

—¿No es posible que acaben todos en chirona?

—No. Como ya mencioné en otra ocasión, la Policía de esta ciudad es muy acomodaticia. De todos modos, me gustaría que el teniente Spinelli ejerciese su influencia moderadora.

—Está en el teatro —dijo Connie—. Phil, por favor, ve a buscarle.

—Vaya, Connie, no querrás meter a la Policía en todo esto, ¿eh? No querrás que metan a tu Jud en prisión...

—¡No quiero que metan en la cárcel a nadie! —exclamó Connie, a punto de llorar—. Y supongo que jamás se atreverían a arrestar al alcalde. Sólo quiero que se comporten de acuerdo con las reglas más elementales de urbanidad. Si el teniente quiere echar un vistazo aquí dentro, todo irá bien. ¡Por favor, Phil! Si no quieres complacerme, que tanto te aprecié antaño...

—¿Tanto deseas que venga Spinelli, Connie?

—¡Por favor, por favor, sí!

—Creo que mi presencia es garantía suficiente de la conducta de mis conciudadanos —observó el juez—. Lo malo de ellos es que no saben cantar, no saben utilizar sus voces. Claro que si ello tiene que hacer más feliz a la señora Lafarge, Phil será mejor que llame al teniente.

—Está bien —se conformó Knox, mirando a Judy que bebía serenamente su *whisky* y *soda*—. ¿Qué opinas tú, queridita?

—Ya sabes que yo soy una malvada, y que te asocio con todo lo corrompido, desde que me corrompiste a mí. Pero te amo... ¡Oh, sí, honradamente, te amo! Y casi

me gustaría que ocurriese un escándalo.

—Lo supongo. Ya sé que eres una falsa.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que he dicho; mas no tengo tiempo de explicártelo. Apártate, ¿quieres? Voy a llamar a la *gendarmerie*.

—Phil, ¿qué cantarán ahora?

—Ya lo oirás dentro de un instante. Vigila al tipo del piano.

Pasó al otro comedor, y luego se dirigió a la puerta de la calle. El piano dejó oír unas notas de preludio. Acto seguido se hizo un profundo silencio, al tiempo que dos voces compuestas por varias gargantas, se elevaban en ambas habitaciones casi al unísono.

*Oh, Harvard era ya el viejo Harvard cuando el Bulldog era un cachorro,
y Harvard seguirá siendo Harvard cuando el Bulldog haya muerto.*

El resto de la copla persiguió a Knox en tanto atravesaba la calle en dirección al teatro. Al final, resonó un agudo grito. Como ya habían pasado los días en que tales canciones le divertían, Knox apretó el paso.

El vestíbulo del teatro estaba a oscuras. El salón de descanso también estaba en penumbra, como en la noche precedente. Se hallaba Knox casi a punto de pasar a la platea, sin saber dónde encontraría al teniente Spinelli, cuando se le ocurrió una idea.

Podían decir lo que quisieran respecto a sus conciudadanos, pero la situación de la «Taberna del Árbol Solitario» contenía en sí el germen de una sedición. Seguramente, Judy no podía correr el menor peligro...

Tal vez no, aunque era mejor no arriesgarse. Estaba ya a punto de correr de nuevo hacia la Taberna, cuando algo semejante a una revolución pareció estallar en el mismo teatro.

En lo alto de la escalera de la derecha que conducía al anfiteatro distinguió una fina línea de luz al abrirse la puerta del saloncillo. Se oyó un portazo. Y detrás de aquella puerta estallaron varias voces.

—¡Cógele!

—Ya está; no volverá a intentarlo.

—Será mejor azotarle hasta dejarle sin sentido.

—¿Cuántas veces habrá que pegarle? Si ya no puede resistir más. No, es un tipo muy escurridizo, a menos que le vigilemos estrechamente. Teniente, ¿qué desea que hagamos con este canalla?

Knox comenzó a subir la escalera.

—¡Teniente Spinelli! —gritó.

Hubo una ligera pausa. Luego, se abrió la puerta del despacho. En la abertura apareció el rostro del teniente, con expresión hosca.

—¿Quién me llama?

Knox subió hasta quedar alumbrado por la luz del despacho.

—Teniente Spinelli, ¿podría venir un instante?

—Sí, claro. Dígame.

—¿Decirle qué?

—No sea tonto. Lo que ha venido a decirme. Fallé al intentar impedir un asesinato, y también respecto a Larry Porter. Esto es lo que dice todo el mundo. ¿No iba también a decirme esto?

—¡Oh, no, en absoluto!

—Bien, ¿qué quiere? Usted y el doctor Fell estaban en casa del juez...

—Estábamos —le rectificó Knox—. Ahora estamos en la taberna de ahí en frente. Todos están entonando viejas canciones universitarias y el juez opina que será mejor que vaya usted allá y vigile un poco, por si las cosas se ponen un poco mal.

—Las cosas ya están mal, gracias. ¡Volveré en seguida! —gritó hacia el despacho antes de cerrar la puerta y bajar al salón de descanso con Knox—. Puesto que el doctor Fell está en la Taberna, quiero verle inmediatamente. ¡Ahora no he fallado con el parroquiano que hemos atrapado!

—¿Un parroquiano?

—Tenemos a Weary Willie. Estaba en el teatro anoche, al menos eso afirma. Y si no se debe al alcohol, nos ha contado la historia más extraña que oí en mi vida.

—Bien, vamos...

—Un momento, un momento. Antes deseo hablar con alguien del escenario. ¿Me aguarda aquí?

—Teniente, ¿es urgente que vaya usted al escenario? Supongo, por otra parte, que la gente de la compañía no tardará en comparecer por la Taberna... Si necesitan tomar un trago...

—Si necesitan tomar un trago, ¿eh? Ya tienen bebidas donde están... Prácticamente, todo el mundo compró o envió a comprar una botella. Sí, he de ir al escenario, estoy de servicio, aunque no lo parezca. Usted vuelva a la Taberna, y yo le seguiré casi inmediatamente.

—Sí, será lo mejor. Judy está allí, y sinceramente me siento un poco aprensivo.

No necesitaba inquietarse. Cuando llegó a la puerta de la «Taberna del Árbol Solitario», el reloj le demostró que sólo había estado fuera cinco minutos.

Los dos mostradores estaban casi vacíos. Al parecer, se había producido una crisis, y reinaba cierta serenidad en el ambiente; a pesar de que continuaba la emoción. Su propio grupo, con excepción del juez, seguía reunido en torno a la mesa del fondo. Primero le pareció que Judy sufría algún dolor. Se hallaba de pie junto a la mesa, con el vaso de *whisky* vacío, los brazos cruzados delante del estómago, y balanceándose atrás y adelante. Luego, vio que se trataba de un esfuerzo por contener la carcajada. La expresión de su semblante se reflejaba en los demás, especialmente en el del doctor Fell.

—¿Qué pasa, Judy?

—¡Estoy bi..., esto bi..., estoy bi...!

—Sí, querida, estás bien. ¿Qué ha ocurrido, Judy? No me digas que por fin se han ido a las manos los de Yale y los de Harvard.

—Oh, no, nada de eso. Cuando tú has salido, los de Yale se han apartado del piano, ¿no lo has notado?

—No, tenía otras cosas en qué pensar. Sin embargo, permíteme recordar una cosa de mi época. Ningún estudiante de Yale habría dicho que era de Yale sino de New Haven, lo cual resulta mucho más ajustado a la verdad, al menos geográficamente. Ningún estudiante de Harvard habría condescendido en mencionar a Harvard, sino que habría asegurado que estudiaba en Cambridge, lo cual siempre producía cierta confusión entre los ingleses. Naturalmente, un estudiante de Princeton sí habría nombrado su universidad.

—¿Cuál fue la tuya, Phil?

—La de Cornualles. Como el juez Cunningham. Y a propósito, ¿dónde está?

—¿La universidad de Cornualles?

—No, el juez.

—Es lo que iba a decirte, querido. Phil, ¿no existe aquí una universidad cuáquera llamada Haverford?

—¡No se te ocurra decir algo en contra de Haverford! —replicó Knox—. Cuando los once del equipo de *cricket* de Haverford efectuaron una gira por Inglaterra en mil novecientos cuatro, se comieron al MCC.

—¿Qué es el MCC? ¿Otro Mercado Común? —preguntó un individuo melencólico y de aspecto iracundo, sentado a la mesa contigua.

Knox no tuvo necesidad de mirarle por segunda vez para reconocer a Benjamín Meyer, el director de orquesta del teatro «Máscara».

—Se trata del «Marylebone Cricket Club». Hace años, ostentaba en Inglaterra la misma posición deportiva que los yanquis tienen hoy día dentro del béisbol norteamericano^[20].

—Los yanquis no ganarán este año, ¿se apuesta algo? Con Mantle y Maris prácticamente fuera del equipo...

—¡Philip, por favor! No te metas con el béisbol... ¿Es una universidad cuáquera Haverford?

—Yo no la llamaría cuáquera^[21], Judy. Sus miembros constituyen la Sociedad de Amigos, y son todos muy buena gente. Además, Haverford no es su denominación oficial.

—Pero los dirigentes, los rectores de esa universidad, son cuá... son amigos, ¿verdad?

—Sí, exacto.

—Vaya —observó Judy, recobrando su dignidad—. Esos dos de Harvard, el alcalde Jenkins y su amigo, cantaron lo que les harían a los de Yale si se los encontraban dentro de su recinto. Y el alcalde lanzó un agudo sumamente desafinado.

—Lo oí, aunque ignoraba que fuese el alcalde. Pensé que...

—Por favor... Mientras tanto, otros tres, no sé quiénes son, se apoderaron del piano. Y entonaron una canción sin ningún ritmo, pero inofensiva. «Yo soy un caballero de Haverford y un perfecto Príncipe estudiante». Tenías que haber visto al alcalde. Se tapó los oídos, luego agitó los brazos al aire, puso una expresión horrible, y lanzó un chillido que han debido de oírlo hasta en el condado próximo. Los tres cuáqueros no dijeron nada. Se limitaron a ir hacia el piano y cantaron:

By recent discoveries at Harvard, of Darwin and Huxley and Ball... [22]

Judy trató de entonar como si diese un concierto.

—Sí, también la conozco.

—El alcalde avanzó unos pasos y exclamó: «De modo que buscáis jaleo, ¿eh?». Y el jefe de los cuáqueros, gritó: «¡Adelante, por George Fox!», y le pegó al alcalde en la cabeza con una silla plegable... y le dejó medio aturdido.

—¿Pegó al alcalde con una silla plegable?

—Es la vida nocturna del condado de Westchester —comentó el doctor Fell—. Espero repercusiones. Y las tendremos.

—Sí, Phil. El amigo del alcalde, también de Harvard, claro, cogió un sifón y trató de mojar el rostro del cuáquero. Se equivocó, por su mala puntería, y bañó al camarero. Luego, le agarraron los cuáqueros. Oh, no fue justo... eran tres contra uno. Dos le sostenían los brazos, mientras el tercero cogió el sifón y le envió una rociada a los ojos. Después, lo levantaron y lo arrojaron por la ventana. Afortunadamente no estaba cerrada, y sí sólo la persiana bajada. Por entonces, el alcalde ya se había recuperado y murmuró algo muy poco amable. El jefe cuáquero gritó: «¡William Penn como Presidente!». Cogieron al alcalde y lo arrojaron por la puerta a la acera. Pasaba en aquel instante un coche-patrulla y...

—Y el alcalde ha metido a los tres cuáqueros en la cárcel, ¿verdad?

—Oh, no... El alcalde no estaba tan malherido como fingía, y su amigo se hallaba demasiado bebido para darse cuenta de lo ocurrido. Además, el juez Cunningham intervino.

—¡El juez estuvo maravilloso! —afirmó Connie Lafarge, impresionada—. ¡Con tanta dignidad! Dijo: «Caballeros, permitan que un cerebro más despejado y prudente ponga fin a este incidente».

—¿Y qué ocurrió?

—Los ocho —explicó Judy—, o sea los dos de Harvard, los tres cuáqueros, los dos agentes y el juez... Oh, me olvidaba del señor Lafarge...

—Sí —exclamó Connie—, Jud estaba con ellos. Espléndido, ¿eh?

—Pasaron al local del fondo, al otro lado del pasillo. Entonces, has entrado tú, Phil. No sé qué ocurre allí, salvo que el juez ha llamado a un camarero.

—Yo sí sé lo que hacen —afirmó Connie—. El juez les está enseñando su deber

como personas responsables.

—Sí, seguro que les enseña algo. Tienen también un acordeón consigo —añadió Judy—. ¿No lo oyen?

Sus palabras eran innecesarias, ya que todos lo estaban oyendo. Y no sólo el acordeón, sino varias voces, nueve en conjunto, muy solemnes y poderosas. Todo el mundo calló, y la canción pareció inundar el establecimiento.

*Ved cómo bajan hacia la meta...
ved cómo se agitan las banderolas...
¡Oíd cómo resuena el eco,
cuando animamos al equipo rojo!
RA, RA, RA, RA...
¡Gritamos hasta que el sonido resuena en las montañas,
y logramos apagar el gemido del viento del norte, bajo el
impacto de los vítores de los hombres de Cornualles,
cuando sale al campo el equipo rojo!*

—Philip, ¿dónde vas?

—A unir mi voz a ese coro. ¿Por qué no?

—No, por favor, querido. Bueno, canta lo que quieras; hasta yo cantaré si conociera la letra... pero ¡quédate!

—Muy bien, y permíteme que te enseñe esta copla.

*Marchamos tres mil, marchamos
desde nuestro hogar por las alturas rocosas;
¡Oh, la victoria queda decidida cuando nuestro
equipo sale al campo
y nosotros vitoreamos al equipo rojo y blanco!*

—¿Marcha todo bien? —inquirió el teniente Spinelli, entrando en la Taberna—. Knox parecía bastante aprensivo...

—Teniente —aseguró el doctor Fell—, todo está bajo control. No es más que una velada social en la amigable ciudad de Richbell.

—¡Oh, no...! —exclamó Connie—. No quisiera causarle tan mala impresión a Judy.

—¿Mala impresión?

—Sí, la de que ésta sea una velada típica de Richbell y las demás poblaciones de Norteamérica. ¿No te sientes asombrada, querida, por nuestra conducta?

—¿Asombrada? —repitió Judy—. ¿Después de haber residido casi veinte años en este país? Además, con un hermano en la RAF^[23] y otros dos en la Armada... Oh, he

visto centenares de veces cosas mucho peores.

—Pero esa odiosa canción referente a los descubrimientos hechos en Harvard...

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Judy—. En Inglaterra hace casi cien años que cantan la misma canción con referencia a Oxford.

—Exactamente —tronó el doctor Fell—. No hay duda de que la canción tuvo su origen en Cambridge, donde sir Robert Stawell Ball (1840-1913) fue profesor de astronomía desde 1892 hasta su muerte. Aunque ignoro qué tiene que ver la astronomía con los erizos...

—¿Los erizos? —repitió el teniente Spinelli—. Si se refiere a lo que me imagino, existe una canción neoyorquina que me gustaría darle a conocer. Pero tenemos cosas más urgentes y graves de qué ocuparnos maestro, y deseo que usted y el amigo Knox me acompañen al teatro lo antes posible.

Ni las espadas, ni las dagas, ni las ballestas se hallaban aquella noche encima de los asientos del saloncillo, bajo los carteles y las fotografías. La luz de la lámpara prestaba al lugar cierto aspecto casero.

—Escuchen —dijo el teniente, a quien le habían explicado la situación—, oiga usted, maestro, y también usted, Knox. Dejemos ya estas tonterías aparte; olvidémonos de esas coplillas estudiantiles, de los sifones y de los pianos. ¿Entendido?

—De todos modos —observó el doctor Fell—, el alcalde Jankins debe de ser un individuo extremadamente divertido. Sería un placer verle presidir un tribunal.

—La fiesta aún continúa, maestro. Suerte tendrán si no acaban todos en manos de la Policía. Oh, no se inquiete, Knox, su esposa está a salvo en manos de Connie Lafarge. Por mi parte —declaró el teniente—, he realizado bastantes investigaciones.

—¿De veras?

—Sí. En primer lugar, he investigado lo referente a su esposa, amigo Knox.

—¿Cómo?

—Oh, no me mire así. He hecho lo mismo con todo el mundo. Con franqueza, aún me gustaría saber qué había entre ella y lady Severn. Supongo que ésta tenía algo con qué amenazarla... o a la inversa. Sin embargo, sigo opinando que ella no está complicada en este asunto. Como no podía irme de aquí, envié a Jenks, mi brazo derecho, a hablar con el jefe de Judy... de su esposa, a Nueva York. Bien, el jefe y los demás empleados la alabaron muchísimo. Comenzó a trabajar en la revista como taquígrafa el doce de abril de mil novecientos cuarenta y seis, y se abrió camino, hasta el punto de ser hoy en día una de las mejores editorialistas. Es inteligente, buena escritora y posee ideas muy brillantes...

—Todo esto podía habérselo dicho yo.

—Bien —prosiguió el teniente—, no hubiese podido conseguir mejores informes para mi propia hermana. En cuanto a los demás...

—¡Oh! ¡Ah! ¡Los demás! —exclamó el doctor Fell—. ¿Qué otras investigaciones ha llevado a cabo y con qué resultados?

—Corre el rumor, maestro, de que Judson Lafarge no se halla en una situación financiera tan brillante como antaño. Claro que no es de esperar otra cosa en esta época, a menos que se trate de un verdadero genio. No, hoy día nadie se retira con una montaña de billetes verdes a su favor. De todos modos, tengo entendido que le fue bastante bien en Wall Street^[24].

—También oí ese rumor —asintió el doctor Fell.

—Asimismo, me he enterado de que se susurra que Margery Vane, a los dieciocho años tuvo una hija, que ignoramos dónde está. Claro que no me parece muy cierto, y de todos modos, ¿en qué podría ayudarnos? Bueno, pasemos a Anne

Winfield. Tiene un apartamento junto con Marion Tarb, que es la que interpreta la Capuleto, en Larchmont. Su padre es un abogado altamente respetable de Springfield, y ella es mayor de lo que aparenta. Anne Winfield no es puritana, ni tan ligera de cascos y de ropa como dice Barry Plunkett. En realidad, está perdidamente enamorada de ese irlandés, como ya habrán observado. ¿Y en qué nos ayuda esto?

—Un momento —interpuso el doctor Fell, buscando en su bolsillo la cigarrera—. ¿Investigó los dos extremos en que yo, pobre pecador, necesitaba cierta iluminación?

—Yo mismo busqué el sobre y no pude encontrarlo. Con respecto al segundo punto —añadió el teniente—, Jenks, en Nueva York consiguió que le enseñaran el pasaporte que contenía la descripción que usted me dijo. ¿Algunas teorías, maestro?

—El juez Cunningham me contó algunas... ¡oh!, muy interesantes, por cierto. Sin embargo, con su permiso, me las reservaré para más adelante. Teniente, supongo que usted desea que oigamos a un testigo...

—Exacto, lo traeré aquí. Esperen un instante, y pronto se enterarán de lo inexacta que puede ser una evidencia.

Dicho lo cual, salió del saloncillo.

El doctor Fell dejó su copa y su sombrero sobre la mesa, bajo la luz de la lámpara. Sacando un cigarro y una cerilla, mordió la punta de aquél y encendió la segunda rascándola contra el fondillo de sus pantalones. Pronto, ascendió al techo un humo azulado.

Se abrió la puerta. Anne Winfield y Barry Plunkett, vestidos de calle, la primera con un atuendo de color champán con adornos colorados, y el segundo con chaqueta deportiva, penetraron, con cierto vaho a licor a su alrededor.

—Estoy un poco alumbrado —confesó Barry, ejecutando un amplio ademán—. Como observó en una ocasión el incomparable Tony Weller, me hallo un poco alumbrado. Buenas noches, caballeros.

—Señor y señora —respondió el doctor Fell—, permítanme que les ofrezca mis felicitaciones. Tengo entendido que la velada ha sido un verdadero éxito.

—No estuvo mal. Hasta esa vulgar ramera me hizo sentirme orgulloso.

—¡No hables así, por favor! Además, tú si estuviste maravilloso.

—¿Maravilloso? ¡Estuve *indigno*!

—¿A quién han hecho salir a escena catorce veces?

—Estuve tan indigno, como dijo una vez Winston Churchill refiriéndose a los malditos socialistas, que ningún auditorio me habría aplaudido ni en el primer acto. Con toda justicia, debería añadir que Romeo es el peor de cuantos inventó ese tipo, ese Shakespeare. ¡Y con un Romeo pelirrojo como yo!

—Barry, los críticos...

—Sí, muñeca, los críticos. Ya leo los artículos: ¡*Shakespeare ha vuelto a triunfar!* ¡Con un Romeo pelirrojo!

Adosado a una pared había un estante lleno de botellas de ginebra y *whisky* vacías, formando como unas estribaciones montañosas. Alargando la mano, Barry

Plunkett cogió de más atrás, un pequeño juguete provisto de un mecanismo de cuerda. Representaba un payaso pelirrojo, con un traje arlequinado, y las manos atadas a una barra horizontal, sostenida por dos postes.

—Aquí tenemos a Joey, el payaso. Mi querida favorita me lo regaló como mascota. Sí, su conducta se parece a la mía. Cuando le doy cuerda —se la dio y dejó la figura sobre la mesa, junto al sombrero del doctor Fell—, gira eternamente en torno a la barra horizontal. ¿Lo ven? Bien, observen otra cosa. Todo el juguete se estremece con la vibración de la cuerda y avanza hacia el borde de la mesa. No puedo tener a Joey en mi camerino, ya que todo el que entra allí quiere darle cuerda para verle actuar. Si se cayese de la mesa, se rompería. Y tengo que detenerle con el dedo... así. Carezco completamente de sentimientos, pero no quiero que se estrelle contra el suelo.

Cogió el payaso, lo sostuvo en el aire hasta que se acabó la cuerda como un suspiro, y volvió a dejarlo sobre la mesa.

—¿No tienes sentimientos, Barry Plunkett? —exclamó Anne Winfield—. Y conservas ese muñeco de cinco centavos, como si fuese el tesoro de Golconda.

—Vaya, ramera, me gusta este muñeco. Tiene un gran poder para dar buena suerte; esta noche me ha impedido que me arrojasen fuera del escenario. A propósito, amigo —Barry se dirigió a Knox—, se supone que debo dar una fiesta en la Taberna.

—La fiesta ya está en marcha. Y se han disparado sifonazos en todas direcciones. El alcalde de Richbell fue alcanzado por una silla y...

—Por aquí las cosas han ido un poco peor. Kate Hamilton está dando zapatetas en el aire; el Príncipe Escalo se ha dormido. Esa individua y yo pensamos que si lográbamos largarnos quedamente a la Taberna, los demás nos seguirían. Pero nadie parece haberse fijado en nuestra marcha. Bien, lo que he venido a preguntar es algo respecto al DPC.

—¿El DPC?

—El Departamento de Policía Central. Así llamamos en Irlanda al Departamento. Lo siento, me refería al teniente Spinelli. ¿Todavía investiga?

—Todavía investiga.

—¿Es verdad que ha atrapado a ese escurridizo de Weary Willy?

—Sí, y ahora lo traerá para que le interroge el doctor Fell.

—Entonces, he de quedarme. ¿Creen que si mi ramera favorita y yo nos sentásemos quietamente en un rincón, nos dejaría quedarnos?

—Pueden intentarlo, claro.

—¡Oh, Barry! —gritó Anne Winfield—, si no dejas de llamarme ramera y otras cosas peores, la gente acabará por creer de mí lo peor y terminaré por enfadarme. ¿Dónde está el teniente?

No fue necesaria la respuesta. El teniente apareció en aquel preciso momento, empujando ante sí lo que podía tomarse por un objeto.

El objeto, enjuto, melenudo y de mediana estatura, parecía tener la misma edad

que el juez Cunningham. En las sienes le blanqueaba el pelo, con el resto de cráneo completamente calvo. Lo más destacado de su persona eran sus ojillos vacuos y muy móviles. Después, su falta de aseo. Su vieja camisa azul estaba descolorida y arrugada, con más remiendos que tela original. La chaqueta y los pantalones, viejos hasta lo inimaginable, daban señales de un reciente lavado, y el olor a bencina se sobreponía a la peste a vino. Al parecer, el viejo se había cortado al afeitarse.

—Bien, Willie —tronó el teniente—, ese caballero grueso del sofá, con el puro en la boca, es el doctor Gideon Fell, una verdadera autoridad en el mundo del crimen. Este otro es Philip Knox, el historiador, que anoche también efectuó una buena labor detectivesca. Y ahora, si sabes lo que te conviene, no les mientas a ninguno de los dos.

—No miento, teniente —protestó el objeto con voz ronca—. Pregunte por todo Richbell: ¡el viejo Willie jamás miente!

—Ya he escuchado tus lamentaciones antes de ahora, Willie, y me gustaría saber algo más. ¿Cuál es tu verdadero nombre?

—Como no firmo cheques, ¿qué importa eso?

—Fíe de saberlo para cuando te meta en la cárcel. ¿Dónde vives?

—¿Conoce la finca del señor Daniel Foster? En la avenida Bedivere, cerca de la Ruta del Árbol Solitario. Es la mejor residencia de Richbell. El señor Foster me permite dormir en un cobertizo que hay detrás de su jardín japonés. Oh, es una buena persona el señor Foster.

—¿Con qué te ganas la vida? Si has de tomarte una jarra de vino, has de pagarla. ¿Qué haces, trabajas, robas...?

—¿Robar, teniente? ¿El viejo Willie?

—¿Y bien...?

—Todas las buenas damas de Richbell le dan trabajo al viejo Willie, pregúnteles. Arranco los hierbajos de los jardines, en primavera y verano; recojo las hojas en otoño y aparto la nieve en invierno. Si no tienen trabajo para mí, me dan cincuenta centavos o un dólar. Y no creo que esto sea pedir limosna. No se es mendigo cuando no se pide. Si ellas me dan algo que yo no pido, es cuenta suya. ¿Y por qué no me lo han de dar? Al fin y al cabo, con este dinero me aseo. ¡Afortunadamente, el agua y el jabón todavía cuestan muy poco en este mundo!

—Dije que te iba a encerrar y no bromeo. Esta vez te has metido en algo muy gordo. El señor Lafarge está muy quejoso de ti y te irás derecho a la cárcel.

—Nadie me meterá en la *torre* si demuestro que soy el ángel guardián de este teatro, y sé del mismo más que nadie. El señor Lafarge es el administrador, ¿verdad? Aunque también le llaman tesorero.

—¿Qué sabes tú de todo esto, Willie? Por tu forma de hablar se ve que perteneces a cierta esfera social. ¿Qué eras antes de convertirte en vagabundo? ¿Qué sabes de este asunto?

—¡Lo que yo sepa no importa!

—Está bien. Por el momento, y eso no te beneficia en nada, digamos que no importa. Y ahora cuenta tu historia tal como me la has contado a mí, ¡y que Dios te ayude si te contradices en lo más mínimo!

—¿No tendrían un poco de bebida para el viejo Willie?

—¡No!

—¡Sólo unas gotas para el viejo Willie! —suplicó el vagabundo—. Mi estómago salta como un pez atrapado. Y también mis manos, ¿lo ven? Y tienen que reconocer que hablaré mejor con algo que beber que en seco.

—Bueno, tal vez sí, pero aquí no tenemos...

—Yo puedo darle un trago, teniente, si no le importa —ofreció Barry Plunkett.

—De acuerdo, aunque sólo unas gotas.

El actor se dirigió a Willie con cierta cortesía.

—Temo que no podré darle «Sineaky Pete». Puede elegir, no obstante, entre *whisky* escocés o inglés. ¿Qué le pongo?

—*Whisky* inglés —asintió Willie, paseando en torno sus ojillos vacuos—, es precisamente lo que receta el médico. El viejo Willie le da las gracias, joven. Y, por favor, el mayor número de gotas posible. El viejo Willie...

—¡Ya basta! —cortó el teniente Spinelli, entre severo y compasivo—. Bébetete tu medicina, mas no armes tanta bulla.

Desde la puerta, Barry Plunkett hizo señas a Knox, el cual se reunió con él en el pasillo. Barry cerró la puerta.

—Si el teniente no nos echaba de aquí en el primer momento, ya sabía que no nos echaría luego. Vamos por aquí, hacia el escenario, y después al otro lado.

—Bien, le acompaño.

—Antes pregunté si el teniente seguía investigando. Bien, ¿qué opina usted de la pequeña Winfield?

—Entre nosotros, opino que usted debería tratarla mejor.

—¡Ojalá pudiese! Ojalá pudiera cogerla también y darle una azotaina... No, esto sólo lo hacemos en mi país. En todas las canciones irlandesas, todas ellas originales en América durante los años mil ochocientos aproximadamente, el exiliado se queja de añoranza por su país. Claro que yo no estoy exiliado, ni mucho menos. De todos modos, este clima es malo para los irlandeses. Y nadie regresa allá, salvo para visitar pasajeramente a los familiares o amigos de Galway o Donegal. Naturalmente, y perdone, no le pregunté qué pensaba de mí; ya sé que yo soy un piojo. Le pregunté qué opina de ella.

—Anne Winfield es deliciosa. Y quisiera que otra mujer que conozco me hablara como ella le habla a usted.

—¿Se refiere a ese bombón con el que está casado?

—Sí, me refiero al bombón con que me casé.

—Está loca por usted, amigo.

—Que está loca, ya lo sé, pero loca por mí... A veces, creo que sí; después,

vuelve a enfadarse, hasta el punto de que ni el mismo Salomón lograría desentrañar la verdad. Pues bien, si hay algo seguro en este mundo, es que Anne Winfield bebe los vientos por usted.

—Anne es una embustera, maldita sea. Ella...

—Esto no es verdad, ¿eh? En realidad, lo dudo mucho. Y aunque, y perdone, se hubiese acostado con alguno o algunos, ¿tendría mucha importancia para usted?

—No. ¿Cómo lo adivinó? ¡Al diablo con ello! Yo sé perdonarlo todo, y en mi interior no me importa un ardite. Además, tampoco la pillé en nada indecente con ese Harry Delevan, aunque ella estaba en el camerino de él. Mas con esas mujeres siempre hay este problema: se les concede un poco de afecto, sólo un poco, y te arrinconan rápidamente. Además...

Habían atravesado por el fondo del escenario y salieron al corredor del otro lado, cerca de la escalera que conducía a los camerinos de arriba.

—Además —prosiguió Barry con gravedad—, yo también tengo mis problemas. He preguntado dos veces si el teniente seguía investigando. Si todavía piensa que yo me quedé entre bastidores y asesiné a nuestra Reina de las Nieves con un dardo, no creo que el ser arrestado como un criminal vulgar sea el mejor regalo para una presunta desposada. Un momento, amigo, aguarde aquí mientras voy a mi camerino en busca del *whisky*. Si viene alguien, apártele de su lado.

Dejó a Knox al pie de la escalera.

No apareció nadie. De los camerinos surgían algunos susurros y también voces altas, particularmente del pasillo superior. No vio a nadie, aparte de un grupo de tres personas en el otro extremo, junto a los peldaños de la puerta del escenario.

Una de ellas, cosa sorprendente, era el joven Larry Porter. Mas, ¿por qué tenía que ser sorprendente? El segundo miembro del grupo era la gorda Kate Hamilton, que ya no lucía las cofias de Nodrizza, sino un vestido de calle, con una piel en torno a la garganta, y conversaba con Larry Porter en voz baja y apresurada. En cuanto al tercer miembro, ya sin el maquillaje de anciana Capuleto, resultó ser Marion Tarb, la compañera de habitación de Anne Winfield, que debía de ser bastante más joven que la propia Anne. Se trataba de las dos mujeres que le habían proporcionado a Larry Porter su inexpugnable coartada. Otros rostros, sólo en imaginación, flotaban a su alrededor. Judson Lafarge, Connie, Judy y (cosa desconcertante) el alcalde de Richbell.

Bueno, ¿quién era el asesino?

Knox se estremeció.

En una novela detectivesca, el culpable sería Lawrence Porter, a pesar de su coartada. No obstante, después de todo lo descubierto respecto al joven, había que dejarlo aparte. Naturalmente, no estaba por encima de toda sospecha; al contrario, como en otro caso solucionado por el doctor Fell, estaba por debajo. Y un rasgo de habilidad derribaría su coartada como un castillo de naipes; otro toque demostraría por qué Porter, a pesar de la ingente fortuna de su padre y de su enorme pensión

mensual, necesitaba robar las joyas para luego devolverlas, y el pseudo protagonista, olvidado del lector, pasaría a primer término como el asesino.

Excepto que... excepto que...

¡No, no era así! Por muy poco familiarizado que Knox estuviese con el crimen moderno de la vida real, sabía que tal cosa no era posible. Era demasiado fortuito, excesivamente rebuscado; lo mismo que la idea romántica que hacía de Anne Winfield la hija de Margery Vane. Sí, en la vida se dan curiosas coincidencias, pero jamás toda la pauta de acontecimientos puede achacarse a la casualidad.

Además, ¿y el método? Tanto si el asesino había atacado a Margery Vane desde el fondo del palco o por delante del mismo, ¿cómo convenció a su víctima para que se pusiera de pie y aguardara el disparo?

Knox no tuvo oportunidad de reflexionar el asunto, porque en aquel instante apareció Barry Plunkett con un frasco de *whisky* ya mezclado con soda... con más de lo primero que de lo segundo. Se dirigió al grupo del otro extremo del escenario, aunque sin aproximarse demasiado, limitándose a elevar la voz.

—¡Kate! ¡Ven aquí!

—Sí, caballero —repuso Kate Hamilton con su vozarrón de contralto y acercándose a Barry—. ¿Cómo está ahora tu gran amor?

—Esperando la ocasión de amar. Kate, ¿estás serena?

—Bastante. Siempre lo estoy. ¿Por qué?

—¿Tienes un reloj, Kate?

—Sí, ¿lo ves? —mostró su muñeca—. ¿Piensas que estoy demasiado bebida para averiguar la hora?

—No, no es eso.

—¿Entonces...?

—Quédate vigilando el reloj —continuó Barry—, y aguarda cinco minutos. Luego, entra en el saloncillo. Si necesitas una excusa, di que estás buscando una botella; ya sabes que allí hay muchas de vacías. Necesito que hagas una cosa.

—De acuerdo, O'Sullivan^[25], ¿qué quieres que haga?

—Quiero que digas si hay allí alguien a quien conociste hace treinta y siete años. Escucha, tal vez no dé resultado. A lo mejor es una idea tonta. Quizás esté tan chiflado como tú.

—Los halagos de este tipo —se quejó Kate Hamilton, dirigiéndose a Knox—, cada vez resultan más nauseabundos. De acuerdo, gran actor. Aunque ya veremos qué puedo hacer. Treinta y siete años son muchos años.

—Lo sé, pero cuento contigo. Y no te enfades conmigo, cariño. Dentro de cinco minutos entra en el saloncillo, donde nos dirigimos ahora el amigo Knox y yo. Vamos, andando.

Esta vez atravesaron por en medio del escenario, bajo la luz tamizada de una batería.

En el saloncillo nada había cambiado. El doctor Fell, como una montaña sobre el

sofá, chupaba su grueso cigarro bajo una espesa nube de humo azulado. Anne Winfield, con aspecto recatado, estaba a su lado. Willie, instalado en una butaca tapizada de brocado, enfrente del doctor, temblaba de tal forma que, cuando corrió hacia los recién llegados, estuvo a punto de caerse redondo al suelo.

—¡Cuidado, Willie! —le gritó Barry—. Aquí tienes tu bebida, pero tómatela despacio.

—No sé por qué permito tales cosas —rezongó el teniente Spinelli, casi a punto de coger el vaso—. Amiguito, me parece que ahí hay demasiado licor, y no quiero que se emborrache antes de que haya soltado todo lo que sabe.

—Tranquilo, Leonardo de Vinci; un poco de *whisky* jamás perjudica a nadie. Cuidado, Willie, coge el vaso con ambas manos. Dentro de un instante estarás bien de nuevo.

Willie obedeció, haciendo chocar sus dientes contra el cristal. Tragó de golpe, se estremeció, volvió a coger el vaso con las dos manos y aguardó un momento antes de tomar el segundo sorbo. Después del tercero, al final de un período de tiempo durante el cual se hubiera podido contar lentamente hasta cien, dejó el vaso sobre la mesa con mano firme, junto al payaso de juguete.

Su sentido de la orientación había mejorado.

—Todavía está el vaso medio lleno, ¿lo ve, teniente? El viejo Willie no es avaricioso. Gracias, joven, eres mi salvador. Me recuerdas un poco a Adam Cayley en los viejos tiempos.

—¿Qué demonios —rugió el teniente— tiene que ver Adam Cayley con nuestro asunto?

—Naturalmente, tú no eres tan guapo como él, ni tan impresionante. La gente no resulta hoy día tan impresionante como antes. Aunque el acento es el mismo, y también la voz. Bueno, ¿quién tiene un cigarrillo para el viejo Willie?

Barry Plunkett le entregó uno, lo mismo que a Knox, y se guardó uno para sí, procediendo después a encender los tres. Hacia el techo se escapó mayor cantidad de humo.

—Ahora escúchame, Willie, y escúchame con tus cinco sentidos —le espetó el teniente—. Si crees que estás en una fiesta, cambia de idea. ¿Contestarás al maestro, o no?

Con el vaso en una mano y el cigarrillo en la otra, Willie regresó a su butaca.

—Contestaré; claro que contestaré, teniente. Así Dios me ayude, le contestaré. Sólo quiero que no maltraten al viejo Willie. Yo no...

—Primero: ¿cómo puede usted entrar en este teatro sin que nadie le vea? ¿Hay una entrada secreta?

—¿Entrada secreta? ¡Por todos los diablos! —Willie se mostraba grandilocuente—. ¡Por todos los diablos del infierno! Claro que hay una. En realidad, no hay más que muchas puertas y siempre se olvidan de cerrar una. Anoche se olvidaron de atrancar la puerta del vestíbulo que da al callejón. El señor Lafarge regresó y salió por

ella a las dos de la madrugada, ¿no fue así? El viejo Willie lo sabe. El viejo Willie...

La puerta del saloncillo se abrió bruscamente. En el umbral quedó enmarcada la voluminosa figura de Kate Hamilton.

—Buscaba una botella, pero ya la he encontrado —anunció, sosteniendo un quinto de *whisky* medio vacío.

Mientras Willie la miraba, los ojos de la dama de carácter recorrieron la habitación. Su mirada se encontró con la de Willie, pasó a los carteles de las paredes, y volvió apresuradamente hacia el vagabundo.

—¡Caramba! ¡Jesucristo! —exclamó.

—¿Sí, Kate? —saltó Barry Plunkett—. ¿Qué pasa?

—De no haberme dicho que podía encontrar a una persona conocida mía desde muchos años atrás, hubiese podido pasar por su lado veinte veces sin reconocerla.

—¿Sí, Kate?

—Y aún no estoy segura. Algunos individuos murieron, otros se retiraron, y los demás desaparecieron. Si pensara que puede tratarse de...

Descorchando su frasquito, se lo llevó a los labios y tomó un largo sorbo.

—Sí, podría ser aquella monstruosidad que era Will Estabrook, nuestro antiguo administrador... pero el exceso de alcohol lo condujo camino abajo y...

—No tan abajo, Kate —exclamó el vagabundo—, no tan abajo, en realidad. Y será mejor que te hagas a la idea, porque en efecto yo soy esa monstruosidad que has dicho. Y también soy quien puede ayudar un poco en este asunto. Yo soy el único que vio cómo moría Margery Vane por culpa de un dardo de ballesta, porque dos personas deseaban su muerte. Yo, yo lo sé. Will Estabrook, alias el viejo Willie.

—¡Kate, estás tan espléndida como siempre!

—¿Yo?

—Jamás me pareciste bonita, Kate; ni siquiera tienes un rostro agradable. He dicho que estás espléndida, lo mismo que antes.

—Caballero —el doctor Fell se dirigió al vagabundo con gran cortesía—, acaba usted de decir que vio cómo disparaban contra Margery Vane.

—Oh, es cierto. El viejo Willie...

—¡Cuidado, amiguito! —le advirtió el teniente.

—Por favor, teniente, trate de no insultarme con sus «amiguitos». No me gusta. Tampoco me gusta que me llamen borracho o borrachín. Sí, ya sé que lo soy, mas de manera digna. Y si quiere, teniente, llámeme alcoholizado, y deje mi dignidad.

—Señor Estabrook —continuó el doctor Fell—, ¿dónde estaba usted cuando presencié la muerte?

—En la general. Es el sitio predilecto del viejo Willie. Allí me hallaron esta noche. Cuando empezó el tercer acto, me deslicé de la general.

—¿Cómo bajó desde allí?

—Hay una escalerilla en el pasillo exterior al palco B, a la altura de la general, que desciende hasta el pasillo inferior, donde está el palco A, a la altura del anfiteatro. En la primera fila de éste había dos mujeres juntas; pero no me quedé allí. Seguí bajando.

—¿Estabas muy borracho? —preguntóle el teniente.

—Oh, había tomado unas copas, aunque sabía muy bien lo que me hacía. Me dije: «Echaré una ojeadita al escritorio». De modo que dejé la platea...

—¿Viste a alguien más antes? —inquirió el teniente.

—Sí, señor. Vi a ese caballero —Willie señaló a Knox—, que subía por un pasillo lateral y después cruzó hacia el central. También le vi a usted, teniente, siguiéndole como si acechara un gamo en el bosque. Y no vi a nadie más.

—Amigo —preguntó el doctor Fell, mientras la luz de la lámpara se reflejaba en sus lentes—, ¿está seguro de que no vio entonces a nadie más?

—Sí, señor, estoy seguro. Sabía que había gente por allí, tal como uno la presiente cuando se hallan algunas personas cerca, mas no vi, o no me fijé en nadie más, hasta que llegué al escenario. Y nadie me vio *a mí*.

Weary Willie, alias Willy Estabrook, hizo una pausa para eructar.

—Mercucio y Benvolio —continuó luego, mirando a Barry Plunkett—, o sea usted y otro tipo, con trajes de época, salieron a escena por un lateral y recitaron sus versos. Por el otro lateral aparecieron Teobaldo con los suyos, y después Romeo por el mismo lado. No diré que estuve asustado; me hallaba demasiado alegre para eso, aunque sí me sentía un poco... inquieto. La obra se aproximaba al momento en que Adam Cayley cayó muerto en escena, y el pobre Adam había sido siempre un gran

actor, a pesar de carecer de criterio; oh, sí, siempre me apreció, siempre apreció al viejo Willie, que entonces era el señor Estabrook. Claro que Adam respetaba y apreciaba a todo el mundo.

Volvió a callar un instante. Cogió del suelo su bebida y se tomó la mitad de lo que quedaba. El cigarrillo le estaba casi quemando los dedos, por lo que, después de apagar la colilla aplastándola contra un zapato, la tiró al suelo.

—No sé si todavía recordaría aquellos versos. La memoria del viejo Willie no es ya como era antaño. «Teobaldo, caza ratones, ¿quieres bailar un poco?». Fue entonces cuando levanté la vista y divisé a Margery Vane sentada y siguiendo atentamente el ensayo desde el palco C. ¡Qué hermosa había sido en su época! Aunque no más que esa jovencita que ahora está sentada a su lado en el sofá.

—Gracias —agradeció Anne Winfield, inclinando la cabeza—. ¡Oh, muchas gracias! Y ¿qué vio usted?

—Bueno, señorita, Mercucio se batió con Teobaldo, y éste le hundió la daga. Mercucio, o sea usted —Willie volvió a mirar a Barry—, recitó sus últimos versos: «¡Malditos sean los rencores de vuestras casas!». Esto es lo que dijo usted y no, como recitan algunos actores pésimos, «¡Malditos sean los rencores *en* vuestras casas!». Como estaba tan cerca, lo oí muy bien. Benvolio le ayudó a salir de escena, hacia entre bastidores, no muy lejos de donde yo estaba. Y repetiré lo que usted le dijo. Dijo: «Por favor, no vuelvas rápidamente a escena; dame algún tiempo para morir». ¿No le dijo usted eso?

—Sí —asintió Barry Plunkett—. Buen testigo, teniente, porque esto es exactamente lo que dije.

—Benvolio, no obstante, volvió a salir a escena con demasiada premura; al cabo de unos veinte segundos, según calculé. Recitó su parrafada explicando que Mercucio había fallecido, y Romeo replicó...

—¡Eh, un momento, Willie! —le interrumpió el teniente—. No nos importa lo que pasaba en escena; esto ya lo sabemos. ¿Qué hizo el señor Plunkett?

—Dio media vuelta y se dirigió a su camerino, cerrando la puerta.

—¿Lo juraría ante un tribunal?

—¡Y sobre un montón de Biblias!

—¿Le vio después?

—No, teniente; al menos, no reparé en él. En escena, Teobaldo y Romeo estaban ya luchando. Entonces, me dije: «Vaya, ya ha pasado el momento en que Adam Cayley murió». Claro, ignoraba que iba a ocurrir otra muerte.

—¡Y yo estaba jugando a los dados! —gritó Kate Hamilton.

—Por favor, señor Estabrook —rogó el doctor Fell—, continúe su relato.

Willie cogió el vaso, lo vació de un trago y volvió a dejarlo. Barry Plunkett le ofreció otro cigarrillo, que encendió.

—No sé qué me obligó a mirar a mi alrededor —prosiguió el vagabundo—, especialmente hacia el corredor donde hay las puertas de los camerinos. Pero esto

hice. Y por allí venía un individuo llevando una ballesta en las manos.

—¿Quién era? —quiso saber el teniente.

—¡Oh!, ¿cómo he de saberlo? Ya se lo he contado. Llevaba una máscara que le ocultaba toda la cabeza, de la clase que los comparsas llevan en la escena del baile en el palacio de los Capuleto... si mal no recuerdo, en la escena quinta del primer acto. Además, también iba vestido de época, completamente de negro.

—Willie —le atajó Barry Plunkett con decisión—, el único actor que vestía totalmente de negro, tanto ayer como esta noche, fue Lee Huxley, en calidad de Teobaldo. Y Lee no se movió para nada del escenario.

—Tienen ustedes una guardarropía, ¿verdad? En mis tiempos, teníamos guardarropía y también una sastresa.

—Sí, hay un guardarropa. Tenemos en cartera varias obras de Shakespeare, y no podemos siempre llevar los mismos trajes. Sí, supongo que cualquiera pudo...

—Con su permiso —se entrometió el doctor Fell—, ¿no podríamos evitar los «pudo» y ceñirnos a los «hizo»? ¿Qué hizo aquella extraña máscara y qué hizo usted?

—No me moví. El viejo Willie se quedó petrificado. La ballesta estaba armada (no tenía correa para el hombro como las demás), y el dardo se hallaba bien sujeto en su lugar. Si aquel individuo se fijó en mí, cosa que no creo debido a la idea fija que tenía en su mente, debió figurarse que yo era un tramoyista, a causa de mis harapos, por lo que me miró tan poco como a los demás que estaban por allí. Luego, salió a escena...

—¿A escena? —rugió el teniente Spinelli—. ¿A plena vista de los espectadores?

—¡Teniente, le estoy diciendo lo que yo vi! Anoche, cuando usted interrogó a los testigos, oí mucha palabrería respecto a este asunto. ¿Y quién vio al asesino, más que yo? Todo el mundo se hallaba absorto, contemplando el duelo que tenía lugar en escena. Además, ese individuo apenas sobresalió más de un paso de entre bastidores, el mismo que representaba la esquina de una casa. Oh, pero me estoy adelantando a los hechos. Un instante antes de que él saliera a escena, yo miré hacia el palco C. Y Margery Vane...

—¿Qué? —interrogó el doctor Fell ávidamente.

—Señor, no se tomaba mucho interés en la obra. La luz de las candilejas no me permitió verlo todo con detalle, mas sí logré distinguirlo todo bastante bien. Margery estaba inquieta, como si aguardara algo. Miraba hacia atrás, y ahora sé por qué. Se dice que el viejo Willie está medio mochales, mas a pesar de eso sé usar mi cerebro, y sé lo que significaba la inquietud de Margery. Alguien a quien ella esperaba, había llamado a la puerta del palco, o la había llamado desde fuera. Por tanto, se puso de pie. Volvióse de espaldas y avanzó hacia la puerta. El individuo enmascarado levantó la ballesta. ¡Zim! —añadió Willie, produciendo un zumbido característico, que les hizo saltar a todos. Se quitó el cigarrillo de entre los labios, lo arrojó al suelo y lo pisoteó—. Fue en el mismo momento en que cayó Teobaldo. Al ser disparada la ballesta se rompió la cuerda. Y, sin embargo, el dardo hirió mortalmente a la pobre

Margery por debajo del omóplato, y cayó como arrollada por un tren expreso. El enmascarado...

—Supongo —le interrumpió el teniente Spinelli con sarcasmo— que el enmascarado giró en redondo, te saludó, y se alejó silbando con la ballesta al hombro.

—¡No, teniente! Dio un paso al frente, un paso muy largo, y descendió llanamente por una trampilla automática que ya tenía dispuesta, si se trata de la misma que antaño funcionaba en este escenario. Y ahora, por favor... ¿no podría el viejo Willie tomar otro vasito?

—Toma —le ofreció Kate Hamilton.

Presurosamente, la dama de carácter cogió el vaso vacío del falso vagabundo, vertió en el mismo una generosa ración de *whisky* y le entregó a Willie vaso y botella.

—¡No hay que darle más tragos! —rugió el teniente—. Y además... de *whisky*. Yo... Oh, está bien. Por lo menos, guárdate la botella en el bolsillo. Lo cierto es que no pareces más borracho ahora que al principio. Bien, maestro, pregunto yo: ¿ha oído alguna vez una narración más idiota? ¡Personas enmascaradas y trampas que se abren!

—Tal vez sea idiota —intervino Barry Plunkett—, pero también lo es toda la situación. Y esto pudo suceder muy bien.

—¿Usted también?

—Sí, teniente. Si la sugerencia de una trampilla automática hiere su sentido de la realidad, debe de saber que precisamente existe una en el escenario tal como ha descrito Willie. Pregúnteselo a Philip Knox, con quien estuve hablando de ello precisamente poco antes de empezar el acto tercero del ensayo general —el actor procedió a continuación a relatar su conversación con el historiador—. Como proclamó usted mismo anoche, cuando estaba más que medio convencido de mi culpabilidad... no diré que ocurriese esto, sino que pudo suceder.

—¡Ocurrió, teniente! —gritó Willie roncamente—. Yo soy un borrachín, sí; un alcoholizado, si quiere usted. Pero no estoy drogado; no tomo drogas, ni tengo alucinaciones. Además, ¿por qué iba a mentir? ¿Qué saldría ganando con mentir? Sí, claro que me gustaría que volvieran a admitirme aquí, en calidad de vigilante, por ejemplo... mas con mentirle a usted, teniente, ¿qué sacaría? Sólo ir a la cárcel por perjurio.

—Irás a la cárcel, no te preocupes. Bien, sigo queriendo saber qué opina el maestro. ¿Doctor Fell?

El cigarro de Gideon Fell estaba consumido. Se lo sacó de la boca y lo inspeccionó atentamente.

—Esta historia —pronunció lentamente— es muy interesante.

—¿Interesante? Por lo que Willie ha contado...

—Es interesante —repitió el doctor Fell—, no sólo por el testimonio del señor Estabrook, sino también por las declaraciones del juez Cunningham.

—¿Qué tiene que ver el juez...?

El doctor Fell continuaba estudiando el cigarro.

—Esta noche, en el jardín de su casa, el juez me dio a conocer ciertas teorías. Declara, con toda lógica, que este crimen sólo puede explicarse si suponemos que intervinieron en su ejecución dos personas. Así, afirma nuestro jurista, contestamos a una pregunta inquietante. En cualquier reconstrucción que se haga del crimen será necesario explicar cómo fue inducida la víctima a colocarse en la postura en que fue atacada.

—¿Y está usted de acuerdo?

—¿En qué? ¿En la necesidad de inducir a la víctima a colocarse de espaldas al escenario? ¡Oh! ¡Ah...! Claro que sí, aunque ello incluya la discusión de diferentes aspectos del problema. Un cómplice, desde fuera del palco C persuade a la víctima a levantarse y volverse de espaldas al escenario. El asesino dispara entonces desde allí.

—Entonces, usted me cree, ¿verdad? —exclamó Willie.

—Al menos considero su testimonio como probable.

—¡Considérelolo! ¡Reconstrúyalo...! ¡Brr! —rezongó el teniente, que estaba reflexionando intensamente—. Vamos, quiero que todos vengan conmigo.

—¿Adónde, por los arcontes de Atenas?

—Al escenario. Vamos a reconstruir lo ocurrido. ¡Todo el mundo a escena!

—Parece un traspunte —murmuró Barry Plunkett al oído de Anne Winfield, mientras salían los primeros.

Les siguió Willie Estabrook, muy digno, con Kate Hamilton, Knox, el teniente y finalmente el doctor Fell.

—Espero, señorita Hamilton —dijo el último, situándose junto a la voluminosa actriz—, que no se marchará todavía. Tengo que formularle un par de preguntas.

—Oh, me quedo con ustedes. Por lo menos, mientras dure la indagación de esta noche. Un momento. ¿Qué sucede, Barry?

—¿Qué sucede?

—No oigo nada —afirmó Kate Hamilton.

Decía verdad. Aunque el escenario se hallaba débilmente iluminado, reinaba en él un completo y ominoso silencio. De los camerinos del lado opuesto no salía el menor rumor, ningún susurro siquiera.

—Todo se ha acabado —indicó Barry Plunkett—. Todos se han ido a casa... o a continuar la celebración del estreno en otra parte. Lo cual quizá sea conveniente, teniente.

—Seguro —accedió el policía. Tras una pausa añadió—: Por otra parte, tampoco hubiese podido seguir interrogándoles toda la madrugada. Bien, jovencito, ¿dónde está la ballesta que usted utilizó anoche?

—Se la pedí a Jake Harpenden, que interpreta un pequeño papel de la obra. Si todavía la tiene en su camerino, como supongo, nada será más fácil que cogerla.

—Otra cosa —prosiguió el teniente—. Si un enmascarado apareció en el escenario, tal como afirma Willie, tuvo que preparar el mecanismo automático de la

trampilla por anticipado. Luego, tras haber bajado, tuvo que hacerla subir de nuevo, y toda esta operación, de principio a fin, sin que nadie de escena observase el menor gesto o movimiento.

—Barry... —empezó Anne Winfield, mas el actor no le prestó atención. Al contrario, la obligó a callar atrayéndola hacia sí y poniéndole una mano sobre los labios.

—Teniente —dijo acto seguido—, ha de pensar que no existe ningún motivo por el que los que estaban en el escenario se fijasen en nada. Todos tenían que actuar y recitar sus «bocadillos». En cuanto al mecanismo de la trampa, pudo quedar a punto mucho antes.

—Está bien. Ahora dispondremos ese mecanismo. Vaya a buscar la ballesta y cárguela. Usted dejará de ser Mercucio y se convertirá en el enmascarado.

—¿Quiere también luz del día?

—¿Cómo?

—¡Que dé las baterías!

—No, no hace falta tanto realismo. Willie —siguió el teniente, girando en redondo—, cuando viste al enmascarado, ¿de dónde venía?

—No lo sé, teniente. Avanzaba por el pasillo.

—Está bien. Vete al otro lado y sitúate donde estabas cuando ocurrió el asesinato. Bien. ¿Qué actores se hallaban en escena?

—Sólo tres —explicó Knox—. Romeo, Benvolio y Teobaldo. Éste, que acababa de hacer mutis tras apuñalar a Mercucio, reapareció por este lateral, el derecho, y Romeo le desafió.

—Entonces, será mejor que empecemos desde ese momento. Doctor Fell, usted será Romeo; el señor Knox será Teobaldo. Señorita Hamilton, ¿quiere hacer de Benvolio?

—Estupendo, Sherlock Holmes —asintió Kate—. En mis tiempos lo hice todo... hasta el Hamlet. De modo que también puedo representar ahora el Benvolio.

—El papel de Romeo —manifestó el doctor Fell con enorme modestia— es uno de los que jamás habría pensado en representar, ni en mis más fantásticos sueños, ni creo que me lo hubiese repartido ningún director, a no estar loco. Además, no sé si me acordaré de los versos.

—Maestro, no necesito que recuerde las palabras. Se trata sólo de crear ambiente. Usted y el señor Knox lucharán con espadas y dagas imaginarias (usted puede utilizar su bastón), y fingirán concentrarse en la pelea hasta que yo diga: «¡Ya!».

El teniente calló un momento, como estudiando la situación.

—Es verdad que Tony Ferrara, Lee Huxley y Ben Radford, que interpretaron esos papeles en el ensayo general, juran que no estuvieron atentos más que a la representación, después de haber dejado Benvolio a Mercucio entre cajas. Incluso Lee Huxley, que era Teobaldo, y estaba mirando hacia el palco C mientras se peleaba con Romeo, afirma que sólo pensaba en el modo que debía caer al suelo al ser herido,

y por tanto no hubiese visto siquiera pasar un elefante por el escenario, caso de haberse presentado tal proboscídeo —añadió el teniente, dando pruebas de su cultura zoológica—. De modo que ya lo saben ustedes tres: no deben dirigir ni una sola mirada a los laterales. ¡Willie! —gritó de pronto el teniente—. ¡Barry Plunkett!

—¿Sí, teniente? —dijeron los dos nombrados.

—¡Willie, guárdate la botella en el bolsillo! Barry, y también tú, Willie, tengo que decirles algo.

Los dos se aproximaron al teniente, el cual les habló en voz baja. Después, Barry Plunkett desapareció en la sombra. Lo mismo hizo el teniente, y Willie, después de llevarse el frasco de *whisky* a la boca, retrocedió hacia el fondo del escenario.

Y empezó la representación.

El escenario ya presentaba el decorado de «una plaza pública de Verona», puesto que los tramoyistas lo habían montado para la primera escena del día siguiente. El telón estaba levantado, dejando ver la platea vacía. A un gesto imperioso de Kate Hamilton, Knox situóse entre las fachadas de dos casas pintadas a la derecha. Se sentía un poco ligero de piernas y de cerebro. Mas al oír a Kate Hamilton en su interpretación de Benvolio: «Aquí viene otra vez el furioso Teobaldo», el historiador logró farfullar los versos que Shakespeare puso en boca del traidor de la obra.

El doctor Fell, a pesar de sus protestas respecto a no recordar el papel de Romeo, juró adecuadamente vengar la muerte de Mercucio. Teobaldo, a su vez, le prometió matarle. Y el doctor Fell respondió con voz tonante:

—Pues vamos a decidirlo.

Al instante, avanzó con el bastón en alto, dispuesto a luchar para vengar a su amigo.

Debido a su enorme mole, no era posible que el doctor Fell ejecutase una bella exhibición de esgrima, sin embargo, hizo lo que mejor pudo. Knox, blandiendo una espada y una daga inexistentes en el aire, continuó interpretando su papel, hasta donde recordaba. Al doctor Fell le cayeron los lentes de la nariz, que quedaron balanceándose al extremo de la cinta negra, y su respiración se tornó jadeante.

—¡Arcones de Atenas! ¿Va a durar mucho esto?

—Fue un desafío en toda regla. Fíjese, ahora yo doy media vuelta, y me pongo de cara al lateral por donde he entrado. —¿Oh? ¿Ah?

—Al dar otra vez media vuelta hacia el lado contrario, cuente usted hasta veinte y entonces me hiere.

—¿Cómo? ¿Con la daga, como suele hacerse?

—No, mediante una experta estocada entre el hombro y la garganta. Anoche lo hicieron muy bien. ¿Listo?

—Vamos allá.

Knox, al situarse en la primera posición, miró hacia el palco C. Consiguió distinguir su reborde curvo con los adornos dorados y blancos, la cortina roja a un lado y, en la penumbra, la puerta pintada de blanco.

Luego, sus ojos se fijaron en el lado opuesto. Barry Plunkett estaba entre bastidores. Con el brazo izquierdo sujetaba una ballesta, tensa la cuerda, mientras su índice derecho estaba apoyado en el disparador.

El doctor Fell se tiró a fondo y tocó con su bastón la unión del hombro con la garganta de Knox. Éste dobló las rodillas.

—¡Ahora! —gritó el teniente Spinelli—. ¡No dispare! ¡Le dije que no...!

Barry Plunkett accionó el disparador.

Sonó un potente zumbido al distenderse la cuerda. El dardo voló fuera del escenario. Knox suspendió su caída. Y todos, mirando hacia el palco C, pudieron ver el dardo hundido en la blanca puerta.

De allí surgió una tremenda maldición. Y a la vista de todos se presentó un agente uniformado, con un cigarrillo en la mano izquierda y la mano ya sobre la culata del revólver ceñido a su cadera.

—¿Paulson? —gritó el teniente—. ¿Eres tú, Paulson?

—El mismo, teniente.

—¿Qué diablos haces ahí?

—Oh, teniente, usted no me prohibió echar un vistazo. Pero ahora estaba tumbado en el sofá, fumando un pitillo, y un imbécil...

—¿Un imbécil? Más bien creo que fue un loco.

—Teniente, pudo matarme, ¿sabe?

—Te hubiese estado bien empleado, Paulson. Bien, desclava ese maldito dardo de la puerta y dámelo.

Hubo una pausa.

—Diantre, teniente —exclamó Paulson—, se ha clavado con tanta fuerza que la punta sale por el otro lado.

—¿No me has oído? ¡Saca de ahí ese condenado dardo y dámelo en seguida!

—Se está divirtiendo ¿eh, teniente Spinelli? —se burló Kate Hamilton.

Cario Spinelli asumió una actitud oratoria.

—Pues sí —afirmó—. En conjunto, es la vez que más me he divertido desde mi luna de miel.

—Cálmese, teniente —le aplacó Barry Plunkett.

—Veamos —continuó el policía—. Con un zumbido tan difícil de identificar, y la música que interpretaba la orquesta en el foso durante el desafío... sí, pudo suceder de este modo. Sin embargo, yo no lo creo aún. Por un lado, yo mismo estaba en platea vigilando. Y no comprendo cómo pudo producirse el crimen de esta manera... aunque toda la *troupe* del circo «Barnum» hubiese estado trabajando en el escenario.

Kate Hamilton señaló una abertura cuadrada en el suelo de tablas del escenario, no muy lejos del proscenio y cerca del lateral.

—¿Dónde está Barry? —preguntó.

Lentamente, la trampilla volvió a ascender, con el nombrado encima, sujetando aún la ballesta.

—Estoy aquí, dulce Kate. No me has visto bajar, ¿verdad?

—Yo sí le vi bajar —puntualizó el teniente—. Y estuve a punto de saltarle encima para romperle el gaznate. ¡De acuerdo! ¡Todo el mundo tranquilo! Sí ocurrió de este modo... y fíjense en que he dicho sí, ya sé exactamente cómo sucedió. Regresemos al saloncillo y se lo demostraré.

El agente Paulson, con aspecto contrito, pasó por la platea con el dardo en la mano. El teniente le ordenó que se quedase allí por el momento. Anne Winfield se materializó entre bastidores y se encaminó hacia el saloncillo con la cabeza reclinada sobre un hombro de Barry. Kate Hamilton, Knox y el doctor Fell siguieron a la pareja, con el teniente Spinelli a retaguardia.

La puerta se cerró. La lámpara arrojó su luz serena sobre la capa y el sombrero del doctor Fell, y sobre la diminuta figura del payaso Joey. El teniente Spinelli se situó, en actitud imperiosa, junto a la mesa.

—Según Willie... —empezó a decir para interrumpirse de pronto—. ¡Willie! ¿Dónde está Willie?

Nadie lo sabía. Un grito hizo que el agente Paulson se asomase por la puerta.

—¡Busca a Weary Willie! —le ordenó el teniente—. La última vez que le he visto estaba al otro lado del escenario. Tráeme a Willie, Paulson, o te ganarás lo que no te gustará. ¿Me has oído?

—A la orden, teniente.

Se cerró la puerta.

—Bien... De acuerdo con esta teoría, veamos qué tendré que explicarle al fiscal. Tres testigos en escena, Tony Ferrara, Lee Huxley y Ben Radford, que no vieron nada. Siete más como espectadores, el juez Cunningham, Bess Harkness, la señorita Knox, el señor y la señora Lafarge, el señor Knox y yo mismo... que tampoco vieron nada. Sin embargo, un individuo vestido de negro y enmascarado, disparó un dardo mortal contra lady Severn con una ballesta semejante a la que tengo en la mano, y acto seguido descendió por la trampa. Volvió a enviarla hacia arriba... y, no obstante, nadie observó nada. Después, supongo que el criminal logró salir a la platea y dejó la ballesta en el suelo, antes de darse la alarma.

—Pudo escurrirse a platea de distintos modos —apuntó Barry.

—Vaya, solamente un loco pudo ejecutar estas acciones. Sólo un tipo chiflado pudo arriesgarse a utilizar una ballesta que, según el juez Cunningham, estaba en muy malas condiciones. No, no quiero que el fiscal me tome por idiota. Y, sin embargo, puesto que ustedes, en conjunto, opinan que así es cómo sucedió, por mi parte afirmo que sólo existe una persona capaz de ejecutar un acto tan completamente idiota.

—Está bien, hable ya de una vez —refunfuñó Barry Plunkett—. ¿Quién fue ese chiflado?

El teniente Spinelli le miró fijamente a los ojos.

—Ese chiflado fue usted.

—Gran Dios, ¿volvemos sobre el mismo tema?

—En realidad, siempre hemos estado en él.

—Ya. Teniente, ya le dije que...

—No me dijo mucho, ¿verdad?

Barry Plunkett dejó la ballesta sobre el sofá y retrocedió unos pasos. El teniente Spinelli fue tras él, como si tuviese intenciones de arrinconarle materialmente.

—Si quiere saber mi opinión —le espetó—, se trata del doble engaño.

—Seguro. Ya ha sucedido en un par de casos solucionados por el maestro. Anoche, en el papel de Mercucio, usted llevaba un traje azul plateado. Willie le vio entrar en su camerino, y no volvió a verle. O, para ser exacto, le pareció que no volvía a verle; Oh, usted no es tonto, irlandés, y al fin y al cabo, tal vez sea más seguro un crimen cometido a lo loco. Usted fue a su camerino. ¿Quién se imaginaría que iba a quitarse el traje de Mercucio para ponerse otro negro y una máscara, y volver al escenario como un comparsa cualquiera? Yo sé que todos los actores son muy veloces en vestirse y desnudarse.

—Teniente, creo que este caso le ha vuelto mochales. En fin, ha esbozado usted un método posible; acaba de demostrarnos cómo pudo ocurrir...

—No, jovencito —replicó el teniente—, usted nos ha demostrado cómo pudo ocurrir. Yo me he limitado a tender una trampa y usted ha caído en ella, tal como me imaginé.

—¿Una trampa?

—Naturalmente. Lo siento, irlandés, ya que en cierto modo, no es usted mala persona. Pero yo soy un polizante y tengo que buscar pruebas. ¿Quién podía imaginarse que usted emplearía ese truco del cambio de ropa?

—Usted, usted sí —afirmó Barry—, porque usted es un sabelotodo. Bien, si piensa arrestarme...

—No, no voy a detenerle. Todavía no. Necesito más pruebas y las obtendré.

—Entonces —gruñó Barry Plunkett—, consígalas pronto. ¡Teniente, está usted más loco que una cabra! ¿Por qué tenía yo que matar a aquella mujer? ¿Por qué motivo?

—Según la ley, la acusación, joven, no necesita demostrar el motivo.

—No según la ley —objetó el actor—; sin embargo, esto no es más que una triquiñuela legal. En todos los países democráticos, ya sea Norteamérica, Inglaterra o Irlanda, la ley tiene que demostrar que existe un fuerte motivo, de lo contrario, ningún jurado condena al acusado. Y como polizante, usted lo sabe mucho mejor que yo.

—Sabré el motivo, irlandés, tan pronto como hable con... ¡Doctor Fell! —chilló el teniente de pronto—. ¿Dónde está el doctor Fell?

No estaba ya en el saloncillo, aunque había estado allí unos momentos antes.

Parecía imposible que un individuo de las descomunales proporciones del doctor Fell pudiera desaparecer inadvertidamente. No obstante, Knox ya se hallaba familiarizado con este desconcertante truco del detective. Iba a explicárselo al teniente cuando se vio interrumpido por la apresurada aparición del agente Paulson.

—Weary Willie...

—¿Qué ocurre, Paulson?

—Está ahí fuera, teniente. En el suelo. Completamente borracho y con un frasco de *whisky* en el bolsillo.

—Borracho, ¿eh? ¡Valiente testigo!

—Exacto, teniente. Esto no le gustará mucho al fiscal.

—No me importa que al fiscal le guste o no, Paulson. El fiscal puede irse a... ¡No, no quería decir eso!

—Claro que no, teniente. Lo que le ocurre es que está en un mal paso, ¿eh? ¿Qué hago con Willie?

—Será mejor que lo lledes a la comisaría y lo metas en un calabozo. Mañana por la mañana le preguntaré al señor Lafarge qué cargos desea formular contra él.

—¿Cargos? ¿Y por qué vuelven a pronunciar mi nombre?

Judson Lafarge, con la corbata torcida y la pechera de la camisa arrugada, acababa de efectuar una entrada no muy solemne.

—Barry —farfulló—, os estamos esperando a ti y a Anne en la Taberna. Ya he felicitado a todo el mundo. Ah, sí, estuviste estupendo, magnífico... ¡El mejor Romeo que vi en mi vida! Creo que, al fin y al cabo, no nos arruinaremos... al menos no tan deprisa. Pero debisteis ir antes; la fiesta ya ha terminado y el bar está cerrado. Bien, me pareció que alguien mencionaba a Weary Willie...

—Es cierto, señor Lafarge —observó el teniente—. Sólo que no se trata del Weary Willie que pensábamos. Su verdadero nombre es William Estabrook, y en mil novecientos veintiocho tenía en este teatro el mismo cargo que usted ahora; luego, fue cuesta abajo, aunque continuó frecuentando este teatro, tal vez por una mezcla de añoranza y sentimentalismo. Lo cual, naturalmente, no excusa su conducta. Esta noche lo tendré en la heladera, y mañana, si usted presenta una acusación contra él...

—¿Una acusación? ¿Quién ha hablado de acusarle?

—Usted mismo. Anoche lo quería casi muerto. Usted dijo...

—Conque cuesta abajo, ¿eh? Teniente, en estos tiempos, a cualquiera puede ocurrirle: a mí, a usted... a cualquiera. Sí, póngale esta noche en la heladera, como usted dice. Y mañana por la mañana —Lafarge extrajo un billete de un buen fajo—, le da estos dólares y le dice que vaya a verme al trescientos dieciocho de Old Manor Road, en Farleigh. No hemos de ser duros con ese pobre individuo.

—Y, como usted diría, padre Jud —intervino Barry—, esto no es todo. No es todo... ni mucho menos. ¿Tiene alguna idea de la historia que ese Willie ha contado, y de la conclusión a que ha llegado el teniente?

Acto seguido, con cinco frases escuetas, resumió la situación, sin omitir nada de

importancia.

—Sí, asegura que yo soy el culpable —proclamó Barry finalmente—. ¿Lo entiende, padre Jud? Afirma que lo hice yo.

—Sin bromas —repuso Lafarge—, que no me gustan. Será mejor que me largue. ¿Saben qué hora es? —miró a Knox—. ¿Lo sabe, Phil?

—He perdido toda noción del tiempo. ¿Dónde está Jud?

—En el coche, con Connie. ¿Viene usted con nosotros?

—Temo que aquí todavía tenemos para un rato. ¿Quiere rogarle a Judy que me espere?

—No lo juzgo conveniente, amigo. No comprendo por qué usted y su esposa no pueden pasar la noche en nuestra casa. Nos sobran habitaciones. En cambio, Judy no accede, y afirma que prefiere volver a Nueva York. Sin embargo, hay otro bar por esta misma calle, el «Rincón de John Richbell», que no cierra hasta las tres. Y como Connie ya se ha tomado unas cuantas copas, no se muestra tan mojigata. Judy también ha bebido bastante. Iremos allí y seguiremos bebiendo. Cuando usted termine aquí, vaya a buscarnos. En realidad, creo que deberían ir todos ustedes y...

—Lo siento, señor Lafarge —interrumpió el teniente—, mas por mi parte no puedo aceptar.

—Si al menos lograrse convencer a alguien —rezongó Barry Plunkett— de que este asunto es mortalmente serio...

—¿Serio? —repitió Lafarge—. No piense más en ello, Barry. Usted está más loco que una chiva, de acuerdo, pero sería incapaz de matar a un mosquito. Bueno, nada más. Hasta luego, Phil.

Judson Lafarge, tras echar hacia atrás los hombros y tarareando un estribillo de *Bola, bola*, salió del saloncillo.

—Irlandés, a mí no tiene que convencerme de la gravedad del asunto —manifestó el teniente—. Sé que lo es. Mas, por el momento, quiero charlar un rato con el doctor Fell. ¿Dónde diablos estará?

El agente Paulson intervino.

—Si el doctor Fell es ese individuo gordo que lleva gafas, está en la general del teatro.

—¿Y qué hace allí?

—Que me registren, teniente. No lo sé. Cuando yo intentaba despertar a ese borrachín de Weary Willie, el doctor Fell pasó junto a mí murmurando algo respecto al mayor Wagner. Luego, al atravesar yo el escenario, le vi en el centro de la general, encendiendo un cigarro. ¿Voy a buscarle?

—Naturalmente, Paulson, y de prisa. Y, por favor, nada de familiaridades o malos modos. Es un individuo de categoría. Ayúdele a bajar la escalera y procure usar el sentido común que se supone Dios le dio.

La puerta resonó al cerrarse tras el agente.

—Sí, irlandés —prosiguió el teniente Spinelli—, me alegro de que comprenda la

gravedad del caso. Y no me venga con el cuento del motivo. Esto siempre es negativo, y lo que yo necesito son cosas positivas. Usted no puede exhibir ni un solo testigo que le viera, entre el momento en que salió de escena vestido de Mercucio y el momento en que el ensayo se suspendió, exactamente a las once y cuarto. Y mucho menos en el instante crítico en que fue disparado el dardo y todo el mundo oyó el peculiar zumbido de la cuerda.

Anne Winfield, que estaba sentada en el sofá, se puso de pie con pupilas llameantes.

—¡Está equivocado, teniente! ¡Yo le vi!

—Oh, señorita...

La joven era la imagen de una Margery Vane con muchos menos años pero con la misma espiritualidad. Aunque la gloriosa actriz, pensó Knox, nunca habría conseguido alcanzar tanta intensidad.

—¿Quiere saber cuándo? Precisamente, en el momento en que todo el mundo oyó el espantoso zumbido del dardo, aunque hasta mucho después no supimos a qué se debía. Barry salía en aquel momento de mi camerino, donde había ido a buscarme. Yo le vi desde la escalerilla del escenario.

El teniente Spinelli agachó la cabeza.

—Oh, señorita, es usted demasiado maravillosa para estar mezclada en todo esto.

—¡Aunque no quiera, estoy mezclada al caso!

—Usted declaró antes...

—Declaré que estaba en el camerino de Harry Delevan.

—¿Y no es verdad?

—Claro que lo es.

—¿Y bien?

—¡Y bien! Ayer Barry no se mostró muy amable conmigo. Y yo estaba muy nerviosa, tanto por haber visto que Margery Vane no era tan perfecta como yo me la imaginaba, como por la demora en empezar el ensayo y demás. Por eso necesitaba un poco de consuelo. Unas palabras cariñosas de Barry... y como Harry Delevan siempre se mostró simpático conmigo...

—¿Es el actor que interpretaba el papel de conde Paris?

—No esta noche —aclaró Barry—. Si no recuerda mal, teniente, le eché escalera abajo y le despedí. Paris lo interpreta ahora Jack Harding, y muy bien por cierto.

—Adelante, señorita Winfield.

—Harry Delevan —repitió Anne Winfield— siempre se mostró simpático conmigo. Anoche, en el descanso entre el segundo y el tercer acto, nos encontramos casualmente delante del cuartito trasero del escenario y hablamos... Sí, Barry, la puerta estaba cerrada. La cerramos nosotros al entrar en el cuarto. Harry me pidió que subiese a su camerino al principio del tercer acto, porque los otros dos actores que lo compartían con él se hallarían en escena. En realidad, Harry no me gustaba mucho, pero acepté porque quería fastidiar a Barry... de lo cual ahora me arrepiento. Subí al

camerino. Harry... me besó varias veces...

—¡Debí arrancarle el corazón a aquel cerdo! —masculló Barry Plunkett—. ¡Como vuelva a acercarse a este teatro, repararé la omisión!

—¡Usted se calla! Continúe, señorita Winfield.

—Yo seguía pensando en Barry, a pesar de todo. De modo que me desasí de los brazos de Harry, excusándome, y corrí escalera abajo. En aquel momento, Barry salía de mi camerino. Estaba de espaldas a mí, por lo que no me vio. Iba a llamarle cuando oí el zumbido. Comprendí que había ocurrido algo, y por el tono de las voces de escena, me di cuenta de que los demás pensaban lo mismo que yo. Sin embargo, la obra no se interrumpió. Barry se fue hacia su camerino y yo volví a subir al camerino de Harry. «Creo que ha ocurrido algo terrible», le dije. «No sé qué, pero estoy segura de ello». «Entonces, cariño», contestó Harry, «si ha pasado algo, será mejor decir que los dos hemos estado juntos todo el tiempo. Lo cual no es ninguna mentira y se acerca mucho a la verdad». Accedí a ello, y al cabo de un par de minutos el ensayo se había suspendido y todos nos enteramos de lo sucedido. Nada más.

El teniente reflexionó largamente.

—Eh, señorita —exclamó al fin—, ¿espera que me crea lo que ha dicho?

—¿Por qué no? Es la verdad.

—¿Hasta qué límite cree que pueden llegar las coincidencias? En el momento crítico, cuando alguien disparaba una ballesta asesina, dio la «casualidad» de que usted estaba viendo a su amante desde la escalerilla...

—¡Pensaba en él y quería ir en su busca, si quiere saber toda la verdad! No lograba ahuyentarlo de mis pensamientos. ¡Ni sospechaba que usted formulase contra él esa ridícula acusación!

—Sin embargo, usted admite...

—Querida —intervino Barry, poniéndole una mano en el hombro—, ten cuidado con ese tipo; es tan astuto como Maquiavelo. ¡No admitas nada!

—¿No ha oído que le he dicho que se calle?

—¡Yo le digo a Anne lo que quiero y cuando quiero! Anne, no permitas que ese individuo te avasalle.

El teniente dio un paso al frente.

—Pronuncie una sola palabra más y...

—¡Pronuncie usted una sola palabra más y, por Dios, que uno de los dos no saldrá con vida de esta habitación!

—Estupendo, amigo... De manera que sabe usted enfurecerse hasta este punto, ¿eh? Pues bien ¡aquí mando yo, le guste o no le guste a usted —con gesto furioso arrojó al suelo el dardo que aún tenía en la mano—, y le guste o no le guste al fiscal! Naturalmente, eran dos; es la única forma de explicar los hechos. Usted, señorita Winfield, llamó a la puerta del palco, logrando que la víctima se levantase y fuese a abrir. Y su amante...

—Oh, ¿cree que Margery se habría molestado en abrirme la puerta? En tal caso,

es que usted ignora lo que dijo de mí.

—¿De veras?

Los ojos de Anne Winfield estaban arrasados en lágrimas.

—Delante de todos efectué una torpe exhibición —prosiguió la joven—, porque estaba pensando y pensando... La diosa que yo idolatraba era de arcilla. Margery Vane no soportaba la idea de que una chicuela como yo lograra triunfar en el papel de Julieta, en el mismo teatro donde ella fracasó. Sí, yo sé que ha sido un caso de suerte... de suerte y de tener por director a Barry. Pero Margery Vane ya vino predispuesta a odiarme. ¿Se imaginan acaso que no estoy enterada de esa ridícula historia de ser su hija? Oh, no lo soy. Quise parecerme a ella sólo porque ambas éramos bastante semejantes. Una tía mía, que la vio actuar en Londres, dijo una vez: «Esa actriz, Margery Vane, me recuerda mucho a mi sobrina». Y esas palabras lo significaron todo para mí. Pero anoche, cuando me sentía tan desdichada porque Barry no se mostraba cariñoso conmigo...

—Querida —observó el aludido—, yo soy lo que el teniente describiría como un erizo. Y a pesar de esto, te quiero mucho, nenita. Siempre te he querido.

—Digan lo que digan —estalló el teniente—, sigo fiel a mi idea. Y con sólo que me den media oportunidad, les acusaré a los dos como coautores de este crimen.

—Ta... tat... —gruñó el doctor Gideon Fell, abriendo la puerta del saloncillo—. No comprendo por qué las funciones biológicas y los corazones desgarrados han de inmiscuirse en un asunto tan serio como éste. Vamos, teniente, olvídense de Barry Plunkett. No fue él quien asesinó a la dama, y usted lo sabe.

—¿Puede ofrecerme otra alternativa, maestro?

—Debo recordarle —repuso el doctor Fell— que la caridad y el crimen empiezan en el mismo sitio.

—Lo sé, mas, ¿en qué nos ayuda esto? Le he preguntado si podía ofrecerme otra alternativa.

—Hum... sí. Se está aproximando el momento de las aclaraciones. Y si consigo formular un par de preguntas, tal vez obtenga los últimos detalles...

—¿Preguntar? ¿A quién?

—Con su permiso, teniente, y con el de ella, a la señorita Kate Hamilton, nuestra incomparable Nodriza.

—Oiga, señor detective —refunfuñó la dama de carácter—, ya le conozco a usted, Gargantúa. Yo he cometido muchos pecados en mi vida, mas ahora, del único de que puedo acusarme es de haber estado jugando a los dados mientras Margery Vane era brutalmente asesinada. Estaba jugando a los dados y, peor aún, estaba ganando...

—Le estaba ganando a Lawrence Porter, cuyo padre posee la mitad de un estado. Lo cual no es más que un pecado venial.

—Entonces...

—Mis preguntas, señora, se refieren a los Comediantes de Westchester de hace

treinta y siete años. ¿Se acuerda usted de aquella época?

—Mucho mejor, en cierto modo, que de la actual. ¿Qué desea saber?

—¡Sherlock Holmes! —pronunció con claridad el doctor Fell, como si fuese un santo y seña—. Hace unos meses, a bordo del *Illyria*, Margery Vane me contó que, aunque Adam Cayley adquirió los derechos de la comedia de William Gillette, *Servicio Secreto*, no tenía intenciones de reponer la obra más famosa de ese autor, *Sherlock Holmes*. Y en un asunto, Margery Vane mintió de forma tan fluida que empecé a reflexionar sobre esta afirmación. Bien, Adam Cayley no intentaba reponer *Sherlock Holmes*, ¿eh?

—No, en efecto. Yo no conozco esa obra, aunque William Gillette la representó en el «Criterion» el día de su despedida en mil novecientos veintinueve. Creo que en esa comedia, Sherlock Holmes termina acusándose, lo cual es mucho más atrevido que todo lo que se hace hoy día en las comedias musicales de Broadway. Adam Cayley consiguió un ejemplar de la obra, y él y Margery lo leyeron. Luego afirmaron que el papel de la dama era una bazofia, y que lo mismo era el argumento.

—Así, ¿usted no leyó la comedia?

—¿Cree que tenían que pedir la opinión de un miembro juvenil de la compañía, como era yo entonces? ¡Más respeto, Gargantúa!

—Por tanto, ¿usted no recuerda la famosa escena del cigarro en la cámara de gas?

—¿Qué clase de cámara de gas? Si se refiere a gas de cianuro, como el que se emplea en California, no sé nada de eso. Si se trata de gas ordinario... o del humo de un cigarro... menos aún. Y dígame, ¿qué tiene que ver *Sherlock Holmes*, un drama estrenado en mil ochocientos noventa y nueve, con el asesinato de Margery Vane, ocurrido anoche?

—Mucho. ¿Conocía usted bien a William Estabrook en aquella época?

—Conocía a Will y me gustaba. Ya empezaba a beber, aunque eso no importaba.

—¿Conoció usted a John Fosdick?

—¿John Fosdick? Su verdadero nombre era Luther McIlvey; me dijeron que se suicidó hace poco en un hotel de la calle Cuarenta y Tres. Oh, todos conocíamos a John. Creo que estaba enamorado de Bess Harkness, la mejor amiga de Margery, pero ésta no podía soportarlo. Además, Will Estabrook también parecía estar algo encaprichado de Margery, y Graham Cunningham...

—¿El juez?

—No lo era entonces, ni tenía nada que ver con la compañía, más que en calidad de espectador. Entonces, era sólo Graham Cunningham, un tipejo que estaba realizando una fortuna en asuntos legales; apenas tenía treinta y cinco años. Quizá también estuviese enamorado de Margery, o quizá no. Era un pájaro duro de pelar. Pero, ¿qué tiene que ver esto con la tragedia actual?

—¡Esto mismo quisiera saber! —exclamó el teniente—. Usted dijo que había llegado el momento de las aclaraciones. Pues bien, ponga un poco de claridad en todo este lío. Se ha sugerido, lo he sugerido yo, que este crimen es obra de dos cómplices,

y la idea me gusta. ¿Qué le parece, maestro?

—Que es una idea falsa.

—Parece usted vacilar al hacer esta afirmación.

El doctor Fell consideró unos instantes su respuesta.

—Lo diré de otro modo, y sin vacilaciones ¡rayos y truenos! Este crimen, decididamente, fue obra de una sola persona. Y no obstante...

—¿No obstante...?

—La sugerencia de dos personas, aunque falsa, se halla bastante cerca de la verdad. Porque todos ustedes se olvidan de Hans Wagner.

—Creí que era el mayor Wagner —observó Anne Winfield—. Por favor, ¿no se olvidan de algo más?

—Resulta un poco extraño, querida —afirmó Barry—, verte actuar como detective.

—¡No pretendo actuar como un detective! No soy lista, ni quiero aparentarlo. Pero ese Weary Willie... ¿No creen que le han aceptado con demasiada facilidad como el borrachín inofensivo que finge ser? Si Margery Vane fue capaz de albergar un intenso odio durante treinta y siete años, también ha podido alimentarlo otra persona. ¿No pudo Willie cometer el asesinato?

—En efecto —asintió el doctor Fell—. ¿Cree usted que es él el culpable?

—¡A mí no me mire usted! —gritó el teniente—. ¡Porque me estoy ya volviendo loco! ¡Loco perdido!

—¿Lo ves, Anne? Antes, ya estuviste a punto de lograr que el teniente le diese un ataque por declarar a mi favor. Ten cuidado, muñeca, o le volverás completamente tarumba.

Kate Hamilton abandonó su butaca.

—Bien, yo no me olvido de Hans Wagner —manifestó—. Ni de otros jugadores de béisbol. Pero no comprendo qué tienen que ver con este caso. Y yo soy peor que el teniente. Él se volverá loco. ¡Yo ya lo estoy! Caramba, ese muñeco que gira sin cesar en torno a esa barra horizontal...

—¡No le des cuerda, Kate! —suplicó Barry, al ver que la dama de carácter estaba precisamente haciéndolo—. ¡No le pongas encima de la mesa para verle actuar! Si se acerca al borde y se cae...

—No temas, Barry. Fíjate cómo da vueltas... Lo mismo que tú, ¿eh? Perdóname, amiguito. ¿Por qué no estás ya entonando *hossannas* a dúo con Anne? Si el teniente declara que no te acusa... ¿por qué no os largáis ambos de aquí?

—No lo sé, Kate. Además, no sé si el teniente me ha descartado ya por completo como sospechoso. Si todavía piensa que me vestí como Hamlet para disparar el dardo, tal vez aún sea yo el Sospechoso Número Uno. Se trata de un asesinato en primer grado, ¿eh?

—¡Kate! —gritó Anne Winfield—. ¡Joey está demasiado cerca del borde de la mesa! ¿No ves lo que hace? ¡Cógele, por amor de Dios!

Kate alargó la mano demasiado tarde. Joey giró una vez más y cayó de la mesa, rompiéndose en varios pedazos.

Un extraño silencio se adueñó de las seis personas reunidas en el saloncillo. Barry Plunkett no se movió. Kate Hamilton parecía consternada. El teniente Spinelli apretó los puños. El doctor Fell se atusó el bigote. Anne Winfield, deshecha en llanto, corrió a reunir los fragmentos.

—Bien —resumió Philip Knox al final—, ¿quién cometió el asesinato?

En lontananza, penetrando por primera vez en el cerebro de todos ellos, el reloj de la iglesia vecina dio las dos.

El reloj colocado encima de la mesita de noche señalaba las once y media de la mañana.

Knox salió de entre los brazos de Morfeo a causa del repiqueteo del timbre del teléfono; al cogerlo, miró el reloj, tras apoyarse sobre un codo.

Era el martes por la mañana, y él estaba en su habitación del hotel «Gramercy House».

En el aparato sonó la voz de Judy.

—Buenos días, Phil. ¿Estás ya levantado?

—Acabo de abrir los ojos.

—¡Caramba! ¡Otro trayecto en taxi desde Richbell a Nueva York a las dos y media de la madrugada! Acabarás por aprender a vivir sin dormir, como hace aquí todo el mundo. A las nueve de la mañana estaba ya en mi oficina.

—¿Llamas desde ahí?

—No, estoy en Richbell.

—¿Y qué haces en Richbell?

—Cumpliendo una misión para la revista. El Gran Jefe quiere un artículo sobre «Un crimen para las damas», o algo por el estilo, y me pidió que lo hiciera yo. No soy tan buena escritora como tú; en realidad, no soy escritora en absoluto, pero sé lo que desean nuestras lectoras. Tengo que entrevistarme con varias damas de la localidad, particularmente con Connie Lafarge.

—Connie vive en Farleigh, varias paradas lejos de New Haven.

—Lo sé, pero esta mañana se halla en el teatro. Phil, ¿no me dijiste al regreso que hoy tenías un almuerzo con tu editor? ¿Y otra cita esta tarde?

—Sí.

—Esto mío me tendrá ocupada todo el día. ¿No podríamos cenar juntos en la «Taberna del Árbol Solitario», aquí en Richbell?

—¡Encantado! ¿Sabes, Judy, que es la primera vez que me has pedido que comamos juntos desde nuestro nuevo encuentro?

—¿De veras? Tengo mis motivos, Phil —hubo una ligera pausa al otro extremo de la línea—. Desde el domingo por la noche, que es cuando ocurrió, no anoche, algo me bulle en la cabeza. ¿No te acuerdas?

—¿De qué?

—El domingo por la noche, después de haber sido asesinada Margery Vane, Jud Lafarge llevó a Connie a su casa, y regresó al teatro para corregir algo que había dicho antes. O mejor, que afirmó haber oído. ¡Pero no pudo oírlo!

—Esto resulta un poco turbio, Judy. ¿Te importaría ser más explícita?

—Antes, mucho antes, Barry Plunkett dijo, bueno no lo dijo exactamente, sino que lo dio a entender, que sólo podía subirse a la general del teatro por medio de la escalera exterior, que da al callejón lateral. Jud Lafarge corrigió esta afirmación,

asegurando que había oído decirlo así a Barry.

—¿Y bien?

—Jud no pudo oírlo. Nosotros estábamos en la platea. Cuando Barry nos dio esta explicación, las únicas personas presentes éramos tú, yo y Margery Vane, aparte de Barry, claro. Jud y Connie, que estaban en el escenario, aparecieron poco después. Entonces, ¿cómo pudo Jud escuchar las palabras de Barry?

—Esto no es difícil, querida. El teatro es como una caja de resonancia. Cuando Barry se marchó en busca de la espada y la daga para nuestro fingido combate de esgrima, se detuvo a hablar con Anne Winfield delante de la puerta del escenario. Los demás estábamos bastante lejos y hablábamos en voz baja. Sin embargo, pudimos captar todo el diálogo de la pareja. No permitas que lo de Jud Lafarge te siga atormentando, querida.

—Tal vez tengas razón —Judy parecía aún preocupada—. Mas no puedo alejar esta idea de mi cabeza.

—También hay algo en la mía.

—¿Sí?

—¿Sabes que uno de los esbirros del teniente Spinelli interrogó a tu jefe?

—¿De veras? Supongo que no diría nada contra mí.

—Al contrario, el Gran Jefe dio de ti las mejores referencias. Sin embargo, no entraste a trabajar en la revista hasta abril de mil novecientos cuarenta y seis, o sea seis meses después de llegar a Nueva York. ¿Qué hiciste, entre tanto?

—Phil, en la «Taberna del Árbol Solitario», a las siete, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Sólo quería saber...

—¡Entonces, a las siete!

Judy había colgado.

Sin la menor premonición de que los sucesos fuesen a precipitarse, Knox se afeitó, se duchó y se vistió lentamente. Almorzó con Edward Stevens, de la editorial Herald e Hijos, comiendo huevos fritos como desayuno retardado. Después, en la Biblioteca Pública, inspeccionó libros, documentos y periódicos respecto al caso Harry Thaw Stanford White, de 1906.

Aún era temprano. Pese a ello, para evitar las aglomeraciones de la Grand Central a primeras horas de la tarde, Knox fue a matar el tiempo en la librería del andén inferior, tomó después el Stamford de cercanías de las 4,25 y llegó a Richbell poco antes de las cinco y cuarto.

Era un día con alternancias de sol y sombras, y había en la atmósfera la amenaza de lluvia. Desde el puente de paso descendió a la sala de espera, una estancia triste y mal iluminada, con un solo ventanal y bancos de madera, y un quiosco de periódicos que siempre estaba cerrado. El cartel pegado junto al ventanal anunciaba que el 26 de abril, los Comediantes de Margery Vane presentarían a Barry Plunkett, Anne Winfield y Tony Ferrara en *El discípulo del diablo*, de George Bernard Shaw.

Un joven alto, recio y de aspecto amable, recién salido al parecer de entre las

manos de un barbero, el cual le había aligerado su ya corto cabello castaño, empujó la puerta y entró en la sala de espera con cierto apresuramiento.

—¿El señor Knox, verdad? ¿Se acuerda de mí? Soy Larry Porter.

No parecía existir ningún motivo para el sobresalto del historiador, y sin embargo se sobresaltó.

—Sí, claro, me acuerdo de usted. ¿Qué tal?

—No muy bien. Creo que la bofia me sigue, aunque ignoro por qué.

—Al decir «bofia» se refiere a...

—A Sherlock Spinelli y sus hombres.

La mirada de Porter se posó en el cartel teatral.

—¡Pobre Margery! —exclamó—. Van a llevarla a Inglaterra, para enterrarla junto con lord Severn, con todos los honores, en Oxfordshire, tan pronto como el forense termine con los trámites de la autopsia. Yo ayudaré a Bess en este trance. ¿Qué menos puedo hacer, verdad?

—Sí, en efecto.

—Bien, como decía, tengo a los guindillas a mis espaldas. Sherlock Holmes me hizo pasar un mal rato el domingo por la noche y también el lunes por la mañana, hasta que mi padre llamó por teléfono y aclaró mi caso. Luego, me dejaron libre... hasta ahora. Esta mañana estuvieron en un banco de Nueva York y obtuvieron una copia del testamento de Margery. En el mismo no me menciona para nada. En realidad —prosiguió volublemente—, Margery nunca logró comprender por qué yo tenía siempre dinero. Como no quería admitir que era mi viejo quien me mantenía, yo decía que tenía mucha suerte en el *bridge* y el póquer. Naturalmente, esto era falso. Ni en mis mejores momentos soy buen jugador de *bridge*, y al póquer... mi suerte es fatal. Bien, no *entiendo por qué me sigue* la Policía... *a menos que se trate de esas malditas joyas*. Y si es así, tendrían que saber ya que no fui yo quien las cogió.

—¿Le molestaría contestar a una pregunta a este respecto?

—Ciertamente, no. ¿De qué se trata?

—Según tengo entendido, Margery Vane afirmó que usted cogió el collar y el brazalete.

—Mintió. Sabía mentir con el aspecto de una cándida Julieta, y probablemente gracias a sus embustes habrá entrado en el cielo por la puerta grande.

—Y usted —continuó Knox—, según el teniente Spinelli, la vio a ella en el acto de cogerlas.

—Dicho sea entre nosotros, no la vi; pero me enfurecí y es verdad que le dije esto al teniente. Yo conocía a Margery; la conocía mucho. Era una mujer astuta y rencorosa. Y no obstante, la apreciaba más que a nadie. Y ahora, perdóneme, tengo que atender a varios asuntos. ¿Por dónde pasa el tren de Nueva York?

—Salga por aquella puerta —le indicó Knox—, cruce el corredor y suba por la escalinata, no la del fondo. Un momento. ¿Puede decirme...?

—Lo siento, amigo, pero tengo prisa. Perdóneme y adiós.

Larry Porter se marchó. Las manecillas del reloj colocado sobre el ventanal señalaban las cinco y dieciocho. Knox volvióse hacia la puerta que daba al patio y casi tropezó con el teniente Spinelli.

—Ese Porter...

—Se marcha a Nueva York. ¿Va a detenerle?

—Podría hacerlo, pero no lo haré. No es tan urgente. ¿Qué hace usted aquí?

Knox se lo explicó. El rostro del teniente adoptó una expresión extraña, casi hosca.

—¿Va a cenar con su esposa? Aún es temprano, ¿no?

—Sí, y precisamente estaba aquí matando el tiempo.

—De modo que su esposa se ha entrevistado con varias damas. Damas, ¿verdad?

—Sí, me dijo «damas». ¿Por qué iba a decir «hombres»?^[26]

Knox reflexionó un instante y añadió:

—¿Qué importa esto, además?

—No me gusta. No me gusta en absoluto. Venga, acompáñeme.

—¿Adónde vamos?

—Ya lo verá. Estamos a punto de aclarar el asunto, y sé que hallaremos nuevas pruebas.

Salieron al patio de la estación y giraron a la izquierda, hacia la avenida Richbell. Había gran cantidad de autos estacionados en posición oblicua a los contadores de aparcamiento. Todo parecía esperar el descenso del crepúsculo. Unos rayos de sol se filtraron fugazmente por entre unas nubes.

Pasaron por delante del teatro «Máscara», la cafetería, la joyería, la tienda del decorador de interiores y la «Taberna del Árbol Solitario». Sobre la intersección de la avenida Richbell y la calle del Olmo colgaba un semáforo; los postes del cruce relucían con neón verde para dar paso, y con rojo para impedirlo. El teniente Spinelli condujo a Knox al lado norte de la avenida y, más al este, pasadas varias tiendas, hasta un local que ostentaba un gran escaparate, y cuyo letrero indicaba que era «El Rincón de John Richbell».

Knox se acordaba de su interior estilo inglés, decorado con maderamen oscuro, grabados de cacerías, cubículos a un lado y el inevitable olor a *whisky* y humedad. A las dos y cuarto de la madrugada, él y Judy habían tomado allí una copa, antes de ser acompañados al taxi por una más que alegre Connie y un casi inconsciente Jud Lafarge.

En aquel momento, «El Rincón de John Richbell» estaba vacío, aparte del camarero del mostrador y el doctor Gideon Fell, sentado a una mesa del fondo, con una jarra de cerveza ante él, y fumando en pipa. El teniente Spinelli se dirigió al teléfono situado en el extremo más alejado del mostrador, y marcó un número, hablando luego animadamente por el micrófono. Sin embargo, conocía el truco de hablar con claridad sin que sus palabras resultaran audibles para los demás.

Knox fue a saludar al doctor Fell.

—No ha sido prudente visitar hoy el teatro —proclamó el gordo detective—. Están ensayando *El discípulo del diablo* y todo son nervios. Barry Plunkett, que es en realidad hijo de un ministro presbiteriano, interpreta al heterodoxo ministro presbiteriano, Anthony Anderson, de acuerdo con la moda mil setecientos setenta en New Hampshire. Juró que haría el papel del caballero Johnny Burgoyne, que le gusta mucho más, hasta que la Winfield le convenció en contra. Y sus modales anticlericales tendrán que ser reducidos al máximo, de lo contrario la gente pegará fuego al local. De todas maneras —prosiguió el doctor Fell—, no es por este motivo que los componentes de la compañía han de mostrarse aprensivos. ¿Ha visto los periódicos de esta mañana?

—Leí el *Herald Tribune*. La noticia es una necesidad.

—Como todas las noticias. Claro que todavía no les hemos notificado...

—¿El qué?

Con la mano izquierda, el doctor Fell arrojó sobre la mesa un par de dados rojos con puntos blancos, que dieron dos doses.

—¡Maldición! —rugió—. Todavía no les hemos notificado —repitió luego—, lo que el teniente Spinelli seguramente le contará a usted.

El teniente, con torva sonrisa, se apartó del teléfono, yendo hacia la mesa.

—Vaya, vaya... Resulta que lady Severn era una mujer muy lista, incluso cuando hacía algo tonto. Su Banco en Nueva York era la sucursal que hay en el Park esquina a la calle Sesenta y Uno, del Nacional Gibraltar. En febrero, cuando estuvo en Florida, hizo testamento. Rápidamente, lo envió a su procurador de Londres. Cuando todo estuvo solucionado legalmente, ordenó tres copias del mismo. Envío de nuevo una copia firmada a su procurador, una a su Banco de Londres y otra al Nacional Gibraltar de Nueva York. Esta mañana estuve allí y me enteré de su contenido. Aquí tienen los términos.

El teniente exhibió su sempiterna libreta de notas.

—Margery Vane no ha dejado ningún pariente. Hay un legado pequeño para Elizabeth Harkness, insuficiente para excitar la codicia... «junto con mis recortes de prensa que se refieren a noticias teatrales, que Bess siempre anheló poseer». Hay otros legados menores para sus criados, algunos de los cuales llevaban varios años a su servicio, y otros para beneficencia. Y el resto de su fortuna, que es condenadamente astronómica, aun con la deducción de los impuestos, la deja a...

—¿A quién?

—«A mi querida compañía de actores, que han decidido denominarse *Los Comediantes de Margery Vane*, bajo la buena administración de Judson Lafarge y la inspirada dirección artística de Barry Plunkett. Advierto que una parte conveniente de dicha suma ha de ser puesta aparte por dichos dos caballeros, y administrada a su discreción, para la fundación y mantenimiento de una academia artística, similar a la Real Academia de Arte Dramático, que ostentará el nombre de *Academia Margery Vane*, a fin de que mi nombre se perpetúe más que mi pobre cuerpo de barro». Bien,

¿qué les parece esto? —preguntó el teniente Spinelli—. ¿Cómo es posible separar el bien del mal, la astucia de la verdadera generosidad, tanto en ésta como en todas las demás mujeres?

—Hay algo más, ¿verdad? —inquirió Knox—. Usted tiene algo metido en su cerebro.

—*Había* algo. En efecto: ¿es justo este testamento? Se trata de mucho dinero para ser dejado a la discreción de dos personas, particularmente cuando una es tan... explosiva como Barry Plunkett.

—¿Y bien?

—En el testamento figuraban el nombre y las señas del procurador de Londres. Se trata de Parker y Parker, del número cuatro de la plaza Gray's Inn. Creí que una llamada telefónica al otro lado del Atlántico estaba más que justificada. El doctor Fell y yo llamamos desde White Plains este mediodía, que en Londres son las cinco de la tarde. Hablamos con uno de los Parker, un tipo que charla y charla de manera incesante.

—¿Y...?

—Señor Knox, el testamento es completamente regular. Sin el menor fallo. El abogado añadió que, de todas maneras, debía ser avalado por la ley, o algo por el estilo, ya que ese tipo empleó una jerga forense casi incomprensible para mí, aunque no haya nadie que pueda recusarlo.

El teniente Spinelli cambió de expresión.

—Esto es todo —continuó—. Y ahora, será mejor que le contemos al maestro por qué está usted aquí.

Fue el propio Spinelli quien lo dijo. El doctor Fell no hizo ningún comentario. Apuró su cerveza y continuó chupando la pipa, pero adoptó un aspecto tan grave que Knox sintióse turbado.

—Usted me ha preguntado antes —manifestó el teniente— si estaba siguiendo a Larry Porter. No, aunque me habría gustado cruzar dos palabritas con él. Claro que hay alguien a quien seguimos atentamente para asegurarnos de que no va a causar más molestias.

—¿El asesino?

—El asesino —asintió el doctor Fell—. Como habrá supuesto, la Policía le sigue de cerca. El señor Spinelli y yo hemos colaborado estrechamente. Y ambos lo hemos aclarado todo.

—¿Ambos, doctor Fell? ¡Esto no es cierto! —protestó dignamente el teniente.

—¡Chist! —gruñó el doctor Fell—. ¡A callar, teniente! En nuestro almuerzo, antes de que yo profiriese la menor frase de explicación, usted, repentinamente, lo comprendió todo.

—Algo sí, cuando me acordé de la estatura e interpreté el extremo referente al crimen y la caridad. Luego, cuando usted me lo explicó todo, me pareció tan claro que me habría pegado una buena paliza por haber sido tan torpe.

—¿Torpe? —sonrió el doctor Fell, expeliendo un chorro de humo—. Tampoco con esto tiene razón. El crimen se cometió el domingo por la noche a las once y cuarto. Todavía no son las seis de la tarde del martes. Si a esto llama usted una considerable demora, creo que su sentido de la velocidad es muy extraño. ¿Qué hacemos ahora?

—Esperar. No podemos hacer nada más. Aunque hayan bastantes pruebas...

Fugazmente, un rayo de sol iluminó la avenida Richbell antes de ser tragado de nuevo por una nube. Por los rostros del doctor Fell y el teniente Spinelli, y a través de los cristales del escaparate, el reflejo infundió los colores rojo, anaranjado, azul y verde. Fuera, pasó una figura vagamente familiar. La figura, que fumaba un cigarrillo, se detuvo, giró hacia el escaparate, presionó su nariz contra el cristal, y atisbo al interior a pesar de la opacidad de los vidrios. Luego, el cigarrillo se alejó. En «El Rincón de John Richbell» apareció, recortado en el umbral, la corpulencia de Barry Plunkett, sin sombrero como de costumbre, con pantalones deportivos y suéter. Marchó directamente hacia el teniente.

—¿Qué ocurre en esta maldita población? —exclamó—. ¡Ha desaparecido Kate Hamilton!

—¿Desaparecido? ¿Cómo, desaparecido?

—Que se ha esfumado. No está en ninguna parte.

—Amigo Barry —observó el doctor Fell—, no hay duda de que la pregunta del teniente se refiere, no al hecho en sí, sino a su calidad. ¿Se trata de algo desusado o extraño? ¿Tal vez siniestro?

Barry Plunkett hundió una mano en su bolsillo y levantó la otra con ademán teatral.

—En el sentido de que todo el asunto empieza a tener un cariz siniestro, sí. La tablilla de esta mañana...

—¿El ensayo, verdad?

—Sí, la tablilla anunciaba el ensayo para las diez. Kate interpreta el papel de la malvada madre puritana. Durante todo el primer acto estuvo en el escenario, y nadie la vio después. Claro que Kate es una persona muy... amable. Aunque no tenga nada que hacer, le gusta conversar con todo el mundo, entrar en los camerinos... Bien, ensayamos felizmente todo el primer acto. El resto es más difícil y hay que ir con mucho tiento para salvar los posibles baches. Sin embargo, también el segundo acto pasó bien. Cuando envié a todo el mundo a tomar un tentempié, a las doce y media, ordené que volvieran al cabo de una hora. Kate aún estaba allí, charlando por los codos. Regresó a la hora indicada, siempre hablando. Oh, esta tarde, la cosa no salió tan bien. La escena en casa del ministro no quedó mal. Una aclaración, yo soy el maldito ministro y Anne mi esposa. Después, la cosa fue peor, particularmente la escena del tribunal. Anne, después de convencerme de que no interpretara el General Burgoyne, aún quería que cambiase de papel y fuese el Dick Dudgeon. Le contesté quedamente: «Cariño, vete al infierno, o te pondré un trasero como una amapola». También apareció por allí un periodista que deseaba hacer preguntas respecto al asesinato. Naturalmente, ésta es la peor propaganda que pueden hacernos, pero no es posible echar a la prensa de un teatro.

—Oh, sí —exclamó el doctor Fell, en tono grandilocuente y en medio de una gran humareda—, apreciamos sus dificultades y su tacto, mas, ¿qué hay de Kate Hamilton?

—Ahora iba a eso. Cuando uno se acostumbra a ver a una persona siempre sentada en el mismo sitio, aguardando apresar a la gente como una araña a las moscas... bueno, uno se habitúa a ello. Y cuando tal persona no está allí, se sufre un sobresalto. A las cinco y cuarto pregunté: «Eh, ¿dónde está Kate?». Nadie lo sabía. Por mi parte, ignoro por qué me trastorné. Desde la mañana no había intervenido en la obra. Bien, tal vez no esté yo tan tranquilo como de costumbre. Toby, que estaba de portero en el escenario, dijo que Kate tuvo una llamada telefónica a las cinco. Y nadie más ha vuelto a verla. Simplemente, se ha desvanecido. Kate vive en el hotel «Almirante Coligny» de Nueva Rochelle. Pensé telefonar allí. En realidad, no tiene

importancia su desaparición. Puede estar citada con un fulano, o en la parroquia episcopal, o en otros mil sitios distintos... Lo esencial, claro está, es que no falte a la función de esta noche. Y, sin embargo, me gustaría mucho saber dónde está. Bien, a las cinco y media, exclamé: «¡Al diablo con todo, buena gente. Por hoy ya está bien. Largaos y volved serenos para el *Romeo y Julieta!*». ¿Me sigue, doctor Fell?

—Perfectamente bien.

—Excelente... Se marcharon todos, alegres y cantando. Entonces se me ocurrió que le había hablado a la pobre Anne con excesiva dureza. No pude hallarla por ninguna parte. Me marché a la Taberna para consolarme. Y estaba en el bar, buscando consuelo en una copa, cuando miré hacia la ventana y vi a Anne al otro lado de la calle, andando de prisa. Salí y fui tras ella. Crucé la calzada y al pasar por aquí me pareció verles a ustedes... y aquí estoy. Ahora no puedo detenerme más; quiero ver si alcanzo a Anne. Aunque... —Barry miró a Knox—, tengo algo que comunicarle a usted.

Un autobús pasó atronando por la calle y Knox se estremeció bajo aquel ruido ensordecedor.

—¿De qué se trata?

—Cuando entré en la Taberna, el tipo que está de camarero en el restaurante, se me acercó para comunicarme: «¿Es usted, por casualidad, el señor Philip Knox?». Decliné tal honor y añadí que le conocía a usted. «Si le ve —continuó el sujeto—, dígame que tengo para él un recado de parte de su esposa». Le pregunté de qué se trataba pero se negó a decírmelo.

Knox se puso de pie.

—Con todos los respetos hacia «El Rincón de John Richbell» —anunció—, me voy a la Taberna.

—Le acompaño —proclamó el teniente.

—No me parece mala esta idea —observó el doctor Fell.

—En cuanto a mí —declaró Barry Plunkett—, me largo en busca de mi querida ramera. ¡Vaya modo de hacerme bailar que tiene la condenada, *et ego in sede beatorum!* ¡Hasta la vista!

—Ese irlandés —observó el teniente—, tal vez no sea mal chico. Por si acaso, buscaremos a Kate Hamilton. Oh, ¿a qué tanta prisa, amigo Knox?

—Estoy inquieto, teniente.

El historiador se precipitó hacia la calle. Habría desafiado al tráfico, a pesar de la densidad del mismo, de no haberle gritado Spinelli que utilizase el cruce. Tan pronto como hubo atravesado la calzada, sin embargo, echó a correr hacia la Taberna. El camarero del restaurante, un joven de nariz prominente, con chaqueta blanca, le salió al paso.

—Me llamo Knox y creo que tiene usted un recado de parte de mi esposa.

—¿Puede identificarse, señor?

—Oiga, ¿a qué tanta tontería? ¿De qué se trata?

—Le sorprenderían, señor —manifestó el joven—, las cosas raras que se aprenden en nuestro oficio. Por favor, caballero, deme algo para identificarle.

—Aquí tiene mi carnet de conductor. ¿Sirve?

—¿Tiene acento inglés su esposa?

—Sí, en efecto, es inglesa. *¿Cuál es el recado?*

—La señora Knox telefoneó a las cinco y media. Dijo que lo lamentaba mucho, que estaba ocupada y no podría acudir a la cita. Que no importaba y que usted cenara sin ella. La cena es a las seis. ¿Le reservo algo?

—Francamente, no tengo hambre —replicó Knox. Luego, se volvió hacia el teniente y el doctor Fell, que le habían seguido al interior de la Taberna—. De todos modos, un trago tal vez...

—Esta es una idea excelente —asintió el doctor Fell, tomando la delantera hacia el mostrador situado en frente del pasillo.

Ya habían reparado la ventana a cuyo través había sido arrojado a la calle el amigo del alcalde Jenkins. Los tres amigos se aproximaron al mostrador, contemplando sus imágenes reflejadas en el espejo que colgaba encima de la estantería. Se les acercó un camarero grueso.

—Amigos míos —proclamó el doctor Fell—, insisto en pagar yo. ¿Qué desean tomar?

—Cerveza, gracias. Siempre cerveza.

—¿Teniente?

—Oh, yo estoy de servicio. Sin embargo, tomaré cerveza también.

—Entonces, tres cervezas —ordenó el doctor Fell.

El camarero resplandeció. El servicio era fácil.

—Hola, teniente —saludó—. Parece que habrá lluvia, ¿eh?

—Hola, Steve, nunca se sabe... ¿Puedo usar el teléfono?

—Naturalmente, teniente.

El aparato se hallaba también en el mostrador. El teniente lo levantó, marcó un número, habló como antes, y volvió a colgarlo. Apenas habían levantado las jarras para beber cuando, como un huracán, se abrió la puerta y entró Barry Plunkett.

—¡Anne ha desaparecido! —anunció—. ¡Ha desaparecido en plena acera de la avenida Richbell, a las seis de la tarde! A menos que se trate de un caso de brujería, sólo puede haber ocurrido una cosa.

—¿Cuál?

—Teniente, usted vio un autobús de la línea ocho que pasó un momento antes de salir yo del otro local, ¿verdad? Anne debió tomarlo. Ese autobús inicia su recorrido en Mamaroneck y llega a Richbell, a través de Harrison y Rye, deteniéndose sólo en el parque de atracciones de Tierra de Ensueños. El parque vuelve a abrirse hoy, según creo, aunque no entiendo por qué diablos Anne ha tenido que ir allí, ni menos aún a Harrison, o a Rye. A menos, que todos estemos embrujados...

—Calma, calma, caballere —le refrenó el doctor Fell—, domínese. ¿Cuánto ha

bebido?

—¿Antes de la función? ¡Nada en absoluto, oh, sabio!

—¿Nada?

—Galones cuando cae el telón; ni una gota antes de levantarse. No puedo emborracharme, ¿entiende? Sólo necesito una copa para animarme un poco. Estando bebido, el mejor actor podría echarlo todo a rodar. Vaya, miren a quién tenemos aquí —añadió el actor, cambiando de tono, en una transición del mejor estilo teatral, muy declamatorio, tras atisbar por la ventana—; miren quién se acerca a este antro del vicio, donde los cuáqueros y los demás universitarios estuvieron a punto de castrar al alcalde. ¿Cuál es el motivo, padre Jud, de su aparición por aquí a esta hora?

—Hola, Barry —saludó Judson Lafarge, secándose la frente con un pañuelo—. ¡Esto es un infierno, un verdadero infierno! Algunas personas, no sé a qué secta pertenecen, aseguran que estamos en la Tierra para purgar nuestros pecados cometidos en existencias anteriores, de modo que en mi vida anterior debí ser un verdadero demonio. ¿Saben una noticia?

—No, padre Jud, no sabemos nada... y sabemos muchas cosas. En realidad, me intereso por su estado. ¿Le ha defraudado Weary Willie después de haber actuado usted con él como la Buena Samaritana?

—No, Willie se porta muy bien. El juez y yo le hemos comprado ropa, y nos ha jurado que se mantendrá sereno... o al menos, muy poco borracho. Si realmente quiere trabajar, le conseguiremos algún empleo.

—Entonces, ¿de qué se trata?

—De Connie. ¡Ha desaparecido! Normalmente, siempre me está sacando de quicio con sus observaciones, y el resto del tiempo me vuelve loco. Cuando me siento deprimido, trato de imaginarme lo que hubiese sido mi vida conservándome en el santo estado de soltería... o de viudez. Pero no me gustaría perder a esa mujer por todo el oro del mundo.

—¡Diantre! —exclamó Barry Plunkett—. ¡Esto es estupendo! Oh, perdón, padre Jud. No es estupendo que Connie haya desaparecido, claro. Me refiero a que también ha ingresado en el club. ¡Bienvenida al Club de las Desaparecidas! Los brujos han raptado a tres mujeres, aunque ningún brujo debería ser bastante idiota como para secuestrar a una mujer tan gorda y vieja como Kate Hamilton. ¡Tres, tres en el Club!

—¿Sólo tres...? —exclamó Knox—. Ojalá que...

Sonó el teléfono.

El gordo camarero lo atendió y después alargó el receptor hacia el teniente.

—Es para usted.

Era casi inevitable. Knox se pegó al teniente. A la penumbra del local le pareció que el semblante de Spinelli se oscurecía al dejar el aparato en su soporte.

—¿Va usted a anunciarme lo que me estoy temiendo? —le preguntó Knox.

—¿Respecto a su esposa?

—Exacto.

—Si pregunta si ha desaparecido, afortunadamente la respuesta es *no* —dijo el teniente Spinelli con falsa alegría—. ¡Un momento! —añadió precipitadamente—. Con toda sinceridad, sea lo que sea lo ocurrido, creo que será mejor comunicarle una cosa que...

—¿Y bien?

—Está en la casa de... bueno, en este mismo instante está con el culpable... es decir, con la persona que creemos es el asesino. La historia que le contó respecto a las entrevistas con las mujeres del caso sólo fue una añagaza para...

—¿Para qué? ¡Dios santo! ¿Corre Judy algún peligro?

—¡No corre ningún peligro, no tema!

—¿No?

—No. Tengo a dos agentes de vigilancia. Y hay otro de Richbell, que hace sus primeras armas como policía de paisano. Naturalmente, no puedo confiar plenamente en él, pero sí en mis dos muchachos. Al menor síntoma de peligro, aparecerán y... si es necesario, dispararán.

—¡Teniente!

—Calma, amigo Knox. Usted se portó muy bien el domingo por la noche. No se desmorone ahora.

Los dos se aproximaron a los otros. El camarero acababa de servirle un *whisky* a Judson Lafarge.

—Esta mañana tenía resaca —observó el administrador teatral—. Esto me pondrá bien. ¿Qué decía, Barry?

—Kate Hamilton ha desaparecido del teatro. Mi Anne se ha esfumado en plena calle. ¿Cómo se ha desvanecido su Connie?

—¡No hable de este modo!

—Lo siento, padre Jud. ¿Qué ha sucedido?

—¿Cómo voy a saberlo? Connie estuvo en el teatro esta mañana, hablando con Judy Knox; usted debió verla. Los dos almorzamos luego en casa. Después, yo salí. Y al volver, la doncella me comunicó que habían llamado a Connie por teléfono hacia las tres y media. Mi mujer se marchó, en su propio coche, sin decir adónde iba. ¿No cree que todas estas mujeres están en el mismo sitio?

—Padre Jud, así me condene si logro adivinar algo. Supongo que lo mejor será que cenemos. El teatro está vendido para esta noche, y para los tres meses venideros. Y ahora, perdóneme.

Barry se alejó hacia la parte del restaurante, donde pidió un bocadillo de filete, y después se marchó al teatro. Judson Lafarge apuró su *whisky* y también salió de la Taberna.

El teniente Spinelli, el doctor Fell y Philip Knox se quedaron solos en el bar, dejando transcurrir lentamente el tiempo. Se encendieron los faroles en la avenida Richbell. Un relámpago iluminó el firmamento. El apetito de Knox, ya escaso, se convirtió en náuseas a la sola idea de la comida. Sus esfuerzos por extraer alguna

información de sus otros dos compañeros fueron inauditos, sin el menor resultado.

—Teniente, ¿a quién persiguen? ¿Quién es el asesino?

—Usted supo emplear muy bien su cerebro cuando demostró que John Fosdick debía de ser Luther McIlvey. Bien, vuelva a usarlo.

—¿En casa de quién está Judy?

—¿Dije que estaba en casa de alguien? Cierto que el maestro y yo no hemos mencionado ninguna prueba; el doctor ni siquiera llamó mi atención hacia el corte del forro de la chaqueta, y, no obstante... ¿Qué le pasa, maestro?

El doctor Fell, con la pipa en una mano y la jarra en la otra, estaba mirando por la ventana.

—Tenemos otro visitante —anunció.

El juez Graham Cunningham, con un sombrero *derby*, camisa de cuello redondo y corbata gris, chaqueta oscura y pantalón de corte, penetró en la Taberna con una gabardina al brazo.

—Gracias, caballeros, no beberé nada. Una cena ligera en casa y después... después... bueno, todavía no estoy decidido, tal vez asista a la representación de *Romeo y Julieta*. A propósito, ¿qué le pasa ahora al pobre Lafarge? Me ha parecido muy excitado, hablando de la desaparición de tres mujeres...

—No, juez, de cuatro —le corrigió Knox.

—Caballero —intervino el doctor Fell—, el tema de la feminidad en general, como otros que se han discutido delante de mí, es demasiado vasto y complicado para discutirlo ahora. ¿Hay alguna teoría nueva respecto a los cómplices del asesinato?

—Caballero, me atengo a las que en su debido momento le formulé en el jardín de mi casa, hasta que alguien pueda destruirlas. Y, sin embargo, tal vez me apresuré. ¿Una equivocación de juicio? Oh, ya no soy joven. Quizá, tal como insiste en afirmar la nueva generación, *les grand-pères ont toujours tort*^[27].

—*Les grand-pères ont toujours peur*^[28] —replicó el doctor Fell—. Y yo lo tengo, ¡rayos y truenos!

—Creo, caballero, que usted y el teniente se muestran reacios a tratar del tema del crimen. ¿Estoy también equivocado en esto?

—No lo esté. Nos limitamos a aguardar.

—Ya. En tal caso —observó el juez—, no quiero molestarles más. Caballeros, que pasen una velada feliz, como espero pasarla yo.

- con su permiso, buenas tardes.

El tiempo siguió transcurriendo. El crepúsculo se trocó en noche; en el bar encendieron las luces, y el trueno resonó en la bóveda espacial. Knox no comió nada, sólo podía beber.

—¡Diablo! —exclamó al fin—. Si no me sacan de esta incertidumbre, haciendo o diciendo algo, contesten al menos a esto. El asesino, ¿es alguien a quien conocemos?

—Es alguien —replicó el doctor Fell—, que trató de embrollarnos. ¡Ha hablado, sí, ha hablado mucho con nosotros!

—¿Hemos sospechado de él?

—Naturalmente, esto depende de su definición de la palabra «sospecha». Yo diría que sí. Anoche, el teniente Spinelli habría dicho que no.

Entonces, con un efecto tremendo sobre todos los nervios, sonó de nuevo el teléfono. Fue el teniente y no el camarero quien lo cogió.

—Está bien —dijo después de una pausa—. Estaremos allí antes que vosotros. Hacia la Casa del Horror. Que todo el mundo esté por allí. Hasta luego, Jacobs.

Colgó el aparato.

—Sí, creo que todos estamos hace tiempo en la casa de los horrores —se quejó Knox—. ¿Qué pasa?

—Nuestra presa se esfumó unos momentos, pero ha reaparecido. Bien, tengo el coche fuera. Es un «Mustang». Lo compré para Flo; una mujer puede manejarlo con gran facilidad, a pesar de su poderoso motor. Claro que ahora se queja de que sólo lo uso yo. Creo que el doctor Fell cabrá en la parte trasera.

—¿Quiere ser más explícito, teniente?

—Sí, claro. Nuestra presa y la señora Knox se hallan camino del parque de atracciones. No sé por qué han de ir a esa Tierra de Ensueños. En realidad, es un lugar terrible para cualquier final. En fin... nosotros también volaremos hacia allí. ¡Andando!

Guirnaldas de bombillas eléctricas, que alternaban en rojo, blanco y azul, festoneaban la plaza central del parque de atracciones, cuyo cartel la proclamaba como la Plaza de Todas las Américas. El doctor Fell, con su capa negra y el sombrero blando, se apoyaba en su bastón, junto al teniente y al historiador.

No hubo problema para estacionar el auto. La multitud, no muy densa debido a ser martes, empezaba a dejar el recinto, bajo la amenaza de la lluvia.

Al frente, cuando llegaron a la plaza de Todas las Américas, apareció la forma de un Transbordador y las alturas alpinas de unas Montañas Rusas, llamadas Torbellino. Entre ambas atracciones, el cielo *aparecía* iluminado por los sucesivos relámpagos; apenas era posible contar hasta tres antes de que resonara un trueno. Sin embargo, no caía una sola gota.

A un lado de la plaza, había un carrusel del que surgía una alegre musiquita que parecía subir y bajar como los animalitos de madera pintada que eran sus asientos. Al otro lado se hallaban las casetas donde vendían bocadillos, caramelos, helados y refrescos. El tercer lado de la plaza ofrecía toda clase de juegos: allí se arrojaban aros de madera o se apostaba en ruedas giratorias a fin de ganar dudosos premios. En el cuarto lado de la plaza, frente a los recién llegados, estaban las mejores atracciones del parque.

A un extremo se alzaba el Molino Encantado, junto al Territorio Indio. En el extremo opuesto del mismo lado se veía Terremoto de San Francisco, aunque los nuevos visitantes no llegaron a saber qué ocurría allí dentro; al lado, había el Acuario de Neptuno. En el centro, se elevaba un edificio blanco, soportado por unas columnas que sostenían un letrero donde se leía con letras coloradas, blancas y azules: *La Casa de los Horrores*.

De su interior salían gritos; gritos y chillidos femeninos. El teniente Spinelli dirigióse hacia allí.

—No la recorreremos por entero —explicó—. ¿Saben qué hay dentro?

—Me lo imagino —asintió Knox.

—Primero, un vestíbulo con espejos deformantes. Después, se pasa al cuerpo principal del recinto, por una especie de puente. Cuando se atraviesa dicho puente, una corriente de aire levanta las faldas de las mujeres.

—¿Todavía recurren a ese viejo truco en nuestra época? —preguntó el doctor Fell, sorprendido—. En mil ochocientos noventa y tres ya no era ninguna novedad. Hoy día, además, con tantas mujeres con pantalones, esos trucos pierden toda su gracia. ¿Es por aquí?

—Sí. No traten de pagar la entrada. Enseñaré mi placa y pasaremos de balde. Como he dicho, no la recorreremos toda. Esperaremos en el vestíbulo. Además, no quiero verme obstaculizado por ningún impedimento, si hemos de entrar en acción.

—¿En acción? —preguntó Knox—. ¿Qué clase de acción?

—Ya lo verá... según me imagino. Aquí hay unos peldaños. Delante de esta figura de cartón.

La muchedumbre, ya escasa, formada principalmente por gente joven, estaba desapareciendo ante el ataque de los truenos. Sin embargo, Tierra de Ensueños continuaba como de costumbre. Las luces de la Rueda giraban alegremente bajo el encapotado cielo. La musiquita del carrusel apenas se oía cuando se ponía en movimiento el Transbordador, o cuando subían y bajaban las vagonetas de las Montañas Rusas, arrancando chillidos de espanto a sus ocupantes.

En el centro de la plaza, mirando casualmente a su alrededor, se hallaba una figura de aspecto familiar. Knox reconoció al agente Paulson en traje de paisano.

—Buenas noches, teniente. Buenas noches, caballeros —saludó Paulson, hablando por un lado de la boca, como buen americano—. Por aquí podrán reconocer a varias personas conocidas. Pero, aparte de Weary Willie, todas son mujeres.

—¡Ahora no me interesan las mujeres! ¿Has visto a Jacobs o a Clifford?

—No, teniente. Todavía no han llegado. ¿Van a entrar en la Casa de los Horrores?

—Sólo al vestíbulo. Ahora, cierra el pico y abre bien los ojos.

—De acuerdo, señor. Pienso que...

—¡No pienses! ¡Actúa!

Más allá de unas cortinas, los tres se encontraron en un vestíbulo lleno de espejos deformantes, bajo unas luces que dejaban reflejar unas figuras de pesadilla.

En el interior de la Casa de los Horrores había otras personas; a cierta distancia, se escuchaban voces amortiguadas, movimiento y leves crujidos. De todos modos, después de ellos no entró nadie más, por lo que todo el vestíbulo con su carga de espejos era exclusivamente para ellos solos.

—¿Puedo observar —tronó el doctor Fell, ahuecando las mejillas— que esta forma de diversión, considerada como pura distracción, siempre me ha parecido idiota? Mi forma corpórea, sin hablar de mi cara, ya es una monstruosidad, sin necesidad de recurrir a espejos deformantes, que asusta a los chiquillos y hasta para los relojes. En realidad, nací con grandes desventajas para...

—Bien, maestro —le atajó el teniente Spinelli—. Ya lo tenemos todo... pero falta algo.

—¿Algo?

—Sí, hemos aclarado todo el asunto, menos la parte desempeñada por la señora Knox. ¿Qué le ocurre? ¿Qué tenía la muerta contra ella?

—No lo sé —confesó el doctor Fell—. Ya le manifesté que ni lo sé ni puedo conjeturarlo. Mas como ya hemos decidido que es inocente del crimen, ¿qué importa eso?

—Tal vez nada. Sólo importa para los archivos del caso... Y, hablando del archivo, tampoco hemos delineado los detalles del preludio. Me refiero a lo que sucedió a bordo del *Illyria*. John Fosdick, o Luther McIlvey buscaba algo. Disparó un tiro, aunque sin querer herir a nadie, tal como usted puntualizó. Bien, ¿qué había

detrás de aquel disparo?

—Caballero —respondió el doctor Fell—, Margery Vane murió. John Fosdick se suicidó. Por tanto, sólo podemos conjeturar.

—Pues conjeture, maestro. Pongamos de una vez en claro todo lo que podamos de este embrollado asunto.

—Respecto a lo ocurrido a bordo, caballero, el único punto importante, es el estado mental de Margery Vane. El mismo estado mental que la condujo a la muerte, bajo circunstancias diferentes, tres meses más tarde. Nosotros vimos cómo dicho estado mental tomaba forma ante nuestros ojos. Usted estaba allí conmigo —el doctor Fell volvióse hacia Knox—. ¿Se acuerda?

Knox se acordaba.

Ya no veía los espejos deformantes, ni oía la musiquilla del carrusel, o el estruendo de las Montañas Rusas. En imaginación, se hallaba a bordo del *Illyria*. Veía el salón de fumar y el de deportes; oía silbar al viento, sentía el cabeceo del buque, y veía el vivido rostro de Margery Vane.

—Como ya indiqué entonces —continuó el doctor Fell—, su estado mental me inquietó. Margery Vane entró en el salón de fumar, ligeramente despeinada por el viento reinante en cubierta, y declaró haber visto un fantasma. Cuando yo le pregunté cuál, intentó desviar mi atención sin contestar. Después, cuando la presioné en el salón de deportes, dijo que se trataba del fantasma de Adam Cayley. Añadió que creía haberle visto de pie en la cubierta de los botes, con el gorro que solía llevar siempre; que no habló, sino que se limitó a alargar una mano, como queriendo tocarla.

El doctor Fell hizo un mohín de disgusto ante el reflejo de su imagen dentro de un espejo y continuó su explicación.

—Tal como mis preguntas debieron demostrar, no me creí ese cuento. Para Margery Vane, el recuerdo de Adam Cayley era demasiado vago, casi olvidado, para inquietarla su aparición, ni aun en sueños. En su cerebro había algo más, algo más inmediato y apremiante, que despertaba una hoguera de emociones siempre que la asaltaba su recuerdo. ¿Qué, o a quién había visto, si había llegado a ver algo? Obtuve una posible pista cuando Larry Porter, bien por casualidad o por designio, pronunció el nombre de John Fosdick, preguntando qué había sido de él. Margery Vane rechazó el tema, con tal violencia que debía despertar sospechas hasta en la mente más obtusa.

Una nueva pausa, como para recordar.

—¿Qué dijo en realidad? «No me acuerdo de ese individuo». Sí, éstas fueron precisamente sus palabras: «O si existió, sólo consiguió lo que se merecía, y seguirá mereciéndose». ¡Y seguirá mereciéndose! Esta es la frase capital. Por lo visto, parece seguro que un amigo suyo de la Riviera, le contó a Margery Vane que John Fosdick aún vivía y trataba de entrar a formar parte de la nueva compañía de Richbell. Bien, Margery decidió impedirlo. Fuese cual fuese la causa de su odio, treinta y siete años más tarde todavía seguía vigente, con la misma fuerza. Leyendo entre líneas, vemos

ahora claramente la causa de su estallido poco antes de efectuarse el disparo. «¡Que intenten cualquier truco, por pequeño que sea, y esa chica, Anne Winfield, oirá lo que se merece!». *¡Y también a él le daré su merecido! Esta vez se lo daré sin remilgos.*

—¿Y qué hay de Fosdick?

—Fosdick estaba a bordo, en la clase turística. Ella no lo sabía, ni supo quién era cuando le vio, viejo y arrugado, en el comedor del buque. Como viajaba con su verdadero nombre de Luther McIlvey, que ella desconocía, no tenía ninguna pista para identificarle. Y a pesar de todo, con la ayuda de cierto artículo aparecido en el *World-Telegram* del trece de abril, podemos adivinar lo que Margery Vane vio, o creyó ver, aquella noche de enero en cubierta.

—En aquel artículo —manifestó Knox con excitación—, se mencionaba que entre las pertenencias dejadas por Fosdick, cuando se suicidó, la Policía encontró una máscara que representaba a un hombre joven. ¿Quiere decir que representaba precisamente la cara de Fosdick en mil novecientos veintiocho? ¿Que deliberadamente se la puso aquella noche, para que ella la viese?

—Sólo digo que es muy probable —asintió cautelosamente el doctor Fell.

—Mas, ¿por qué? ¿Esperaba ablandarla? Y en tal caso, ¿por qué disparó?

—Es una lástima —repuso el doctor Fell—, que sepamos tan poco respecto al carácter de un hombre que se mató antes de mediados de abril. Kate Hamilton me aseguró que se trataba de un joven provisto de gran encanto. ¿Era sólo el encanto efímero de la juventud que desaparece con la madurez, o continuó teniéndolo hasta el fin de sus días? Indudablemente, tenía talento. Aunque, por lo visto, era un hombre indeciso, lenguaraz y deseoso de ascender por el medio que fuese, tomando siempre el camino más fácil, incluso cuando decidió suicidarse. Reconstruyamos aquella noche de viento y cellisca. Margery Vane ignoraba que Fosdick estaba a bordo. Pero él sí debió saber que ella iba en el transatlántico; todo el mundo lo sabía. ¿Por qué se hizo fabricar la máscara y por qué se la puso? Aquí sí estamos ante una verdadera conjetura. Bien, tenía la máscara y se la puso. ¿Qué debió pensar Margery cuando vio aquel fantasma viviente surgiendo del pasado, mirándola con unos ojos que ella recordaba muy bien? ¿Se figuró haberlo soñado, como afirmó después? ¿O creyó real la presencia turbadora de la persona que más odiaba en el mundo? ¿Qué amargura debió experimentar, no obstante, cuando los sabuesos a las órdenes del sobrecargo no descubrieron el menor signo del fantasma! Quizás, él quiso ablandarla con el truco de la máscara; tal vez se tratase de una amenaza. El disparo más bien insinúa lo último. Tenía un revólver y disparó a través del cristal superior de la puerta; luego, arrojó el arma por la borda.

El doctor Fell calló un instante para observar el efecto de sus palabras en el ánimo de sus oyentes.

—Por favor, tengan presente que era imposible que hiriese a nadie. Por su pasaporte, retenido por la Policía de Nueva York después de su muerte, y examinado por el teniente Spinelli a petición mía, sabemos que su estatura era exactamente de

metro sesenta y cinco. Un hombre de tal estatura no podía disparar con puntería a través de aquel cristal situado a unos dos metros de altura. Uno de los oficiales del buque le divisó inmediatamente después de la detonación, y por esto sabemos que no se había subido a ningún banco o soporte, con el fin de ganar estatura. Lo único que pudo divisar, saltando en el aire, fue un vislumbre de un grupo de personas en torno a una mesa del salón de deportes. Recuerden que aquel individuo se hallaba en el colmo de sus desdichas. En la confusión de motivos y temores amalgamados, disparó una bala contra el grupo de la mesa, errando por varios metros. Fue la explosión de una bomba lo que estalló en su cerebro. Arrojó el arma al mar y huyó hacia su camarote.

El teniente Spinelli dejó oír un gruñido antes de hablar.

—De acuerdo, hizo todo esto. Mas no se mostró demasiado consistente, ¿eh?

—¿Consistente? —repitió el doctor Fell.

Levantando el bastón-muleta, volvióse hacia el espejo, dejando que una vez más reflejase grotescamente su figura.

—¿Busca usted consistencia en el carácter que estamos estudiando? ¡Rayos y truenos! ¿Busca usted consistencia en ningún carácter? Ni siquiera en Margery Vane, que podía ser sumamente débil con un tipo como Larry Porter, e inflexible y rencorosa hacia John Fosdick. Sólo una persona de este caso se ha mostrado completamente consistente, como veremos antes de acabar: el asesino.

—¿Y el asesino está ahora con Judy? —tartamudeó Knox.

—Temo que sí.

Se abrió una puerta de entrada. Una mano apartó el cortinaje. En el vestíbulo apareció un joven de mandíbula cuadrada, recio de espaldas, con un traje de paisano que denunciaba al policía a cien leguas, con un sombrero blando inclinado sobre un ojo. Se puso firme al divisar al teniente.

—¿Sí, Jacobs?

—Están aquí, teniente. Van hacia el Molino Encantado.

—¿Entrarán allí?

—No lo sé, señor. Tal vez sí. Clifford está de vigilancia. Oh, es muy divertido ese Molino.

—¿Divertido?

—Yo conozco a Kim O'Brien, el fulano que dirige todo esto. Por allí discurre el agua, que inunda un canal en miniatura y lleva las barcas a través de las cavernas donde se ven los esqueletos y demás. Bien, las autoridades han puesto el grito en el cielo por la falta de agua que padece Nueva York y este distrito. De modo que Kim O'Brien alquiló un par de camiones-cisterna, y utiliza una manguera como sifón, para llenar los camiones con agua del río Sound. Emplea agua de mar para el Molino, agua que siempre es la misma. Pero el mecanismo que controla el flujo del líquido tiene la costumbre de atascarse y dejar los botes varados dentro, y aunque sea legal utilizar agua de mar...

—¡No importa que sea o no legal! Jacobs, maldito zopenco, no debió dejar entrar a esas dos personas allí dentro. ¿Quiere que se cometa otro asesinato?

—¡Caramba, teniente, alguien tenía que venir a comunicárselo!

—¡Ya me lo han comunicado! ¡Largo!

No obstante, fue el teniente Spinelli quien salió al exterior, seguido por los demás.

Una ligera llovizna había empapado el suelo de la plaza Todas las Américas, donde no quedaba nadie ya, excepto el agente Paulson. Sin embargo, no llovía ya. Sólo el cielo, con su sucesión de relámpagos y truenos, continuaba actuando sobre el sistema nervioso de los visitantes del parque de atracciones, en tanto el teniente Spinelli corría hacia el lado de la plaza donde se hallaba el Molino Encantado. Jacobs y Knox iban pegados a sus talones, y el doctor Fell les seguía más atrás.

La fachada del Molino, con las ventanas y puertas de color marrón, dejaba ver una arcada baja, desde la que arrancaba un canal acuático. El agua no se movía. Ni tampoco los dos botes vacíos, cada uno con asientos para seis personas, que estaban en el canal, al aire libre.

En la taquilla enrejada de la derecha se hallaba un hombre ya maduro, con mono de trabajo. Frente a la casa, con el aspecto del individuo que ha de bailar solo, había otro joven que se parecía a Jacobs como una gota de agua a otra, aparte de ser más moreno y más corpulento. El agente, que indudablemente era Clifford, señaló el agua inmóvil y se dirigió al teniente:

—¡Se ha atascado! Entraron por ahí, pero el agua no corre.

El teniente no estaba impresionado.

—¿Dejó que entraran, por Dios santo?

—Usted ordenó que aguardara sus instrucciones, teniente. Exactamente, esto fue lo último que nos ordenó.

—De modo que ha dejado que entraran, sin irles detrás.

—Está bien, iré ahora.

El individuo de la taquilla salió de la misma.

—¡Eh, un momento! —gritó—. ¡Detengan los caballos, hasta que sepa de qué se trata!

—Teniente —jadeó Jacobs—, le presento a Kim O'Brien. Él le dirá...

—No lo entiendo —siguió gritando O'Brien—. ¿Cómo pueden sufrir el menor daño esas dos personas que acaban de entrar? Además, ahí dentro no hay nadie más. Bien, no hay necesidad de meterse en el agua, aunque sólo llega hasta las rodillas. Les enseñaré un modo más rápido, si no quieren mojarse.

—Entonces, no se demore —le urgió el teniente, indicándole con el gesto a Knox que no se moviera de su lado—. Clifford, usted y Jacobs aguarden aquí. ¡Yo mismo me ocuparé de este asunto! Y que Dios me asista si ocurre algo antes de que yo... ¡Vamos, amigo, enséñenos el camino!

El hombre de la taquilla echó a andar apresuradamente. Spinelli y Knox corrieron tras él, dando la vuelta por la esquina derecha del Molino Encantado. Su guía se

detuvo delante de una puerta cerrada.

—Es por aquí —señaló, abriendo la puerta—. Tan pronto como estén dentro, verán una especie de pasadizo que corre al lado del canal. Es estrecho, pero se puede andar por él en fila india. Luego, gira a la izquierda. No tardarán en llegar al sitio donde debe de estar varado el bote. Vaya, ¿qué diantre es esto? ¿Qué sucede?

El teniente Spinelli no le oía ya. Cuando penetró en el Molino Encantado, brilló un relámpago. Knox le siguió prestamente.

El túnel, aunque húmedo, no estaba completamente a oscuras. Si el mecanismo que controlaba el flujo de agua había dejado de funcionar, no ocurría lo mismo con lo demás. Por la caverna se oía un chirrido metálico, como una carcajada fantasmal, y un rostro demoníaco, iluminado eléctricamente, los deslumbró momentáneamente.

El pasadizo lateral, una plataforma de unos cuarenta centímetros de anchura, corría unos tres palmos más arriba del nivel del agua en el canal. Otros botes, separados por unos cuatro o cinco metros de distancia entre sí, estaban varados en el canal. Sin embargo, tocios estaban vacíos.

No se veía el menor signo de vida humana. A intervalos y a lo largo de las paredes, tanto a derecha como a izquierda del túnel, unas diminutas aberturas dejaban ver, al abrirse, las habitaciones interiores del Molino. De pronto, un esqueleto avanzó hacia ellos, volviendo a retroceder seguidamente. A sus oídos llegaron más risas metálicas. En una de las aberturas del muro divisaron un cadáver tendido en el suelo, tan acertadamente representado que hasta el teniente vaciló. Mas su vacilación no duró mucho.

Recorriendo el pasadizo casi a la carrera, se llevó la mano derecha a la sobaquera. De la misma extrajo un revólver de cañón corto.

—¡Más de prisa! —gritó—. ¡Más de prisa y haga todo el ruido que quiera! Pero no hable, no hay tiempo para hablar. Si este Molino estuviese realmente encantado, sé perfectamente qué fantasma veríamos.

—¿Cuál?

—El de John Fosdick, o Luther McIlvey, o como se llamase. Nos ha estado acosando durante todo el caso, y aún no hemos terminado con él. Bien, no tenemos que hablar... Oh, este es el peor sitio de cuantos... ¡Oh, no! ¡No! ¡Ya basta!

Las últimas palabras no iban dirigidas a Knox. Ambos acababan de doblar una curva del túnel, y se hallaban en un tramo recto. Al frente, a la izquierda, se abría una «estancia» mayor que las demás, con el suelo a sólo un palmo del nivel del agua. Al fondo, girando lentamente, se veía lo que podía tomarse por una enorme rueda de molino. En primer plano, había dos personas vivas.

Ciertamente, una estaba viva; la otra, tal vez sólo inconsciente: Judy Knox estaba tendida boca arriba sobre un suelo medio cubierto de paja, con los ojos cerrados y la tez sumamente pálida. Arrodillado junto a Judy, de espaldas a los recién llegados, otra figura estaba levantando un dardo muy afilado en sus cuatro púas, disponiéndose a clavarlo en la esposa del historiador. Éste no podía ver el rostro de la persona

asesina, pero intuyó quién era.

—¡Suelte eso! —gritó el teniente—. ¡Suéltelo...!

La figura del dardo, perdida toda noción de razonamiento, levantó más arriba su arma. El teniente Spinelli disparó.

La detonación, a pesar del eco que despertó entre los muros del estrecho túnel, quedó ahogada por el estruendo del trueno que en aquel preciso instante estalló en el firmamento.

El dardo de hierro cayó al suelo. El impacto de la bala, al chocar contra el omóplato izquierdo, obligó a la presa del teniente a girar la cabeza, ladeando todo el cuerpo, cayendo junto a Judy, con el cuerpo sobre las tablas del suelo, y la cabeza y los brazos en el agua.

—Vaya a cuidar de su esposa —le aconsejó el teniente al historiador—. En cuanto al asesino... está ya fuera de toda ayuda.

Era cierto. Un sombrerito estaba ya navegando por el agua. Lo mismo que un par de gafas, que no tardaron en desaparecer. De la herida de la espalda manaba un hilillo de sangre. La bala había atravesado certeramente el corazón de Elizabeth Harkness.

El domingo por la tarde era 25 de abril.

Era domingo, y el escenario del teatro «Máscara» estaba dispuesto como la famosa cocina de la granja de New Hampshire, del primer acto de *El discípulo del diablo*, que debía ser repuesto al día siguiente. Cierta grupo de personas, bajo poderosos focos, estaba reunido en aquel escenario, para el último acto de una comedia oficiosa.

El doctor Gideon Fell, en íntima comunión con su pipa, se hallaba sentado en la butaca del director de escena. Philip y Judy Knox ocupaban sendas sillas de respaldo redondo, que formaban parte del decorado. Barry Plunkett, ya más calmado que en días anteriores, y una más tímida Anne Winfield, estaban encaramados al borde de una mesa situada ante una chimenea simulada. El teniente Spinelli no estaba sentado, sino que se paseaba por el escenario, dando de vez en cuando una media vuelta sobre sí mismo para disparar una pregunta o formular una observación.

—Lo que me atolondró al principio —declaró—, fue un mal entendimiento. Me pareció oírle decir al maestro que ninguna mujer había cometido el crimen.

—Perdón, teniente —repuso el doctor Fell con fingida cortesía—. Usted dijo que ninguna mujer disparó la ballesta. Y yo repliqué que estaba de acuerdo. No en lo referente a las mujeres, sino a que el asesinato no fue cometido con una ballesta.

—¡Pero todos oímos el zumbido! —objetó Barry.

—El disparador fue accionado y la cuerda distendida, casi medio minuto antes de cometerse el crimen. Todo formaba parte de un engaño sutil, como trataré de explicar. Si queremos comprender el asesinato de Margery Vane, damas y caballeros, tenemos que dar por sentado que no se utilizó como arma ninguna ballesta, y que ninguna hubiese podido ser usada bajo las circunstancias del crimen.

—¿Por qué no?

El doctor Gideon Fell dio una chupada a su casi apagada pipa.

—Creo que el juez Cunningham ya les dio a ustedes una conferencia respecto a las ballestas. Es sorprendente que él mismo no intuyese lo que era evidente, puesto que parece conocer bien el poder penetrante de los dardos.

El doctor hizo una pausa, como meditando lo que debía exponer a continuación.

—Usted, teniente, estuvo peligrosamente cerca de la verdad cuando aseguró que el asesino no podía haber entrado en el palco para matar a Margery Vane por la espalda; indicó que a tan corta distancia, la herida del cadáver habría sido mucho mayor. De haberse disparado una ballesta desde el otro lado del teatro, distancia mucho mayor, aunque todavía corta, la herida también habría sido de consideración, con gran desgarramiento de los tejidos circundantes. Casi todos vieron lo que sucedió cuando Barry Plunkett disparó desde el escenario hacia la puerta del palco C. El dardo penetró hasta atravesar toda la gruesa hoja de madera.

—¿Nos está diciendo —preguntó el actor, levantando una mano— que el dardo se

utilizó como un arma manual?

—No necesariamente —replicó el doctor Fell—, aunque ello depende de lo que usted considere un arma manual. También trataré de explicar este punto. El crimen se cometió de un modo especial, como ya observé en una ocasión, porque sólo así pudo cometerse.

—¡Una asesina muy especial! —comentó Anne Winfield—. Y, sin embargo, Elizabeth Harkness parecía tan... tan simpática...

—Y lo era en muchos aspectos. Su devoción hacia Margery Vane, aunque para disimular sus propósitos era exagerada, no fue falsa ni fingida. Si Margery Vane se hubiese contentado con dejar dormir viejos recuerdos, su fiel seguidora habría hecho lo mismo. En lo que podríamos llamar el preludio, a bordo del *Illyria*, ninguna emanación maligna surgió de Bess Harkness. Y en esto tengo razón porque ella todavía no había decidido el crimen. Perdió el dominio sobre sí misma, podemos afirmar que se volvió loca, sólo cuando el intenso odio que Margery Vane experimentaba hacia John Fosdick entró en conflicto con el amor que Elizabeth Harkness sentía por él.

—¡Entonces era cierta la historia contada por Kate Hamilton! —exclamó Anne Winfield—. ¡En los viejos tiempos, John Fosdick estuvo enamorado de la Harkness, y ésta le correspondió!

—Señorita Winfield, le ruego encarecidamente que no anticipe los acontecimientos.

—Oh, lo siento. Pero... sus sospechas contra ella...

—Las sospechas de mi desquiciado cerebro —gruñó el doctor Fell—, se despertaron fuertemente cuando, el domingo por la noche en el despachito de arriba, ella estuvo sentada ante nosotros y nos contó una historia que era demasiado hermosa para ser cierta. Ya antes me había inquietado un pequeño punto. Y éste fue el que inspiró la declaración, mal entendida, de que el crimen y la caridad suelen empezar en el mismo lugar.

—Yo pensé que se refería usted a Richbell —rezongó el teniente Spinelli.

—Para Margery Vane, este lugar no podía ser Richbell, en absoluto, sino más bien lo que ella consideraba como su hogar: Londres, Somerset, Cannes o, en los últimos meses, Florida. Es decir, cualquier lugar de los habitados por ella en compañía de sus seguidores, particularmente de la nunca ausente Elizabeth Harkness.

El doctor Fell volvió a chupar la pipa.

—Lo que me inquietaba, repito, fue algo muy nimio. El domingo por la tarde, muy temprano, Margery Vane, con Elizabeth Harkness y Larry Porter, llegó al hotel «Pershing» de White Plains. Poco después, dos artículos de joyería, un brazalete y un collar de diamantes, desaparecieron o fueron robados del dormitorio de la Vane. ¿Tiene, por casualidad, dichas joyas en su poder, teniente?

—Están en mi bolsillo, maestro. ¿Las quiere?

—No, gracias; al menos por ahora. Margery Vane juró que Larry Porter las había

robado; afirmó haberle sorprendido en el acto. Con igual decisión, Porter juró que fue Margery Vane la que se había quedado con ellas, aunque más adelante confesó no haber visto tal acción. ¿Y si Margery hubiese mentido de igual forma? Se acusaban mutuamente con tanta fuerza y convicción porque los dos estaban persuadidos de que sólo uno de ambos podía haber cogido las joyas. Pero había otra persona, y sólo una, que también tenía acceso a ellas. Como los dos sabían que la tercera persona, tan fiel y honrada, jamás robaría en provecho propio, no se les ocurrió sospechar de ella. Y temo que también a mí me sucedió lo mismo.

Nueva pausa. Barry Plunkett estuvo a punto de interrumpir al conferenciante, mas se contuvo a tiempo.

—Entonces, ocurrió, la escena representada por la fiel compañera en el despachito de este teatro, con la aparición del misterioso recorte de prensa por el que pudimos identificar a Luther McIlvey como John Fosdick. Damas y caballeros, aquella historia contada por la Harkness era mucho más curiosa de lo que parecía. Vayamos primero con el recorte de diario. Ciertamente, Margery Vane lo había visto, puesto que la Harkness se refirió al mismo en presencia de la actriz. Mas, ¿qué pruebas tenemos de que alguien de Richbell hubiese recortado el artículo, lo hubiera metido en un sobre y lo enviase por correo aéreo a Florida?

—En realidad —asintió el teniente—, sólo la palabra de una mujer. Elizabeth Harkness dijo que lady Severn debía guardar el sobre, porque siempre lo conservaba todo. Usted me pidió que buscase dicho sobre entre las cosas de la víctima; lo busqué en el hotel, y nada pude hallar.

—Sí, Elizabeth Harkness era muy lista; Margery Vane ya nos contó que su amiga siempre podía proyectar un plan. También aseguró que Bess no sabía ser dura, en lo cual estaba muy equivocada. Elizabeth Harkness siempre nos dijo la verdad, hasta donde podía ser demostrada o le convenía. Incluso admitió que recibía los periódicos de Nueva York adonde quiera que fuesen. Ella pudo recortar aquel artículo en Miami, enseñándoselo a Margery Vane como si lo hubiese recibido anónimamente por correo. Y la extraña historia que nos contó...

—De acuerdo en todo, ahora que sabemos la verdad —concedió Knox—. Pero, ¿qué hay de extraño en la historia?

—Considerémoslo —pidió el doctor Fell, frunciendo el ceño—. Según propia admisión, Bess Harkness sabía que Fosdick viajaba en el *Illyria*, en la clase turística. Estaba convencida, por las mismas pruebas que luego descubrimos nosotros, de que fue Fosdick el que disparó a través del cristal. Y, sin embargo, ¡esto no se lo dijo a Margery Vane! Y estamos seguros de que no se lo dijo, ya que en caso contrario Margery se habría apresurado a utilizar algún arma contra su eterno enemigo. John Fosdick pudo ser o no ser enemigo de Margery, pero la actriz lo creía firmemente. Y de haber sido tan grande la devoción de Bess Harkness hacia su amiga, tan grande como pretendía, ciertamente le hubiese comunicado sus sospechas. Pese a ello, no lo hizo. ¿Por qué?

El doctor Fell hizo una pausa expectante. En el escenario, nadie se atrevía casi a respirar.

—Nuestra atrevida Bess que, aunque bajo una tensión muy perdonable, la noche del domingo, repitió varias veces la misma historia y sólo en una ocasión pareció ceder al histerismo; nuestra atrevida Bess empezó a aparecer ante mis ojos bajo una luz inquietante. Años atrás, explicó, sólo había conocido ligeramente a John Fosdick; en realidad, aseguró conocerle apenas. Sin embargo, en la ampliación de su relato, Fosdick siempre estuvo presente. En cada una de sus palabras se infiltraba su simpatía hacia el viejo actor. Incluso nos informó de la estatura exacta del mismo, que luego el teniente verificó en su pasaporte. Si Fosdick no hubiese ocupado ningún lugar en la vida de Bess Harkness, si el actor muerto no hubiese significado emocionalmente nada para ella, ¿cómo podía haberse fijado tanto en él?

El doctor Fell hizo una brusca transición.

—Kate Hamilton (de acuerdo, señorita Winfield), Kate Hamilton nos proporcionó la pista a la noche siguiente. Kate Hamilton, la única superviviente de los primitivos Comediantes de Westchester, era la única que nos la podía proporcionar. ¿Cuáles fueron las relaciones, en aquel lejano tiempo, entre un joven actor de «gran encanto» y la reprimida y aparentemente desdibujada joven, un año o dos mayor que Margery Vane, que necesitaba cariño sin encontrarlo?

—¿La sedujo él? —preguntó Anne Winfield.

—Jamás lo sabremos —repuso el doctor Fell—. Tal vez se trató sólo de un apasionado idilio Victoriano. Lo cierto es (y hemos de conjeturarlo solamente) que ella jamás le olvidó. No volvió a verle en los años posteriores, ya que Margery Vane lo habría sabido con toda seguridad; pero Bess Harkness no olvidó nunca a John Fosdick. Una mujer como la Harkness, una vez enamorada, no puede ya olvidarse de su amor, que llevará en su corazón hasta la tumba. Lamentablemente, también yo me anticipo a la evidencia. Mas esta anticipación servirá para tener una comprensión mucho mejor de los sucesos.

Hasta el teniente Spinelli había dejado de pasearse, recostado indolentemente en el respaldo de una silla de la cocina de la falsa granja.

—¿Qué sintió, a bordo del *Illyria*, cuando vio al actual John Fosdick, gastado y envejecido, enfermizo, arrastrando sus huesos hacia Nueva York, animado por una última esperanza? Una mujer como ella jamás se apartaría de su antiguo amor; al contrario, supongo que aún lo amaría más. Una vez en Nueva York, debió suponer, si no lo adivinó ya antes, que la implacable Margery no permitiría que John Fosdick ingresara en la compañía de su nombre. Barry Plunkett, que pone cara de malo ante el mundo y en realidad es un blando de corazón, podía haber desafiado a Margery, dándole a John Fosdick un papel en la obra. Mas esto lo impidió la comercialidad de Judson Lafarge. Y Fosdick quedó definitivamente descartado. Elizabeth Harkness no podía hacer nada. Nada, hasta que un día de abril abrió un periódico y leyó un pequeño artículo: *John Fosdick, en una oscura habitación de un hotel, se había*

suicidio.

El doctor Fell calló para encender su pipa.

—Cuarenta años de devoción hacia una persona no se olvidan con tanta facilidad. Y, sin embargo, menos fácilmente todavía puede desarraigarse el gran amor de una mujer, gran amor que ésta ha alimentado en su corazón casi toda su vida. Margery Vane acababa de cometer un acto malvado al condenar a muerte a John Fosdick. Margery Vane tenía que morir. Y, no obstante, rayos y truenos, Elizabeth Harkness tuvo aún valor para estar sentada en aquel despacho y encajarnos el cuento de su pesar.

Todos los ojos estaban fijos en el orador. Todos los oídos pendientes de sus palabras.

—Y usted no apartó de ella la mirada durante todo aquel tiempo —se atrevió a comentar Philip Knox—. Doctor Fell, esto es lo más extraño de todo. Cuando ella contó su historia, yo habría jurado que usted estaba profundamente conmovido.

—¡Y lo estaba! —proclamó el aludido—. Conmovido por una trágica ironía: que la que afirmaba ser la mano de una gran devoción fuese también la mano implacable del destino. O tal vez, si insisten ustedes en querer saber toda la verdad, también sentía lástima: Damas y caballeros, nunca hay que matar al hombre, o a la mujer que nos ha defraudado, porque después podemos necesitar a la víctima como apoyo moral. No, la historia de Bess Harkness no fue completamente fingida. Y, lo mismo que todos los asesinos, también tenía razón en parte. No es sólo Barry Plunkett el blando de corazón. Yo mismo habría podido cerrar mis ojos a la evidencia, y dejar en libertad a Elizabeth Harkness, como he dejado a otros delincuentes, si, tras forzar a cierta dama a corroborar su coartada, no se hubiera vuelto contra esa misma mujer, tratando ferozmente de matarla. Ya que, mientras ella contaba su historia...

Durante todo el discurso, Judy Knox no había pronunciado una sola palabra. Estaba quedamente sentada, aunque con una expresión de espanto en sus bellas pupilas. De pronto, se puso de pie.

—No deseo escuchar esta parte. En realidad, ¡no puedo escucharla! ¿Quieren perdonarme? Y no me sigas, Phil, no es necesario. Te esperaré en el salón.

—No es necesario, señora Knox —la detuvo el doctor Fell con gravedad—, que usted nos deje. Usted actuó bajo una gran tensión. Acepte mis seguridades, y las del teniente Spinelli, de que no tiene usted nada que temer.

—Oh, ¿no comprende que no se trata de mis temores? Me refiero al asesinato. Lo que no puedo soportar es la otra explicación que usted dará. Te esperaré en el salón, Phil. Aunque, cuando hayas escuchado toda la explicación, seguramente no querrás que te espere.

—Señora, no la comprendo. Yo no tengo que explicar nada con respecto a usted. Lo que Margery Vane tuviese contra usted, no es asunto mío. De todos modos, ello ha pasado y ha concluido. Acepte mis seguridades de que...

Judy no escuchaba.

—¡No querrás que te espere! —gritóle a su marido—. ¡Ni querrás volver a verme! ¡Adiós, Phil!

Huyó del escenario, taconeando fuertemente, hacia la platea. El teniente Spinelli giró en redondo.

—¡Todo esto no nos conduce a ninguna parte! —exclamó—. Siéntese, señor Knox. Y usted también, doctor Fell. Así está mejor. Bien, maestro, decía usted...

El doctor Fell suspiró ruidosamente.

—Decía que mientras Elizabeth Harkness iba desgranando su historia en aquel despacho, comencé a intuir de qué modo se había cometido el asesinato. La subsiguiente mención de Hans Wagner me afirmó en mi creencia.

—Sí, maestro, ya lo sabemos. Aunque supongo que ahora nos aclarará qué tenía que ver el antiguo jugador de béisbol con este caso.

—¿De veras se trata de un jugador de béisbol? —inquirió el doctor Fell—. Ya oí a varias personas atestiguarlo así, aunque yo no lo sepa por conocimiento directo. Mi única visita a un campo de béisbol, hace muchos años, cuando los Dodger de Brooklyn jugaban realmente en Brooklyn y no en Los Angeles, me dejó solamente una impresión confusa, según la cual Brooklyn era un terreno sagrado en donde un extranjero podía correr cierto peligro. Bien, temo —continuó el doctor Fell, blandiendo la pipa— que una observación mía fue mal entendida. Hans Wagner no sólo era un antiguo jugador de béisbol, de un bateador o como se llame. También es el nombre del vigilante nocturno de este teatro, y al parecer un vigilante bastante inepto. Le ordenamos que vigilara a Weary Willie en la general, y falló de modo lamentable. Para mí, «Hans Wagner» significaba la general o, para ser más específico y evitar más mal entendidos, el plano de la general. Esta es la verdadera explicación del misterio.

—¿De veras? —preguntó Barry Plunkett—. Pues yo aún necesito bastante iluminación, oh, sapientísimo. Y Anne creo que también. Nadie pensaría que a esta ramera le interesaran tanto los crímenes.

—¡No me interesan los crímenes, tonto! Sólo quiero...

—Sí, lo sé... pero no sería propio hablar ahora de lo que tanto quieres. Espera a la noche, ¿eh?

—¿Quieren callarse los dos? —tronó el teniente—. Adelante, maestro.

—Supongo que aclarará las ideas —siguió el doctor Fell—, referirme inmediatamente a lo que tanto nos ha confundido en este asunto. Naturalmente, se trata de la extraña historia que nos contó el señor William Estabrook, alias Weary Willie, referente a un enmascarado vestido de negro, que disparó una ballesta desde un lado del escenario antes de descender por una trampa. Bien, en esta historia no hay un ápice de verdad. Después de saber lo que ocurrió en realidad, puedo afirmar que dicha historia es falsa. ¿Por qué la contó? Con la esperanza, según su propia confesión, de volver a ingresar en el teatro al que antaño perteneció. ¿Fue un loco al largarnos ese cuento? No, señores. Ya que consiguió lo que se proponía.

Afortunadamente, entre ustedes existen muchos blandos de corazón. El señor Judson Lafarge, ese caballero que tanto chilla y se queja con respecto a los asuntos financieros, pertenece al mismo club de los blandos. Lo mismo que el juez Cunningham. Entre los dos vistieron a Weary Willie, le alimentaron y le entregaron dinero para sus borracheras. Si alguien quiere gritar tres ¡vivas! en favor de la gente del condado de Westchester y de Richbell en particular, yo me uno a los vítores.

Todos se echaron a reír.

—Tras haber determinado lo que no sucedió aquí el domingo por la noche, veamos lo que en realidad ocurrió. ¿Por qué Margery Vane decidió venir hacia el norte, tras haber afirmado anteriormente su voluntad en contra? Bien, esto no tiene demasiada importancia. Seguramente, lo planeó desde mucho tiempo atrás. Son de mayor interés los movimientos de Elizabeth Harkness, que entró en este teatro antes de cenar el domingo por la tarde, ya con los esenciales detalles de su plan bien grabados en su mente. Los detalles esenciales fueron, en efecto, meditados ya en Florida. Puesto que hubo una extensa correspondencia entre Margery Vane y Barry Plunkett, éste pudo muy bien describirle por carta que en el salón de descanso del teatro, muy cerca del lugar donde debía figurar el cuadro de la actriz, había una ballesta y dos dardos.

—Sí, escribí eso mismo —asintió el actor—. ¿Estaba enterada de eso Bess Harkness?

—Naturalmente; siempre se enteraba de todo. Bien, probemos ahora un pequeño experimento.

Tras levantarse del sofá, el doctor Fell fue hacia el proscenio. El telón estaba levantado, y la luz de la sala era escasa.

—Teniente, usted tiene en el bolsillo las joyas. ¿Puede dejármelas? Y también el recorte de periódico, por favor.

—Sí, maestro. ¿He de unir ambas joyas, colocando el recorte entre las dos, tal como lo encontramos todo?

El doctor Fell asintió, y el teniente procedió a ejecutar la operación.

—Ahora, el dardo, teniente. El mismo que casi fue utilizado el martes por la noche contra la señora Knox en el parque de atracciones.

El escenario contenía otros artículos, aparte de los indispensables para el decorado. Apartando a Barry Plunkett y Anne Winfield de la mesa, el teniente abrió un cajón de la misma y extrajo un dardo de hierro, con sus cuatro púas afiladas.

El doctor Fell dejó el bastón a un lado y se metió en el bolsillo la pipa apagada. Con las joyas en una mano y el dardo en la otra, avanzó por el proscenio.

—¡Agente Paulson! —llamó.

—¡Aquí, doctor! —respondió el nombrado.

Nadie se había fijado en Paulson, vestido de paisano, que estaba sentado en butaca de orquesta.

—Paulson, a primera hora de esta tarde le di ciertas instrucciones. ¿Tiene usted

una ballesta... cualquiera?

—Aquí está, doctor —asintió el agente, enseñando una—. Es algo mayor que la que pensamos sirvió para el caso, que sólo medía cuarenta centímetros de anchura y menos de sesenta de longitud. Creo que también servirá, ¿no?

—Servirá —afirmó el doctor Fell.

Primero arrojó a la platea las joyas y después el dardo, todo lo cual fue diestramente cogido por el agente.

—Vaya al sitio que le indiqué —prosiguió el doctor Fell—. Luego, cuando le dé la señal, ejecute todos los movimientos, para que esas buenas gentes puedan observarlo con claridad. Gracias.

Paulson se dirigió por el pasillo hacia la puerta giratoria del fondo. El doctor Fell volvióse hacia los demás.

—Después de cenar en la «Taberna del Árbol Solitario», Margery Vane, Elizabeth Harkness y Larry Porter volvieron aquí. Ustedes no vieron inmediatamente a Porter. En realidad, tampoco vimos inmediatamente a la Harkness. Tras un intervalo considerable, la actriz llamó a su fiel compañera, que entonces hizo su aparición. ¿Recuerdan cómo iba vestida la Harkness? Bien; aunque yo no la vi hasta más tarde, se lo recordaré. Llevaba un sombrerito muy ajustado; era la única mujer que aquella velada llevaba sombrero, igual que a bordo del *Illyria*. Y al brazo, con un colgador de madera, como de costumbre, llevaba el abrigo de visón de Margery Vane. No tardó más de un par de minutos en aparecer detrás de la actriz, pero en ese tiempo estuvo completamente sola en el salón de descanso. Y lo empleó en... ¿en qué?

—En coger y ocultar la ballesta y los dos dardos —adivinó Knox.

—Exactamente —asintió el doctor Fell—. Los dardos son muy cortos, por lo que no era difícil esconderlos en el bolsillo del abrigo. En cuanto a la ballesta, ya conocemos sus medidas; además, tenía un gancho a fin de poder ser colgada de la pared. Pero aquella vez estaba colgada del forro del abrigo. Con éste doblado para ocultar la ballesta y colocado sobre el brazo de Elizabeth Harkness, ésta tuvo la osadía de presentarse con el arma asesina delante mismo de su presunta víctima.

Todos seguían como hipnotizados el relato del doctor Fell.

—Al comenzar el ensayo general, Philip Knox se fijó en el abrigo desplegado. Estaba extendido, con el colgador dentro, sobre el respaldo de una butaca, al lado de la Harkness. Mas, por entonces, ésta ya había escondido la ballesta bajo otra butaca. Más tarde, cuando el teniente Spinelli interrogó a la asesina, también yo vi el abrigo extendido, y aunque la ballesta ya había funcionado, cumpliendo su misión criminal, reparé en un leve desgarrón del forro del abrigo, desgarrón causado anteriormente por el gancho. El teniente Spinelli me ha acusado a primera hora de esta tarde de haber ocultado pruebas, al haber callado todo esto hasta ahora. Tiene razón... ¡pero tenía que obrar así! Ese diminuto desgarrón no era más que otro indicio añadido a los demás, y yo todavía no tenía todo el hilo de la trama en mis manos.

El doctor Fell carraspeó antes de continuar.

—Bien, prosigamos. Cuando Elizabeth Harkness se sentó en la primera fila del anfiteatro, inmediatamente hizo algo ante la vista de todo el mundo. Lo hizo y, aparentemente, continuó haciéndolo. Bien, ¿qué hizo?

—¡Encendió un cigarrillo! —gritó Knox—. Esa mujer era virtualmente una fumadora empedernida. Y sabía sostener el cigarrillo en completa inmovilidad, como ya observé a bordo del *Illyria*. Una vez empezó el ensayo, cuando yo deseaba hablar con Judy, me fijé en el resplandor del eterno cigarrillo de Bess Harkness.

—Pero no se acercó a ambas mujeres, ¿verdad? Nadie se aproximó a ellas. Por aquel entonces, la presencia de Elizabeth Harkness y Judy Knox en el anfiteatro ya estaba bien establecida. El cigarrillo de la primera, o al menos un cigarrillo, seguía brillando en la oscuridad. Dígame, Knox, ¿no le sugiere esto un incidente de una comedia antigua?

Un destello iluminó repentinamente el cerebro del historiador.

—¡Claro que sí! Se trata de la obra *Sherlock Holmes*. De la aventura de Holmes en la cámara de gas.

—Precisamente, adelante.

—Holmes ha sido atrapado y aprisionado por el profesor Moriarty^[29]. Las luces se han apagado. Y al público le parece estar viendo a Holmes sosteniendo un cigarrillo encendido. Cuando vuelven a encenderse las luces, resulta que el cigarrillo está apoyado en el antepecho de una ventana situada a una altura conveniente, y Holmes ha desaparecido. Bueno, también yo me dejé engañar esta vez. Jamás se me ocurrió pensar...

—... que se trataba de la coartada de Elizabeth Harkness, inspirada en una comedia que leyó hace muchos años Margery Vane y, naturalmente, también ella. Aquí debo sugerir —prosiguió el doctor Fell, haciendo una mueca más fea que de costumbre—, que en su plan original no pensó proporcionarse una coartada. En su calidad de amiga íntima y fiel compañera de la víctima, sabía que se hallaba relativamente a salvo de sospechas, lo cual era cierto. Pero su esposa, mi querido amigo, intervino en el proyecto. Como Elizabeth Harkness era un genio de la improvisación, asió inmediatamente la ocasión por los pelos y la usó a su conveniencia.

El doctor Fell volvió su mirada hacia todos los presentes.

—En el palco C, Margery Vane discutió con Judy Knox. No me pregunten el motivo de la pelea. Lo cierto es que originó un pánico tan enorme en Judy, que no terminó ni con la muerte de la actriz. La señora Knox, aterrada, huyó del palco y buscó refugio en la simpática y comprensiva Elizabeth Harkness. Porque, como saben, era simpática y comprensiva; esto lo ha afirmado todo el mundo. Yo supongo que ella empleó ciertas amenazas a fin de mantener a la atribulada señora Knox a su lado y obligarla a declarar que *ella*, la Harkness, no se levantó ni un instante de su butaca. Pero, aunque la señora Knox está ausente, me atrevo a sugerir que las amenazas eran tan veladas y amables, en cierto modo, que la señora Knox apenas las

reconoció como tales. Y a pesar de que Elizabeth Harkness dejó en realidad su butaca, para atender a su intento en la semioscuridad del teatro, Judy Knox no sospechó jamás que era ella la verdadera criminal, hasta que la propia Harkness se quitó la máscara el martes por la noche.

Phil Knox iba a interrumpir al orador, pero calló a un gesto de éste.

—Mi querido amigo; el ángel de venganza que anidaba en la Harkness convenció a su esposa para que hiciera algo más que probar su coartada. Durante el breve espacio de tiempo en que la Harkness estuvo alejada de su butaca al principio del tercer acto, convenció, u obligó a la señora Knox, que estaba aterrada y sumida en sus amargas reflexiones, para que le sostuviera el cigarrillo hasta que ella se lo pidiera de nuevo.

—¿Y qué hizo la Harkness mientras tanto? —preguntó el historiador.

—Tenía a su lado un abrigo de visón que, colocado como una mujer sentada en su propia butaca, podía parecer como tal a cierta distancia y con la penumbra reinante en el teatro. Encima del abrigo se proyectaba el gancho metálico de un colgador o percha de madera, sobre el cual puso su sombrerito. No se trataba de ningún engaño, ya que de haberse aproximado alguien, no se habría dejado alucinar por la trampa. Pero nadie se acercó, ya que nadie tenía ninguna razón para acercarse. Embutida en su abrigo negro —prosiguió el doctor Fell—, y llevando la ballesta y un dardo, así como las joyas y el recorte de periódico unido a ambas, se deslizó por el anfiteatro en la oscuridad. Y ahora, veamos qué hizo.

El doctor Fell volvió su mirada hacia la izquierda, adelantándose de nuevo al proscenio.

—¡Agente Paulson! —gritó.

Su voz resonó por la sala. Instintivamente, todas las miradas del escenario se dirigieron al palco C, con su reborde curvado y con adornos dorados situado a unos tres metros por encima del pasillo lateral de platea, donde brillaban las pequeñas luces indicadoras.

Paulson no estaba en el palco C. Fue Knox quien le vio antes; el agente se hallaba inclinado sobre el reborde del palco D, al nivel de la general, a unos tres metros más exacta y directamente encima del palco C.

—El momento —continuó el doctor Fell— fue muy poco antes de aquél en que situamos el instante del crimen. Romeo no luchaba aún con Teobaldo. Éste se peleaba con Mercucio, en un asalto de esgrima verdaderamente espectacular, yendo hacia la derecha del escenario, de cara al público. ¿Qué hizo Margery Vane durante aquel asalto de esgrima? Contemplar fascinada. Ella misma contó en cierta ocasión que había visto a Sir Lawrence Olivier, a la sazón sólo Lawrence Olivier, interpretando *Ricardo III*, en mil novecientos cuarenta y cuatro, en el «New Theatre». En el momento culminante de la obra, hay un duelo a espada entre el rey Ricardo y Enrique de Lancaster, y la actriz nos contó que casi estuvo a punto de caerse del palco, ya que en su interés avanzó peligrosamente la cabeza y el busto sobre el repecho del palco.

Por tanto, podemos asegurar que en el momento del duelo entre Mercucio y Teobaldo, también se inclinó hacia delante, estando sentada en una silla bastante alta, como suelen ser las de los palcos, y sobre un reborde bastante bajo. Su espalda por consiguiente, al menos hasta cierto punto, constituía un buen blanco para una persona situada más arriba. Si un asesino apostado en el palco D hubiese sostenido simplemente un dardo de hierro, y lo hubiera dejado caer, el peso del mismo, ya que el peso reside mayormente en la cabeza del dardo, aseguraría que éste cayese a plomo. Y aunque no penetraría con la misma fuerza que al ser disparado por un arco, sí se hundiría lo suficiente como para matar.

Knox se removió en su asiento con inquietud.

—Un momento, por favor —le atajó el doctor Fell—. El asesino, en este caso asesina, debía asegurarse, no obstante, de la posición de su víctima. No podía estar segura de que la fascinación ejercida por el duelo del escenario sobre Margery Vane la obligaría a inclinarse fuera del palco lo bastante para constituir un buen blanco. Bien, sólo de un modo podía la asesina asegurarse de tal postura. Y ahora lo verán. ¡Paulson!

Desde el palco D algo relució, cayó y quedó centelleando sobre la alfombra roja del pasillo lateral de platea.

—Dos joyas pesadas y costosas, extraídas del joyero de Margery Vane —explicó el doctor—. Ambas pasaron raudamente por delante de los ojos de la víctima, yendo a parar al pasillo de más abajo. Ambas eran suyas, y ella las vio caer sobresaltada, fascinada, quizás enfurecida. Se inclinó hacia delante para mirar al pasillo, se inclinó más... y en aquel momento... ¡vamos, Paulson, el asesinato!

El agente lanzó un dardo de hierro. Cayendo a plomo, pasó rozando casi el reborde tapizado del palco C, y se hundió en el suelo del pasillo, atravesando la mullida alfombra.

—Les aseguro —manifestó el doctor Fell— que jamás se ha delineado una trampa más precisa y perfecta. El dardo penetró en la espalda de la víctima con una leve angulación, no por haber sido disparado desde ningún ángulo o desde abajo, sino porque la espalda de Margery Vane estaba inclinada hacia delante cuando cayó el dardo. Elizabeth Harkness ya había cumplido su misión: se había vengado. Preso entre las dos joyas que todo el mundo creía robadas había un recorte de periódico, al parecer inofensivo, pero que debidamente interpretado nos da toda la razón del crimen. Claro que nadie lo interpretará; nadie podía interpretarlo, y es por esto que la asesina se considera a salvo. Como muchos criminales, la Harkness no pudo resistir cierto gesto.

El doctor Fell se interrumpió y miró hacia la sala.

—¿Me oye, Paulson?

—Sí, doctor.

—Vamos ahora a ver el último movimiento de la asesina. Paulson, ejecute los movimientos que antes le indiqué; puede ir de prisa, pero sin correr. Supongamos que

la asesina acaba de dejar caer el dardo, matando a su víctima. ¡Uno, dos, tres! ¡Ahora!

Paulson desapareció del palco D. Knox tenía la mirada fija en la segundera de su reloj de pulsera. El teniente Spinelli hizo lo mismo. El doctor Fell sacó del bolsillo un reloj tan inmenso como un pisapapeles.

—El palco D —explicó—, está demasiado alto para que desde aquí veamos abrirse y cerrarse la puerta. Con la imaginación estamos viendo bajar al agente Paulson por la escalerilla situada detrás del palco, tal como la subió hace poco. Del nivel de la general pasa al nivel del anfiteatro. Ahora sale del pasillo de los palcos. Se dirige hacia el fondo del anfiteatro y cruza al otro lado, usando un pañuelo para borrar mientras tanto las posibles huellas dactilares de la ballesta. Entonces, en todo el teatro reinaba la oscuridad; ahora hay más luz, por lo que pueden divisar bien al agente Paulson. Se halla en el pasillo lateral del anfiteatro, en dirección hacia el palco A.

Brevemente, Knox dejó de mirar la segundera de su reloj, y vio que, efectivamente, Paulson estaba ya en el palco A, utilizando aún el pañuelo para borrar las huellas.

—¡Sólo veintitrés segundos! —observó el historiador.

—¡Exactamente! —corroboró el teniente Spinelli.

—En el escenario —prosiguió el doctor Fell—, Mercucio se halla ya en brazos de Benvolio y sale de escena. Benvolio regresa. Sale Teobaldo y Romeo le desafía. La pelea tiene lugar aproximadamente en el mismo sitio en que nosotros ejecutamos la reconstrucción de la escena el lunes por la noche. Los contendientes giran y se atacan cada vez a mayor ritmo. Casi hemos llegado al sitio donde...

El doctor Fell calló. Una vez más, resonó por la sala el zumbido de la cuerda de la ballesta al distenderse. Knox volvió a separar los ojos del reloj. El agente Paulson, con los dedos protegidos por el pañuelo, arrojó la ballesta a la platea desde el palco A.

—El ruido sordo producido por la caída —explicó el doctor Fell—, quedó en aquella ocasión ahogado por la orquesta que también ahogó los demás ruidos. Paulson se retira; ya está fuera del palco A y también del pasillo posterior. Desde allí a la primera fila de butacas del anfiteatro la distancia es mínima —el doctor Fell hizo una pausa expectante—. Vean, ya ha regresado al asiento que entonces ocupó Elizabeth Harkness. La venganza se ha ejecutado limpiamente, en la oscuridad. Todas las pistas engañosas se han plantado ya. Por favor, ¿quieren decirme qué tiempo ha transcurrido?

—Desde el momento en que usted gritó ¡ahora! hasta el instante en que Paulson se ha sentado en la butaca —repuso Knox—, han transcurrido veintinueve segundos. Algo menos de medio minuto en conjunto.

—¡Exacto! —volvió a corroborar el teniente.

—Veintinueve segundos —repitió el doctor Fell—. La gente siempre alarga el tiempo, ¿eh? ¡Veintinueve segundos! Y, no obstante, ninguna persona inocente,

incluida la señora Knox, vio, ni siquiera pensó, lo que había sucedido. Damas y caballeros: hemos llegado al final. Esto es todo lo que tenía que comunicarles con relación al crimen del palco C.

—Pero, naturalmente, no es el final de la historia —sugirió Knox.

—Mi querido amigo, es casi el final. Sabemos lo que Elizabeth ejecutó en público, todos lo sabemos. Respecto a lo que hizo en privado, puede usted preguntárselo a su esposa; lo demás no es difícil de adivinar.

Knox meditó las palabras del doctor Fell, que añadió:

—Aquella mujer de temple de acero también se llenó del pánico que inundaba el palco C. Su esposa sabía demasiado y, aunque sin duda Bess Harkness todavía trató de convencer a su ignorante cómplice respecto a su completa inocencia, temió que la señora Knox lo hubiera adivinado todo y acudiese a la Policía... cosa que, eventualmente, habría hecho antes o después. Por tanto, la señora Knox tenía que morir. Y se presentó la oportunidad. Su esposa, querido Knox, fue a entrevistarse con la Harkness, entre otras mujeres, de acuerdo con las órdenes dadas por el director de la revista en que trabaja. Elizabeth Harkness había casi dado al viento toda precaución. Y creyó que conseguiría sus propósitos, siempre que cometiera su nuevo crimen en la confusión y la algazara de un parque de atracciones, logrando además proporcionarse una coartada.

—¿Coartada? ¿Qué coartada?

—Amigo Knox: ¿por qué piensa que llamó por teléfono y de manera anónima a todas las mujeres en que pudo pensar: Kate Hamilton, Anne Winfield, Constance Lafarge... comunicándoles a cada una por separado que se enterarían de la solución del misterio si se hallaban en la plaza de Las Américas del parque de atracciones entre las cinco y media y las siete y media? Anne Winfield y Kate Hamilton son mujeres curiosas, pero buenas profesionales del teatro. Fueron allá, mas regresaron a tiempo para la función. Creo que sólo la señora Lafarge aguardó hasta el último instante.

—Esto fue casi el final del caso, ¿eh? —preguntó el actor—. De modo que fue Elizabeth Harkness quien efectuó esas llamadas. ¿Qué se figuraba esa idiota? No querría ningún testigo de su hazaña, ¿eh?

—¿Testigo? ¡No, por los arcontes de Atenas! Quería *sospechosas*. Más tarde, se sabría que habían visto a la señora Knox en compañía de una mujer. Pero los testigos de un parque de atracciones no suelen ser de fiar, por sus muchas inexactitudes. La Harkness esperaba que, en medio de una muchedumbre, la identificación resultaría muy difícil. Sí, estaba casi loca. Bien, se llevó a Judy al parque en un taxi, y, entre paréntesis, seguro que el conductor la habría reconocido más adelante. En un bolsillo llevaba uno de los dos dardos que robó en el teatro. De no haber llegado a tiempo el teniente Spinelli...

—Tenía que hacerse de este modo, señor Knox —se excusó el policía—. Lo entiende, ¿verdad?

—Sí, lo entiendo —asintió con amargura el historiador—. Entiendo que ustedes pusieron en peligro deliberadamente a mi esposa. No poseían bastantes pruebas para un jurado, y necesitaban un nuevo ataque, a fin de que un nuevo asesinato diese la evidencia necesaria.

—Es mi oficio —gruñó el teniente—. Y en mi carrera he de hacer muchas cosas a disgusto. Al maestro no le gustó la idea; no le gustó en absoluto y trató de disuadirme, pero yo le convencí. Si hay que ejecutar una cosa, la ejecuto a pesar de todo. Su esposa —Spinelli levantó un poco la voz— pudo verse en un gran compromiso por lo que hizo, inocente o no. Y yo pensé que era justo que nos ayudase a atrapar a la culpable, aun con cierto riesgo por su parte. Como una compensación, ¿comprende? Bien, ya no habrá más problemas para ella; tengo la palabra del fiscal. El caso ha concluido. Y ahora, ¿por qué no va en su busca y se lo dice? Y por favor —casi chilló el teniente— ¡deje de mirarme de esta manera!

Knox casi echó a correr. Los problemas personales no puede solucionarlos más que la persona interesada. Su propio problema seguía en pie... y tal vez había empeorado. En la penumbra reinante en el salón de descanso, con sus paredes rosadas y blancas, sólo iluminadas por la luz del cuadro, encontró una temblorosa Judy, en medio de un ambiente casi fantasmal.

—Sí, he oído al doctor Fell —exclamó ella—. Tenía la puerta abierta. No he perdido ni una sola de sus palabras. Y tiene razón. No sospeché que aquella espantosa mujer fuese la culpable. Ni sospeché de ella cuando me dejó sentada, sosteniendo su cigarrillo. Dijo que estaba enterada de todo respecto a mí, pero que no importaba. Y añadió que alguien trataría de matar a Margery Vane y que ella iba a procurar frustrar el intento. Después me confesó que no logró impedirlo, pero que estaría vigilante a fin de descubrir el menor fallo del asesino. Ni siquiera sospeché cuando fui a entrevistarla al hotel de White Plains. Luego, empezó a hablar con cierta incoherencia, de modo que hasta una imbécil habría sospechado ya de ella. Cuando me invitó a ir al parque de atracciones, «para contemplar algo que no había visto en muchos años», fueron sus palabras exactas, no me gustó la idea, aunque accedí a acompañarla. Yo soy más fuerte que ella, o al menos eso creía. Y pensé que conseguiría dominarla. ¿Cómo podía pensar que iba a dejarme sin sentido con el dardo de hierro, que me arrastraría hacia la plataforma del canal y que...?

Judy vaciló y calló. Su marido la asió por los hombros.

—Querida mía: ¿de qué se trata? La Harkness dijo que estaba enterada de todo y que no importaba, ¿verdad?

—¡Sí! Ellos no te lo han contado; sin embargo, lo haré yo.

—¿Contarme... qué?

—No debería de atormentarme al cabo de veinte años... y, no obstante, sigue atormentándome. Phil, cuando nos encontramos en aquel restaurante hace apenas una semana, comentaste que yo parecía asustada. Pues bien, lo estaba, ¡terriblemente asustada!

—¿Por qué?

—Por miedo a que te enterases. Y... algo más. Cuando vivimos juntos, hace ya tantos años, tú jamás me permitiste gastar un solo centavo mío, odiabas esta idea. ¡Te mentí! Te dejé pensar que yo tenía dinero. Y no era cierto. Apenas poseía nada. Y cuando me encontré sola en Nueva York...

—Judy, ¿por qué no hablas con ilación?

—Está bien... Luego, podrás sacarme del teatro y arrojarme a una alcantarilla. ¿Recuerdas lo que dijo Anne Winfield, la noche del domingo, cuando estaba tan exaltada? Afirmó que había querido volver a Barry Plunkett a través de otros hombres.

—Sí, ¿y bien?

—Esto es lo que intenté hacer contigo cuando te dejé. ¿Te acuerdas también que Anne Winfield dijo que pensaba convertirse en una... mujer fácil, sólo para enfurecer a Barry? Todo el mundo encontró sus palabras ridículas y divertidas...

—Judy...

—Sí, esto es lo que yo fui... con muy poco éxito. Sólo usaba mi nombre de pila, Dorothy, porque era un nombre por el que nunca me había llamado nadie, y el número de teléfono de... Bah, ¿qué importa eso ahora? Conocí a Margery Vane, ya lady Severn, en aquel maldito crucero del año mil novecientos cuarenta y cinco y nos peleamos por una tontería. Luego, un mes y medio más tarde, ya en Nueva York, ella me vio con uno de sus amigos... Oh, no un amante suyo, sólo un conocido. Salíamos de mi apartamento, que estaba emplazado en un paraje donde sólo viven esas mujeres, ¿sabes? Margery no dijo nada, pero hizo indagaciones y luego se acordó de todo.

Judy temblaba y tenía los ojos arrasados en llanto.

—Fue una temporada terrible para mí. No resultó divertida, te lo aseguro. De haberte contado todo este sórdido asunto, lo cual no tenía entonces intenciones de hacer, te habrías enfurecido mucho más que ahora. Oh, no ha sido fácil confesarlo, ¿entiendes? A veces, esta clase de confesiones es peor que lo ocurrido. Y además, aunque una quiera salir de ese ambiente, resulta muy difícil, ya que ello significa la muerte por inanición. Después, dejé esa vida, aunque tal vez continué siendo una zorra, sin importarme mucho lo sucedido. Conseguí el empleo en la revista, y allí sigo aún. No quería, sin embargo, regresar de San Francisco; temía que en Nueva York todavía me reconociese alguien, a pesar de tantos años. Y entonces te vi en aquel restaurante. Bien, ¿qué te pasa, Phil? Si no quieres pegarme ni echarme de tu lado... ¿cuál es tu reacción?

—La reacción, Judy, es que no me importa un bledo.

—¿Que yo no te importo un bledo?

—Todo lo ocurrido... no me importa nada ni nadie... ¡excepto tú!

—Oh, si lo que quieres es mostrarte compasivo conmigo...

—¡No quiero mostrarme compasivo contigo! Estoy solamente estableciendo un

hecho. Cuando mi ajetreado cuerpo cuenta ya unos cincuenta y cuatro años, casi cincuenta y cinco, tú has vuelto a poner en mi cerebro los antiguos sueños de juventud y amor. Y no obstante, como tú tratas de esquivarme siempre que yo...

—¿Esquivarte? ¡Oh, Phil! De no haber querido siempre estar contigo, ¿crees que ahora estaríamos aquí conversando los dos? A veces, me he preguntado si saldría bien...

—Saldrá bien, querida. Saldrá bien. ¿Lo probamos?

—¡Oh, sí, querido, sí, hagamos la prueba! Y no será como la otra vez, ¿verdad?

—No lo será. Si tú te abstienes de hacer esos agrios comentarios, precisamente en los momentos más inoportunos...

—¿Comentarios agrios? ¿Yo? Si eres tú el que siempre está comentando y bromeando respecto a mí, y lo que es peor, eres tú el malvado monstruo que siempre hurga en lo mismo. A propósito, Phil, ¿qué tal te fue con Nell Wentworth?, ¿o con aquella chica que hacía *strip-tease*?

—Dolores Datchett, querida Judy, no hacía *strip-tease*. Como ya te he dicho otras veces...

Un camión que quebró estruendosamente el silencio de la noche en la avenida Richbell, ahogó el resto de la discusión.



JOHN DICKSON CARR (30 de noviembre de 1906 – 27 de Febrero de 1997) fue un escritor norteamericano de novelas policíacas. Además de firmar mucho de sus libros, también los seudónimos Carter Dickson, Carr Dickson y Roger Fairbairn.

Pese a su nacionalidad, Carr vivió durante muchos años en Inglaterra y a menudo se le incluye en el grupo de los escritores británicos de la edad dorada del género. De hecho la mayoría, pero no todas, de sus obras tienen lugar en Inglaterra. De hecho sus dos más famosos detectives son ingleses: Dr. Fell y *Sir Henry Merrivale*.

Se le considera el rey del problema del cuarto cerrado (parece que debido a la influencia de Gastón Leroux, otro especialista en ese subgénero). De entre sus obras, *The Hollow man* (1935) fue elegida en 1981 como la mejor novela de cuarto cerrado de todos los tiempos.

Durante su carrera obtuvo dos premios Edgar, uno en 1950 por su biografía de *Sir Arthur Conan Doyle* y otro en 1970 por su cuarenta años como escritor de novela policíaca.

Notas

[1] Prólogo completo de Salvador Bordoy Luque para la edición del Tomo I de sus “Novelas escogidas” publicadas por Aguilar que recoge estas obras: *Con guantes de acero*, *Sangre en el espejo de la reina*, *Los crímenes de la viuda roja*, *Los crímenes del unicornio* y *La Policía está invitada*. <<

[2] *Punch* es el nombre de una famosa revista literaria inglesa. (N. del T.) <<

[3] *Bolo*: en el argot teatral significa una representación eventual que da una compañía en un pueblo o ciudad de provincia, casi siempre con ocasión de una fiesta mayor u otra celebración típica de la localidad. (*N. del T.*) <<

[4] Bess es diminutivo inglés de Elizabeth (Isabel). (N. del T.) <<

[5] Hija de Helios y Persea, poseedora en la mitología griega del arte de la magia. (*N. del T.*) <<

[6] Los excelentes actores ingleses Lawrence Olivier y Ralph Richardson fueron condecorados más adelante con el título *Sir* (caballero) por sus méritos teatrales. La compañía del «Old Vic» es la de mayor fama en Inglaterra, dedicada casi especialmente a las obras de William Shakespeare, lo mismo que el teatro de Stratford-upon-Avon, cuna del poeta, en donde Sir Lawrence Olivier actuó en innumerables ocasiones. (N. del T.) <<

[7] En Norteamérica, los domingos no hay espectáculos públicos. (*N. del T.*) <<

[8] *Schools and Marters of Fence*, de Egerton Castle (Londres, George Bell & Sons, 1893). (N. del A.) <<

[9] Shakespeare, en efecto, al describir el lugar de la acción, de *Romeo y Julieta*, describe la escena del acto tercero, sólo con la frase: *Una plaza pública de Verona*.

<<

[10] Las citas de *Romeo y Julieta* se deben a la traducción de J. Millás Raurell. <<

[11] El autor se refiere a palabras groseras que, en los tribunales norteamericanos, se multan con dicha cantidad. (*N. del T.*) <<

[12] En el argot teatral, se denomina «bocadillo» a cada una de las réplicas y contrarréplicas de un diálogo. (*N. del T.*) <<

[13] Aunque la obra original diga *passado*, intentando con ello Shakespeare dar cierto aire italiano a la obra, con toda seguridad es más propio traducir tal palabra por «turno», o «vez». Y en realidad, resultaría mucho mejor traducir toda la frase por «estoy a vuestra disposición», que no por *pasado*, como se lee en la citada traducción de J. Millás, Raurell. (N. del T.) <<

[14] El saloncillo de un escenario, que poseen todos los teatros de categoría, es un saloncito destinado al descanso de los actores, entre escena y escena. Normalmente, sus ocupantes, junto con amigos o admiradores, suelen discutir de mil asuntos o jugar a cartas o a dados, por ejemplo. *(N. del T.)* <<

[15] Es bien sabido que la estatua de la Libertad, a la entrada del puerto de Nueva York, sostiene en una mano una antorcha flamígera. (*N. del T.*) <<

[16] Se trata en realidad, de la diferencia existente entre los dos vocablos ingleses «like» y «as», ambos en su calidad de adverbio y conjunción de comparación, respectivamente. La traducción de los matices es prácticamente imposible, por lo que me he limitado a emplear en el primer caso el término «igual», también inaceptable literariamente como conjunción comparativa. (*N. del T.*) <<

[17] Lizzie Borden fue acusada de haber asesinado a su padre con un hacha, pero la verdad jamás logró demostrarse. En Norteamérica todavía se canta un estribillo muy popular, referente a Lizzie Borden y su hacha. El crimen se cuenta entre los más célebres de todas las épocas. (*N. del T.*) <<

[18] Se trata de una referencia a la enemistad existente entre los estudiantes de las distintas universidades norteamericanas. (*N. del T.*) <<

[19] Estas canciones se refieren a los diversos equipos deportivos de las diferentes universidades norteamericanas, y a los colores que los mismos ostentan. (*N. del T.*)

<<

[20] Por todas estas referencias dadas por el autor, el lector inferirá sin duda que los estudiantes ingleses y norteamericanos conceden mucha más importancia a sus victorias deportivas que a sus estudios... lo cual es la pura verdad. (*N. del T.*) <<

[21] Los cuáqueros son una secta protestante de reglas muy rígidas y severas (*N. del T.*) <<

[22] Según los recientes descubrimientos en Harward, de Darwin, Huxley y Ball. <<

[23] RAF: iniciales de Royal Air Forcé, Real Fuerza Aérea (la aviación militar de Inglaterra). (*N. del T.*) <<

[24] La bolsa de Nueva York, la principal del mundo, está situada precisamente en la calle Wall (Muro), ubicada en la parte baja de Nueva York, no lejos del puerto. (*N. del T.*) <<

[25] O'Sullivan fue un actor irlandés de fama mundial. (*N. del T.*) <<

[26] Las palabras «woman» y «man», o sus plurales «women» y «men», que en inglés significan respectivamente, «mujer» y «hombre», o «mujeres» y «hombres», pueden confundirse, por teléfono mucho más que sus correspondientes vocablos españoles, debido a su semejanza fonética. (*N. del T.*) <<

[27] En francés: *Los abuelos siempre están equivocados.* (N. del T.) <<

[28] *Los abuelos siempre tienen miedo. (N. del T.)* <<

[29] Todos los lectores familiarizados con las novelas de Sherlock Holmes, sabrán que el profesor Moriarty es el eterno rival del célebre detective en casi todas las novelas de la serie. *(N. del T.)* <<